

Sala

9

Estante

6-

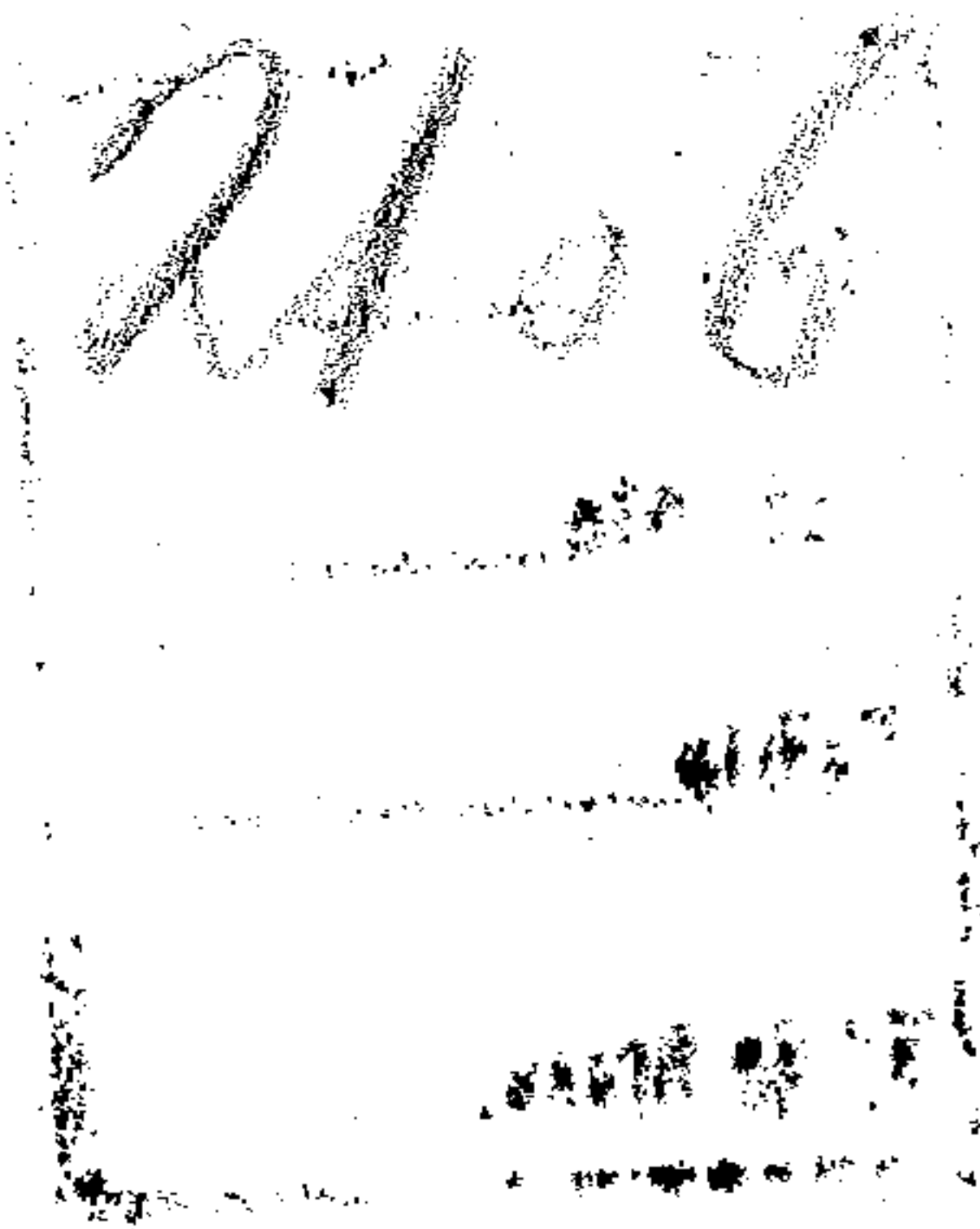
Tabla

5^a - 7

N.º de Orden

777

D



EUROPA

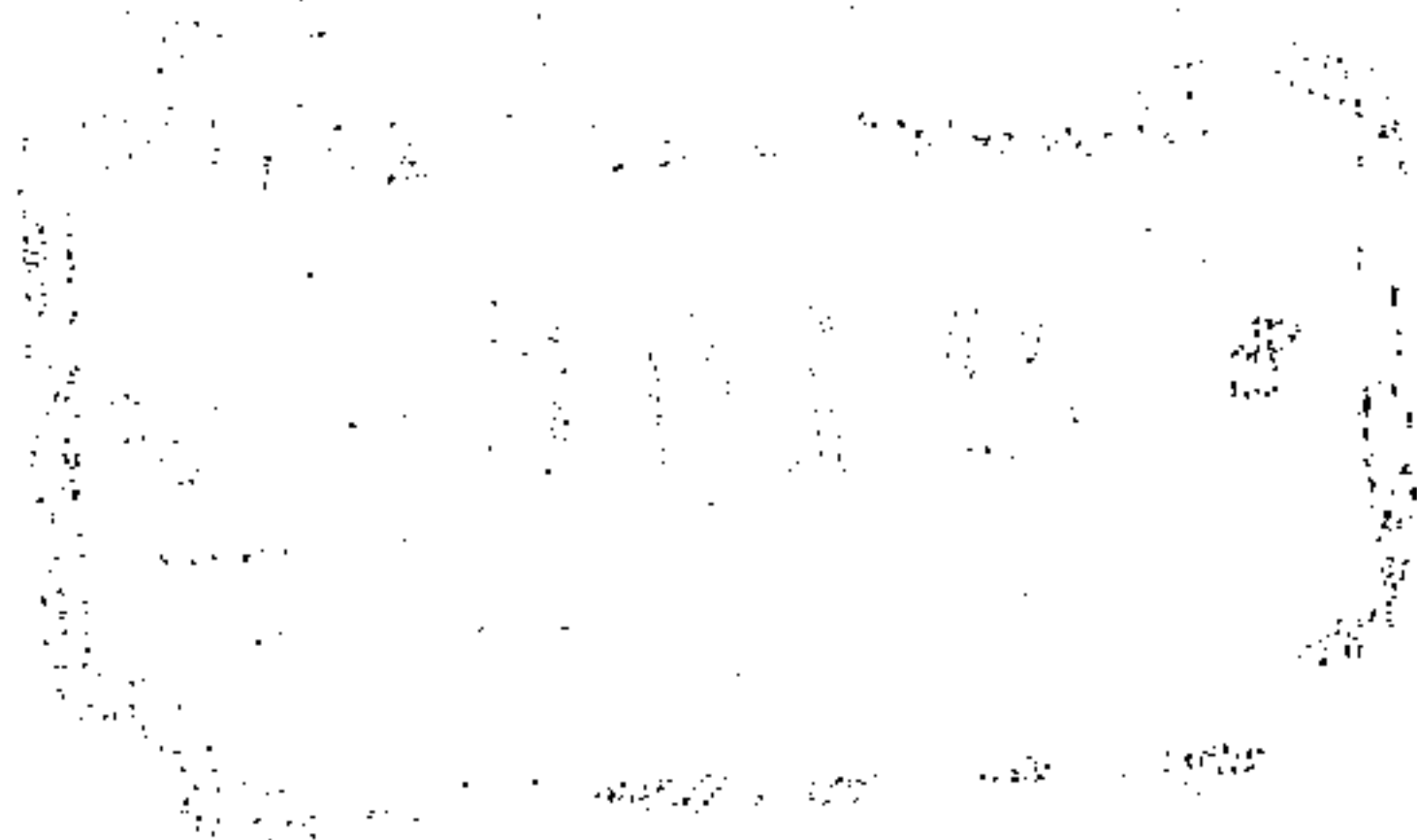
EN EL

ÚLTIMO TRIENIO.

Q 40

CAS

EUR



B-2823

5578

EUROPA

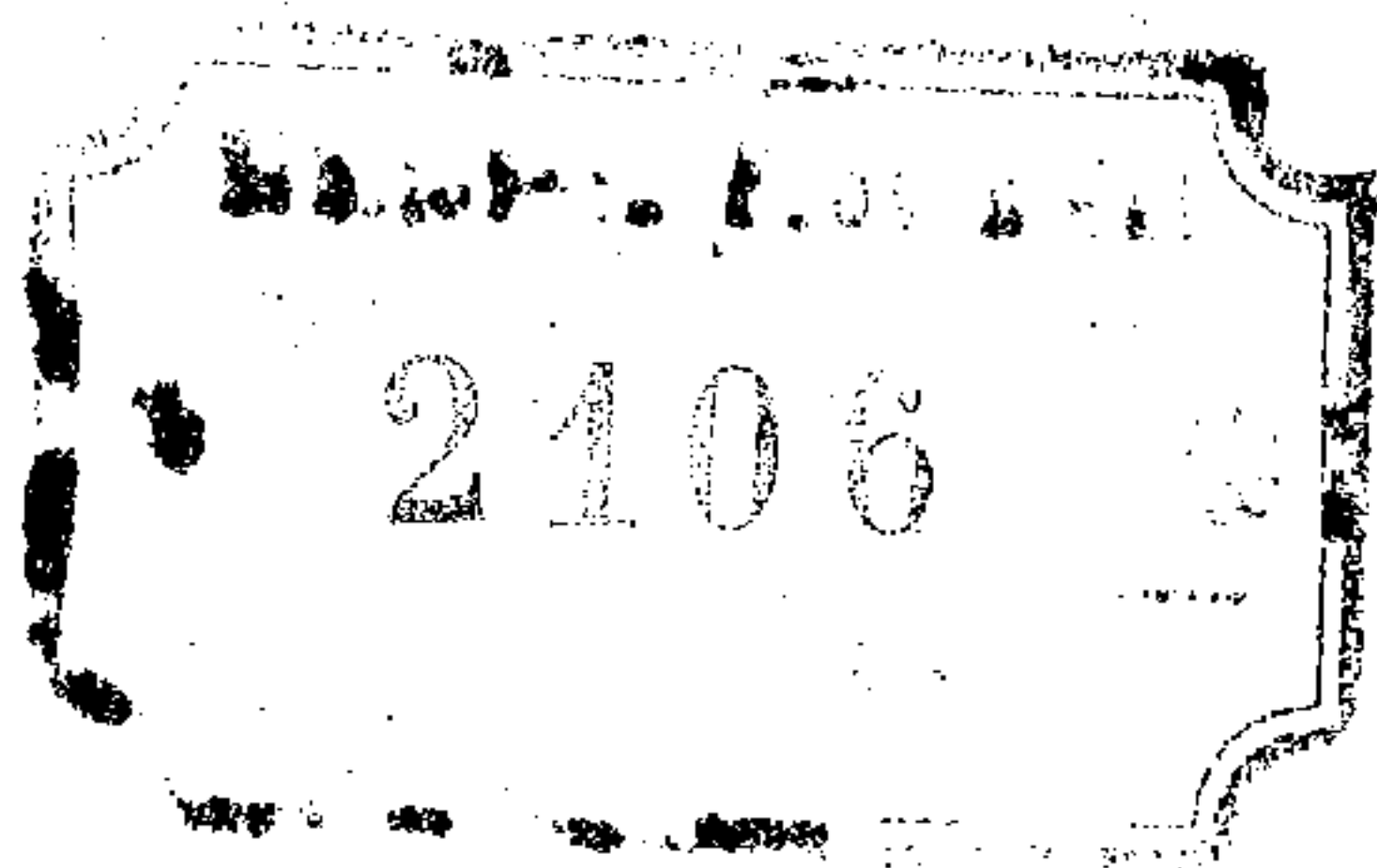
EN EL

ÚLTIMO TRIENIO.

(HISTORIA CONTEMPORÁNEA)

POR

EMILIO CASTELAR.



MADRID :

OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXXIII.

Es propiedad.—Queda hecho el
depósito que marca la ley.

MADRID, 1883.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra,
impresores de la Real Casa.—Paseo de San Vicente, 20.

EN LA EXPOSICION REPUBLICANA.

Llego á París, eterna capital de Europa, con ánimo de ver su Exposicion y contaros el efecto producido en mi mente por sus innumerables maravillas. Hace más de diez años que, desterrado y errante, visitaba la última Exposicion del Imperio, y referia, así á vosotros como á varios periódicos, mis presentimientos respecto á la duracion de aquel gigantesco despotismo, tan alabado por todos los reaccionarios, y cuya debilidad incurable veiamos nosotros los liberales con ese dón de profecía inspirado por el amor á la libertad, cual veian los profetas hebreos, llenos del espíritu divino, los piés de barro sobre que descansaba el imperio de Babilonia. Recuerdo aún la fiesta de los Premios. El Emperador irradiaba orgullo, conduciendo á su lado la Emperatriz, deslumbradora de gracia y hermosura, y el Príncipe imperial rebosando alegría; como dos prendas seguras de la firmeza de su trono en el suelo frances y de la perpetuidad de su fami-

lia en los esplendores monárquicos. Junto al Emperador, dándole el prestigio de las leyendas y de las fábulas orientales, iba nada ménos que el Sultan de Constantinopla, el heredero de Ostman, único de los suyos venido entre nosotros, reflejando sobre la ceremonia, con sus medias lunas de brillantes y sus aspectos de califa, los fantásticos reflejos del Asia. Detras de aquellos dos Emperadores de París y de Constantinopla veíanse los herederos de los mayores tronos del mundo, desde el de Inglaterra hasta el de Dinamarca, como se ven los planetas formando cortejo al sol en la inmensidad de los cielos. Las banderas flotantes que llenaban las bóvedas del Palacio de Cristal ; los inmensos pliegues del solio que cobijaban á tantos y tan singulares potentados ; las comparsas de grandes y chambelanes y gentiles-hombres ceñidos con todas las veneras inventadas por todos los gobiernos ; los estampidos del cañon al par de los acordes de la música ; el número de frentes que se inclinaban y de rodillas que se doblaban al paso de tantas personas y tantas cosas excelsas, podian ciertamente inspirar á los míopes la idea de que todo aquel aparato con que encubria el cesarismo su irremediable decadencia mostraba tanta solidez como brillo. Pero nosotros, y lo recordamos porque lo escribimos entónces, nosotros sentiamos que si errores del pueblo habian entregado Francia á

las locuras de los Césares, pronto, muy pronto iba á desvanecerse el engaño y á sonreír en cielo tan cargado de ideas el alma inmortal que anima todas las grandezas verdaderas y destruye las falsas, el alma de la libertad. ¿Qué se ha hecho de aquel cortejo y de aquella grandeza? Todo ha resultado corrupcion como el despotismo en sí. El Emperador omnipotente, á cuyos piés cayera de hinojos Europa entera, se ha estrellado en unos cuantos cañones, y ha perdido hasta el honor ante el mundo y ante la historia. El Príncipe imperial, que tocaba con sus manos la primer corona de Europa en la frente, se ha convertido en uno de esos aspirantes condenados á perturbar la nacion que creyeran regir, y á no tener ni un asilo en el suelo donde contaban gozar un trono. La Emperatriz, de cuyos labios pendió tantas veces la suerte del vasto Imperio, arrastra en el extranjero los lutos de la viudez y las nostalgias del destierro. Entre los mismos príncipes, actores en aquel drama, ¡qué de cambios! El Sultan festejado tuvo que apelar al suicidio para no ver tras la ruina de su propia dignidad la ruina de su vasto Imperio. El príncipe de Prusia ha tenido que encargarse prematuramente del Estado, porque las utopias anti-sociales y las pasiones demagógicas han herido á su padre en el corazon y han mostrado la flaqueza de tan colosal autoridad. Y el imperio austriaco lanzado de Ale-

mania, y el poder pontifical destruido en cuanto tiene de político, y el pacto de Carlo-Magno rasgado, y los Borbones caídos en España y vueltos á restaurar con todos los peligros de las restauraciones, y el problema de Oriente más recrudecido que nunca, dicen cuántas grandezas se han desplomado en estos últimos años, quedando de pié tan sólo aquello que es por sí moralmente grande, la República y la Libertad.

Esto vengo á ver, amigos míos, la Exposición de la República y de la Libertad, yo, que habia visto con mis propios ojos la Exposición del Emperador y del Imperio, y sin dejarme deslumbrar por su falso brillo, habia anunciado la destrucción y la caída del despotismo. Desde luego, en mi paso por los departamentos he observado las ventajas de la política liberal. Es el orden perfecto, y está tanto más asegurado, cuanto que nace, no de las coacciones violentas y de la presión despótica, sino del consentimiento universal. Dentro de este orden inalterable cabe un Jurado popular sereno, un sufragio universal soberano, unas elecciones pacíficas, los Consejos generales deliberando en los asuntos que les competen, las Cámaras respetadas en el ejercicio de su autoridad incontestable, el Gobierno obedecido con gusto por todo el pueblo y secundado con entusiasmo por las ideas y por los votos de la pública opinión. Yo lo decia última-

mente en la comida con que el prefecto de Tarbes me ha honrado y en presencia de cuarenta consejeros generales, todos republicanos. El mundo social, como el mundo físico, resulta vivo y estable de un concurso de elementos contradictorios y de un equilibrio de fuerzas contrarias. No se suele tener un bien sin tocar los lados malos y las consecuencias dañosas de ese bien mismo. Dificultad de las dificultades alcanzar un gobierno que no caiga en la arbitrariedad, un orden que no muera por marasmo, una libertad que no toque en la anarquía, una democracia que no raye en las exageraciones, una república que no desvarie en las utopías, un Parlamento que no se convierta en Convencion; una presidencia que no aspire á la perpetuidad, un partido liberal que no se desorganice por la indisciplina, un progreso que no vacile entre contrarios sacudimientos, una estabilidad que asegure é impulse por sus fuerzas naturales y sus fáciles virtudes ordenado movimiento sin retroceso y sin revoluciones. Todo esto ha obtenido la república francesa, y de la obtencion de todo esto ha dimanado su poder ya incontrastable, no solamente en la esfera donde se mueven los poderes públicos, sino en la opinion y en la conciencia nacional. Decíase estos últimos dias que el Mariscal iba inmediatamente á presentar su renuncia. No lo creo, no puedo creerlo. Estos irreflexivos conservadores,

que tanto le impulsaron á quedarse cuando habian comprometido su autoridad y su honra, le impulsan ahora á irse, ahora que todo está salvado. Y el pretexto que dan es el fin de la Exposicion. ¡ Pues no faltaba más ! Como decia el corresponsal del *Times* en París, con irse ahora que ha realizado el sobresueldo destinado al tiempo de las fiestas, pareceríase á esos criados, mal avenidos con sus amos, los cuales no se atreven á dejarlos hasta despues de Enero por no perder los aguinaldos. El Mariscal no se irá, siquiera por no caer en los dos cuernos del célebre dilema de Gambetta, someterse ó renunciar, sometién dose primero y luégo renunciando. Dicen que le disgustaria el proceso de sus ministros, pedido con instancia por las comisiones de investigacion parlamentaria ; que le disgustaria una crisis en la cual pudiera privársele de su ministro de la Guerra ; que le disgustaria el voto de los impuestos por meses, como ha venido haciéndose, en vez de por años, á causa de naturales desconfianzas ; que le disgustarian ciertas medidas violentas ó ciertas palabras fuertes contra la magistratura y contra el clero. Pues no existe motivo alguno á semejante alarma. Los ministros del 16 de Mayo no serán procesados aunque lo merezcan ; los tribunales imperialistas no serán removidos aunque procedan como si estuviera vigente el Imperio ; los ministros de la Guerra aceptos al Ma-

riscal no serán criticados aunque olviden todo lo debido á una situacion republicana; el clero no será inquietado en el ejercicio de su ministerio aunque llame, como ha llamado cierto clérigo en un sermon acerca de la Ascension, á los pueblos republicanos, pueblos huérfanos: estas instituciones nuestras, tenidas por tan débiles, sacan de su propia justicia una solidez tan completa, que pueden llevar en el seno á todos sus enemigos sin quebrantarse y sin perderse. Á cada dia su faena. La generacion presente funda la República; y las venideras generaciones sabrán practicarla en tales condiciones, que la acaten, si no la aclaman, mañana los mismos que hoy la niegan y la calumnian.

La cuestion exterior tampoco ofrece grandes dificultades á la Exposicion. Todos temiamos en el pasado invierno que un rompimiento entre el pueblo inglés y el pueblo moscovita trajese, como consecuencia natural é ineludible, una guerra inmediata, la cual hubiera sido para la ciudad del trabajo levantada en las alturas del Trocadero y en las planicies del Campo de Marte, como fueron las erupciones del Vesubio para las ciudades de Herculano y de Pompeya. Y como la consecuencia de una guerra hubiera sido el rompimiento de la alianza de los tres Emperadores del Norte ideada por Bismarck, y la exacerbacion de la miseria pública y de la utopia socialista en la misma Alemania, nos

hemos libertado de la guerra y hemos podido ver, aunque bajo la amenaza de un próximo cólera, cómo son fecundos y creadores y progresivos los esfuerzos y los resultados del trabajo. Es verdad que los beligerantes han tomado posiciones, unos en Bosnia, otros en Sofía, otros en Chipre ; verdad que al Austria le han regalado una guerra y le han cedido una conquista ; verdad que albaneses y montenegrinos y servios y griegos y croatas y armenios y valacos afilan á una sus armas y lanzan agudos gritos, precursores de próximas batallas ; verdad que allá en el monte Phodope unos cuantos patriotas turcos derraman la sangre rusa ; verdad que, ni los ingleses por un lado, ni los panslavistas por otro, se hallan satisfechos de una campaña por algunos meses suspendida, y preñada de guerras desastrosas ; pero tambien es verdad que en esta tregua tan rápida hemos ganado un respiro tan halagüeño que nos permite ir á la Exposicion y admirarnos de los progresos y de los milagros de la paz.

Los periódicos alemanes se han extrañado y dolido de que los periódicos franceses criticáran un poco su lucha á muerte con los socialistas, muy parecida á la lucha de D. Quijote con los molinos de viento y con las figuras de Maese Pedro. Pero hay que resignarse. Los escritores germánicos nos han molido con la incapacidad nuestra, es decir, de la

raza latina, para adquirir y guardar los bienes de la libertad ; nos han censurado amargamente por nuestra inclinacion á dejarnos sorprender por los ensueños del socialismo y asaltar por los horrores de la anarquía ; y ahora el viento que se eleva de la estepa rusa apaga el fuego de su alma, las ideas de su inteligencia, y produce unos fanáticos inverosímiles, discípulos de los nihilistas, los cuales sueñan con la destruccion de las instituciones indispensables á la sociedad y apelan al asesinato. De consiguiente, miéntras el Parlamento aleman discuta con furor los proyectos de ley contra el socialismo, nosotros, libres de una pesadilla producida por nuestro antiguo estado nervioso, irémos á ver las riquezas y las maravillas de la libertad.

CONSEJOS Y ADVERTENCIAS

Á LA

DEMOCRACIA FRANCESA.

Los pesimistas, á una auguraban crisis pavorosas, resistencias invencibles, desabrimientos nuevos, rupturas inminentes entre la presidencia de la república francesa y su Gobierno, con motivo del plazo fijado á las elecciones senatoriales, á cuyo término debe caer una mayoría monárquica sin fuerzas para el combate, y surgir un Senado que advierta los peligros, que modere las impaciencias, que refrene la celeridad del movimiento, que sirva de contrapeso á los arrebatos, muchas veces irreflexivos, de la opinion, sin amenazar las instituciones fundamentales y la Constitucion vigente, organismos que cumplen realmente el primero entre los principios de la democracia francesa ; el gobierno de sí misma ejercido por los representantes directos del sufragio universal. Innumerables los recelos de tantas gentes mal halladas con el reposo de

este tiempo y ansiosas de emociones, como si el Estado fuera teatro y los estadistas actores. Decíase que íbamos sin remedio á nuevas voluntariedades presidenciales como la brusca é impremeditada que el 16 de Mayo puso la libertad y la República á dos dedos de su total perdicion y ruina. Decíase que en el Ministerio mismo se asentaban consejeros allegados á la Presidencia por su cargo, y resueltos á promover escisiones para sostener la aviesa resolucion del Presidente, despues de urdir la trama que la aseguraba. Decíase cómo el Gobierno oculto, presidido por los antiguos manipuladores de la última reaccion, acababa de redactar una protesta contra el plazo fijado, fundándose en artículos, á la verdad ambiguos, del Código fundamental. Y lo peor del caso era que los más dados á divulgar estas aprensiones se contaban entre los que ménos motivos tenían para sentirlas, entre los republicanos. Muchos de éstos no caen todavía en la cuenta de las ventajas obtenidas por la última victoria electoral. Tan pacífico triunfo de la opinion sobre la intriga ha embotado en manos de los violentos las armas de la violencia. Despues que Francia, contrariada por los ministros últimos, ha soberanamente afirmado las nuevas instituciones, tiene la República solidez semejante á la solidez que tiene el suelo mismo de la nacion. No ha sido, no, la última victoria del linaje de esas inconsisten-

tes que unas olas revolucionarias traen con estrépito, y otras olas opuestas se llevan con facilidad. Formulada de antemano por la conciencia pública, dirigida con arte, puesta en la legalidad más estricta, alcanzada por votos y no por balas, obra del trabajo lento pero seguro que se inauguró con tanta reflexion por aquellas exiguas minorías republicanas del Imperio, á quienes los ciegos llamaban impotentes y cómplices del poder; fruto de una democracia que ha sabido vencer la guerra de todas las demagogias congregadas en la infausta Comunidad de París, y luégo moderarse á sí misma, poniendo seguro límite á las ideas exageradas y veto insuperable á los programas excesivos; esa victoria del 24 de Diciembre último lleva las señales de su perennidad en las condiciones mismas de su sencillez y de su modestia. No puede nada la reaccion contra ella. Así el Consejo de ministros se reunió sin preocupaciones, deliberó sin acrimonias, propuso sin disentimientos y obtuvo sin resistencia el decreto dirigido á establecer una verdadera concordia y una durable armonía entre los altos poderes del Estado. Ahora se necesita más que nunca el reposo. Francia ha pasado en los tres años últimos de luchas electorales y parlamentarias por peripecias múltiples que han divertido un poco su atencion de los objetos de su actividad, del trabajo continuo que tanto la honra y de la organizacion

militar que tanto la apremia. Ahora nada puede temerse de la Presidencia, nada intentarse contra las leyes, nada decirse sin el voto solemne de las Cámaras ; y precisa mostrar, con la calma propia de la fuerza, esa madurez adquirida en las luchas legales, manteniendo la República tal como es, y el Ministerio tal como está, á fin de apercibirse á pasar sin sacudimientos, al término de los poderes del Mariscal, desde una presidencia á otra presidencia, última prueba esperada de los empíricos en la medicina política para ver con sus ojos y tocar con sus manos el establecimiento definitivo de la república francesa por nosotros los idealistas presentido con seguridad y anunciado con exactitud desde el día mismo de su nacimiento. Pero no hay que forjarse ilusiones. Si rodeada de monarquías, donde el poder ministerial mismo tiene cierta duración relativa, esa duración indispensable á todos los gobiernos, y más á los fácilmente amovibles, cayera la democracia francesa en la tentación de promover crisis continuas, disentimientos ministeriales, diarias renovaciones de ministros, desacreditaria no solamente la forma de gobierno, sino también el sistema parlamentario, imbuyendo en los ánimos la idea, ya bien divulgada en los días tristísimos de la segunda República, que el régimen parlamentario es una cacería de ambiciones, una puja de destinos, un mercado de carteras, un

semillero de fraccioncillas, donde la propia medra de cada cual y no el público interés de todos derriba los ministros por el placer de reemplazarlos, quitando toda garantía á los intereses y toda autoridad á los gobiernos. Si pudiéramos escribir un tratado de los errores políticos en valimiento, como Bacon escribió un tratado de los errores lógicos en uso, habíamos de contar entre los mayores dos capitalísimos: la creencia de que en los estados democráticos no pueden vivir las libertades públicas sino á costa de la autoridad de los gobiernos, y la creencia de que las reformas improvisadas pueden resultar sólidas y duraderas. Despues del grande esfuerzo que la Francia ha necesitado hacer para fundar su República, no hay necesidad de pedirle sino recogimiento en sí misma para consagrarse á la perfeccion de su sistema militar, de su sistema rentístico y de su enseñanza pública. Un movimiento irregular, un calor ficticio, el prurito de refundirlo y reformarlo todo, podria engendrar dos males de que afortunadamente se ha libertado la República, podria engendrar la demagogia y la utopia.

Afortunadamente, el sentido de gobierno va siendo ya sentido general en todo el viejo mundo, y su extension demuestra que, perdidas las pasiones de la juventud, propias para dar cierto tinte de poesía y cierto natural de heroismo, pero impro-

pías para dar dotes políticas y la madurez necesaria á la razon fria que rige los Estados, la democracia se acerca á más andar al momento en que verá consagrada su victoria por una larga presencia en el poder. Imposible decir cuánta satisfaccion experimento leyendo los artículos que el periódico *La Democracia*, de Lisboa, dedica á las últimas elecciones, artículos dignos de ser leídos y meditados por cuantos nos dedicamos con ahinco á fundar estos dos principios capitales de la cultura moderna : el gobierno de los hombres por el ejercicio de los derechos naturales, y el gobierno de los pueblos por los delegados del sufragio universal. En estos últimos dias el Ministerio portugues ha citado á las elecciones, y los electores no han tenido ni un momento de vacilacion y de duda en acudir á la cita. El testimonio mayor que puede darse, así de la legalidad del gobierno como de la sensatez de los partidos, está en que á nadie le haya pasado por las mentes apelar á la abstencion, elevada aquí á ley, en parte por las violencias del gobierno, en parte por las pasiones de partido, ley durísima, terrible, fatal, que luégo se nos clavó á nosotros mismos en el corazon, como sucedió en los dias de nuestros combatidos y desgraciados gobiernos. Ningun despecho siente el periódico *La Democracia*, de Lisboa, por la derrota de los suyos, que tenía hartó sabida de antemano. Ningun desaliento la

sobrecoge por ver las elecciones favorables á un gobierno que ha siempre combatido. Se regocija, y mucho, porque advierte dos verdaderos progresos en la vida pública, á saber : la disminucion de candidaturas oficiales, y el aumento de combatientes en las urnas. Á nuestros amigos del vecino Estado no les va tanto en el partido de los combatientes como en su número. Saben por esas intuiciones políticas, tan propias de los que en una escuela de libertad se educan, cómo los ejercicios pacíficos del derecho concluyen por amaestrar á los pueblos y reservarles un día en que la fuerza divina de las ideas concluye por sobreponerse á las victorias parciales y transitorias de los intereses reaccionarios en este conflicto uniforme y monótono de ideas é intereses que llenan las movibles y cambiantes escenas de la historia. Felicito desde aquí á los demócratas portugueses. Las desgracias de la democracia española deben servirles, á lo ménos, para saber cómo muere la libertad cuando se la confunde con la anarquía, y cómo algunos minutos de vertiginoso movimiento se pagan con largos años de triste servidumbre. Las elecciones deben proponerse, no solamente como liza donde se disputa el poder, sino tambien como escuela donde se aprende el gobierno. Intentar que un partido cuyos dogmas y cuyos procedimientos fundamentales consisten todos en las elecciones, aprenda á elegir tras largos retrai-

mientos, equivale á intentar el aprendizaje en las artes de la natacion fuera del agua. Estar en minoría dentro de toda corporacion electiva que administra ó que legisla, es, no solamente un derecho, sino un deber de las oposiciones ántes de pasar á mayorías. Conozco muchos ministerios que descorazonan á los mejor templados en las competencias electorales; pero tambien conozco todo el mal de los descorazonamientos y con qué grande facilidad cae vencido quien no cree posible la victoria. Las esperanzas que el periódico portugues pone en la animacion electoral de sus comicios, parécenme fundadísimas esperanzas. De los pueblos indiferentes sólo hay que aguardar el mal ó el error. Un partido que comienza por combatir en los comicios, concluye por alcanzar el gobierno. Sucédeme con el pueblo portugues lo mismo que me sucede con las repúblicas americanas. Todos sus progresos me parecen propios progresos; todas sus victorias, propias victorias. Nacidos en el mismo suelo, herederos de la misma historia, consanguíneos por el origen de nuestra raza, unos por la solidaridad del espíritu, la luz que cae de sus cielos se refleja por igual en todas nuestras frentes.

¡Qué diferencia tan grande entre estas luminosas democracias occidentales y los sombríos aunque grandiosos imperios del Norte! No valia la pena de haber vencido á los Lorenas en Sadowa y á los Bo-

napartes en Sedan; de haber tomado la direccion política y el gobierno interior en Alemania; de haber querido nada ménos que una hegemonía en Europa; de haber encabezado el areópago último donde han convenido los diplomáticos en trazar nuevo mapa europeo, para retroceder ante el fanatismo de dos asesinos ó la demencia de cuatro utopistas, y, faltando á todos los principios del derecho moderno, dictar leyes de excepcion destinadas á perseguir fantasmas de ideas y á reemplazar los tribunales ordinarios con los esbirros políticos, y las garantías individuales de los ciudadanos con una arbitrariedad que resultará más débil cuanto más violenta y más rabiosa. El príncipe de Bismarck, que es, no solamente el mejor de los estadistas contemporáneos, sino tambien uno de los mejores tribunos, ha dicho en esa elocuencia, un tanto desarreglada adrede, en cuyos párrafos se mezcla lo familiar á lo sublime, que jamas las escuelas socialistas habian presentado al Parlamento germánico ni una sola proposicion provechosa ni una sola idea aprovechable. Es cierto, y por ende no hay necesidad de combatirlas con esos medios que, intentando destruir una doctrina, la fortalecen y la vigorizan. Despues de las leyes de Setiembre, decia un estadista mayor, mucho mayor que Bismarck, el conde de Cavour, ¡cuántos periódicos republicanos en Francia, donde eran ilícitos, y cuán pocos en el

Piamonte, despues de las leyes que permitian su publicacion y su propaganda! En mi sentir, nunca la escuela socialista ha sido ménos temible que ahora. Cuando tenía teóricos tan ilusos pero tan sublimes como Fourier; sectas tan descaminadas pero tan poderosas como la secta sansimoniana; demoledores tan temerarios pero tan dialécticos como Proudhon; una literatura completa que llegaba desde la cosmología á la novela; unas columnas tan ricas como los talleres de París; un ejército tan numeroso con los vencidos y desterados de Italia, de Hungría, de Alemania, de Polonia, los cuales, como Judá á las orillas de extranjero rio, se consolaban con epopeyas apocalípticas de una inspiracion cuasi religiosa; podia con tales apariencias seducir ántes de vencer, y llevarse tras sí los corazones más ardientes y más fecundos, los más enamorados de lo ideal; pero desde el dia y hora en que el socialismo se ha adscrito á la descarnada comunidad rusa, y envolviendo en sus negaciones nihilistas Estado é individuos, sociedad y humanidad, Dios y Naturaleza, democracia y república, tiene por todo ideal los municipios esclavos, y aspira por todo progreso á difundir esos gérmenes de una sociedad primitiva, ha perdido todos sus prestigios y se ha trocado en una especie de nube formada por el polvo de las estepas y pronta á disiparse á los ardientes rayos.

de nuestro sol y á la celeste claridad de nuestra conciencia. Digámoslo de una vez : ni en Francia, ni en Italia, ni en Portugal, ni en ninguna de las naciones latinas verdaderamente libres, puede ser el socialismo temible. Si lo es en los imperios del Norte hasta derogar con su presencia el derecho comun y el código civil, debe atribuirse su importancia á que los pueblos, cuando ven esos Estados imperiales, guerreros, vencedores, omnipotentes, tan fuertes, tan grandes, les creen semidioses dotados de virtudes sobrenaturales, y les piden seguidamente milagros que no están en sus manos, como la súbita distribucion de la riqueza, para extinguir miserias por ahora inextinguibles, enriqueciendo á los pobres y derramando venturas á manos llenas sobre la frente de los desheredados y de los infelices, como si álguien pudiera contrastar las fatalidades irremediables de la sociedad y de la Naturaleza. Los Imperios que se creen más fuertes engendran al fin y al cabo las utopias que resultan más pavorosas y más temibles.

Al aparecer la segunda República en Francia, esa doctrina materialista del censo y esa tendencia utilitaria del orleanismo habian dado en la monarquía de Luis Felipe cierto valimiento á las escuelas socialistas. El pobre pueblo creia no bastar á su progreso el sufragio universal y la política democrática, si no venian á darle por añadidura lo que

entonces se llamó la justa igualdad de condiciones. En vano inteligencias enteras, amigas de la verdad, menospreciadoras de insanas popularidades, anunciaban francamente al pueblo que sólo podían darle aquello mismo que las democracias más avanzadas han dado en las Repúblicas más liberales, una igualdad política basada en el derecho, y no una igualdad social, reñida por completo con las enseñanzas de la experiencia, que la colocan entre las utopías inasequibles, y con las leyes de la Naturaleza, que engendran como una rica variedad de aptitudes otra rica variedad de compensaciones y de recompensas. La insana sofistería del fundador de los talleres nacionales, y la aborrecible perfidia del nefasto autor de las *Contradicciones económicas*, alcanzaron desavenir al pueblo de sus valedores, borrar en su corazón los sentimientos del derecho, imbuir en su conciencia la idea de que sus mayores enemigos estaban entre sus redentores, moverle contra lo que en el dialecto de la escuela se llamaba la burguesía aristocrática y la República incolora, hasta traer al cabo por semejante condensación de sofismas aquella irremediable catástrofe de las jornadas de Junio, en que las armas populares se volvieron contra el pecho de la democracia liberal, hiriéndola de muerte en la persona de su jefe el honrado general Cavaignac, y engendrando para sustituirla aquel César semi-imperial y semi-comunista,

que vino á recoger el despojo de nuestros combates, seguido de sus cohortes malditas de esbirros corzos y de pretorianos ebrios, llamados en mal hora á castigar con veinte años de dictadura tanta insensatez y tanta demencia. Si en la tercera República el rompimiento entre todas las fracciones del partido republicano que se fueron á Versálles y las huestes comunistas que se quedaron en París, ametralladas por un gobierno donde estaban Julio Simon, Ernesto Picard y Julio Favre, no hubiera prevalecido, continuando la malhadada confusion de 1848, viniera de nuevo á cortar el nudo de los sofismas la espada de los Césares. Hoy la República se ha curado por completo del socialismo. En cambio, el mal ha ido á refugiarse en latitudes que parecian contrarias á su difusion, el mal ha ido á refugiarse en Rusia, demostrando cómo en la política y en la naturaleza cada cosa engendra su semejante, y una grande autoridad erigida en la cima de las sociedades engendra una grande utopia en las bases. Faltaríamos á la justicia si no dijésemos que el emperador Alejandro ha ilustrado su historia con sólidas reformas. La manumision de los siervos, el establecimiento de las Asambleas provinciales, la amplitud de los Municipios, la fundacion del Jurado, bastarian para acreditar de reformador á un soberano y colocarlo entre aquellos que más han ilustrado su propio nombre y más han servido á su

pueblo. Pero imposible echar estas bases de justicia sin que sobrevenga inmediatamente, ó por parte de una clase, ó por parte de un pueblo, la demanda natural de intervencion continúa en la cosa pública por medio de los comicios y de las Asambleas. Y esta intervencion ha sido pedida y negada. El Emperador ha preferido la guerra á la libertad é imaginado que, satisfaciendo las exigencias históricas del partido ultra-nacional, se evitaba las exigencias políticas de los partidos liberales. La guerra ha engendrado un gran malestar social, y el malestar social ha recrudecido el socialismo. Antes, en nuestro tiempo, las escuelas socialistas, para distribuir la riqueza, justamente apelaban á la creacion de un Estado fuerte ; ahora, desde que predomina el sentido moscovita en el socialismo contemporáneo, las escuelas socialistas de consuno aspiran á la ruina de todo Estado y á su reemplazo por medio de esparcidas y dislocadas comunidades revolucionarias. El ejemplo de Rusia las seduce hasta el extremo de creer posible seguirlo. Semiasiática aquella sociedad, tiene una especie de municipio comunista que guarda el acerbo comun de las propiedades, y una especie de jubileo judío que reparte esta propiedad á ciertas épocas entre los ciudadanos. Nada allí de eso que la jerga demagógica llama expropiadores y expropiados, explotadores y explotados. Las distribuciones periódicas de tierra dan

á cada cual, no sólo un derecho á la propiedad, sino un goce natural de la propiedad misma. El campesino se parece allí al vegetal en que nace prendido y arraigado á la tierra. La ley de 1861 ha modificado esto un poco, pero no lo ha destruido completamente, quedando por ende en una parte considerable de Europa establecido el principio de los principios internacionalistas, el principio de la propiedad colectiva. El propietario allí es el ayuntamiento, que reparte luégo entre los vecinos la posesion de esa propiedad, el goce de esa tierra, el cultivo, á su arbitrio. Así no hay revolucionario ruso que no crea sinceramente la propia patria destinada á resolver el problema social de los tiempos modernos por medio de la propiedad colectiva, como Francia ha resuelto el problema civil por medio de la promulgacion de los derechos naturales, y América el problema político y el problema religioso por medio de la República democrática y de la separacion absoluta entre la Iglesia y el Estado. Los escritores rusos de la escuela socialista, que reúnen á la profundidad del pensamiento aleman una elocuencia, por lo encantadora, verdaderamente parisien ó francesa, habian llegado, por medio de libros que provocaban á la meditacion como cualquier tratado filosófico, y á la lectura como cualquier novela romántica, habian llegado en 1860 á divulgar que Rusia podia tomarse por el paraíso terrestre,

puesto que en su seno, gracias al municipio, ni habia proletarios ni habia cuestion social. Los comunistas de accion, grandes organizadores de fuerzas revolucionarias, aseguraban á los obreros europeos una felicidad moscovita con tal que odiáran á muerte la democracia azul celeste de los liberales puros y anatematizasen esas repúblicas compuestas de burgueses, y más odiosas á sus ojos que las mismas monarquías. Nuestro suelo entero debia remedar servilmente la inmensa estepa rusa en cuyos desiertos estaba, no ya establecida, sino tambien arraigada, la igualdad social. Cuantos conocen á fondo las leyes económicas á que los pueblos están necesariamente sujetos, gritaban contra tamaña pretension, y decian que con sólo asomarse á un municipio ruso, veíanse á primera vista las faltas del sistema: el atraso agrícola en toda su desnudez, la inseguridad del propietario revelada en el descuido de los campos, la emulacion sustituida por la pereza, la resistencia sistemática á todo progreso que pudiera desequilibrar esa tristísima solidaridad en la miseria, la rareza de ciudades y por consiguiente de paz, donde el espíritu se concentre y la cultura se irradie, la ausencia de un problema industrial que aparecerá en cuanto el trabajo se desarrolle y que perturbará esa paz agrícola, ofreciendo al trabajador de los campos las ventajas fecundas de los talleres y los combates saludables de

una necesaria concurrencia. Los socialistas rusos no atendían á tales minuciosidades y proclamaban á grito herido resuelto el problema social en Rusia. Sin embargo, no existe en ninguna parte de esta Europa occidental, tan compadecida por ellos, un partido político que deteste las instituciones establecidas como el partido socialista ruso detesta sus instituciones nacionales. La censura tan sabiamente organizada, compuesta de censores que perciben 3.000 rublos en la capital y 2.500 en las provincias, con ocho comités pertenecientes á las ocho Universidades imperiales, con una direccion general desempeñada por el ministro de Enseñanza Pública, no puede alcanzar que las hojas clandestinas dejen de caer en todas las manos y de amenazar á todos los poderes. Los esbirros, con ser tan numerosos, no pueden impedir que los jefes de la policía sean asesinados en las calles. La justicia, con ser tan recelosa, no puede evitar que una especie de Judith nihilista, manchada todavía con la sangre de Holoférnes, sea absuelta por el Jurado y conducida en triunfo por la estudiantina. Los medios todos del despotismo no extirpan una sociedad secreta que se recluta entre todas las clases, que se aparece hasta en los palacios imperiales, que da decretos y se cumplen, que profiere amenazas y se realizan, que señala al puñal de los asesinos ciertos funcionarios y mueren, que profetiza una re-

volucion inmediata, á cuyo lado se ve como una égloga pastoril la revolucion del 93 y su abominable guillotina. Decidme, despues de esto, si el despotismo no produce lo mismo que quiere desvanecer, y no cria allá en sus calabozos, como las tinieblas sus aves rapaces y nocturnas, esas sectas demagógicas con las cuales se imposibilita, despues de todo, tanto el gobierno como la libertad. ¡Felices los pueblos donde todos los ciudadanos tienen parte por medio de sus representantes, debidos al sufragio universal, en los altos poderes del Estado ; donde la libertad señala con sus naturales resplandores el límite infranqueable á que puede llegar al progreso ; donde la paz brota del convencimiento que todos tienen de cómo la defensa de la sociedad á todos interesa ; donde la palabra sin mordazas y el pensamiento sin censuras y la conciencia sin tiranías llevan el verbo de las nuevas ideas á los entendimientos y fortalecen y vigorizan las voluntades y los corazones ; donde el hogar es una fortaleza y el espíritu un templo ; donde la utopia ha muerto en los debates públicos, y la revolucion se ha desvanecido descargada por la virtud santísima del derecho ; donde las Cámaras discuten y legislan mientras los Jurados juzgan y deciden ; donde el espíritu moderno fecunda la actividad humana en sus más brillantes manifestaciones, y se eleva sobre partidos y ciudadanos el inefable im-

perio de las leyes, á las cuales pueden someterse sin desdoro gobernantes y gobernados ; felices esos pueblos, porque ellos podrán entrar en un progreso sin sacudimientos, en una política sin utopias, en una libertad sin tempestades, en la plenitud de sus derechos !

IMPERIALISTAS É IMPERIOS.

Nadie tan duro como yo en criticar los errores y las faltas de la democracia francesa, que siento por la solidaridad comun á todos los demócratas europeos y por el temor natural á una restauracion del Imperio. Cuando se han pasado veinte años de vida combatiendo un gobierno reaccionario, que al cabo cae bajo el peso de sus crímenes, teme el corazon, herido todavía con aquellos recuerdos, que vuelva, engendrado por las reacciones periódicas, á manchar una tierra amiga, y á oprimir una raza hermana, y á detener nuestra propia emancipacion. Yo he visto salir el Imperio de las cantinas, asaltar la tribuna con sus pretorianos, tender muertos en las calles á los defensores del derecho, fundar sobre las espaldas de una nacion aherrojada la dictadura, que sólo podia vivir en una especie de asiático despotismo dentro de las fronteras, y allende éstas con una especie de continúa guerra. Y no quisiera volver á verlo, cuando en mi infancia saludé la se-

gunda República francesa, querida con tanto amor, y en mi edad madura he visto la tercera, esperada en veinte años de anhelos. Nada tan repulsivo á mi corazon como esos imperialistas que creen á la raza de los Bonapartes llamada por la Providencia expresamente á representar una utopia tan reaccionaria como el Imperio democrático, y á ejercer una dictadura tan terrible como el cesarismo socialista, y á ensangrentar con guerras eternas á continentes tan necesitados de paz como el continente europeo. Y por eso me duele que los partidos avanzados den pretextos con sus impaciencias revolucionarias á que renazcan esperanzas completamente enterradas en la rota de Sedan y en las líneas de sangre que señalan por las fronteras del Este las dobles desmembraciones de Francia, traídas por la ambicion de los Bonapartes, provocadora del rayo.

Hace algunos dias reuniéronse los partidarios del Imperio en la iglesia de San Agustin á conmemorar la muerte de Napoleon III. No necesito describir estas ceremonias, que deben adivinar cuantos recuerdan las insignias y la heráldica imperial : sobre el túmulo, el manto sembrado de insectos tan útiles como las abejas, y en el pecho de los concurrentes ramos compuestos de flores tan humildes y sencillas como las violetas. Imposible comprender qué significa en la roja púrpura de un sangriento César el trabajador ani-

mal cuya industria endulza nuestros paladares. Sucédeme, cuando veo sobre las vestes de la tiranía las abejas, en vez de verlas discurriendo por los senos del espacio y libando el jugo de las flores, preguntarles, como el gran poeta, por qué ellas, hijas de la luz; ellas, que zumban tan armoniosamente en nuestras florestas; ellas, que liban las aromosas esencias y las transforman en cera y miel, no huyen de ese sudario de la más gangrenosa podredumbre, y no clavan sus agujones sobre quien así las esclaviza y las obliga, siquier sea en efigie, á significar destinos tan contrarios á sus providenciales destinos en el seno de la Naturaleza. Imposible averiguar la correspondencia de la abeja con el Imperio, bien al revés de lo que sucede con las violetas, las cuales tienen ya una significacion conocida. Esa flor modesta, y al orgullo imperial tan contraria; esa flor, que huele con suave fragancia; esa flor, oculta en la tierra como la humildad, y que dirige al cielo sus aromas, bien diferentes del hedor de la sangre, representa la autoridad imperial, porque en Marzo, en el mes de las violetas, fué la restauracion bonapartista, resucitada de su sepulcro de la isla de Elba merced al prestigio de aquel guerrero extraordinario, que lanzó al morir, como un sol enrojecido, sus más homicidas, pero tambien sus más fulgurantes rayos. Pues abejas y violetas llenaban

la iglesia de San Agustín, iglesia moderna, como la dinastía imperial, más parecida á una estacion de ferro-carril que á un templo católico, lo mismo que el Imperio se parece á cualquier otra cosa ménos á una Monarquía ó á una República, ó á cualquiera de las instituciones regulares y propias de nuestra civilizacion y de nuestra cultura.

Notóse la ceremonia por dos cosas: por la disminucion de los asistentes usuales y por la sencillez de los servicios religiosos. Una misa rezada bastó al entusiasmo de un partido fanático. El nuevo representante de la dignidad imperial, Jerónimo Bonaparte, presidió el duelo con sus hijos al lado y sus violetas al ojal. Las dos princesas, Matilde y Clotilde, oraron á una en el mayor recogimiento. Y los exaltados, los supersticiosos, los fanáticos, es decir, todos los enemigos del nuevo César deparado por la Providencia, reuniéronse al pié extremo de la iglesia y mostraron á una, en ese alejamiento de su jefe natural, todos los odios irreconciliables y todas las enemigas invencibles existentes entre los que aspiran á representar la unidad del poder y el prestigio de la gloria en Francia. Concluida la ceremonia, el verdadero Bonaparte, el sobrino más cercano al César formidable, el heredero inmediato del malogrado príncipe imperial, el hijo de Jerónimo, antiguo rey de Westphalia, llevando en su fisonomía y en

sus facciones el aire olímpico de su raza apolina y el reflejo lejano, pero cierto, del siniestro genio imperial, marchóse sigilosa y modestamente, como si quisiera ocultar la herencia que le ha deparado el destino y que puede convertirse fácilmente ó en trono espléndido ó en perpétuo destierro. Pero el núcleo de las fuerzas batalladoras, la caballería ligera de los bonapartistas, los representantes de la extrema derecha imperial, fieles á un espectro que no puede volver, marcháronse metiendo mucho ruido en el templo y provocando entusiastas manifestaciones en la calle. Casagnac y Amigues, muy especialmente, fueron seguidos hasta sus casas, adonde llegaron en triunfo aclamados por continuos vítores y resonantes vivas. Tales manifestaciones han herido á los amigos del príncipe Jerónimo, y en su diario, *El Orden*, han lanzado un anatema contra ellas, diciendo que bien pudieran resultar obra de la misma policía gubernamental, encaminada directamente á perturbar la paz pública y justificar persecuciones y destierros.

Todo el mundo sabe quiénes son Amigues y Casagnac, representantes cada cual de una de las dos fases que tiene ese monstruo de doble naturaleza llamado el Imperio. Casagnac significa el cesarismo católico, semi-absolutista, imperial, brazo derecho del Papa, espada flamante de la Iglesia, sombra de Carlo-Magno, digno continuador de

Clodoveo, de Cárlos Martel, de los francos, de los más católicos entre los hombres del Norte, mientras Amigues representa el cesarismo romano, plebeyo por su origen, socialista por sus doctrinas, moralmente apoyado en las muchedumbres desheredadas y materialmente en las legiones pretorianescas, y que aspira á vengarse de las aristocracias y de las clases medias, trayendo por medio de la dictadura un mejor reparto de la riqueza, primera y principal aspiracion de la política bonapartista. Fieles respectivamente á sus extraños destinos, Casagnac es un batallador de primer orden y Amigues un clubista de primer orden tambien; guerrero aquél, como cumple á quien mantiene el imperio militar, y organizador de manifestaciones populares éste, como cumple á quien mantiene el imperio socialista. Ambos á dos esgrimen la pluma con violencia y sustentan la polémica con ardor. De suerte que, heridos por el órgano de su Emperador, han soltado y lo han puesto como digan dueñas. Bien es cierto que les llaman «personalidades sin autoridad.» «Quien así nos llama, escribe el irritable é irritado Casagnac, es aquel antiguo renegado de todas las opiniones, conocido por el nombre de Pascal, que ayer aún denostaba y ultrajaba públicamente é ese mismo partido imperialista, el cual hoy explota con la misma desvergüenza y la misma conviccion. Y ese periódico,

que se atreve á darse con nosotros aires de criado de mala casa, es el periódico que vegeta gracias á nuestras limosnas forzosas, y que puede vanagloriarse de haber costado millares de francos á nuestro partido exhausto. Mr. Pascal y *El Orden*: he ahí quienes alardean de autoridad, de prestigio, de honor. Momento triste y duro éste en que los lacayos levantan la cabeza y golpean con sus plumeros á aquellos de quienes temen la influencia ó á quienes envidian la reputacion. Sois los de ese periódico, ó desconocidos ó especuladores, verdaderas nulidades, sin accion alguna sobre un partido á quien habeis arruinado, y á cuya piel continuais adheridos y pegados con la voracidad tenaz de los insectos cutáneos.» Esos ontomólogos, que andan buscando bichillos por todas partes, no podrian creer en calificacion y clasificacion semejante de los jefes bonapartistas si no la vieran expresada y repetida con toda solemnidad por el Ney ó el Murat de la pluma, el primer jefe de las cargas de caballería en la prensa imperial, muy molestado con los picores de tales niguas. Pero es el caso que al verlos tan maltrechos, el Emperador en ciernes ha descendido de su Olimpo y ha maltratado con nota reservada, pero amenazadora ciertamente, á los malandrines que se atreven á poner de oro y azul á su córte y á sus cortesanos. Mas la irreverencia se atreve á tanto, que Amigues,

indignado, exclama : « Resulta de esta nota que el príncipe Napoleon siente un vivo deseo de evitar todas las manifestaciones de simpatía popular. Tranquilícese ; el pueblo le complacerá. »

La verdad es que el partido imperialista ha pasado la mayor de las desgracias, tener que personificarse en el príncipe á quien más habia insultado y herido. El carácter del príncipe Napoleon es uno de esos caracteres que engendran y sostienen las perversas instituciones imperiales. Registrad la Historia y descubriréis junto á las dinastías de primogénitos que heredan el poder, otras dinastías de segundo-génitos que heredan el ódio á los herederos del poder, con los cuales se hallan unidos por los fuertes lazos de la sangre, y de los cuales se hallan separados por las terribles inspiraciones de la ambicion. En nuestra historia, por otros conceptos caballeresca, se encuentra siempre, junto á las dinastías que podríamos llamar fundamentales, otras dinastías que podríamos llamar secundarias, otras dinastías de príncipes, de infantes segundos, que nacen á la sombra del trono, que adquieren el ánsia de reinar, que, para satisfacer este ánsia, rompen por todo, atropéllanlo todo, ahogan los sentimientos más humanos, aborrecen á las personas más queridas naturalmente entre los demás mortales, olvidan que son hijos, hermanos, padres, venden la patria, faltan á sus juramentos,

se pasan á los enemigos, no ya de su nacion y de su rey, sino de su fe religiosa, y llenan de sombras la Historia, de crímenes la tierra. Testigos : aquel infante D. Enrique, hermano de D. Alonso el Sabio, que corre á buscar entre los agarenos aliados de su cólera ; aquel otro príncipe, que al pié de Tarifa inmola al hijo de Guzman el Bueno ; aquel D. Sancho el Bravo, que se revuelve en rebelion abierta contra el derecho de sus hermanos y contra la autoridad de su padre ; aquellos Trastamaras, nacidos en el adulterio y al trono elevados por el fratricidio. Pues lo mismo sucede en todas las naciones. Alfonso VI de Portugal se ve despojado por su hermano del reino, de la libertad, de la familia ; el rey Luis XVI de Francia se ve condenado á muerte por su primo el Duque de Orleans ; Carlos X destronado por su primo Luis Felipe ; y Napoleon III y el hijo de Napoleon III perpétuamente contrariados por el príncipe Napoleon, que ama con furor el trono, el poder, y con furor odia á su propia dinastía, á su propia sangre.

El principio hereditario ha dado una de sus más naturales consecuencias y la corona del Imperio bonapartista ha ido á parar á las sienes de su mayor enemigo, del príncipe Napoleon, como la corona de la monarquía borbónica tambien irá á parar, en cuanto muera Chambord, á las sienes del descendiente de los regicidas, á las sienes de

un Príncipe de Orleans, y contra estos empeños del nacimiento no hay posibilidad de defenderse: son naturales en las leyes de la herencia. ¿Qué pueden, pues, los bonapartistas contra esta ley de destino y contra este fatal corolario de todos sus principios? No pueden nada. Hay que resignarse. Todas sus maniobras contra el Príncipe resultan maniobras contra sí mismos; todos los ataques dirigidos al Príncipe, ataques dirigidos á sí propios; todas las tentativas de desconocerlo y combatirlo arrebatos de demencia é impulsos al suicidio. Las dos ramas segundas, la de Bonaparte y la de Borbon, llegan á heredar legítimamente la corona imperial y la corona monárquica tan codiciadas, cuando son imposibles la monarquía y el imperio: hay Providencia.

El Príncipe de Bismarck vuelve hoy á sembrar el terror en Europa con una de sus últimas determinaciones, con la determinación de aumentar desmedidamente el ejército aleman, estando como estamos en tiempos denominados de paz. El solitario de Varzin lanza este inesperado rayo, cuyo chasquido aún resuena siniestramente, desde cielo azul y sereno. Apartado de todos sorprende á todos con sus resoluciones.

En el camino de Dirschau á Dantzig, sobre tierra ligeramente ondulada por suaves colinas, entre bosques oscuros parecidos á druídicas selvas,

al borde de la calzada, extiéndese la quinta donde el Canciller de Alemania concibe, madura y cumple sus vastísimos proyectos. Un solo piso la compone; dos sencillas alas se extienden á cada lado; color amarillo mate la cubre; modesta escalera, adornada con plantas meridionales, conduce á su puerta, cerrada casi para todo el mundo en la necesidad que siente el pensador y el estadista de recogerse y de aislarse. Nada tiene tal vivienda de magnífica y extraordinaria. No podría adivinarse al verla, que reside allí quien hace temblar al mundo, y estremecerse en sus tronos las potestades más altas, y en sus límites y fronteras los pueblos más ilustres. A la derecha del vestíbulo, el comedor, grande, pero sencillo; á la izquierda, el salon, sin adornos casi, lleno todo él de mapas geográficos y etnográficos, reveladores mudos de los pensamientos de guerra y de conquistas que arden á una en aquella espaciosa frente y relampaguean en aquellas profundas y avizoras miradas. En medio de una sociedad tan estruendosa como la nuestra y tan contraria á esos retiros y apartamientos del comun de las gentes, ha realizado en parte el Canciller la vida monástica, que necesitan los grandes trabajadores de la historia, ó bien para idear en calma un sistema ó bien para cumplir y realizar con verdadera resolución un plan. Pero quizás esta soledad le inclina, mal de su

grado, á considerar la Alemania como una especie de abstraccion, sobre la cual pueden extenderse fácilmente ideales surgidos del seno de una conciencia inmensa como el Océano. Si saliera del apartamiento en que se esconde; si disipára la atmósfera que lo rodea; si estableciera comercio contínuo de relaciones y de pensamientos con el mundo, no le pasaria cuanto le pasa ahora, que manda, y manda á raja tabla, como suele decirse, sin parar mientes en los daños que hace y en las oposiciones que suscita. Concíbese que un tirano antiguo, como Tiberio, á la cabeza de Roma oprimida, receloso de una aristocracia que sueña con su Senado y de una democracia que sueña con el comicio, viendo la sombra de la República en los aires, y obligado, por su posicion y por su temperamento al crimen, se recluya en isla del Tirreno, y mande como la fatalidad y mate como la peste; pero no se concibe tal proceder en estadista popular, querido de la mayoría de los alemanes, á quien debe la patria comun su unidad consagrada en tantas victorias, y que, gobernando con Parlamento y con prensa, si bien bajo muchas restricciones, ha menester comunicacion diaria y contínua con la conciencia general, y oído abierto y atencion fija para recoger los publicos clamores y sondear el pensamiento y la voluntad de un gran pueblo. Si oyera, si hablára, si viese ¡ah! sentiria

bajo su mano los latidos del corazon de la patria, veríala hambrienta por causa de las últimas medidas económicas, arruinada por esos colosales armamentos, exhausta de la antigua inspiracion que tantos hijos ilustres le engendrara, obligada, como aquellas tribus en armas de otros tiempos, á caer sobre el vecino para procurarse el alimento necesario á innumerables ejércitos, cuyo ocio resulta no sólo una imposibilidad moral sino tambien una imposibilidad económica.

Así todos preguntan á dónde se dirige con esa política de colosales armamentos y nadie acierta hoy á responder. Quién dice que el águila imperial pasará de nuevo la frontera y clavará sus garras afiladas en las entrañas de Francia; quién que ayudará á Rusia en sus empeños de contrastar el poder británico en Asia; quién, al reves, que declarará la guerra á Rusia y conseguirá á cambio de convertir á Viena y su territorio en otra provincia de Alemania, coronando al Emperador austriaco en Constantinopla como jefe augusto de una confederacion oriental compuesta de magyares y eslavos y griegos y hasta turcos. Y en verdad, el rumor público no se apagará, la inquietud general no se calmará, Europa entera no recobrará su calma antigua como Alemania continúe por esa senda erizada de bayonetas, comprometiendo con su ejemplo á todos los pueblos en el empeño rui-

noso de mantener un ejército muy superior á sus recursos, á sus fuerzas. No se comprende que á una Europa necesitada del régimen puramente industrial se la obligue á un régimen militar de todo en todo, incompatible con su naturaleza y con sus civilizadores destinos. Un ejército apropiado á las necesidades y á los recursos de cada pueblo es una verdadera áncora que necesitan los Estados para vivir y permanecer seguros. Mas un ejército en desproporcion extraña con las fuerzas y las rentas de cada pueblo los obliga á todos á una guerra eterna tras la cual viene por necesidad un régimen semifeudal, incompatible con el elemento más vivo de esta sociedad, con la democracia, y derogador de la ley más necesaria, de la ley divina del trabajo. Las formas de gobierno, los organismos políticos, las instituciones todas, resultan como consecuencias indeclinables de la verdadera esencia y de la verdadera sustancia social. Armais á todo un pueblo, lo armáis para que á la guerra eterna se entregue; pues no hay remedio, teneis que darle un régimen correspondiente á ese estado social. Un profundísimo observador de los hechos metafísicos y de los hechos históricos y de sus mútuas relaciones, ha señalado con profundísima exactitud cómo, hasta en los pueblos primitivos, las tendencias fundamentales de la sociedad engendran las formas definitivas de Gobierno. Todo

cuerpo de combatientes necesita una centralizacion excesiva; y toda centralizacion excesiva pide una autoridad avasalladora. Quien tiene en sus manos la espada de general, tiene en sus sienes la corona de Emperador. La ciencia del gobierno se convierte por ese medio en ciencia militar. El régimen autoritario puro ha de imperar por fuerza allí donde los ciudadanos han de combatir perpétuamente por necesidad. Y es una ley que se cumple lo mismo entre los cafres que entre los alemanes, lo mismo en el centro de Europa que en el centro de América; doquier prepondera cierta especie de régimen político sujeto á batallas continuas. Por ejemplo: hay en el desierto pueblos agrícolas y pacíficos, que consagran su actividad al trabajo. Pues resultan sometidos á un régimen puramente patriarcal. Hay pueblos conquistadores, que están constantemente en guerra abierta con sus vecinos. Pues resultan, como los zulúes, sometidos á un jefe con todos los atributos y todas las facultades de un déspota. Donde la guerra es todo, nada es la nacion. Tarde ó temprano habeis de dirigirla como en Dahomey, donde la nacion, sin excluir á los niños y á las mujeres, se divide en cuerpo central y dos alas. Por semejante camino, por tal procedimiento, con medios como esos, Alemania podrá levantar muy alta su cabeza y decirse y llamarse la más fuerte de las naciones; pero no la

más trabajadora, ni la más libre, ni la más culta, ni la más útil á los humanos progresos. Y desengañense los alemanes, no estamos en aquella Asia conquistadora, donde los dioses peleaban en el cielo y los pueblos en la tierra. Pertenecemos á la Europa de la libertad, de la industria, del trabajo, del comercio, del derecho, de la democracia. En el seno de las naciones más antiguas ha entrado el calor de la vida más moderna y ha fundido esas castas de bronce tan fuertes y tan formidables. A nuestros museos hemos visto llegar, en carros, los dioses antiguos del Japon derribados revolucionariamente porque representaban el régimen militar, cuando hasta aquellos pueblos, frios como su porcelana, sentían la necesidad imprescindible de un régimen industrial, capaz de contener, sin quebrarse, el fuego de la libertad. Las industrias, las artes, las ciencias, necesitan cooperadores libres, cofrades independientes, hermanos, masones; la guerra perpétua necesita máquinas de combate é instrumentos de matanza. Podrá Alemania inscribir muchas victorias en los arcos triunfales, bajo los que pasan soberbios los soldados vencedores con sus cascos rematados en punta; pero no podrá, levantando los ojos al cielo, ver, como estrellas sin ocaso: en la crítica, un Lessing; en las ciencias físicas, un Humboldt; en las ciencias morales, un Kant; en el teatro, un Schuller; en la poesía, un

Goëthe; en el arte un Mozart ó un Beethoven. Será una nacion de guerras y conquistas; pero pobre y esclava: no será, no, como hace setenta años, la gran nacion de la ciencia y la Sibila inmortal de las ideas.

EL DESARROLLO

DE LA

REPÚBLICA FRANCESA.

Por fin á la agitacion de los dias últimos ha sucedido en Francia una calma indispensable al desarrollo de su política y al progreso de sus instituciones. Decíase que el Ministerio iba prontamente á dimitir y nos apenábamos todos los que pedimos una compensacion para el principio progresivo de la República democrática en las prácticas de la estabilidad. Cuando Francia se ve circuida por todas sus fronteras de monarquías, y estas monarquías encabezadas por ministros de una gran duracion, la cual aumenta su poder, el cambio continuo de ministerios quitaba fuerza á la República, prestigio al Gobierno, sin dar impulso ni celeridad de ninguna clase al movimiento. Es necesario que en la nueva fase de la República francesa no se olvide un axioma capitalísimo de la política moderna, á saber : que las reformas é innovaciones más pro-

gresivas no pueden erigirse sino sobre las bases de la conservacion más necesaria. De consiguiente, la larga vida dada al nuevo gobierno calmará mucho los ánimos, y en el concepto europeo dará hoy á la República el respeto y la consideracion que tanto necesitan todas las instituciones y con especialidad las instituciones democráticas.

Sin embargo, para que la agitacion no cese un punto, como si fuera cierta movilidad necesaria á las instituciones en su infancia, cual es necesaria á los individuos, preséntase un nuevo problema fácil en su solucion, dificultosísimo en sus procedimientos. Uno de los asuntos que más apasionaron á la célebre Asamblea fundadora de la tercer República, el asunto de la capitalidad de Francia y de la residencia del Parlamento, enciende hoy los ánimos con voraz incendio y los apasiona con desmedida exaltacion. La nacion francesa tiene establecida su capital á un extremo del territorio, con lo que pierde mucho su cohesion geográfica y gana mucho su importancia europea. París no es el centro de Francia y es el centro de Europa. Las ideas de todas las naciones, á manera de los caminos, resultan radios de ese gran centro. Su cosmopolitismo histórico suele dar á la gran ciudad tendencias humanitarias que se muestran á la continúa en sueños y aspiraciones de revolucion. Luego su temperamento histórico, su complexion moral, su or-

ganismo, la constituyen fatalmente en capital de grandes inspiraciones y de súbitos arranques, los cuales muchas veces se manifiestan por estremecimientos parecidos á los estremecimientos de la Sibila en su trípode. No es propio sólo de nuestro tiempo este carácter revolucionario de la gran ciudad francesa. En la Edad Media sus escuelas sentían todas las agitaciones del pensamiento en progreso, como sus calles todas las agitaciones de la democracia en formacion. Durante la primera mitad del siglo xvii París sostiene sus guerras de la Fronda, tan semejantes á nuestras guerras de las Comunidades en el siglo xvi. Durante la pasada centuria París escribe la Enciclopedia y derriba la Bastilla. Durante la centuria que hoy corre, París hace las tres revoluciones democráticas de 1830, de 1848 y de 1870. Toda esta historia le da indudablemente á la ciudad de París ministerio excepcional en Europa, y la hace como la reveladora eterna de la revolucion. Por eso los diputados de la primera Asamblea de la República, cuyo carácter reaccionario conoce todo el mundo, arrancaron la capitalidad á París y la trasladaron al viejo santuario de la monarquía absoluta, al clásico Parque de Versálles. Mas, así como á medida que el mal se acaba, se acaba tambien el heroismo, á medida que los grandes problemas políticos se resuelven, se acaba tambien la re-

volucion. Así es que París, ciudad tan agitada, tan nerviosa, tan pronta de suyo á la sublevacion allá en los tiempos de la monarquía, resulta tranquila y serena en la República. Y no hay ni puede haber los inconvenientes soñados por los reaccionarios para que la Cámara se reinstale en París, eterna capital, no ya de Francia, de Europa, formada y constituida fuertemente por la naturaleza y por la historia. Pero esta resolucion tiene un lado grave: su procedimiento constitucional. Está prescrito en el Código de la República que las Cámaras residan en Versálles, y para trasladarlas á París se necesita nada ménos que una reforma constitucional. Y entre los achaques de nuestra raza el primero es, sin duda alguna, ese constante afan de cambiar Constituciones, ó por lo ménos, de reformarlas todos los dias. Así pierden el prestigio que nace de la historia, del tiempo, de la tradicion, de la ancianidad, en cuyos mágicos arreboles se oculta la autoridad esplendente de las monarquías. Nosotros quisiéramos para las democracias Constituciones, si no tan antiguas como la Constitucion británica, tan sólidas como la Constitucion americana. Y nos duele ver que para un asunto de esa clase se necesita reunir las dos Cámaras en Convencion nacional y reformar fundamentales artículos de la Constitucion del Estado. Pero no hay otro remedio; la presencia en Versálles de las Cámaras republicanas

tiene tal carácter de contrasentido con todo lo existente, que debe á toda costa remediarse. Lo necesario es que con motivo de este asunto no se susciten cuestiones á él ajenas ; y á esta necesidad ocurrirá la prevision del Gobierno y el patriotismo de los republicanos.

La amnistía va dando ya sus frutos. El célebre escritor M. Ranke ha entrado en París y ha recibido su plaza de redactor en la *República Francesa*. Indudablemente los revolucionarios de oficio concluirán por comprender que las revoluciones violentas nada crean , más estériles aún que la inundacion desbordada en el campo. ¿Quereis que os muestre el tipo de un conspirador eterno y su esterilidad? Pues mirad á Blanqui.

El año de 1827 aparece por vez primera Blanqui en atrevido motin, y saca ancha herida en el cuello. El año de 1830 combate con valor en las barricadas de Julio. El año de 1831 promueve una sublevacion escolar contra su catedrático Mr. Barthe. Al año siguiente es condenado á doce meses de prision y 200 francos de multa por otra calaverada política. El año 1834 sufre nueva condena á dos años de prision y 3.000 francos de multa, por maniobras de sociedades secretas y complicidad en atentado de regicidio. El año 1837 es expulsado de París y obligado á vivir bajo la vigilancia de la autoridad de Pontoise. El año 1839 promueve un motin san-

griente, por el mes de Mayo, y cae preso en el mes de Octubre. Desde Octubre de 1839 á Febrero de 1848 anda de prision en prision y de hospital en hospital. En el mismo mes de Febrero protesta contra la desaparicion de la bandera roja. En Marzo promueve un motin socialista. En Abril toma parte en las manifestaciones contra el desarme de la Milicia de Rouen y por la expulsion del ejército de París. En Mayo invade y disuelve la Asamblea Nacional. Cae, á consecuencia de este nuevo atentado, preso, y continúa en prision hasta la amnistía de 1859. Vuelve, en 1861, á Francia, y á los pocos meses de nuevo es sorprendido en crimen de sociedad secreta y condenado á cinco años de presidio. Viene la tercer República, y continúa perturbándola. El 31 de Octubre de 1870 toma parte en el motin contra el Gobierno de la Defensa nacional, y á primeros de Marzo de 1871, despues de haber alarmado los ánimos en París, huye y cae nuevamente en manos del Gobierno, que lo tiene como el Gobierno de la restauracion, como el Gobierno de Luis Felipe, como el Gobierno de la segunda República, como el Gobierno del segundo Imperio, en durísima prision.

No encontraréis entre los conspiradores europeos ninguno tan audaz, tan creyente, tan constante, tan probado por toda suerte de infortunios, y por lo mismo ninguno tan temible para la seguridad

de los gobiernos, y tan calamitoso para el progreso y el desarrollo de las democracias. Los hombres que pasan la mitad de su vida y de su tiempo entre con-fabulaciones insensatas y la otra mitad entre bar-ricadas estériles, siempre con el santo y seña del motin audaz en los labios y el puñal infame del demagogo en las manos, aunque tengan las cuali-dades más altas y la inteligencia más comprensiva; aunque les acompañe la habilidad más exquisita y el valor más heroico; sólo sirven para engendrar esas agitaciones precursoras de la reaccion y para dejar tras sus pasos un reguero indeleble de lágri-mas y sangre, que provoca horror á la libertad y arrastra generaciones enteras al suicidio del alma, á la abdicacion del derecho.

La imágen del tenaz conspirador es Blanqui. Nada le falta para el cumplimiento de su vocacion y el ejercicio de todas sus maniobras : ni la inteli-gencia flexible, ni la imaginacion fecunda en ex-pedientes y en recursos, ni el desprecio á los bienes de este mundo, ni el fanatismo por las ideas avan-zadas, ni la exaltacion del carácter, ni la hipocre-sía, ni la doblez cuando á sus fines convienen. Ha consumido en eso su vida. ¿Y qué ha alcanzado? Asociar su nombre á todas las revoluciones, par-ticipar de todos los motines, ser un conspirador permanente contra la monarquía de Luis Felipe, para convertirse luégo, á la hora del peligro de

muerte y al pié de la horca, en acusador de sus compañeros ; perturbar la segunda República hasta violar su Asamblea, y caer en prision ; perturbar la tercer República, y bajo el látigo de fuego manejado por las legiones extranjeras, sembrar la discordia para recoger la execracion de todos los buenos y la derrota de su patria. Todos cuantos aman la libertad deben aborrecer la demagogia.

Blanqui es bajo de talla, moreno de color, nervioso de temperamento ; sus ojos negros y penetrantes, su nariz puntiaguda, sus labios finísimos, su sonrisa siniestra, su pelo cano, su voz temblona y ágría ; la expresion de su rostro acusa la invencible energía del temperamento y la salud que conserva en medio de tan horribles dolores, la intachable pureza de sus costumbres ; sus espaldas encorvadas y sus piernas vacilantes le dan caracteres seniles en consonancia con su edad, que raya en los setenta ; y lo descuidado y aún sucio de su traje revela á un mismo tiempo que es pobre de fortuna y que está consagrado enteramente al culto erróneo y fanático, pero al culto desinteresadísimo, de una idea.

Los demócratas de todos colores le han aborrecido siempre. Lamartine no sabía cómo justificar el haberlo admitido una vez en su casa. Ledru Rollin decia que llevaba en vez de corazon una bolsa de hiel. Luis Blanc muestra que le ponía miedo

toda manifestacion política en que el feroz demagogo tomára parte. Dufaure declaró en público juicio que habia denunciado sus compañeros de conjuraciones á los gabinetes de Luis Felipe. El íntegro Barbes le creyó siempre traidor ; y cuando presente con él, por la violacion de la Asamblea ante los tribunales, en el mismo banquillo de los acusados decia Blanqui algo que pudiera á Barbes referirse, exclamaba Barbes : « Os intimo que no habéis de mí. » Eran las ocho de la noche de 1870. Los milicianos del centro de Paris, todos adictos á la República, se reunieron en el local de la Bolsa. Se habla de reaccion, de maquinaciones, se les conjura para que vayan á derribar al gobierno y á salvar la República. Unos vacilan, otros se deciden por los revolucionarios y casi quieren gritar que se proclame la Comunidad de París. Mas de pronto saben que Blanqui esta al frente de todo, y exclaman : « Con Blanqui, jamas. Él perdió la República de 1848 ; él perderá la República de 1870. »

En el momento que corre, dada la situacion especial de Francia y el estado de los ánimos, para evitar revoluciones que pudieran herir gravemente la paz pública y la prosperidad material ; para evitar reacciones que, á su vez, pudieran herir más gravemente aún las libertades indispensables y el progreso pacífico, necesítase á toda costa el predominio del partido que tiene el conocimiento práctico de la

realidad, el amor verdadero al ideal y el sentido de la política posible, que ha de aliar la autoridad social con los derechos individuales dentro de la República.

Cuando se ha vivido mucho tiempo; cuando se ha trabajado por la libertad y por la democracia con empeño, échase de ver, y á primera vista, en cuanto llega la hora del triunfo, que nos hemos curado de todo, de los derechos del individuo, de las instituciones progresivas, de los programas científicos, ménos de aquella condicion esencialísima á la vida de las sociedades, ménos de la seguridad general, cuya ausencia trae males tan graves y tan profundos, tiranías tan desordenadas y tan peligrosas, que obligan á suspirar por la autoridad derribada y á echarse en brazos de una ciega reaccion. El partido que provea al afianzamiento de las instituciones modernas, á la proclamacion de la República, á la autoridad, al órden social, sobre todo á esa seguridad, sin la que la vida es tempestuosa y el progreso incierto, será el partido depositario de la política saludable á esta época procelosa de transicion y de crisis.

Este partido es la realidad viviente. Rechaza con ardor y con empeño la reaccion insensata hácia la monarquía legítima. Maldice aquel funestísimo desolador Imperio, que, despues de haber opreso á Francia tanto tiempo, deshonorado su nombre,

puesto el veto de la dictadura á las expansiones del pensamiento y de la conciencia para prolongar su espirante vida, lanzóse sin fuerzas proporcionadas á los tributos extraídos, sin madurez ni en la voluntad ni en el juicio, como ciego y demente, en la tromba y en los huracanes de la guerra internacional, que lo arrastran á las llanuras de Sedan hasta obligarle á dejar 400.000 prisioneros de guerra; 36 departamentos invadidos, la capital asediada y palpitante bajo las amenazas del incendio y los horrores del bombardeo; 20.000 millones de reales por rescate; dos provincias desmembradas del suelo frances para vivo testimonio de la derrota; y luégo la guerra civil engendrada por los males de la guerra extranjera y por las visiones y los ensueños de una larga y deshonrosa servidumbre. Y si este partido rechaza el Imperio, rechaza con más vigor aún la Comunidad de París, á la cual venció y soterró con vigor equidistante de dos utopias al igual dañosas, de la utopia de lo pasado y de la utopia de lo porvenir.

Este partido se ha formado de una manera natural y por procedimientos profundamente lógicos. De un lado aquellos republicanos que, advertidos por la experiencia, desean realizar gradualmente la emancipacion de la democracia, como procede en sus series, y en sus evoluciones, y en sus organismos la naturaleza, conságranse á robustecer

la autoridad social dentro de la República, y á su vez, de otro lado, aquellos monárquicos que han querido la monarquía, sólo como áncora de la libertad, advertidos por la lógica de los hechos, por la enseñanza de la historia, renuncian á los poderes de origen divino, de carácter hereditario, y se consagran á encerrar los poderes de origen nacional y de carácter democrático dentro de su forma genuina y propia: dentro de la República. Son éstos, en verdad, hombres de ciencia y de experiencia que conocen el principio más axiomático y más fundamental de la política, el principio de que no hay derecho alguno á sacrificar los intereses permanentes de la patria á la consecuencia con ideal dogmático. La verdad es que el sentido común y el sentido moral sólo llaman apostasías al cambio de ideas por móviles interesados y en sentido reaccionario. Es apóstata Juliano, que pasa del cristianismo al paganismo; no son apóstatas ni San Pablo, que pasa del judaismo, ni San Agustín, que pasa del paganismo á la idea cristiana. La conversion de Emilio Ollivier, por ejemplo, de la república á la monarquía, es una gran deshonra; la conversion de Mr. Thiers de la monarquía á la república es una gran gloria. El partido que le sigue y que le apoya en esta empresa tiene el verdadero sentido de la política necesaria; y tendrá la gloria de haber iniciado la educacion de una gran

democracia y el establecimiento de una gran república.

El programa de este grupo, que compone el centro izquierdo de la Asamblea elegida entre los horrores de la guerra, se compendia en varios puntos fundamentales : conservacion de la República, haciéndola definitiva y estable ; sufragio universal engendrando la representacion popular para que engendre el poder ejecutivo, el poder supremo ; dos Cámaras, á la manera de los Estados-Unidos, con diferentes categorías y diversa esfera de actividad, y duracion, tambien diversa, pero emanadas ambas de la voluntad nacional ; consagracion de todas las fuerzas de Francia completamente á robustecer y regenerar la nacion, hoy más que nunca necesitada de las ventajas de un progreso pacífico y del concurso activo y de la union estrecha entre todos sus hijos, alzados á la altísima dignidad de ciudadanos.

A este programa le faltan resueltamente ideas y elementos que podrian darle más luz y más vida. Desde luégo, los principios más propios de la naturaleza humana y más esenciales á su existencia y desarrollo, son aquellos principios del derecho natural que consagran el completo desarrollo de nuestras facultades y nos facilitan el fin de la vida, el cumplimiento de nuestro destino y nuestro ministerio sobre la tierra. Y si le falta esto en la al-

tísima esfera de los principios, le falta en el organismo la distribución de la soberanía popular y de la autoridad social en grupos y entidades fundamentales que aparten todo el calor vital del cerebro de los pueblos, expuestos, por esas concentraciones absurdas de la vida, á una fulminante apoplejía. Descentralización y libertad son dos puntos que debe abrazar el centro izquierdo y que completarán su doctrina. Puestos por obra, serán la honra de las generaciones presentes, y el puerto y el refugio de las venideras generaciones.

Salir de esta política del centro izquierdo equivale á entrar en las vaguedades abstrusas de un radicalismo sin término y sin fondo.

LA POLITICA CONSERVADORA

EN LA

REPÚBLICA Y EN LA MONARQUÍA.

Demostracion evidentísima de que las formas y organismos de la política llaman á las esencias y á las sustancias el espectáculo que hoy ofrecen respectivamente la república de Francia y el Imperio de Alemania. Fundóse éste animado por ideas revolucionarias esparcidas por aquel Congreso de Francfort, que resultó verdadero concilio de la democracia germánica. Fundóse aquélla en ideas monárquicas concebidas por la primer Asamblea de Versálles, que resultó el verdadero concilio de la reaccion francesa. Parecia, pues, que el imperio germánico estaba destinado á llamarse en la lengua de los hombres la revolucion, la libertad, la democracia, la idea progresiva, y que la república francesa estaba destinada á llamarse á su vez la reaccion, el privilegio, la guerra con todos los elementos de progreso. Pero cada organismo ha llamado á su

respectiva esencia, cada cuerpo ha traído sobre sí mismo su alma. El Imperio concebido por la revolución, forma monstruosa del privilegio y último remedo de las sociedades asiáticas, marcha por las vías reaccionarias, mientras que la república, concebida por la reacción, como forma que es del nuevo derecho y reflejo de la antigua inmortal Grecia, marcha por las vías progresivas al cumplimiento y realización de los grandes ideales modernos. No hay temor de que la República exagere la idea de autoridad; como no hay temor de que exagere el imperio la idea de libertad. Si por algo puede morir la República francesa es por exagerar la idea democrática, y si por algo puede morir el Imperio alemán es por exagerar la idea autoritaria. Y, efectivamente, después de los dos atentados á la vida del Emperador, después de las leyes dadas en apariencia contra el socialismo exagerado y realmente contra las libertades necesarias, el imperio germánico entra en período de insensata reacción. Y no satisfecho con las trabas puestas á la libertad de pensar por medio de esas leyes absurdas que intentan corregir las leyes divinas del espíritu y ahogar la libertad natural del pensamiento, no satisfecho con haber extendido sobre la tribuna la sombra letal de restricciones que la destruyen y de haber elevado la legislación militar á legislación ordinaria de un pueblo convertido en magno cuartel; no

satisfecho con toda esta reaccion, pretende ahora convertir el Estado, órgano superior del cuerpo social, pero un solo órgano por su naturaleza propia, en todo el cuerpo social, en toda la sociedad. Y quiere acaparar las vías férreas para el Estado, y quiere acaparar para el Estado las sociedades de seguros. Por tal camino dentro de poco no se podrá respirar en Alemania. Las sociedades humanas se levantan como el universo en dos fuerzas contrarias que deben equilibrarse, dos fuerzas de las cuales una produce lo general, lo colectivo, lo absorbente; y otra lo individual, lo especialísimo, lo particular, lo expansivo, de igual suerte que en la naturaleza produce una fuerza las especies y produce otra fuerza los individuos. Una generaliza y otra diversifica, y ambas son necesarias, como es necesaria la unidad y la variedad en todo lo creado. Dentro de esta síntesis capital se halla la verdad entera. Toda escuela que no armonice la sociedad con el individuo parará necesariamente, ó en la anarquía ó en el feudalismo. Los demócratas avanzados que no se acuerden del gobierno, de la autoridad, de las fuerzas concentradoras sociales, darán, tarde ó temprano, en una de esas comunidades revolucionarias que pasan como las trombas dejando por toda muestra de su fecundidad las ruinas; y los imperialistas que no se acuerden de la libertad, del derecho, del individuo, de todo lo ex-

pansivo, harán un Imperio que sea como la cárcel donde empieza por entumecerse y concluya por asfixiarse un pueblo tan grande como el ilustre pueblo de Alemania.

En Francia las Cámaras han vuelto á su natural capitalidad; han vuelto á París, reinstalándose en sus sendos palacios con todas las aparatosas ceremonias tan del gusto de nuestros vecinos y con todas las prerogativas de autoridad y de prestigio tan necesarias al engrandecimiento de la República. ¡Grande diferencia entre aquellas Cámaras del Imperio, nacidas del sufragio tiranizado y de la candidatura oficial impuesta, y estas Cámaras nacidas del espontáneo albedrío de los electores franceses; entre aquella tribuna cohibida y esta tribuna libre, entre aquella elocuencia amordazada que debía buscar los afeites de la retórica para ocultar mejor su pensamiento, y esta elocuencia que sólo se inspira en la razón y sólo tiene por númen el espíritu cuasi divino de la libertad. Así, las Cámaras francesas del Imperio vieron sus recintos desacatados é invadidos por el pueblo, y sus senadores y sus diputados dispersos despues de haber traído el azote de la revolución y el estrago de las invasiones extranjeras; mientras que las Cámaras de la República, si persisten á una en aliar el orden con la libertad, despues de haber recibido, no sólo el acatamiento material de los ciudadanos, sino el concurso

moral de la opinion pública, veneradas hoy, bendecidas mañana, levantarán la Francia como esplendoroso luminar en los cielos infinitos de la humana conciencia. Necesitábase, pues, una gran cantidad de pesimismo para suponer que la entrada de las Cámaras en París podía producir, no ya violentas perturbaciones, pero ni siquiera la más mínima manifestacion de desagrado. París debia en esa ocasion solemne á sus quehaceres ordinarios entregarse, prescindiendo de todo alarde tanto en pro como en contra de lo más sagrado que puede haber en una sociedad, de la representacion legítima de un pueblo soberano y libre. Y como los demócratas rojos tienen el dón especialísimo de oscurecer y falsear la democracia en todas partes, el periódico rojísimo, órgano de los comuneros revolucionarios, ha excitado al pueblo de París á la prudencia y á la calma, como si el pueblo de París necesitára de esas excitaciones y de esos excitantes. En vez de ser el primero sería el último de los pueblos, si cuando tiene la libertad entera, la república segura, el hogar sagrado, su derecho en las leyes, su voto en las manos, se atreviera, confundiendo la fiebre con la vida, en este momento supremo de su historia, á desacatar su propia auidad y á destruir con exageraciones y con violencias su propia soberanía. Existen dificultades, no lo ocultemos, pero dificultades que serán supera-

das; existen obstáculos, pero obstáculos que serán vencidos; disgusta á todo ánimo elevado la política doble del presidente de la Cámara, que dice una cosa en sus periódicos y dice otra en sus discursos; disgustan las amenazas de ese demagogo Humbert, que, despues de haber escrito el Padre Duchesne y despues de haber contribuido á fusilar á Chaudey, áun amenaza terriblemente á la justicia con la venganza; disgusta ese Consejo general del Sena dando votos de censura al prefecto porque no desorganiza la policía, cuya estabilidad tanto necesitan las poblaciones del número y de la importancia que tiene París; disgustan esos programas excesivos como el programa de Brisson, que propone soluciones al problema social, como si el problema social pudiera resolverse en un dia; disgusta la ligereza con que el ministro de Marina ha nombrado y revocado como gobernador de la Martinica á un demócrata de tan claros servicios como Gent; disgustan todas estas cosas, que, al fin y al cabo, resultan nubecillas en cielo sereno, pero en cambio confortan y entusiasman las ventajas prácticas de la libertad, el orden fundado en la sumision voluntaria de los ciudadanos á las leyes, el presupuesto sin déficit, el ejército más numeroso y más disciplinado que nunca, el gobierno establecido sobre la voluntad pública y representado por un presidente y dos Cámaras, emanacion genuina del sufragio universal.

No es tan serena, ciertamente, ni tan segura la política de Inglaterra como la política de Francia. Digan lo que quieran sus admiradores, el jefe del partido conservador ha arrastrado á su patria por laberintos tales que resulta hoy enmarañada y dificultosísima la salida. Guerra en África, guerra en Asia, posesion de Chipre, tutela sobre Persia y sobre Marruecos, demanda de reformas al Sultán de Constantinopla, equilibrio inestable en Bulgaria, rivalidad indecible con Rusia; todos estos accidentes de la política inglesa hoy dominante agravan la situacion del partido conservador y piden con verdaderas instancias su reemplazo. Hace años que un viento de reaccion pasó por Inglaterra y puso el Gobierno en manos de los conservadores. Realizóse tal transformacion como se realizan para honra del género humano en los pueblos verdaderamente libres, no por intrigas de gabinete ó de camarilla, por el voto de los comicios, libre y espontáneamente manifestado. Pero el tiempo ha trascurrido, los efectos de la política conservadora han brotado, el déficit en los presupuestos ha crecido, la administracion y la Hacienda pública han bajado mucho, resultando de todo esto que la opinion abandone al Ministerio conservador y pida hoy á voces un Ministerio radical. Las ideas de Disraeli en punto á propiedad, á herencia, á vinculaciones, á contratos entre los dueños de la tierra

y los medieros, á jornales y arriendos son ideas de tal suerte reaccionarias y extravagantes que no se atreveria á decirlas ni el autócrata de todas las Rusias en las alturas de sus tronos ni en los vértigos de sus soberbias. No me maravilla, pues, que los pobres irlandeses vejados, opresos, puestos en el potro de todos los tormentos, heridos en sus derechos más sacrosantos, viéndose esclavos de una legislación absurda que esteriliza la tierra y les arranca la facultad de administrarse sus propios intereses, apelen á una de esas agitaciones que, comenzando por el asomo de sencillas protestas, concluyen por el estallido de procelosas revoluciones. Amparados por el derecho que la Constitucion y la costumbre dan á todos los ciudadanos de manifestar sus agravios, hanlos manifestado, y en vez de ocurrir á ellos con prevision y satisfacerlos con oportunidad, ha recurrido el Gobierno conservador al más peligroso de todos los expedientes, á una persecucion implacable. Los oradores de las grandes reuniones públicas han sido presos, y este atentado á las antiguas libertades ha herido por igual todos los corazones ingleses enamorados de sus antiguas tradiciones liberales. No debe extrañarnos, pues, que el antiguo jefe de los radicales, el gran orador, el que desarraigó la odiosa Iglesia protestante de Irlanda, el que reformó en parte las leyes agrarias, haya obtenido inmenso triunfo en Esco-

cia y haya reclamado de la Corona la próxima disolucion del Parlamento para satisfacer á la opinion pública en toda Inglaterra. Los comicios que trajeron el partido conservador deben despedirlo, y sería indigno de la gravedad de un hombre de Estado retrasar el instante necesario de su reunion por un apego excesivo al Gobierno.

Nuevo Ministerio en Italia, y con decir nuevo Ministerio decimos algo que nos apena y nos acongoja. Muchas veces, en nuestras largas meditaciones políticas, hemos creído que los partidos radicales tenían algun vicio orgánico en su temperamento al verlos condenados á una oposicion eterna. Y no puede expresarse con qué gran dolor se reflexiona y se medita sobre todas estas cosas por aquel que desde sus primeros años pertenece y hasta el fin de su vida pertenecerá indudablemente á las escuelas y á los partidos radicales de Europa. Largo tiempo hacía, mucho más de tres lustros, que los partidos conservadores mandaban en Italia, y al verlos combatidos con tanto empuje y tanto ahinco por las fracciones avanzadas, teníamos derecho á esperar y á creer que se juntáran en el dia de la victoria como se habian juntado en los dias del combate. Pero nada de eso; Cairoli, Depretis, Nicotera, Crispi, Mancini, Bertani, encabezan y dirigen otros tantos cuerpos de ejército más resueltos á combatir con sus hermanos que á combatir con sus ene-

migos. A causa de situacion semejante han pasado cuatro ó cinco Ministerios radicales, han sobrevenido cien crisis, han brotado miles de incidentes parlamentarios y no se ha hecho ninguna reforma y no se ha mejorado ni en lo más mínimo el grave estado económico de la pobre Italia. Ahora se han reunido dos jefes de fracciones avanzadas, Depretis y Cairoli, cuando cada cual de ellos se ha arrojado mutuamente del Gobierno y ha reñido mil varias batallas, y apenas se alzan dos hombres importantes al poder, cuando dan tras ellos todos sus correligionarios, y, uniéndose al partido conservador, los derrotan y los expulsan. Yo creo firmemente que si los radicales no se unen ahora, el rey, como buen rey constitucional, á pesar de repugnancias invencibles, tendrá que llamar á los conservadores y habrán caído nuestros amigos, los radicales italianos, sin disminuir el censo, sin ampliar el sufragio, sin suprimir el odiado tributo de molienda, sin descentralizar la administracion, y por consecuencia sin tener la autoridad pública que necesitan todos, los partidos, y más aún los partidos avanzados, así en la oposicion como en el Gobierno. Si los liberales italianos oyeran una voz amiga que en todo tiempo ha defendido sus derechos, se unirían hoy como un solo hombre para sostener este Ministerio. La union de los italianos salvó la Italia, la union hoy de los liberales solamente puede salvar la libertad.

FRANCIA DESPUES DE UNAS ELECCIONES

Y

ROMA DESPUES DE UNA APOSTASÍA.

Grande incertidumbre hoy reina en Francia respecto á la situacion verdadera en que ha de quedar el Ministerio Ferry. Mirado á cierta luz, parece que debia continuar por haber obtenido apoyo de los comicios; y mirado á cierta otra luz, parece que debia irse para dejar franco el paso al nuevo Gobierno presidido por Gambetta. Está visto; los franceses comprenden el poder legislativo al modo y manera que lo ejercia en su tiempo la sublime y terrible Convencion. Nada más contrario á su sentir que la separacion magistral entre las Cámaras y la Presidencia, entre los poderes legislativos y ejecutivos, establecida con tanta prevision como acierto en el Código de los Estados-Unidos. Dado el carácter de una república francesa, los Ministerios tienen que aparecer por fuerza, en virtud de

arraigadísima tradicion, como comisiones ejecutivas de una Cámara francesa. Y de igual suerte que las bayonetas sirven para todo, ménos para sentarse en ellas, las Cámaras sirven para todo ménos para gobernar por sí mismas. El poder ejecutivo requiere la unidad de pensamiento y de voluntad, la prontitud de resoluciones, la energía y decision supremas, por todo lo cual adolecerá de incapacidad irremediable para ejercerlo cualquier grande Asamblea compuesta de complexiones contradictorias y rematada por novecientas cabezas. En Inglaterra, toda eleccion resulta un combate sostenido entre liberales y conservadores por una ó várias ideas puestas en tela de juicio y expuestas al fallo inapelable de los colegios. Así, de antemano sabemos que sólo puede resultar, ó la conservacion del Ministerio que se halla en el poder, Ministerio conocido y juzgado por sus actos, ó la subida del partido que se halla en la oposicion, partido juzgado ya por sus debates parlamentarios y por su propaganda electoral.

Mas ¿sabeis á estas horas quién ha triunfado en Francia? El Ministerio no ha hecho aquello á que se hallaba obligado: presentarse con su historia pasada y sin programa futuro al pueblo y pedirle un fallo, favorable ó adverso, el cual pudiera servir de punto para partir en lo sucesivo y llegar al fin de una política formulada en sus cánones capi-

tales y concreta en sus clarísimos términos. Los candidatos se han presentado á los comicios con programas á cual más individual, y por ende más lleno de originalidades, y á veces de verdaderas extravagancias, signo verdadero de la falta completa de un espíritu general que muestre la madurez propia de un pueblo llamado á gobernarse con plena libertad, en absoluta posesion de sí mismo. Se confunde una Cámara ordinaria, que debe atender al Presidente, al Ministerio y al Senado, con una Convencion soberana; y se proponen reformas é innovaciones propias de un período constituyente. Los más tímidos y conservadores, por decir algo que llame la febril atencion de los electores anhelantes, reclaman nuevos métodos en la manera de nombrar los diputados y los senadores; mas hay muchos, gesticulantes y espumosos, á manera de los expositores de fenómenos en las ferias populares, los cuales piden á grito herido, en ademan descompuesto, con alteradas facciones y por medio de melodramáticos discursos, una renovacion del planeta, cuando no de la máquina celeste: el Concordato abolido, la Iglesia separada del Estado, el clero sin presupuesto, los ejércitos hechos milicias, los magistrados sujetos á repugnante amovilidad, el Senado despedido, la Presidencia cesante, y multitud de impulsos hácia el bello ideal del nihilismo y de la comunidad moscovitas. Y aún los más

templados caían, por la vaguedad indescifrable de sus ideas, en confusion tan espantosa que no acertábamos á saber si querían el llamamiento de un nuevo Ministerio presidido por Gambetta ó la conservacion del actual que áun preside con perseverancia y con empeño Mr. Julio Ferry, enemigo de toda revision constitucional directa ó indirecta y partidario acérrimo de una saludable y definitiva estabilidad.

Hé ahí el dilema sobre cuyos términos debieron empeñarse las elecciones que acaban de cumplirse. La primera Cámara del nuevo régimen salió del dilema «paz ó guerra», y triunfó la paz, mientras que la última salió del dilema «septenado de MacMahon, como una interinidad ó República definitiva y estable», y triunfó la República estable y definitiva. Pues ahora en el mes de Agosto último debió á su vez presentarse otro dilema, en el fondo análogo á los anteriores, y cuya resolucion en uno de los dos términos interesaba mucho á la República: «revision ó estabilidad constitucional.» Presentado así el problema político, los partidarios de la revision, á cuyo frente acaso hubiera figurado Gambetta, por motivo del veto que á su método electoral opusieran los escrúpulos senatoriales, figuráran todos en un solo bando, y en otro enteramente opuesto los partidarios de la estabilidad, á cuyo frente debió figurar el ministro Ferry

con todos sus compañeros, los ministros. Se ha dejado á los ánimos en la mayor incertidumbre, á las inteligencias en crepuscular indecision; ahora se cosecha una mayoría incierta é indecisa, con revisionistas y anti-revisionistas, con ministeriales y anti-ministeriales, con avanzados y conservadores, la cual, en vez de componer una legion disciplinada, compondrá un verdadero aquelarre. Ya vemos con los ojos y tocamos con las manos las consecuencias de tanta confusion. Habíasenos anunciado, en cuanto el dia para la reunion del nuevo Cuerpo legislativo hubiera de acordarse, la retirada del Ministerio, y resulta su inexplicable permanencia. Habíasenos dicho que Gambetta se presentaria con su Gobierno ya compuesto ante las Cámaras, y aparece Ferry apercibido á una liquidacion general de su política para ofrecer desembarazado espacio á la política subsiguiente en cualquier coyuntura de una sábia oportunidad. Por manera que la gran política, y el gran Ministerio, y las reformas prometidas, y las innovaciones propuestas, y el nuevo ministro de Instruccion pública presentado á una reunion famosa por mano de Gambetta, entre aclamaciones acompañadas de timbales, todo esto, que debia traer la salud á la República y á los ánimos la paz, se aplaza despues de una última entrevista del presidente del Palacio Elíseo con el presidente del Palacio Borbon para las kalendas griegas, en-

tre los espejismos de las ilusiones y las esperanzas engañosas. ¡Buen viaje hemos hecho!

Un documento curiosísimo ha recorrido las calles y las plazas de Roma, la autobiografía del canónigo Campello, recientemente convertido del catolicismo al protestantismo, y pasado desde los esplendores del gran cabildo de San Pedro á las estrecheces de una iglesia metodista en la ciudad de Roma. Segun *El Universo* nos cuenta, por causas privadas ó de familia le consagraron á la carrera eclesiástica, y ya en una profesion de todo en todo á su temperamento contraria, salteáronle dudas innumerables sobre la virtud de sus propias vocaciones y la verdad de su antiguo dogma. Pertenecientes un tiempo hermanos suyos á la república romana y áun al gobierno piamontés, cuando vino la reaccion mediante entre el año 49 y el año 59, le consagraron á él á la Iglesia para que sirviera como de prenda en la córte de Pio IX á la fidelidad de toda su casa, y como de escudo que se interpusiera con empeño entre las iras del Sacro Colegio y los intereses de la propia familia. Y fué sacerdote sin vocacion, y ya en su ministerio, apenas creyó en el propio sacramento de órden que habia recibido indeleblemente, y en la verdad de los dogmas á cuyo culto, por virtud de un juramento terrible y de un deber de conciencia, debia dedicar en este mundo y en el otro su alma y su existencia.

Creo que no puede darse más crítica y dolorosa situación para un hombre de clara inteligencia y ánimo entero que ejercer ministerio tan elevado como el sacerdocio; de fe ardiente en sus móviles, de virtud pura en sus medios, de abnegación y sacrificio en sus fines; todo consagrado á los creyentes, á los fieles, á darles ideas de Dios y de su Providencia, á sostenerlos en los combates de la vida y de las pasiones, á infundirles el sentimiento de la alteza de su alma con la esperanza de la inmortalidad en la postrer agonía, y luégo encontrarse que la base de este ministerio, la creencia en la religion de que es ministro y predicador y apóstol, va poco á poco muriendo, secándose allá en lo más íntimo, en lo más recóndito del sér, y apareciendo, por consecuencia, el sacerdote á los ojos del mundo, si de su ministerio se descíñe y aleja, como criminal apóstata, y á sus propios ojos, si en su ministerio persevera, como farsante é impostor.

Varios poetas católicos han descrito magistralmente el conflicto de algunos sacerdotes nuestros, que despues de haberse unido á la Iglesia, despues de haber entrado en su profesion y hecho sus votos eternos, obligándose á eterna castidad y alejamiento de las dulzuras del amor, de los goces de la familia, tropiezan en el mundo con una mujer, acaso destinada por la Providencia á completar y hermosear su vida; y desde entónces pasan por to-

dos los círculos del infierno, por el amor sin esperanza, por los celos sin razon, por la sed hidrópica de los sentidos sin satisfaccion ninguna, por los deseos infinitos sin alivio en la tierra; desgarrados al par de pasiones ardientes y de remordimientos insufribles; víctimas del combate entre la voz del corazon y la voz del templo; exacerbados por las mismas escenas que consagran y presiden; por la celebracion del matrimonio entre seres más felices que ellos, por el bautizo á seres nacidos de amores santos, por el espectáculo de la familia, en la cual sólo aparecen los sacerdotes como consagradores de la felicidad, y á esta felicidad siempre ajenos; hasta que, perdidos en guerra tan tremenda, ó se despeñan y caen olvidándose de Dios, ó mueren mártires de su religion, de su deber y de su conciencia.

Pero hay otro tormento mayor aún, el tormento de aquellos que nacen y se crían en familia piadosa, con los ojos en los libros divinos y el pensamiento en la fe revelada, los cuales crecen al abrigo de pródigo Seminario, donde la fe sentida en el hogar pasa á nocion agrandada en la inteligencia, y que maduran en las facultades teológicas de sábia Universidad, donde los sentimientos aprendidos en el hogar ó las nociones aprendidas en el Seminario pasan á ideas universales, aceptadas, creidas, pensadas por todo el sér, desde el sentimiento hasta la razon, abrazando solícitos, en virtud de estas con-

vicciones, el sacerdocio; y apenas lo ejercen y practican, entra la duda en el paraíso del alma, muerde el corazón, ilumina con sus relámpagos los abismos del entendimiento, presenta los libros sagrados como historia más ó ménos humana que apenas resiste á la crítica; los dogmas, parto de la predicación, como símbolos de ideas muertas; el templo santo, como sepulcro de edades ya extinguidas; la religion toda como una luz que va pasando á sombra; y en esta situación la suerte les condena tristemente á la alternativa, ó de engañar á las gentes, faltando á su conciencia, ó de perderse ante el mundo si son fieles á sus deberes, y oyen las voces interiores de su alma que les aconseja sobreponer á todo, en los cielos y en la tierra, el culto á lo que sienten y creen y piensan y profesan como verdad.

El Conde Campello sintió bien pronto la duda cruel de los dogmas antiguos, tanto, que mientras sus rodillas tocaban el marmol de los altares, su pensamiento veía con perfecta vision, á traves de las nubes de incienso, un cielo espiritual muy superior al cielo católico, bajo cuya sonrisa naciera y se criára su alma. Terrible situación la suya, forzado por el deber á ceremonias en las cuales entraba su cuerpo aparentemente, mientras la voluntad y la conciencia interna, donde radican los verdaderos afectos religiosos, íbanse á una de su seno en

pos de otro ideal y de otro culto. Deteníale el convencimiento de que la sociedad romana jamás le perdonaría una conversión á otra cualquiera secta, siquier mostrase con el abandono de los intereses mundanales todo su desinterés moral; y al par de tamaño sentimiento, deteníale también el respeto que le inspiraba Pío IX por su dulzura cuasi angelical y por el amor que le tenía en su corazón, amor cuasi de padre. Tales afectos le movieron á perseverar en la triste situación de tener un culto en sus labios y otro culto en su pecho. Personajes análogos á Campello nos ofrece también el protestantismo, sobre todo en la nación alemana.

La fe perdida y la liturgia de esa fe observada; las plegarias por un lado y por otro lado el pensamiento; una religión ante los hombres y otra religión ante Dios; la presencia del cuerpo en una Iglesia y la presencia del alma en otra. ¡Espantoso estado!

Pues en esta situación se encontraban Strauss y su compañero de Seminario y Universidad el doctor Marklin, de quien Strauss escribió interesantísima biografía. Los dolores de aquél eran más intensos que los dolores de éste. Por más que pugnaba consigo mismo, no podía en modo alguno acostumbrarse á dar como verdadero en sus predicaciones lo mismo que creía falso en su conciencia. La idea de que lo divino sólo se hubiera unido con lo hu-

mano en una persona histórica, en Cristo, y sólo se hubiera revelado en un pueblo distinguido, en el pueblo de Israel, y en un momento histórico, en la crítica aparicion del cristianismo, esta idea le atormentaba con tormentos indecibles. La misma inmortalidad del alma y de su individualidad, base, no ya del cristianismo, sino de toda la doctrina espiritualista, que arranca de Sócrates y Platon, le repugnaba con repugnancia invencible, y le parecia natural consecuencia de una pésima concepcion de la vida y de un soberbio egoismo del hombre. En vano leia y releia el célebre discurso de Schleiermacher sobre los muertos, y trataba de imitar el arte con que este sabio predicador apuntaba sus ideas espinosistas sobre la vida y la muerte, sin aparecer en contradiccion abierta con la dogmática y la simbólica cristianas. En su dolor, se dirigia Marklin á Strauss, y en aquel seno depositaba, lleno de efusion y con profunda confianza, todas sus amarguras y todas sus penas. El auditorio á quien predicaba era ilustrado auditorio, de poblacion culta al par que numerosa, y vislumbraba el combate empeñado en la conciencia de su predicador favorito.

Strauss se encontraba mucho más tranquilo, aunque no ménos cambiado. Habíanse deshojado, como los árboles por el invierno, las ideas religiosas de su infancia y de su juventud. El misticismo

soñador de Boehm y el naturalismo místico de Schelling habian corrido la misma suerte que las ideas religiosas; todos estaban secos. No pasa una chispa eléctrica por nuestros nervios con tanta rapidez como habian pasado aquellas ideas por las fibras de la inteligencia absorbente del jóven vicario. Un pensamiento de Hegel abria celajes á su razón ignorados ántes. La esencia de la religion y la esencia de la filosofía son una misma esencia. Solamente que aquello que en la filosofía se presenta como idea, en la religion sólo se presenta como imágen. Desde estas creencias, el tránsito á una conviccion profundísima era inevitable; el tránsito á convertir la religion en filosofía amoldando en lo posible los antiguos dogmas á los nuevos principios. Así es que su alma estaba en serenidad completa. Habia abandonado la fe y no pensaba abandonar el sacerdocio. Habia entrado en la ciencia moderna y no se inquietaba por la muerte de la antigua religion. Vivía en sosegada aldea, y su auditorio no le daba mucho cuidado. Seguía las prácticas externas y las predicaciones religiosas de la misma fe que estaba socavando con su pluma y destruyendo en sus libros. Esta situacion podia parecerle muy segura, mas no era ni clara ni moral. Vicario del error, sacerdote de la mentira, predicador del sofisma, y vivía tranquilo, y estaba satisfecho de sí mismo, contento de su ministe-

rio y de sus obras. Así aconsejaba á su escrupuloso compañero de profesion que no se atorméntara á sí mismo, como el personaje de la comedia antigua. Si le repugnaba la existencia del Dios de las tinieblas, pareciéndole resto de las teogonías persas, del dualismo oriental, proponíale que sustituyera la clásica palabra «el diablo» por la vulgar palabra «el mal». Su conciencia tomaba estas doctrinas en la conviccion profundísima de que era necesario tener en reserva las ideas más elevadas para las aristocracias intelectuales, y dejar solamente una parte, y parte reducida de la verdad, para el pueblo. Tal teoría es contraria por completo á toda ciencia y á toda moral. La verdad es verdad en todas las esferas, y debe ser patrimonio de todas las inteligencias. Dar á unos la verdad y á otros el error; tener á éstos en las eminencias donde llega el sol, y á los otros en los valles de muerte donde reinan las tinieblas ¡ay! es crear las castas; los nacidos al goce y los nacidos á la pena, los llamados á la idea pura y los llamados sólo al sentimiento, como en las naciones regidas por las antiguas teocracias del Oriente. Y de este error fundamental no hay más que llegar á sucesivas aplicaciones para establecer una aristocracia religiosa destinada á pensar, y una plebe destinada á creer; una aristocracia destinada á dirigir y una plebe destinada á obedecer; una aristocracia

que debe guardar los libros sacros, el lenguaje hierático, y una plebe que sólo debe guardar su ignorancia y su servidumbre; una aristocracia emanada de la cabeza y del pensamiento de Brahma para el santo ministerio religioso, y una plebe emanada de sus plantas para vivir perpétuamente sobre el campo, con el trabajo manual por única ocupacion de la vida, y la ignorancia por único horizonte del alma. Teorías así eran horrible retroceso en la ciencia, y servían á una reaccion no ménos horrible en la política.

DOS DEMOCRACIAS.

Escribiendo desde la vieja Europa continuamente á la jóven América, suelo anteponer á todos los estudios de los diversos asuntos políticos el estudio de la república francesa. Y me mueve á esta preferencia un móvil que creo justo en mi interior, y espero en Dios aparecerá justo también á la general apreciación. Siquier tengan la modesta forma de cartas, estos escritos míos, que atraviesan los mares para llevaros noticias, resultan historias en su fondo. No por pasar en nuestros días, entre el estruendo de tantos trabajos, y oscurecidos por los vapores de la prosáica realidad, dejan de merecer una conmemoración los hechos de hoy, que apenas fijan los ánimos, embargados por el movimiento con que unas á otras se suceden las ideas y las cosas en las rápidas corrientes del tiempo, cuyos oleajes corren ligeros á nuestros ojos y en nuestra presencia. Historias estas cartas, no quiero que se reduzcan á historias puramente narrati-

vas, sino que se eleven á historias pragmáticas tambien ; quiero, pues, que sean al mismo tiempo narracion y enseñanza. Como narracion, á veces los sucesos fatigan por su uniformidad natural y por su falta de accidentes dramáticos. Como enseñanza, los sucesos valen é importan mucho en todo tiempo. Y á ningun pueblo, á ninguna region, á ningun continente, en tal grado los sucesos relativos á la fundacion de la república francesa le importan como á ese Nuevo Continente, ya para siempre, para toda su historia futura por siglos de siglos, liberal, demócrata y republicano. Vosotros, que habeis experimentado los sacudimientos de las renovaciones sociales, y habeis visto sucederse, como en la fiebre palúdica, el frio al calor y el calor al frio, la dictadura á la anarquía y la anarquía á la dictadura ; que habeis pasado por guerras civiles tan desastrosas como las grandes catástrofes terrestres, podeis medir en toda su extension la resistencia opuesta por la realidad á las ideas, y comprender en toda su verdad el tacto indispensable para fundar una República entre las ruinas de tantas y tantas instituciones como las esparcidas en cordilleras de escombros por el agrietado territorio de la antigua Europa.

Y en efecto, dos ideas embargan hoy el ánimo de cuantos estudian de cerca los sucesos de Francia : primera, suerte que tendrá el art. 7.º sobre

enseñanza pública ; y segunda, resultado que dará la amnistía despues de vueltos los comuneros al regazo de París, herido aún por las llamas que atizára su demencia, y al seno de República fundada sobre su saludable y necesaria derrota. En cuanto á la suerte reservada al art. 7.º, poco puede preverse y anunciarse. Tiene en su pro la decision del Gobierno, resuelto á mantenerlo fuertemente ; el voto aprobatorio de la Cámara popular, importantísimo en las relaciones entre los poderes públicos ; el temor á una crisis dañosa á la autoridad de la República ; el carácter gubernamental de toda Cámara alta, inclinada de suyo al Gobierno ; la disciplina de una mayoría republicana ; pero tiene en su contra la autoridad de doctrina y la maestría de palabra que todo el mundo reconoce en Julio Simon ; la parte más considerable del centro izquierdo, que no quiere ir á los extremos de una política radical ; la compacta fraccion de la derecha, que ha hecho de ese malhadado artículo un ariete contra las instituciones republicanas ; y la conviccion de muchos liberales probados, y por probados, decididos á no consentir que le falte á ninguna corporacion, ni á los jesuitas mismos, la libertad ó el derecho correspondientes en la Naturaleza á todos los hombres y en la sociedad á todos los ciudadanos.

Solicitada por tan opuestos y contrarios moti-

vos la Alta Cámara, no será mucho que esté el ánimo de los observadores perplejo, sin atreverse á adelantar un juicio fácil de desmentirse por los acontecimientos. Llámame por extremo la atención que periódicos tan amigos de las izquierdas como la *Revue Nouvelle* prepare en su crónica quincenal á los ministros y los amoneste para el caso de una inevitable derrota. Yo creo que tiene razon la gran revista republicana. Todos los que amamos desinteresadamente la República deseáramos ver el art. 7.º destruido y el Gobierno salvado. La tesis de que los jesuitas tengan más ó ménos facultades para ejercer la enseñanza pública, pertenece al número de esas que no entrañan una fuerza tan incontrastable que sin ellas resulte imposible ejercer el gobierno con holgura y dirigirse á las Cámaras con autoridad. Comprendo que proposiciones de ley dimanadas de la iniciativa ministerial, y referentes al orden público, al ejército, á la Hacienda, de esas sin las cuales no se puede gobernar un dia, ademas de las cuestiones de confianza, provoquen crisis ministeriales y eleven ó derriben los gobiernos; pero una sencilla cuestion de enseñanza, más bien teórica que práctica, de consecuencias lejanas, de eficacia tardía, de escuela y no de partido, de doctrina filosófica y no de doctrina política, francamente, debe tratarse y resolverse sin herir en lo más mínimo al

Gobierno ni turbar la legítima armonía entre los dos Cuerpos colegisladores. Si á cada ley que se propone, los gobiernos planteáran una cuestion de Gabinete, concluiría por desaparecer el Poder legislativo, anulado por el Poder ejecutivo. Hay mil medios de conseguir que el artículo no se apruebe y el Gobierno se salve ; entre otros, dejar dormir el sueño de los justos á la ley en los senos, si no del patriarca Abraham, como decian los judíos, de la Comision senatorial, como decimos los parlamentarios.

El otro asunto es el asunto capital de la amnistía, en el que los socialistas han promovido una agitacion ruidosísima é intensa. Apreciado en su justo valor, y resuelto segun los cálculos de la prudencia, no hay razon alguna valedera para suscitar cuestion de este linaje en nadie, y ménos en los partidos republicanos. Dotado el Gobierno de medios eficaces á satisfacer la conmiseracion pública y conjurar los peligros de públicos desórdenes, deben los diputados de la mayoría fiarle completamente la resolucion de aquellos casos parciales que pueden con lentitud y con mesura, como estas cosas se llevan en los consejos de una política sensata, traer la amnistía total. Pero haber dado hace poco tiempo la ley con toda calma y toda reflexion para rehacerla y ampliarla ahora, entre los clamores del partido comunero,

que ha llegado al paroxismo de la rabia, cuando debiera, como perdonado y libre, sentir el efecto de la gratitud, parécenos una muestra de confusión caótica en la mayoría y de debilidad crónica en el Gobierno, que puede á todos irremisiblemente perderlos. Compartimos los profundos afectos cuyo impulso mueve al perdon, y experimentamos un consuelo á las penas congénitas con nuestra naturaleza siempre que podemos aliviar al desgraciado, socorrer al perseguido, redimir al esclavo, y por tanto, despues de ocho años de penalidades y de martirios, justo era que los deportados á Noumea volviesen, hallando, más que en la clemencia de la ley, en la propia enmienda y en el propio arrepentimiento, la seguridad de haber merecido la pública piedad y el tranquilo hogar. Pero vivas todavía las discordias; frescos los recuerdos; humeantes las ruinas; sembrado París de escombros, como los ennegrecidos y ensangrentados de las Tullerías; reciente la guerra civil; no bien aplacado aún ese terror social que engendra las reacciones y evoca las dictaduras, volver los comuneros, no como reos que sienten el beneficio de la pública misericordia, sino como jueces que amenazan á quienes les perdonan, francamente, parécenos una de esas perturbaciones del sentido público, que revelan severamente una agudísima enfermedad moral.

La extrema izquierda del partido republicano jamas comprenderá que sus exageraciones ceden todas en daño de la República, hoy completamente á cubierto de las conjuraciones monárquicas y de las asonadas militares. Así es que las correrías triunfantes del pobre Blanqui, evocacion desdichada de la segunda República, y los discursos sofísticos del empedernido Luis Blanc, repetición tristísima de las conferencias del Luxemburgo, han desconcertado á la opinion pública, que se creia léjos, muy léjos de las resurrecciones del 48, y cerca, muy cerca de anclar en la República conservadora. Mas esto sería muy poco importante si un periódico de grande altura y desmedida influencia no hubiese venido con sus artículos extemporáneos á recrudecer el terror social, demostrando que no tiene base firme el Ministerio hoy existente. *La Republique Française*, cuyo director debiera recordar cómo la conciencia pública suele atribuir sus palabras á Leon Gambetta, el cual se halla colocado por las circunstancias entre conservar la presidencia de la Cámara ú optar á la presidencia del Consejo; *La Republique Française*, cuyo director debiera tener la reserva propia de un órgano por donde habla verdaderamente la mayoría, á los pocos números subsiguientes al célebre en que demostraba la conveniencia de conservar por todos los medios imaginables y á costa

de los mayores sacrificios este Gobierno, sale diciendo que hay necesidad de exigirle en seguida la amnistía completa, como si tal exigencia no equivaliese á la ruina y á la muerte, puesto que equivale al descrédito. Préciome de conocer un poco las interioridades del partido republicano frances, y de acertar, por tanto, con la clave del enigma. Entre los fundadores primeros del periódico se encuentran mis dos buenos amigos Spuller y Ranc, entendimientos clarísimos ambos, corazones puros; de complexion serena aquél, de complexion ardiente éste; los dos verdaderas columnas de la Redaccion y los dos de tradiciones y de ideas muy avanzadas, si bien Spuller las ha rectificado un poco más que Ranc, tenaz en su apasionamiento. Y este último se vió comprometido en la Comunidad revolucionaria, á la cual perteneció con grande sentimiento de conciliacion; y una vez la Comunidad derrotada, fué sujeto á juicio y condenado, por lo cual créese en el caso de defender y salvar á sus compañeros de infortunio. Y miéntras el presidente de la Cámara, acompañado de Spuller, tomaba algun descanso á sus trabajos y daba algun vagar á sus pensamientos allá en las montañas de Suiza, á las orillas del hermoso lago de Ginebra, Ranc, director casi del periódico, volvía á su tema favorito, sin pensar en que expresaba algo superior á su propia opinion.

individual, la opinion colectiva de un partido, abrumado hoy con la responsabilidad tremenda del poder al frente de los destinos de un gran pueblo. Tocábale á escritor tan eminente comprender cómo las grandes soluciones políticas no pueden resolverse por los puros sentimientos de humanidad, y cómo el oficio de periodista adicto al Gobierno exige más prevision que el oficio de periodista ligado con las oposiciones. Así, la salida del periódico de Gambetta ha conseguido alarmar la opinion sin motivo y debilitar al Gobierno sin necesidad. Una polémica se ha empeñado entre el órgano de la presidencia de la Cámara, *La République Française*, y el órgano de la presidencia del Gobierno, *Journal des Debats*. Y esta polémica, sin acelerar gran cosa la amnistía completa, quebrantará en mucho la fuerza y la autoridad del Gobierno.

Bien es verdad que los amnistiados parecen venidos á herir la República, sin la cual jamas alcanzáran perdon ni vieran nuevamente á su patria. Léjos de reconocer el error cometido sublevándose contra el Gobierno recién nombrado por la Representacion nacional, enfrente del extranjero vencedor, para conseguir el ejercicio efímero de triste dictadura sin plan ni objeto, y la entrega de París al furor de los combates y de los incendios; léjos de reconocer este error, se llaman á sí mismos

mártires, como llaman verdugos á sus jueces y asestan amenazas insolentes al Gobierno en quien halláran olvido y misericordia. Entre ellos distínguese uno llamado Humbert, nuevo Catilina, sin convicciones que disculpen sus arrebatos, sin méritos que justifiquen su ambicion, redactor durante la Comunidad de uno de esos periódicos inmundos, tan frecuentes en las catástrofes sociales, cuyo único oficio consiste en derramar la calumnia sobre los mejores patriotas y encender la guerra civil en los desgraciados pueblos. Al volver, al presentarse entre los suyos, en vez de proclamar sus extravíos, ofreciéndolos en escarmiento á las nuevas generaciones, se ha gloriado de ellos, hasta justificar uno de los mayores atentados cometidos en aquellos horribles tiempos á instigacion de su periódico, el asesinato de un republicano íntegro, el asesinato de Chaudey, á quien tanto debiera nuestro partido y de quien tanto podían esperar aún la libertad y la Francia. Y esa ciudad de París, que á veces tiene rasgos de genio y á veces vértigos de embriaguez, debiendo elegir un concejal, ha elegido á ese hombre en competencia con un redactor del periódico más antiguo entre los periódicos republicanos franceses, en competencia con un redactor de *Le Siècle*. ¡Qué error! El castigo que la ciudad incendiada apareja hoy á los incendiarios es la entrega de su confian-

za enviándolos con mandato legal á ese municipio, desde cuyo seno desataron los huracanes revolucionarios. Nada tiene, pues, de extraño que la alarma haya seguido á semejante atentado, y la opinion de Francia haya puesto el grito en el cielo viendo estos desvanecimientos de la ciudad que es su gloriosa y coronada cabeza, en el momento mismo en que la República le devolvía la corona de su capitalidad y las Cámaras se dirigian á sentarse en su seno y á despertar en ella la voz de su tribuna resonante. ¡Tristes extravíos de la democracia, que solamente dañan á la democracia misma! Si vamos por este camino; si queremos convertir la revolucion radical en estado permanente de las sociedades; si acariciamos ideales de realizacion imposible; si convertimos los crímenes, porque los cometen los pueblos, en una especie de sacramentos; si justificamos la idea vertida por nuestros enemigos de que toda República degenera necesariamente en demagogia; condenémonos á eterno silencio, dejando á los tiranos y á los reyes forjar sus espadas y sus cetros en las cavernas de nuestra demencia. Así, hay que sostener y aplaudir al Gobierno frances en su noble empeño de contrastar todas estas tendencias á la fuerza revolucionaria, conteniéndolas con el freno saludable de las leyes. El Consejo de Ministros se ha reunido y ha declarado que no dará la am-

nistía plena bajo presión alguna, y que castigará toda tentativa facciosa con saludable rigor. No hay, en verdad, cosa tan triste en la historia moderna como el período de la Comunidad revolucionaria.

LA TUMBA DE VÍCTOR MANUEL.

¡Cuántas veces visité yo el Panteon de Agripa en Roma! Y no me llevaba tanto á su seno el recuerdo de soberbias glorias como el culto á modesta tumba. Sí; en la capilla de la izquierda descansa el artista de los artistas, el primero de los dibujantes, el que resucitó á Grecia, el creador de la forma plástica perfecta, el dios de Roma en el Renacimiento, el pintor moderno por excelencia, el Fídias de la paleta, el sacerdote de la armonía y de la gracia, el discípulo á un tiempo de Platon y de Jesucristo, el que se asemeja á los jóvenes griegos de Olimpia y al evangelista cristiano de Patmos, el que dió á nuestras ideas infinitas la expresion serena de las divinidades antiguas; en una palabra, Rafael de Urbino. Cuando se recuerda su vena creadora; las vírgenes sonrientes y hermosísimas que ha dejado en sus lienzos; los niños de encarnadura perfecta y de inocencia inmaculada

que ha producido con los milagros de su puro amor; los ángeles que parecen bajados del Hiblea y del Pindo, revestidos de la serenidad antigua para pedir, como las larvas al calor de la primavera, alas á la lumbré de nuestros santuarios y recoger la oracion cristiana y unirla á la poesía clásica; los coros de profetas y de sibilas que cantan al lado de los coros de filósofos que piensan y que hablan; las Galateas, rodeadas de sus delfines y conducidas en sus carros de concha entre nereidas, al lado de las Santas Cecilias, que escuchan extáticas las armonías de las esferas y el *Te Deum* entonado al Eterno por las potestades celestes; los Cristos arrastrándose en la calle de Amargura, y los Cristos subiendo á los cielos ó trasfigurándose en el Tabor, teñidos aquéllos por el relámpago de la tempestad, y éstos por la luz que surgió en los espacios al primer eco de la divina palabra; cuando se recuerdan todas estas creaciones que pueblan nuestros cielos, que hermocean nuestra vida, que despiertan el sentimiento estético en el pecho y el ideal artístico en la mente; cuando se evoca toda esta creacion maravillosa, superior casi á la creacion material, parece imposible que la muerte se haya atrevido á tanta vida, que tras aquella tumba fria no se vea el mayor de los cielos, el cielo de la inspiracion, y el más duradero de los mundos, el mundo de las artes.

Otra tumba ilustre contiene el Panteon romano, la tumba de Víctor Manuel. Pocos hombres merecerian tanto esta gloria como el insigne fundador de la moderna Italia. Su grande obra ha pasado á nuestros ojos, su gloriosa vida se ha unido con nuestra vida; y apénas podemos darnos cuenta de todo lo promovido por su enérgica voluntad, ni medir las consecuencias de su gloriosa resolucíon, que á siglos de siglos habrán de dilatarse en la solidaridad de las generaciones y en la comuníon de los pueblos. Hace pocos dias que el inmenso edificio, cuyas paredes tienen 19 piés de espesor y cuyo diámetro y altura es de 132 piés, no podia contener la muchedumbre que lo poblaba y que iba á visitar el sarcófago de Víctor Manuel con motivo del aniversario de su muerte. Veteranos de la última guerra civil lo velaban. Comisiones venidas de toda Italia lo bendecian. El Rey pasaba largo tiempo de rodillas ante aquel silencioso altar de la patria. Innumerables coronas, humedecidas de lágrimas, lo cubrian, coronas indicando la gratitud de los redimidos á su glorioso redentor. Y bien merece todo esto, y mucho más, el inmortal portestandarte de la unidad italiana. Quince siglos hace que todos los esfuerzos para fundar la Italia una se han estrellado contra la grandeza misma de tierra tan singular, llamada por uno de sus más nobles hijos la primera y la última de las naciones. Ilus-

tres pensadores la idearon, innumerables mártires murieron en sus aras, un pueblo de artistas la quiso, una serie de guerras la buscó perseverantemente en la virtud creadora del dolor, y nunca pudo cumplirse. Odoacro con sus conquistas; los exarcas de Rávena tras la sombra del Imperio de Oriente; los reyes longobardos desde Paria y desde Milan; los Carlovingios con la fuerza que les daba el recuerdo de Carlo-Magno y el poder de sus victorias; los Othones en aquella grandeza incommensurable que los elevó desde el terruño de Sajonia al trono del Imperio; los patricios y los tribunos aparecidos en las ruinas romanas con Alberico y Cencio y Rienzi, tan elocuentes y tan heroicos como cualquiera de los hombres mayores pintados por Plutarco; el Dante y su sombría inspiracion, cuyos ecos lúgubres aún resuenan en los corazones; el Petrarca y su ensueño de la república romana; Savonarola, que, si no repetia á Cristo, repetia á Francisco de Asís en su amor al Evangelio y á la democracia evangélica; Maquievelo, elevando á teoría los crímenes de los emperadores romanos; Miguel Ángel convirtiendo los mármoles en personas, como su Moisés y como su Noche: todas las fuerzas creadoras del espíritu humano y todas las virtudes del genio no pudieron realizar esa unidad de Italia, que será eternamente la honra de nuestra generacion y el milagro de nuestro siglo.

Todos cuantos hemos visto la Italia muerta nos descubrimos y nos arrodillamos ante ese gran sepulcro, que ha sido la cuna de la resurreccion. Comparad esta Italia que hoy vemos, esta Italia libre, con aquella que tenía clavadas sus manos, clavados sus piés, ceñida á la cabeza una corona de espinas, en pasion que duraba siglos, especie de hija de Jephthe ó hija de Agamenon, muerta é inmolada en cruentos sacrificios por sus propios padres, el Sacerdocio y el Imperio. Así, hay que recordarle á Italia cómo Víctor Manuel unió el heroismo á la prudencia para disuadirla de esa agitacion estéril por la Italia irredenta, que, como las agitaciones estériles, sólo puede debilitarla y consumirla. Con motivo de los funerales del general Arezzana, gran patriota y presidente de esa sociedad política que tiene por objeto rescatar tierras más ó ménos italianas, un imprudente ha revelado palabras que no se han dicho por el Gobierno, ó se han dicho en el seno de la mayor confianza, y que podrian comprometer gravemente la paz europea y enemistar al gobierno austriaco y al gobierno italiano. Por fortuna, el ministro Cairoli ha demostrado que su presencia en el entierro de Arezzana justificaba un homenaje al compañero de armas y no una adhesion á las exaltaciones y á los ensueños de su patriotismo. En efecto, para Italia ha pasado ya la hora de la política heroica y ha venido

el momento de la política prudente. Cuando estaba en los hierros de la servidumbre, cuadrábale como la elegía de sus poetas, como el plañido de sus músicos, como la desesperacion de sus mártires, como el dolor de sus matronas, como la tristeza de sus tragedias, ¡ah! el misterio de sus conjurados, y el esfuerzo de sus revolucionarios, y las aventuras de sus héroes, y las maquinaciones de sus sociedades secretas. Pero desde el día y hora en que la corona teocrática se cayó de la cabeza de Roma y los grillos austriacos de los piés de Venecia, tiene Italia que pensar en algo práctico, tangible, inferior á su poética política de otros tiempos, pero indispensable á su existencia; en la nivelacion de los presupuestos desnivelados, en la cura de los municipios enfermos, en la extincion del papel-moneda, en el aumento del bienestar público, en la enseñanza gratuita, en reformas administrativas y económicas, mucho más valederas y mucho más útiles y mucho más necesarias que todas las líneas trazadas por el Tirol y por la Albania, y que todas las epopeyas por los hermanos esclavos, los cuales, si son de ley, acabarán por ir, cuando la política italiana resulte todo lo buena y todo lo progresiva que pide nuestro siglo, al regazo de la madre patria. Impropios de nacion tan consumadamente política como Italia esos ensueños irrealizables, propios de esclavos que han perdido en una larga

noche la percepcion de la realidad, y han imaginado, por tanto, posible lo imposible.

Una costumbre hoy prevalece en Italia que deben todos los pueblos imitar, porque contribuye á la universal ilustracion, exaltando en los corazones los sentimientos elevados y trayendo á la vida diaria los grandes recuerdos históricos. Consiste tal costumbre en celebrar con magníficas fiestas, bien el natalicio, bien el centenario de los grandes hombres. No hace muchos años que honró Italia el centenario de Miguel Ángel y el centenario de Ariosto. Tales festividades obligan á los pueblos á enterarse de su vida histórica y á envanecerse con sus genios inmortales, y á sentirse por la memoria renacer en los siglos pasados, y por la esperanza llegar á los siglos por venir. Cuando he visto en las plazas de Milan Leonardo de Vinci rodeado de sus discípulos; en las encrucijadas de Mantua la tumba de Virgilio, cuyos versos se oyen todavía en el susurro de los álamos lombardos ceñidos con las guirnaldas de las parras; al frente de la Cahía parthenopea, en estrecha plaza de Sorrento, el infeliz autor de la *Jerusalén libertada*; ante la iglesia de Santa Croce, en Florencia, el poeta de la *Divina Comedia* coronado con los resplandores de la inmortalidad; á las puertas de Génova, Colón adivinando el Nuevo Mundo; no léjos del sitio donde le quemaron, el inmortal filósofo Giordano Bruno; en los interco-

lumnios de los palacios florentinos los hijos más célebres de esa moderna Atenas; en el pórtico de San Márcos de Venecia la tumba de pórfido que contiene los huesos de Manin; por el Pincio de Roma los dioses mayores y menores de la moderna Italia, á la sombra de los laureles, me he convencido de que la hermosa nacion tiene una sola alma, y de que esta alma lleva en sus infinitos espacios, como gotas de luz, los nombres inmortales que han constituido su grandeza moral y la han elevado á una eterna gloria. Pues ¿sabeis el hijo predilecto á quien Italia rendirá hoy el homenaje de una festividad y elevará la apoteosis de una estatua? Pues á un monje, á un penitente, á un solitario, al pobre San Benito. Corrian los últimos años del siglo v, en que hubiérase creído próximo el fin de la tierra y preparado ya en los cielos el juicio final. La Iglesia en cisma; el Imperio en ruinas; las ciencias y las artes en su ocaso; la cloaca de la corrupcion antigua volcada sobre Europa; los incendios avivados por la cólera de Alarico y de Atila consumiendo los huesos de aquellas generaciones infelices; el trono de Constantinopla deshonorado; la Ciudad Eterna tres veces tomada; los bárbaros cayendo sobre las poblaciones como las nubes de langosta sobre las campiñas; sujetas las Galias al Norte por los franceses y al Mediodía por los burgundos; desgarrada la España por vándalos, suecos, alanos y

visigodos; desolado todo el norte de África, parecía que el cielo, en vez de dar luz, daba sombras, y en vez de enviar los rayos del calor para producir la vida, enviaba, como aves rapaces y carniceiras, ó como efluvios pestilentes, los ángeles exterminadores para sembrar la muerte, cuando en las cordilleras del Apenino, á cincuenta millas de Roma, en aquellos valles que las aguas del Arrio han abierto y que las antiguas tribus sabinas han habitado; dentro de una caverna, cuya sombría entrada festonan los espinos, refugióse un descendiente de los antiguos patricios, llamado Benito, á los quince años de edad; y despues de haber macerado su cuerpo con la penitencia y el ayuno, así como recogido su alma en la meditacion, trasladóse desde Subiaco á Monte-Casino; y allí eleva sus brazos en cruz entre las inundaciones germánicas y les abre cauces, convirtiendo á fieras como Totila en hombres; arroja sobre el diluvio de lágrimas y sangre sus oraciones y sus esperanzas, que acercan la bienaventuranza al dolor; consagra en medio de la guerra destructora, que todo lo acomete y todo lo arruina, la virtud vivificadora del trabajo, que todo lo produce y todo lo transforma; y funda esos monasterios, reductos donde se estrelló la ola de la barbarie, arcas donde se salvaron los gérmenes de la civilización, luminarias encendidas en medio de la espesa ignorancia, Sinaís que alumbraron al

mundo moderno naciente, Calvarios que nos redimieron de la servidumbre, cenáculos de donde marcharon, sin otras armas que su palabra, los misioneros del cristianismo á bautizar las tribus del Norte y á sembrar con las ideas evangélicas las semillas de la libertad. Hace bien la Italia una, la Italia liberal, la Italia democrática, celebrando la memoria de su ilustre hijo, y diciendo á las generaciones poseedoras de una cultura superior en qué sitio nació el penitente cuya órden y regla supo domar con la palabra, con la idea, con la oracion, el mundo bárbaro, y extender con el trabajo, con la lectura, con la oracion, las bases incontrastables del mundo moderno.

ITALIANOS Y FRANCESES.

Antes de suspenderse las Cámaras italianas han tenido un gran debate, y en este gran debate ha llevado la voz de los opositores conservadores su jefe natural y reconocido, el orador y ministro Mr. Sella. Las Cámaras italianas, de suyo pacíficas, no asistieron hace ya mucho tiempo á tales arrebatos de pasión ni á tales guerras de partido. Compuestas de un número que nunca llega por entero á reunirse; habitantes de una ciudad malsana en ciertas estaciones; unidas en el pensamiento político de unificar la patria y de mantener la dinastía; pertenecientes en su mayor parte á las fracciones liberales, divididas sólo en grados de conservación y en grados de progreso mayores ó menores, no hay lugar allí á esos debates porfiadísimos y ardientes de Cámaras como las Cámaras españolas, donde nos dividen desde las cuestiones relativas á la mejor forma de gobierno, hasta las cuestiones relativas al régimen preferible en nuestras

provincias de Ultramar. Los tiempos corren y las sesiones vuelan sin alteracion sensible. Caen los ministros, los ministerios se suceden, más que al empuje de sus naturales enemigos, al empuje de sus correligionarios y de sus cofrades. Así el partido conservador ha tomado escasa parte en las luchas políticas, y por ende ha guardado largo y profundísimo silencio, descansando en sus recuerdos y en su historia y prometiendo á los suyos la palma del combate de manos que quisieran ver cortadas, de manos radicales, muy aptas, segun sus enemigos, para maniobras peligrosísimas y ruinosas. Naturalmente, los partidos, los ejércitos no suelen ver las cosas en su conjunto, cual los jefes, y recelan de este largo silencio y de esta inexplicable inaccion, atribuyendo aquél á falta de pensamiento y ésta á falta completa de fe. Tan general era semejante creencia, que llegó á explotarla con gracia la caricatura, pintando al jefe del bando conservador tendido entre varios durmientes y en brazos de un sueño tal que las arañas tejian, como espesísimo velo, tela tenue en su inanimado rostro. Tales acusaciones han debido moverle últimamente y decidirle á guerrear con sus contrarios, siquiera por no verse expuesto, como otros tantos directores de la opinion y de los partidos, á que tome la cola el preeminente lugar de la cabeza. Vehementísimo ha sido en sus palabras, furioso en

sus ataques, apasionado en sus censuras, injusto en sus reproches, falso en sus argumentos, sofístico en sus ideas, como todos los doctrinarios que quieren retener una sociedad democrática en el seno de privilegios incompatibles con su naturaleza y con su historia; pero el discurso tendrá dos ventajas notables: primera, recordar á los radicales que sus enemigos existen, obligándoles así á unirse en las mismas ideas é identificarse en la misma conducta; y segunda, exigir el cumplimiento de programas que han de ampliar el sufragio en armonía con los progresos sociales, y han de ahorrar al pueblo de tributos que son para él una pesada carga y para el progreso industrial y agrícola una grande rémora. Pocas veces se encontró un pueblo en circunstancias tan favorables á su desarrollo progresivo cual hoy el pueblo italiano. Su forma de gobierno en esta sazón no se halla sujeta de ninguna suerte al litigio por que pasa ni á los combates que sufre la República en Francia; su dinastía no siente las prevenciones contra la libertad que otras dinastías educadas en el horror al espíritu moderno; su Iglesia, ántes subvertida por las exageraciones jesuíticas, se encuentra hoy regida por un Pontífice de elevado ánimo que comprende las exigencias de la sociedad moderna y sigue con mirada tranquila el curso de los tiempos; su democracia lo espera todo de las leyes y lo fia todo al movi-

miento natural de los sucesos; su ejército se mantiene en la disciplina más rigurosa y en el apartamiento más saludable de las luchas políticas; crece una juventud animosísima en el amor á la patria una; y el pensamiento libre, consagrado en las Constituciones y en las costumbres, aviva las artes y las ciencias. Por consiguiente, el partido radical, aprovechando todas estas ventajas, debe emprender y realizar aquellas reformas de él exigidas á una por sus principios políticos y por sus tradiciones históricas. Las sociedades obedecen al doble impulso de unas fuerzas progresivas que las empujan hácia adelante, y otras fuerzas contrarias que las detienen á veces en la inercia, cuando no las obligan á la reaccion y al retroceso. Precisa no desaprovechar estos cortos momentos de iniciativa reformadora, para que luégo resulten largos y fecundos los momentos de estabilidad, de autoridad y de consolidacion. Las sociedades que saben así andar adelante como detenerse á tiempo, son las sociedades dignas de la libertad, porque son las sociedades que pueden preservarse de la reaccion y de las revoluciones.

Un hecho, á primera vista insignificante y en realidad importantísimo, acaba de suceder en Roma, y pide ahora de nuestra parte alguna consideracion. Al entrar en la iglesia de San Pedro y dirigiros hácia la derecha, encontrabais una de las

capillas cercanas al crucero convertida en espacio propio de asambleas, con su presidencia en lo alto, con sus bancos semicirculares al rededor, con su ambona ó tribuna en el centro. Allí se reunió el último Concilio vaticano, cuyas sesiones fueron suspensas, pero no disueltas, creyéndose, por tanto, posible y hasta conveniente reanudarlas, creencia por la cual se convino en tener el espacio donde se reuniera tal como estaba en su última sesion, cuando poco ántes de estallar la guerra franco-prusiana, tan decisiva para el Pontificado, y mucho despues de haber estallado la revolucion española, tan decisiva para la guerra franco-prusiana, declaróse allí la infalibilidad del Papa, al siniestro resplandor de una tempestad, parecida ciertamente á triste presagio del cielo. En diversas ocasiones, durante mi estancia en Roma, heme detenido allí á meditar sobre lo que en Roma principalmente se medita, á la sombra de los monumentos y en medio de los escombros; sobre las alternativas de los humanos destinos y los cambios profundos en la humana historia. Y en el sitio donde celebraron los obispos católicos el último Concilio, he subido con el pensamiento al primero, celebrado en otra ciudad tan misteriosa como Roma, en Jerusalén, y por los Apóstoles. Y heme dicho á mí mismo con pena que si el primero, tras la gran contienda entre San Pedro y

Santiago de un lado, y San Estéban y San Pablo de otro, á causa de la admision ó no admision de los paganos en la Iglesia, abrió de par en par sus santas puertas á pueblos ilustres, anhelosos de nuevas creencias, salvando así la civilizacion de pavorosos naufragios y redimiendo el espíritu humano de acerbos penas, el último, por su inconsiderada declaracion de la infalibilidad, dogma tan contrario al pensamiento capitalísimo de nuestro tiempo, ha cerrado las puertas de la Iglesia, temerariamente, á pueblos no ménos ilustres que los antiguos, y acaso más necesitados de una fe espiritualista, para continuar su camino hácia los hermosos ideales y salvar su vida y su nombre de las amenazas que relampaguean allá en los hondos y oscuros horizontes de nuestro incierto porvenir. Yo, por tal causa, regocíjome con grande y verdadero regocijo de que el Papa haya dado una órden, modesta en apariencia, trascendental en realidad, mandando desamueblar la capilla vaticana y devolverla inmediatamente á su primitivo estado. Hay que borrar hasta la sombra del último Concilio, cuyas apoteosis de un mortal parecen más propias de los primeros imperios asiáticos ó del alto imperio romano que de nuestra democrática y civilizada Europa.

Hay que olvidar la tradicion pagana, las ideas de autoridad absoluta, los cánones y la disciplina

de otros tiempos más duros, para recoger aquella tradición que comienza en la divina persona de Cristo, que sigue en las Catacumbas y en las primeras sociedades cristianas, que reaparece por el poético siglo XIII en la mística figura de San Francisco, el segundo Cristo; que anima é inspira los Concilios ecuménicos de Basilea y de Constanza, que espira en el patíbulo de Savonarola, y que debe resucitar en nuestro siglo, el más idóneo de toda la Historia, para establecer una duradera alianza entre la libertad y la fe. Conozco las dificultades de esta inmensa obra, y comprendo las resistencias políticas y las supersticiones religiosas con que precisa luchar para iniciarla y concluirla. Mas no importa. Las grandes innovaciones sociales brotan en el tiempo como los orbes sidéreos en el espacio. Materia difusa primero, rayas de luz indecisa, cometas vaporosos, gases errantes, combustiones del oxígeno universal; por la irradiación, por el tiempo y por el movimiento, se enfrían, se condensan, se solidifican, se redondean en la forma esférica, entran en las parábolas regulares y llaman á su seno la divina visita del espíritu. Las revoluciones religiosas obedecen á las mismas leyes de las revoluciones políticas. Si Luis XVI no opusiera tantas resistencias á las innovaciones de los Estados generales, evita la revolución del 89, y si Juan XXIII y Eugenio IV,

y otros Papas, no opusieran tanta resistencia á las reformas de los Concilios de Basilea y de Constanza, evitan la protesta luterana. Hay que comenzar una renovacion religiosa, y de la Iglesia depende que se inicie y se acabe dentro de su seno. Leon XIII lo comprende así indudablemente, y obra como cumple á quien lleva sobre sus hombros la inmensa pesadumbre de una institucion que ha durado veinte siglos, y la inmensa responsabilidad que se contrae en esas eminentísimas y vertiginosas alturas sociales.

Pero los creyentes, que no tienen su responsabilidad, deben comenzar una obra que consistirá, no en alterar el dogma inalterable, en reconciliar por medio de aproximamientos la libertad con la Iglesia, á fin de que las instituciones democráticas puedan vivir en paz sobre la tierra, sin temor á los estremecimientos de las conciencias perturbadas ni al oleaje de las pasiones religiosas.

Estas consideraciones me han movido siempre á lamentar toda agresion de la Iglesia á la libertad y toda agresion de la libertad á la Iglesia. Y como he sentido el desafío lanzado á la civilizacion desde el Vaticano con los increíbles cánones del *Syllabus*, he sentido los desafíos al Vaticano lanzados por los gobiernos con leyes como las de Bismarck ó con proyectos de ley como los de Ferry. Dígase lo que se quiera, Ferry es el primer

responsable de la ruptura entre el centro izquierdo y la izquierda de la Cámara francesa, y esta ruptura, que comenzó con sus impremeditadas reformas en la enseñanza, se ha recrudecido y agravado en la reciente dañosa crisis, que iniciada con apariencias modestísimas, concluirá con tristes y lamentables conclusiones. No quieren los republicanos europeos persuadirse de las dificultades que encuentra en Europa el establecimiento de la República y de la debilidad ingénita á esta forma de gobierno, que pasa por la niñez, por esa edad en la cual todos los organismos son igualmente débiles y están sujetos más que en las edades maduras á la enfermedad y á la muerte. El establecimiento de la forma republicana en pueblos acostumbrados por centenares de años á la forma monárquica, resulta empresa de tanta monta que requiere un tacto exquisito y una consideración supersticiosa á las exigencias de la realidad. Tienen que reformar, si no quieren morir, los radicales italianos indudablemente; no pueden reformar, si quieren vivir, los radicales franceses. La obra de aquéllos consiste en rejuvenecer y adelantar su vieja monarquía; la obra de éstos en conservar y consolidar su joven república. Toda obra de progreso exige cualidades particulares, y cualidades particulares exige también toda obra de conservación y de estabilidad. En Italia pide la situación políti-

ca un gobierno muy reformista y en Francia un gobierno muy conservador.

Así no me extraña el descorazonamiento y la tristeza que ha asaltado á mi ilustre y querido amigo Emilio Girardin, hasta el punto de obligarle á escribir una carta á sus electores lamentándose de no saber qué empleo dar á su mandato, y doliéndose de que la República tercera, semejante en esto á la segunda, no haya correspondido á sus esperanzas. Cuando uno los lee, no puede ménos de admirar á estos periodistas modernos, sin predecesores casi en la Historia, que escriben á una entre las dificultades de la vida diaria y los estremecimientos del combate continuo, sus artículos, como en la Edad Media escribían los monjes en la soledad del claustro sus cronicones, y que infatigables como la respiracion, acostumbrados á la polémica continua, constreñidos por la necesidad á inspiraciones inagotables é incesantes, lanzan idea sobre idea en la conciencia, y expresan los sentimientos que hay en nuestro pecho y las convicciones que hay en nuestros ánimos, con felicísimas palabras caldeadas en el vívido calor de la improvisacion. Entre éstos, ninguno en vena tan fecundo, en combates tan ardoroso, en fórmulas tan nuevo, en ideas tan rico, en golpes tan certero, en elocuencia tan vario, en recursos tan inagotable como Girardin, á quien debo una amis-

tad sin límites y por quien siento una admiracion sin reservas. Mas ¡ay! que acostumbrado á vivir en ideales, cree tan fácil hacer como idear. La reforma no corre en la realidad como la pluma en el papel. La contradiccion que los intereses creados oponen á las reformas prematuras, tiene una fuerza, de la cual sólo podrá persuadirse un periodista tan grande como Girardin, cuando pase de la redaccion al gobierno. Creo que, habiendo contribuido á salvar la forma republicana del terrible apuro por que la hicieron pasar los funestos hombres del 16 de Mayo, ha contribuido á la salud de su patria y ha llenado admirablemente su ministerio en la Historia. Despues de este esfuerzo, precisa detenerse con calma, concentrarse en la meditacion y decidirse por el reposo. No podeis dividir las conciencias en Francia por reformas secundarias ; no podeis, hasta que Francia no se halle unida en la reforma capital, reformar la República. El dia que á nadie le ocurra destruirla, debe ser tambien el dia en que á todos se ocurra reformatla. Miéntras tanto, las reformas que proponeis y los ideales que acariciais son un error del entendimiento y una imprudencia de la voluntad: lo dice quien siente por vosotros una amistad tan viva y quien tiene por vuestras instituciones un interes tan grande como este convencido y ya probado demócrata.

Pensando así, no hay que decir cómo pensaré de la última crisis francesa, en que han salido los ministros más conservadores y entrado los ministros más radicales. Creí que debió evitarse la renuncia de Mac-Mahon y conservarlo en la Presidencia hasta el término de su mandato legal; creí que debió hacerse lo posible y lo imposible por retener á Dufaure en la presidencia del Consejo, como representante de la política más adecuada á estas circunstancias; imaginaos cómo sentiré ahora que un republicano de los antecedentes de Greesley haya tenido que dejar el Ministerio de la Guerra por no poder sufrir las exigencias radicales; que un miembro como Le Royer haya tenido que dejar el Departamento de Justicia por no poder contrastar las amenazas á la magistratura; que Wadingthon, cuya rectitud y experiencia en las relaciones exteriores se hallan á los ojos del mundo patentes, se retire; que Say, sin rival en la gestion económica, ceda el puesto con tanta gloria desempeñado; y que tras todas estas alteraciones sensibles sobrevenga un rompimiento inevitable entre los elementos conservadores y los elementos avanzados, los cuales han traído en su sazón y han salvado hasta ahora la forma republicana en la monárquica Francia. Temí la crisis en su día, y me duele ahora su impremeditado desenlace.

Dícese que el Presidente de la Cámara ha in-

fluido poco en la solución de esta crisis, y lo creo. Dícese que ha venido y se ha resuelto la crisis contra la voluntad del Presidente de la República, y lo creo también. Pero permitidme decirlos que, en mi sentir, el Presidente de la Cámara representa hoy un papel superior y el presidente de la República un papel inferior á sus respectivos mandatos. El primero ejerce un cargo altísimo, pero por su propia alteza y su indudable irresponsabilidad, ajeno, completamente ajeno al gobierno; mientras el segundo lo hace todo y debe responder de todo, necesitando y mereciendo, en consecuencia, una libertad de acción tan grande como su poder legal y sus tremendas responsabilidades. Y sin embargo, los ministros más pertenecen al primero que al segundo; la mayoría lleva de buen grado ó mal grado el nombre de gambettista; las crisis se inician por artículos como el artículo de la *Republique Française* acerca de la amnistía, y se concluyen nombrando para el Ministerio á los comensales más íntimos y más antiguos del Palacio Borbon. Amigo particular de todos, y debiéndoles atenciones inolvidables, no me quejaré yo, que conozco y aprecio en cuanto valen, así el amor que tienen á su nación como el entusiasmo que tienen por la República. Pero los precedentes por que vienen al poder parecenme extender más allá de lo debido las facultades del Parlamento y restrin-

gir más de lo debido también la autoridad del Presidente. Los republicanos de la tercera República abrigan una concepción de los poderes públicos y de sus relaciones, semejante á la que abrigaban los monárquicos de la monarquía doctrinaria. Y no cabe aplicación posible de ese extraño concepto á las instituciones republicanas. De distinto origen, allá en la monarquía el poder supremo hereditario y el poder legislativo amovible, concíbense sus mutuas y recíprocas desconfianzas.

Pero aquí, en el sistema republicano, provenientes del mismo origen uno y otro, de la voluntad nacional, é idénticos por su carácter, pues todos son amovibles, deben vivir en mutua confianza, y alcanzar el poder supremo toda la libertad indispensable á su elevado ministerio y á su inmensa responsabilidad. Los romanos, grandes maestros en política, compensaron el breve poder de sus cónsules con facultades y prerogativas superiores y más extensas á las que habían gozado los reyes en todo tiempo. El Poder Ejecutivo de la República francesa necesita grande autoridad si ha de responder á sus fines políticos y ha de concordar con su íntima y esencial naturaleza.

M. de Freycinet es un repúblico de verdadero mérito y digno, por muchos conceptos, de altísima consideración. Educado en las ciencias exactas, ingeniero de capacidad vastísima, hombre de pen-

samiento y de accion, llegó tarde á la vida pública, á la cual, despues de haber ejercido el cargo de Consejero general en el pueblo de su naturaleza, llamóle con verdadera prevision el dictador de Tours para que organizase los últimos ejércitos y los postreros reductos de la guerra. No cabe dudarle; reducido París á soportar los horrores de un sitio; entregado el ejército de Metz tras bien heróicas batallas; prisionero en Sedan el núcleo de las fuerzas francesas, necesitóse toda la elevada inteligencia y toda la infatigable actividad de este hombre extraordinario, para extraer á la Francia exhausta aquellos ejércitos de la desesperacion y lanzarlos, más que en busca de la victoria, en busca de la honra. Lo inmenso del esfuerzo empleado, y lo doloroso de las derrotas sufridas, se conoce y se revela en cierta profunda melancolía y en cierta natural reserva, que acusan así un reflexivo entendimiento como una complexion triste. Pero debe decirse en su honra: la página más brillante de su vida política quedará siempre la página indeleble de la defensa nacional. Ignoro si mostrará en la presidencia del Consejo las dotes mostradas en la secretaría de la Defensa y en el Ministerio de Obras Públicas. Pero de todas suertes será un ministro de mérito. Bajo de estatura, menudo de facciones, expresivo de rostro, la frente ancha, los ojos investigadores, la color subida,

la barba blanca, la conversacion profunda pero escasa, frecuentes las absorciones en sí, frecuentísimo el apartamiento de aquello que le rodea, muy orador por la claridad de los conceptos y por el método de la exposicion, y por el vigor cuasi matemático de la frase : tal es Frecynet. Entrado ya en los sesenta años, suple á la brevedad de su historia y á la inexperiencia propia de su corta vida política, con calidades y aptitudes de primer orden, que no podrán regatearle cuantos hayan tenido, como yo, la honra de conocerle y de tratarle. Indudablemente, Frecynet es uno de los hombres más ilustres que viven hoy en Francia.

La mayoría republicana se compone en Francia de estas fracciones ó matices : centro izquierdo, que es el partido de Wadingthon y de Say ; izquierda republicana, que es el partido de Ferry ; union republicana, que es el partido propiamente de Brisson y Floquet ; extrema izquierda, que es el partido de Luis Blanc. En el nuevo Ministerio no tiene el centro ninguna representacion ; tiene la izquierda seis ministros, á saber : Frecynet, Magnin, Varroy, Tirard, Ferry, Cocheri ; tiene la union republicana dos, á saber : Lepere y Cazot. Por consecuencia, se han eliminado los elementos más conservadores, y se ha ido con mayor celeridad hácia la izquierda. No puede ocultárseme ninguna de las razones que abona esta combina-

cion ministerial. Debiendo someterse el Presidente á la mayoría, y estando la mayoría compuesta del centro izquierdo y de la izquierda, precisaba, con precision de todo punto indeclinable, componer un Ministerio á imágen y semejanza de la mayoría. Su homogeneidad es evidente y su programa será, por tanto, más concreto que los programas del Gabinete anterior, y su accion más desembarazada, y su objetivo más conocido y más claro. Pero no hay que equivocarse, viendo subir así las constantes aspiraciones radicales, crecerá la extrema izquierda con grande crecimiento y achacará al nuevo Ministerio la misma falta de resolucion en su proceder, la misma sobra de vaguedad en su ideal, la misma insuficiencia en el programa y los mismos defectos de composicion que al anterior Ministerio se le han constantemente achacado. Y dentro de poco, sin los reductos del centro izquierdo, que defendian á la izquierda republicana de esta temible invasion de los extremos, podrá resultar un Gobierno que disguste á la mayoría como le ha disgustado el último Ministerio, y que caiga por el propio cansancio de sus fuerzas en lucha con lo invisible é inapreciable y por la sorda enemiga de los mismos que debieran defenderle y salvarle. Y entónces no habrá más remedio que apelar á la disolucion de la Cámara y que hacer unas elecciones, las elecciones del desengaño, á las que

el partido republicano puede ir muy dividido, y, por consiguiente, muy amenazado de una de esas derrotas en las urnas, que ceda en daño de la República. Dirijamos votos al cielo para que estos presentimientos no se confirmen y el nuevo Ministerio tenga la duracion indispensable al desarrollo y robustez de la República, única forma de gobierno conveniente á un pueblo tan grande como Francia.

Mucha agitacion, y muy explicable, en la Gran Bretaña. Miéntras Disraeli desarrolla la gran novela de su política romántica y mantiene innumerables guerras, exagerado y aventurero como los personajes de sus obras fantásticas, Gladstone le ajusta unas cuentas de dinero que no pueden sino conmover á un pueblo tan práctico y positivo como el pueblo inglés. En 200 millones de francos se han aumentado los gastos, cifra enormísima cuando ya parecia enorme de todo punto el anterior presupuesto. Y la contestacion que ha dado Norcothe á estas cuentas, ha venido como á darles mayor gravedad, pues ha dicho que no sube á 200 millones la cifra de los gastos, sino á 180, rectificacion cuyo candor ha arrancado una homérica carcajada á todo el pueblo inglés. Diez y siete millones de libras dejó Gladstone de sobrantes, y en cinco millones de libras ha aumentado su heredero y sucesor la Deuda. Á esto se une la funesta

administracion de las Indias, que ha visto crecer durante estos últimos años en una tercera parte su ya gravosa Deuda. Ciento siete millones de libras montaba la Deuda inglesa cuando Gladstone dejó el poder, y 131 monta ahora. Por consecuencia, todos estos argumentos, expresados por la disolucion que á más andar se acerca ante el cuerpo electoral inglés, próximo á reunirse, arrancarán el poder al partido conservador y lo darán al partido liberal. Ya era hora, pues Inglaterra, como Italia, necesita la aplicacion pronta de un programa avanzado. Los pueblos que tienen montada su máquina, bien al revés de Francia, que está montando la suya, ó de Rusia, que la está desmontando; los pueblos que tienen instituciones de cierta duracion deben llenarlas de vapor impelente, es decir, de ideas progresivas, y marchar, arrastrados por ellas, hácia adelante.

OJEADA GENERAL EUROPEA.

En estos dias aparece la ciudad de Ginebra como la protagonista del escenario político en Europa. Todos los pensamientos se hallan fijos en ella y todas las miradas la siguen con escrupulosa atencion. Pequeña en territorio, escasa en pobladores, sin fuerza material, por el resplandor de sus ideas y por la ilustracion de sus hijos ha embargado de antiguo la atencion general y ha merecido lauros siempre verdes y loores renacientes siempre á la fama, dispensadora en el mundo de la inmortalidad. Hoy, en medio de la crisis político-religiosa que atraviesa este continente, en hora angustiosísima, en que las leyes respectivas á esta materia se dan con tan poco acuerdo por Francia y se modifican las antiguas leyes de Prusia, Ginebra proclama un principio, negado por unos, controvertido por otros, puesto en tela de juicio por los más, y en mi sentir admisible á todas luces, dada la situacion de los pueblos: el principio político que

separa definitivamente la Iglesia del Estado y consagra de esta suerte, con eterna consagracion, bajo todos sus aspectos y en todas sus manifestaciones, la libertad religiosa. Justo es, justísimo, que enfrente de Estados fortísimos, sin la necesaria medida para comprender cómo se vuelven contra sus propios autores las restricciones puestas á la conciencia libre, diminuta República de los Alpes proclame uno de aquellos derechos más propios de nuestra naturaleza, llamado en su mezcla con los hechos circunstanciales y diarios á derretir las últimas cadenas de nuestra servidumbre y á borrar en los cielos del planeta y en los cielos del alma las últimas nubes de la Inquisicion.

Al revés de lo sucedido en el resto de Europa, radicalismo y catolicismo han resultado sinónimos en Ginebra. Y este radicalismo contaba con dos auxiliares inverosímiles; con el papa romano, resuelto á proteger á quienes así defendían la Iglesia, y con los monarcas franceses, resueltos á fomentar las perturbaciones continuas de una república fronteriza, respetado refugio de sus más poderosos enemigos. Las circunstancias han cambiado por completo. De un papa intransigente pasamos á un papa transigente en Roma, y de una monarquía imperial á una república democrática en Francia.

Así, los protestantes no han menester defenderse contra los católicos y sus protectores con el

ahinco y el empuje de otros tiempos. Y como no han menester de esta defensa, para ocurrir á las eventualidades de la política, para consagrar un derecho de la naturaleza, para anteceder á los Estados más ilustres, para abrir horizontes dilatadísimos á las esperanzas de esta generacion, acaban de resolver en su gran Consejo la absoluta separacion de la Iglesia y del Estado, término necesario de los antiguos conflictos y síntesis luminosa en que se resuelven y armonizan históricas contradicciones.

Y ya era tiempo. Cuando el gibelinismo de Alemania, restablecido por los excesos del Concilio Vaticano, llegó al extremo de querer fundar una Iglesia católica á su gusto, ni más ni ménos que si fundára una asociacion industrial, dieron los ginebrinos en la flor de imitarlo, y por medio de su gobernante Mr. Carlevet, que parecia llevar en su mollera todo un concilio y tener estrechas relaciones con el Espíritu Santo, promulgaron series de dogmas como pudieran promulgar reglamentos de policía, y exhibieron cánones de sínodos como pudieran exhibir decretos de Estado, perturbando y oscureciendo con este cesarismo, odioso y ridículo á un tiempo, el tranquilo hogar de un pueblo libre, y por libre, exento de oprimir como los Césares á sus conciudadanos y de legislar como los pontífices sobre la humana conciencia.

La ley tiene el carácter que deben tener las leyes políticas ; obedece á un ideal de absoluta justicia y á un conjunto de circunstancias accidentales, porque, tránsito de uno á otro estado, no puede olvidar que los códigos no han obedecido siempre á un ideal absoluto ni siempre se han fundado en la naturaleza humana, sino que han convertido muchas veces los privilegios en derechos. Así, las pensiones se mantienen transitoriamente ; ciertas prerogativas se reconocen por tiempo limitado ; las Iglesias se adscriben á sus respectivos cultos ; y aquella basílica de San Pedro, elevada en la cima de la ciudad, sombría como el dogma de la predestinacion luterana, gótica por su arquitectura imbuida en el espíritu de la Edad Media, arrancada al catolicismo por la revolucion religiosa, bajo cuyas bóvedas negras cree uno ver todavía la figura austera de Calvino y en cuyos vidrios de color los reflejos de la hoguera de Servet ; aquella basílica protestante, rival eterna é incansable de la Roma pontificia y católica, queda por la ley adscrita para siempre al protestantismo : radicales inconsecuencias, necesarias á la realidad, si quiere encerrar el inmenso ideal en sus angostos senos. Ginebra cumple su ministerio histórico iniciando esta reforma puritana en Europa, y trayéndola de América como llevó á América la religion de la libertad al educar en su cristianismo democrático,

juntamente con Holanda, á los peregrinos de la Flor de Mayo, los cuales llevaron así el Evangelio de Cristo, el Evangelio de la libertad tambien, de la democracia y de la república, al inmenso continente, que debió llamarse nuevo, no sólo por su vírgen naturaleza, sino tambien por sus progresivas instituciones. La ley será presentada al pueblo ginebrino; y el pueblo ginebrino la aprobará, y aprobándola, dará esta provechosa leccion al imperio de Alemania y á la república de Francia.

Ginebra esconde hoy en su seno uno de los escritores más célebres de Europa. Pocos hombres alcanzaron en tan corto tiempo tan general nominación como Enrique Rochefort al terminarse los últimos meses del año 67 y comenzar los primeros del año 68. Escritor del *Figaro*, periódico reaccionario, en los tiempos de opresion para la prensa, volaba ligera su pluma sobre las proterrias de aquella edad, escondiendo bajo cambiantes y tintes de mariposa agudo agujon, cuya picadura, en el primer momento ligera y aún agradable, se enconaba luégo al oculto é ignorado veneno. Como todavía no ha descubierto el recelo de los tiranos la extirpacion del pensamiento, alusiones ligeras, palabras de sentido doble, apólogos á primera vista inocentes, alegorías cándidas, bastaban á expresar la censura y mover á risa, á abrir el pecho á la indignacion y el entendimiento al ana-

tema. Rochefort descollaba en este arte, basado sobre un sarcasmo de primer orden, á cuyas epilépticas carcajadas se conmovia y giraba como á los sacudimientos de un terremoto la brillantísima corona del Imperio. En criticar, en zaherir, en ridiculizar, no tenía entónces rival, y su *Linterna*, nombre de su periódico, encendida en el fuego de Juvenal, ocupaba todas las manos y ardia sobre todas las mesas como una protesta contra la servidumbre universal y una reivindicacion de las perdidas libertades. Sus gracias y sus sátiras señalaban con verdad la descomposicion y la podredumbre del Imperio y merecian por aquel tiempo su universal renombre.

Para cumplir su ministerio y realizar su destino, Rochefort no debió nunca dejar su papel de escritor satírico ni engolfarse en cargos para los cuales faltábanle el aliento que desprecia la popularidad y la inteligencia que conoce la esencia de las ideas é ilumina el abismo de la política. Plauto, Terencio, Aristófanes, supieron que no podian ceñirse la máscara trágica ni calzarse alto coturno. Rochefort fué escritor grave, diputado á Córtes, miembro del Gobierno, y se perdió para siempre. Aun recuerdo las reuniones preparatorias de su eleccion, que demuestran los resortes de su carácter y los puntos de su inteligencia.

Sin comprender jamas á cuánto le obligaban los

cargos recibidos, comprometia su mandato de representante con muchas extravagancias y comprometia su autoridad en el Gobierno con graves incertidumbres, y dejó su cartera en el París sitiado, porque cada dia motivaba una crisis; y tomó actitud revolucionaria en tiempo de la Comunidad, porque ignoraba toda la funesta trascendencia de aquel extraño movimiento. Á estos errores siguió una condena, á esta condena una fuga, á esta fuga una expatriacion; y todas estas desgracias agriaron su temperamento y oscurecieron su inteligencia, dándole una especie de mal humor que ha quitado ligereza á su gracia y sencillez y gusto á su ironía, y con motivo de la manifestacion última de los comuneros, como su hijo fuera más ó ménos atropellado en la Bastilla por los agentes de la autoridad, escribió una carta al prefecto de París, llena de denuestos, la cual necesariamente le comprometió á un duelo, del que ha salido con una herida grave, pero no mortal. Estos republicanos intransigentes nunca llegarán á comprender que desacreditando á los magistrados de la República, desacreditan la República misma. Rochefort, Blanqui y otros muchos infieren á las instituciones republicanas un daño que no pueden inferirle sus más implacables enemigos.

Afortunadamente, Lyon, aunque perteneciendo al número de ciudades que exageran la República,

ha vencido la candidatura de Blanqui, tan amenazadora á las instituciones, y ha demostrado en semejante derrota que comprende toda la fuerza de las leyes y que merece el goce completo de las libertades democráticas.

Grave cuestion ha sobrevenido á consecuencia de estos sucesos electorales, cuestion á primera vista llana, y en realidad circuida de insuperables obstáculos, por resistencias tenaces del centro izquierdo, por oposicion abierta del Senado, por amenazas desoladoras de la intransigencia. Me refiero á la cuestion de amnistía. Para impedir la eleccion de un candidato inelegible como Blanqui ha necesitado el Gobierno apoyar á un candidato radical como Bellue, y para sacar á Bellue han necesitado sus partidarios y amigos prometer amnistía tan plena y ámplia como la hubiera prometido y apoyado Blanqui. Los afectos de generosidad naturales al corazon humano, las satisfacciones de la reciente victoria, el influjo decisivo del periódico *La Republique*, que por medio de Ranc sostiene siempre una política avanzada; la sumision del ministro de lo Interior y del ministro de la Justicia al pensamiento de Gambetta; los compromisos de la izquierda republicana, tan próxima de suyo á la extrema izquierda, parecian motivos determinantes é incontrastables á una amnistía que, á decir verdad, van justificando ya el largo

trascuro de los años y el sólido poder de las instituciones. Pero en el Ministerio se ha suscitado cierta resistencia por medio de Ferri, en el Senado cierta oposicion por medio del centro izquierdo, y la medida puesta sobre el tapete ministerial se hubiera malogrado completamente de no intervenir con su poderosa influencia Gambetta, que la ha resuelto en un solo discurso. Ya era hora de tener más misericordia con las personas y ménos complacencia con los programas de la Comunidad revolucionaria. Vuelvan enhorabuena esos infelices á sus pueblos que dejaron hace diez años; pero vuelvan hallando una República firme y entera, donde el ejercicio de todos los derechos se compense con la fuerza y el vigor de todas las autoridades; mucho espacio abierto á todos los partidos y á todos los ciudadanos, y no patrimonio exclusivo de una fraccion egoista; República defensora de la conciencia libre, respetuosa con el clero católico, resuelta á continuar y mantener la organizacion del ejército nacional, conservadora en sus medios de gobierno y radical en sus ideales de progreso, capaz de dar á la estabilidad seguro tan fuerte como la misma Monarquía, y á las libertades públicas amplitud tan grande como la más avanzada democracia.

Los comuneros no son temibles en Francia si los gobiernos franceses no son complacientes con

sus ideas ; pero promulgar por satisfacer á la gente avanzada esas irrealizables disposiciones contra el clero, y luégo ensañarse con los mismos á quienes se quiere lisonjear y atraer, paréceme, francamente, la crueldad añadida gratuitamente á la impericia. Los comuneros pueden volver con tal que encuentren á su vuelta una política enérgicamente gubernamental y un gobierno dispuesto á contener y á contrastar todas las agitaciones insanas. El perdón y el olvido celebrarían mejor que todos los espectáculos ese gloriosísimo aniversario del 14 de Julio, el cual recuerda aún hoy á la memoria de nuestra generacion aquel pueblo armado de una idea invisible y poderosa como la voluntad de Dios, que sube á las barbacanas, á las ladroneras de la Bastilla, como si le diera su entusiasmo alas ; y al pasar sobre los fosos, al tender los puentes levadizos, al abrir los portones férreos, al demoler las torres sombrías, sacando las últimas víctimas del absolutismo al aire y á la luz, destruye la antigua sociedad con sus déspotas, con sus castas, con sus hogueras, con sus potros, con sus tormentos, con sus siervos, con todos sus horrores, que parecian increíbles si no los hubieran visto en todo su vigor nuestros mismos padres y no los contára en toda su verdad la implacable Historia.

UN LIBELO PARLAMENTARIO

CONTRA UN EMBAJADOR FRANCES.

En el Congreso de Inglaterra sucedió grave caso, el cual demandó una protesta de Mr. Gladstone y una negativa de palabra á cierto diputado, no vista desde hace lo ménos doscientos años en aquel espacio de libertad, cuya gloria consagran tantas y tan respetables tradiciones. El Gobierno frances ha nombrado su representante en Lóndres á M. Challengemell-Lacour, que hoy le representa en Berna. Orador de facilísima palabra, publicista distinguido, filósofo versado en todas las ciencias modernas, perito en el aleman y en el inglés, de verdadera discrecion unida por completo á una rara energía, profesa como doctrina filosófica cierto positivismo templado, el cual, más que en negaciones rotundas, consiste en una abstencion sistemática, temeroso de tropezar con el error si se pierde con temeridad en los abismos cuasi cerúleos de una abstracta metafísica. Tales ideas, que expongo y no contesto, pues todos mis lectores saben cómo

se oponen, con cuánto radicalismo, á las mias propias, han irritado á uno de esos fanáticos que se ciegan fácilmente, y por combatir la ajena causa, desirven y pierden la propia. Y en su irritacion ha preguntado, valiéndose de su derecho de representante, cómo admite el Gobierno inglés á un embajador completamente ateo. Y como estas gentes piadosas por exceso no consideran prójimo á quien disiente de sus creencias y de su fe, ha echado sobre la cabeza del embajador frances todas las calumnias amontonadas en los albañales de la reaccion europea para denigrar y perder á la democracia y á los demócratas.

Lo más raro del caso es que el representante, llamado O'Donnell, pertenece, como dice su nombre, á una raza vencida, víctima de la conquista, blanco de la intolerancia, y á la cual han redimido de su servidumbre y dado los derechos fundamentales humanos esas ideas democráticas cuyos beneficios toca y cuya verdad desconoce. Si las ideas filosóficas de M. Challengell-Lacour le impiden ser embajador, justifica O'Donnell á los próceres británicos, al antiguo partido conservador, á los protestantes de todos matices opuestos á la emancipacion religiosa, política y social de los católicos irlandeses. Si un libre-pensador no puede ejercer la embajada de Francia en una nacion cristiana, un católico ultramontano no puede ejercer la diputa-

cion á Córtes en una nacion protestante. Y por esta sencilla consecuencia, sacada de sus mismos principios, llega el insensato diputado obstruccionista á confirmar la esclavitud y el envilecimiento de sus padres. Y no digamos cuanto debemos de esa imprudencia, desconocida en todos los Parla-mentos del mundo, que ataca sin consideracion alguna y en las formas abusivas de un libelo al representante de nacion tan grande y respetable como Francia.

Así no es maravilla que el Parlamento inglés, de suyo tranquilo, se encrespára como una Cámara latina; que el Presidente del Consejo, Gladstone, de suyo liberal, pidiera la retirada de la palabra al orador; que el Presidente de la Cámara vacilára al ver la necesidad de una disposicion jamás usada ó usada hace doscientos años en el Parlamento británico; y que las palabras más duras y los conceptos más agrios cayeran de un banco sobre otro banco, y de un partido sobre otro partido á la universal explosion de la cólera.

Los disentimientos religiosos enconan los ánimos en el siglo XIX, cual si estuviéramos en el siglo XVI. Despues de haber criticado el católico irlandés que se admitiera un Embajador racionalista, critica un lord protestante que se envíe á la India un gobernador católico. En efecto, lord Ripon, uno de los potentados mayores de la Gran Bretaña,

miembro hoy del partido liberal y jefe un tiempo de la masonería británica, anhelante por encontrar satisfacciones á su corazon y á su conciencia en doctrina ménos austera y más estética que la doctrina protestante, se abrazó al catolicismo é ingresó en el seno de la Iglesia, para lo cual tuvo que preferir su conciencia y su fe á su posicion y á su historia y que pisotear muchas y muy valiosas consideraciones sociales. Destinado á ejercer la primera autoridad en el imperio índico, un protestante de esos suspersticiosos y fanáticos que en todas las sectas abundan, se ha levantado á censurar tal nombramiento y á leer páginas del primer ministro de la Reina sobre la ineptitud ó la aptitud de los católicos para ejercer la más alta dignidad que puede tener un hombre: la dignidad de ciudadano en las naciones libres. El Ministerio liberal inglés ha recordado que al frente de la Constitucion se encuentra la libertad de conciencia, y que la libertad de conciencia exige el reconocimiento de la aptitud de todos los ciudadanos para ejercer cargos públicos, sea cualesquiera su fe. ¡Felices los ministros ingleses que defienden á un filósofo contra la intolerancia católica, y á un católico contra la intolerancia protestante!

La gran Conferencia diplomática se ha reunido en Berlin; y no podria haber momento más favorable ni coyuntura más propicia para nuevas de-

terminaciones que esta coyuntura de hoy, rota como está la política de Disraeli, política aventurera y ambiciosa, cómplice inocente de las ambiciones y de las aventuras de Rusia. Esta es la hora de pedir el cumplimiento riguroso de las cláusulas de Berlin, pues más no puede pedirse, y de preparar una alianza de pueblos libres que sustituya pronto al Imperio turco en su última caída y detenga al Imperio ruso en sus insensatas esperanzas. Todo el mundo se queja; los rumanos del despojo de la Besarabia, pegada fuertemente á su nacionalidad como la carne al hueso; los albaneses, entregados al Montenegro, de su incorporacion á un Estado que detestan; los musulmanes, sometidos al nuevo principado búlgaro, de la intolerancia religiosa de los cristianos; los armenios cristianos, sometidos á la autoridad musulmana, de una esclavitud sin ejemplo; los bosnios y herzegovinos, de la insolente tiranía austriaca; los turcos, de que les piden toda suerte de obligaciones y les quitan las facilidades para cumplirlas prácticamente; los griegos de que, dóciles á la voz de Europa y esperanzados en la virtud de su nombre y en el talisman de sus recuerdos, hayan desaprovechado la coyuntura de ganar Janina por la guerra que les corresponde por el derecho; y todas estas quejas deben decir á los plenipotenciarios reunidos que la mayor habilidad se encuentra

en el cumplimiento estricto de la mayor justicia.

No podría concluir esta revista sin responder á un periódico aleman que llama al pueblo español el pueblo más perturbador y más perturbado de Europa. La nacion española, militar y teocrática por razon de sus conquistas y por razon de sus creencias, cayó á principios del siglo xvi, cuando los Estados modernos se fundaban sobre anchas bases, en malhadado absolutismo, el cual ¡ah! la hizo uno de los mayores, pero tambien de los más oprimidos imperios que ha visto en sus espacios la tierra y que ha registrado en sus páginas la historia. Cuando nos paramos á reflexionar sobre lo pasado, y nos convertimos al exámen de nuestra conciencia nacional, asáltannos mil remordimientos, viendo qué batalla tan tenaz y sangrienta hemos sostenido con el espíritu moderno para contrastarlo en sus más creadores instantes, qué gigantesca Iliada hemos dejado escrita en la memoria humana por defender los fantasmas de la Edad Media, y salvar el absolutismo pontificio y el absolutismo imperial en plena Edad Moderna. Nosotros hemos agotado nuestras fuerzas, las más heroicas del mundo, allá por los siglos xvi y xvii, en combatir con la Reforma, en detener la emancipacion de Alemania, en ahogar la libertad de Holanda, en sostener la guerra de los duques feudales de Saboya contra la luminosa Ginebra, en

ayudar á los degenerados hijos de los Médicis á herir y enterrar la República de Florencia, bien al revés de lo que sucediera en otros siglos más felices, cuando nuestras Córtes, con nuestras municipalidades libres y democráticas, servían de modelo á todas las naciones, y nuestras enseñas en el Mediterráneo, en Sicilia, en Aténas, en Armenia, en la bahía de Parthenope y en las ensenadas del Pireo, derramaban, con destellos de gloria en los anales del mundo, esperanzas de redencion en el pecho de los oprimidos y de los esclavos. La gigantesca reaccion que sostuvimos contra los demas nos esclavizó á nosotros mismos y nos redujo á ser un pueblo medio-soldado y medio-monje, miéntras se desarrollaban á una en rededor nuestro las creaciones de la libertad y las maravillas de la industria.

Hemos salido de la asfixia de nuestro encierro y hemos abandonado las paredes sepulcrales de nuestro claustro. Mas para esto; para apagar la Inquisicion que consumía la conciencia, para romper la censura que amordazaba el pensamiento, para destruir el absolutismo que erigia sus bases sobre la parálisis de la voluntad general, para romper el mayorazgo y la vinculacion que yermaban el suelo, para acabar con el gremio que destruía la actividad del trabajo, necesitóse atravesar por una crisis tremenda, cuyas revoluciones y cuyas reacciones no

han terminado todavía, ni terminarán hasta que nuestra patria haya encontrado, en las instituciones democráticas, el punto de partida necesario á sus futuras grandezas.

Y no digan que por tan largo período de perturbaciones sólo ha pasado España. Convierta cada cual á su propia historia los ojos y confiese despues si ha ganado con ménos esfuerzo los propios fundamentos. La creacion de la república holandesa costó horrores sin número que llenaron todo el siglo xvi. La Prusia, hoy tan grande, jamas surgiera sin las guerras de religion, ni aumentára sin la guerra de los treinta años, ni se estableciera sólida y definitivamente sin la guerra de los siete años, ni tomára la direccion de Alemania sin una cruenta campaña en Bohemia y otra cruentísima en Francia. La Inglaterra moderna no ha conseguido su secular estabilidad, sino despues de haber descabezado á sus reyes históricos, proscrito y restaurado y vuelto á proscribir sus dinastías legítimas, tenido Parlamentos largos, pasado por golpes de estado terribles, sufrido dictaduras gloriosas é infelices, empeñado guerras civiles continuas, visto levantamientos nacionales dirigidos por Cronwell y restauracion maquinada por Monk; gustado asonadas plebeyas, como las asonadas de los niveladores; intervencion extranjera, ya directa, de Holanda, ó ya indirecta, de Francia; per-

secuciones religiosas como las que expulsaron á los peregrinos ; revolucion santa como la que sepultó la tiranía estuarda y puso en el trono, con los Oranges idos de una antigua República, la libertad y el Parlamento. Y no hablemos de los sacrificios que ha costado á Francia su igualdad democrática, y á Italia su unidad nacional, y á Grecia su mermada independendencia, y á Rusia su desmedida grandeza ; no hablemos de esto, porque asomará en seguida á las mientes la melancólica idea de que así como los individuos nada alcanzan sino por el esfuerzo, por el dolor, por el martirio ; nada alcanzan los pueblos sino por la revolucion y por la guerra, condenados todos á una batalla sin término, en los sangrientos espacios de nuestro infelícísimo planeta. España se reconstituirá, tarde ó temprano, para la democracia y para la libertad. Nunca me ha abandonado esta fe ; nunca se ha extinguido en mi pecho esta esperanza.

CUESTIONES RELIGIOSAS Y POLITICAS.

Aunque la cuestion de Oriente y la cuestion de Irlanda embargan el ánimo de Europa y merecerian la atencion de América, no hay medio alguno hábil para separarse de los asuntos de Francia, que ilustran, con sus várias incidencias, los dias todos de esta interesante quincena. Imposible dudar, y ménos mis predilectos lectores americanos, de la adhesion sin límites que profeso á la democracia y á la libertad y á la República, por las cuales he trabajado, cuanto me han permitido mis fuerzas, en la prensa, en la cátedra, en la tribuna, sin desesperarme por lo largo de mi oposicion á los poderes históricos, ni envanecerme cuando de la oposicion he pasado al Gobierno. Conocidos de todo el mundo son mis ideales políticos, que se reducen á encerrar en la forma propia y en el organismo congénito al espíritu moderno, los derechos naturales del hombre y la autoridad y la autonomía del pueblo. Y sin embargo, conociendo por mis reflexiones y por

mi experiencia la política, declaro uno de los problemas de mayor importancia, y tambien de mayor dificultad, la realizacion de este ideal y el paso sin sacudimientos demasiado fuertes y sin reacciones demasiado largas desde el oscuro seno de las monarquías al luminoso seno de las repúblicas en nuestros pueblos europeos, tan cargados de tradiciones seculares, las cuales, como que los llevan á vivir en perpétua tutela, y una vez emancipados, á demostrar su naturaleza casi irremediable, su complexion casi definitiva de siervos y de pupilos, por lo ménos miéntras dura el período crítico de la transicion y de las renovaciones. Tended los ojos por Europa y veréis cómo, desde el Guadalquivir al Volga, todos los viejos poderes subsisten, á pesar del cambio radical y profundo alcanzado por las sociedades contemporáneas, así en sus instituciones como en sus costumbres. La vieja Rusia se ha deshecho de sus siervos y no ha podido deshacerse de sus tiranos; el Austria obedece aún á la dinastía que le impuso la poderosa voluntad de Carlos V; dominan en Prusia los mismos marqueses de Brandeburgo, que la libertaron, durante la revolucion religiosa, de la feudal dominacion de los caballeros teutónicos; la liberal Inglaterra encabeza su poder en el mundo con la dinastía de los Oranges llevada allí por una hija de los Estuardos, dinastía robustecida luégo por la casa de Hannover;

el régimen de la libertad y de la unidad en Italia se ha cumplido por la ambición secular de sus reyes del Norte, y el régimen constitucional de España está representado todavía por los antiguos Borbones; todo lo cual demuestra con cuánta mayor facilidad cambian las esencias sociales que las formas y las leyes; y como los poderes sobreviven á su ideal en pueblos tan apegados á su historia, cual los pueblos del viejo Continente, antiguo feudo de seculares autoridades vinculadas en antiguas y poderosas familias, las cuales se creen, con un derecho cuasi divino, á dirigirnos y á mandarnos.

Entre los diversos pueblos europeos, ninguno tan monárquico, á la verdad, como Francia. Su unidad extremada, su centralización administrativa y política, su falta de fronteras al Este, su Estado omnipotente, su carácter militar, su tradición histórica, lo comprometen con una monarquía que se liga hasta con sus glorias revolucionarias; porque cual verdaderas monarquías pasarán á la historia las dos dictaduras más poderosas de la revolución, la dictadura de los Jacobinos y la dictadura de los Bonapartes. Siendo en toda Europa cosa dificultosísima el tránsito desde la monarquía á la república, es mucho más difícil en Francia. Por consiguiente, se necesita mucha más cautela que en ninguna otra parte allí para implantar, sostener y cumplir las instituciones re-

publicanas, indispensables á sus progresos futuros é incompatibles con sus recuerdos pasados. Y como se necesita de mayor cautela, desde un principio he condenado el proceder del Gobierno frances con las corporaciones religiosas, y lo he creído, no sólo anti-liberal, sino tambien arriesgado y temerario, como están demostrando á voces la agitacion de los ánimos, las perturbaciones en las calles, la rápida mudanza de los gobiernos, los apasionados debates de las Cámaras, la exacerbacion de los partidos, el temor que hasta los más esperanzados y optimistas tienen á las dificultades y á las quiebras de las venideras elecciones, las cuales pueden traer una Cámara de combate, y no una Cámara de conciliacion y de apaciguamiento.

Las leyes prohibitivas de las órdenes monásticas estaban vigentes, pero en desuso; como están vigentes, pero en desuso, las leyes inglesas que llevan á los escritores á la picota; como están vigentes, pero en desuso, las leyes españolas que condenan las lenguas blasfemas á ser atravesadas con un hierro candente. No convenia resucitarlas; y ménos como las ha resucitado el Gobierno frances, por un sentimiento de venganza y en desquite de haber perdido en el Senado las limitaciones puestas por la ley de enseñanza, impremeditadamente, al derecho natural con que nace cada hombre de expresar y difundir su pensamiento. Y la prueba de

que no convenia se encuentra en la division casi irremediable del partido republicano; en las dimisiones numerosísimas de antiguos y probos magistrados; en la caída súbita de gobiernos como el de Freycinet; en el quebrantamiento irremediable del mismo ministerio Ferry; en la próxima disolucion de las Cámaras, disolucion en que nadie hubiera pensado, á no forzar los diputados la mano á los diversos ministerios del presidente Grevy, para arrastrarlos, mal de su grado, á una política de inconsideracion y de violencia. Cuando se perturbaban tanto los ánimos complace mucho al observador entristecido la contemplacion de algunas inteligencias serenas, á las cuales no alcanzan las sombras momentáneas, y de algunas voluntades enteras, á las cuales no arrastran los hechos diarios. Y no puedo ménos de arrancar la personalidad de Freycinet al punto y hora en que debia mirarla, para decir cómo comprendió al cabo cuánto dañaba inútilmente á una política republicana el morbosos desarrollo de la cuestion religiosa, y cuánto pedian las nuevas instituciones los consejos de la prudencia más que los extremos del rigor y de la venganza. El que organizó la defensa nacional, en medio de la derrota traída por los desórdenes imperiales; el que dió á la República su vasto sistema de obras públicas, á cuyo poder ha de trasformarse bien pronto el rico suelo frances;

el que lanzó palabras de paz para contrastar las temeridades de una inexperiencia increíble, ha unido en esta ocasion á los lauros de soldado conseguidos en el Ministerio de la Guerra y á los lauros de ingeniero conseguidos en el Ministerio del Trabajo, un lauro más difícil de alcanzar en tiempos de fanatismos y de violencias, el lauro de consumado y previsor estadista. El Ministro ha dicho que las disposiciones contra las órdenes religiosas eran legales; pero que su aplicacion exigia mayor oportunidad, y que el mérito de una política verdaderamente republicana consistia en llevar esas corporaciones á la sumision voluntaria, que hubiera traído una calma saludable y allanado invencibles obstáculos. Indudablemente. La precipitacion vertiginosa con que los exaltados combatieron los tratos de Mr. Freycinet y el clamor que levantaron por transacciones justas, calificadas de serviles complacencias, frustraron una moderacion á cuya sombra se acogerá todo gobierno interesado en impedir las contradicciones de las ideas y el apasionamiento de los ánimos, tan temibles como una guerra civil en los campos y una revolucion armada en las calles. La severidad de Mr. Freycinet podrá pasar inadvertida é inestimada por la ceguera de las pasiones exacerbadas; pero en lo porvenir obtendrá justicia de la conciencia pública y victoria en los combates políticos.

Otro ánimo sereno y otra voluntad entera parecenme el ánimo y la voluntad de Leon XIII. La carta que ha dirigido al Arzobispo de París sobre la disolucion de las corporaciones religiosas, se eleva indudablemente á la grande altura de su estado y de su responsabilidad. Solemos juzgar á los que representan las grandes instituciones históricas como al vulgo de los mortales, poniéndolos en nuestra situacion cuando nosotros debiéramos ponernos en la suya; y de un Papa que lleva sobre sí tantas tradiciones, que representa el espíritu de tantos siglos, que encabeza innumerables Iglesias, especie de semidios para sus fieles, cuyas almas esperan de sus palabras y de sus atribuciones el cielo, queremos hacer, en la improvisacion natural á nuestros periódicos y en la ligereza irremediable de nuestros juicios, una especie de librepensador, dado á oír tan sólo su propia razon y conciencia, y que acaba cuanto debe hacer así que deposita en blanca cuartilla el fondo de su pensamiento. Para comprender documentos como la carta pontificia, precisa no olvidar de cuán elevadas eminencias dimanar, y saber cuánto quiere decir todo aquello que voluntariamente callan en una cuestion y todo aquello que dicen á medias. Léjos de coger el rayo y fulminar la excomunion, Leon XIII lamenta, más que condena, los errores cometidos y las violencias perpetradas en la aplicacion de las leyes re-

ligiosas; y léjos de exaltar la negativa de los monjes á pedir la autorizacion de los gobiernos, la califica de un acto de prudencia encaminado á exigir el derecho comun más que preeminencias exentas y privilegiadas. Y no pára, no, aquí cuanto dice, pues de pasada, como quien expresa una idea vulgarmente admitida, expresa que la Iglesia católica no está reñida con ninguna forma de gobierno, y cree los poderes legítimos igualmente respetables, así los ejerzan uno ó muchos, sin curarse para nada en el elevado ministerio religioso, de la organizacion y de la forma que revisten los Estados en su infinita variedad. Compárese esta amplitud de miras, esta elevacion de ideas, esta medida de lenguaje, con aquellas encíclicas de Gregorio XVI, que maldecian la sábia Constitucion de Bélgica, pueblo católico emancipado del yugo protestante; compáreselas con el *Syllabus* de Pio IX, cada uno de cuyos cánones contenia una blasfemia escupida sin miramiento alguno á la razon y á la ciencia libres; y dígase luégo si tenemos ó no motivo para sostener y alentar á un Papa, el cual sin exageraciones de ningun género, atiende á reconciliar la antigua Iglesia con la moderna civilizacion. Hemos padecido tanto los criados en el Catolicismo y ciudadanos de naciones católicas para fundar la libertad entre los anatemas de nuestra Iglesia y la irreligion de nuestros correligionarios

políticos, que bebemos, como la tierra sedienta, esas palabras de concordia, y bendecimos al venerable anciano llamado á reconciliar los ideales á cuya virtud prestan culto nuestras santas familias con los derechos y con las libertades á cuyo abrigo viven nuestras modernas democracias. La carta del Papa no ha encontrado toda la atencion que debiera, por haber tenido en su contra una doble conjuracion de calculados silencios; el silencio de los liberales, empeñados en sus tradiciones enciclopedistas, y el silencio de los católicos, empeñados en sus tradiciones anti-liberales. Y unos y otros se conjuran para que tengamos una religion sin libertad ó una libertad sin religion; pero el estadista que se eleva sobre todas las escuelas, y que mide cuánto importa el destruir la oposicion irreconciliable entre la democracia y la Iglesia, se regocija de estas declaraciones del Papa, y cree llevar con recordarlas tanto esperanzas de paz á los ánimos y á las conciencias, como promesas de estabilidad á nuestras libertades y á nuestras repúblicas. Harto daño ha hecho la escuela ultramontana en este siglo á la religion antigua y á la cultura moderna, para no regocijarnos de esta última puesta de sus pálidos ideales y de esta última demolicion de sus antiguos reductos. Un pontificado que no aparezca hostil á la libertad, y que sin suscitar las pasiones de 1848 nos lleve tranquilamente á una re-

conciliacion, aparece una prenda tal de concordia que no podemos ménos de regocijarnos y de llamar la atencion de cuantos estadistas aman los progresos modernos, para excitarlos á que por su parte no combatan esta santa empresa de duradera pacificacion.

La malhadada ejecucion de los decretos ha venido á mostrar cuánta razon tenía cada cual de su parte, el jefe de la cristiandad Leon XIII y el presidente del Consejo, Freycinet, deseando una concordia, capaz de al uno el ver cómo los primeros defensores de su doctrina y más adictos á su persona, sostenian imprudente resistencia á la autoridad constituida, y al otro el pasar la semana tris-tísima de perturbaciones y de escándalos por que ha pasado Francia. Despues de todo, la invocacion á la ley escrita carece de validez cuando la ley no se observa en todo su rigor y no se cumplimenta en todas sus partes. Si en la coleccion legislativa francesa existen disposiciones acerbas contra las órdenes religiosas, esas disposiciones no distinguen las compuestas por hombres de las compuestas por mujeres. Y para cumplir fielmente la ley, precisaba ir á los conventos de monjas, romper el sagrado, des-cerrajar las puertas, destruir las celosías, entrar en las celdas, poner la mano sobre las vestales católicas, enterradas, aún más que los frailes, de suyo libres, en la triste soledad de inaccesibles claustros, ver-

dadero cementerio donde yacen como muertos seres animados y vivientes. Y el Gobierno, que ha podido dejar baldía la ley en una de sus partes más principales, bien pudiera tambien haberla dejado en otra, sin grave detrimento de su legalidad y en bien y servicio del Estado. No pueden, no, contarse las escenas desagradables que han sucedido en ocasion tan triste. En Marsella se ha empleado un dia entero, de crepúsculo á crepúsculo, para obtener la salida de pobres frailes conducidos en triunfo, al anochecer, por plazas y calles, entre tumultuosas manifestaciones y desaforados gritos; en Nántes se ha visto un prefecto, armado de todas armas, circuido de legiones, abriendo entre nubes de polvo brechas en las tapias de un huerto, trocadas en muros de un fuerte; en Lyon, agudo puñal, no sabemos si bendito como los puñales de la conjuracion jesuítica en el cuarto acto de *Los Hugonotes*, se ha clavado en el corazon de entusiasta jóven republicano cuando daba vivas á los decretos; en Bourgoinge, la batalla de los católicos con los republicanos ha durado desde las seis de la mañana á las seis de la tarde, y ha traído sesenta heridos de gravedad; en Tarascon, aguerrida tropa, compuesta de infantería, caballería y artillería, se ha situado al rededor del gótico monasterio de Premostratenses, y ha mantenido un sitio en regla, hasta rendir por hambre á la piadosa Nu-

mancia de los monjes; en todas partes los comisarios han descerrajado las puertas entre protestas y pedreas; han corrido á las celdas, ó bien sin hallar á nadie, ó bien hallando á grandes personajes que los han amenazado con la cólera de los tribunales, ó á cardenales y arzobispos que los han herido con la excomunion mayor; moviéndose un tumulto en que lo odioso y lo ridículo se mezclan por igual, como en esos dramas de Buchardy ó en esos cuentos de Ponson, semigrotescos y semipatibularios. Á estas desgracias hase unido la triste presencia de Broglie, de Buffet, de los principales fautores del nefasto diez y seis de Mayo, dentro de los conventos en el instante de la expulsion. No sabemos quién nos parece peor aconsejado, si el monacato católico, admitiendo tales auxiliares de combate, ó estos auxiliares, revelando que dentro de toda cuestion religiosa late una cuestion política. Los monjes han olvidado la resignacion, la paciencia, la conformidad tan propias de su ministerio en el mundo, y los reaccionarios no han comprendido que, convirtiendo un acto puramente religioso en un acto político, han convertido la llama del ideal en que las almas místicas se abrasan, la luz del santuario á cuyos resplandores bajan hasta los ángeles del Empíreo; las lenguas de fuego, llovidas por el Paracleto sobre las cabezas de los sacerdotes y de los apóstoles, en la tea del incendio, que

anima las guerras civiles y desata las matanzas políticas, tan contrarias á la santidad del templo y á la letra del Evangelio. Diríase que todos los partidos en la vecina nacion pierden la cabeza cuando se trata de las cuestiones religiosas.

Parecia que un gobierno como el gobierno presidido por Mr. Ferry, fiel cumplidor de las disposiciones de una Cámara decidida por la expulsion de los religiosos, estaba destinado á encontrar en el dia de su presentacion ante el Cuerpo Colegislador que á tantas violencias le moviera, una entusiasta y cuasi ardiente acogida. Pero los conocedores de la política secreta y honda presagiaban mal, como industriados en las cóleras ya históricas del presidente de la Cámara, cuya sanguínea complexion italiana se presta mucho al placer de los dioses, al placer de la venganza. Y la disidencia en el primer ministerio de la tercera República, y la expulsion de Gambetta consumada en la prefectura de Burdeos por Julio Simon, auxiliado de Julio Ferry, así como la amistad de éste con Thiers, olvidando ingratamente las antiguas aficiones gambetistas, todos estos recuerdos revoloteaban á una, ya que no en torno del Presidente mismo, en torno de sus cortesanos, dispuestos, como todos los de su laya é índole, á querer á los ídolos mucho más que los ídolos se quieren á sí mismos. Divídense los republicanos de la Cámara

en centro izquierdo, izquierda, union republicana y extrema izquierda. En el primero y último de los grupos tiene Gambetta escasa influencia; pero muy grande en el segundo y tercero, los cuales componen, por su importancia y por su número, la verdadera mayoría de la Cámara, completamente gambetista. Y estos grupos se mostraron, allá en sus reuniones preliminares, bastante levantiscos é indóciles, todo ménos resueltos en favor de un ministerio á quien acababan de impeler por tan tortuosos caminos. Ó no debió notar Ferry la ira de su mayoría, ó de notarla, no debió creer en que estallára, cuando se presentó soberbio, más bien que receloso, con un programa concreto y con la resolución de pedir á la Cámara una mayoría que le siguiera, y no una mayoría que le guiára. Y despues de dichas estas declaraciones, pidió que se pusiera urgentemente á la órden del dia la ley de enseñanza. Y la Cámara, no obstante esta petición, acordó preferir la ley de la magistratura y derrotó por una gran mayoría al Gobierno. Verse tan maltrecho, allí donde ménos podia creerlo, en la Cámara popular, y ofrecer su dimision, fué obra de un momento; porque, en verdad, el Gobierno estaba completamente roto, y roto por sus mejores amigos y por sus más decididos partidarios en la Cámara popular, adicta por completo y en absoluto á su candente conducta, la cual, por su

mismo ardor, necesita y pide adhesiones entusiasmadas y ardentísimas. El presidente de la República, que aquella misma noche reunía multitud de comensales y amigos en su palacio, quedóse desconcertado al ver esta nueva ruina de otro gobierno más unida tristemente á las ruinas anteriores; y se negó por completo á la admision de la renuncia, retirada al dia siguiente, en virtud de una orden del dia que revocaba la votacion del anterior y sostenia decididamente al Gobierno.

Existe en la Cámara francesa una corruptela, de antiguo arraigada, que perturba mucho la relacion y la armonía de los poderes públicos. Marchando la política de acciones á reacciones violentas, ayer, en el Imperio, el poder ejecutivo absorbía al poder legislativo; y hoy, en la República, el poder legislativo absorbe al poder ejecutivo. Malo que un poder ejecutivo legisle; peor que un poder legislativo gobierne. Legislar con el Gobierno y gobernar con la Cámara producen resultados iguales á los que produciria en el cuerpo humano digerir con el cerebro y pensar con el estómago. La rapidez en la concepcion de la idea, la unidad en la norma del proceder, las facilidades en la práctica faltan por completo á un gobierno que tiene seiscientas cabezas, muchas de ellas organizadas tan sólo para la oposicion y para la protesta. Los Césares más inteligentes no han logrado absorber el poder legislativo

sin engendrar el despotismo; y las Convenciones más ilustres no han podido vincular el poder ejecutivo sino en la fiebre revolucionaria, y para provocar, tarde ó temprano, un golpe de Estado. El Norte de América tuvo que rehacerse contra la anarquía que desencadenó su primera ilustre Convencion; y tras la dictadura omnipotente de aquella gran Asamblea que salvó á Francia, perdiéndose y diezmándose á sí misma, sobrevinieron la infamia y la debilidad del Directorio. El gobierno de toda Convencion resulta violento por lo mismo que resulta irresponsable. Este mal de las Cámaras gobernantes se agrava si hay dos como en el caso presente, porque venciendo y predominando la una, humilla y rebaja naturalmente á la otra, hasta engendrar rivalidades capaces de perturbar á ambas. La Cámara francesa quiere gobernar, y lo consigue. Así, el Ministerio, en vez de dirigir, sigue; y en vez de mandar, obedece. Se retiró porque habian pospuesto la ley de la magistratura á la ley de enseñanza, y vuelve para encontrarse con que subsiste aquello mismo por que se habia retirado. Y de todo esto resulta que, despues de haberse recompuesto, el Gobierno está muerto en la Cámara; y que, despues de haberse revotado, la Cámara está muerta en la opinion.

Si algo faltase, ahí están los legitimistas, que con su oposicion facciosa bastan, si no para matar

un Congreso, para herir su majestad. Se abre la primera sesion, y aparece un diputado de la Vendée, terreno á las guerras civiles propicio, el cual diputado, que se llama Mr. Baudry d'Asson, cree su asiento una fortaleza, su mandato un mando, su palabra un tiro, su investidura un generalato, su Cámara un campo de combate, su deber la rebelion permanente, y conmina, como ébrio, á la mayoría con amenazas formidables, y juzga y condena al Gobierno con calificativos enormes é indecentes. Digo, en verdad, que no puedo comprender cómo un hombre, llegado á los primeros puestos y revestido del carácter de legislador, puede olvidarse de cuanto debe á su altísima dignidad y mancharla de esa suerte con sus propias palabras, tan irreverentes como los mayores desacatos. Pero en Francia deben comprenderlo, puesto que han dado una ley parlamentaria penal, de nosotros desconocida, en cuya virtud y por cuya autoridad suele imponerse al diputado irreverente, segun los grados de su culpa, el castigo de las advertencias, de las multas y hasta de las exclusiones temporales. Creyó Gambetta llegado este último caso de aplicar su código criminal, y expulsó por quince dias al diputado de la Cámara. Y como se resistiera, y con él sus compañeros, levantó la sesion y alcanzó que se partieran y alejáran, tanto el herido con la sentencia, como alguno de sus más formidables

compañeros. Pero ¡cuál no sería el asombro de la Presidencia viéndole volver de nuevo á la sesion siguiente en guisa de aparecido á la sala de sesiones, como si estuviera en plena libertad, y sentarse en su asiento como si gozára de todos sus privilegios! Al encontrarse la vista del Presidente con su vista, le recuerda el veredicto infligido por la autoridad competente, bajo cuyo peso no puede volver á la Cámara sino despues de trascurridas quince sesiones. Quiere hablar el diputado, mas el Presidente se opone á que hable; y en vista de la imposibilidad de someterlo, se cubre la cabeza y se aparta del sillón, suspendiendo, como en el anterior día, por igual motivo y con igual imperio, la sesion corriente. El diputado jura que permanecerá en su sitio, y sus correligionarios y compañeros, llevando á su cabeza el obispo d'Angers, Mr. Freppel, le circundan y forman en torno suyo como viva muralla de defensa. Entónces la última razon de los presidentes y de los reyes aparece, la fuerza armada, el ejército. Á tal aparicion las pasiones se encienden, las lenguas se desatan, las resistencias se organizan, y el Congreso se convierte, para mal de todos, en campo de batalla. Los soldados de la guardia del Congreso no llevan sus armas, á pesar de ir formados en peloton y presididos de un coronel en activo ejercicio. Frente á frente el diputado y la guardia, se empeña una especie de batalla, en

que suenan los golpes tras los dicterios y llueven los rasguños y los cardenales, como en cualquier vulgar apaleamiento. Los infelices soldados tienen que cumplir una consigna tan difícil como la de apoderarse por fuerza, sin herir ni ofender directa ó indirectamente á sus demas colegas, del diputado rebelde, que al verse con la mano de aquellas gentes sobre su inviolabilidad, lucha, forcejea, pega, muerde, hasta caer sin fuerzas en el hemicycle, como puede caer un toro en el circo agarrado y mordido por los perros. Estas escenas, indignas de un pueblo culto, extrañan más vistas desde España, donde existe, sea cualquiera nuestro régimen, la independencia plena de la palabra, la inviolabilidad augusta del diputado, la elevacion majestuosa de los debates, la ausencia completa de toda penalidad, el orden y la serenidad en los debates. Parécese un poco, creedlo, este pueblo frances á los atenienses, en que, al lado de cualidades de héroes y de cualidades de pensadores y artistas, tienen ligerezas de niños. ¡El cielo quiera conservar y fortalecer su combatida República!

HECHOS CONTEMPORANEOS

RELACIONADOS

CON VIEJAS HISTORIAS.

Entre los asuntos exteriores ninguno tan dramático é interesante como las discordias terribles suscitadas en la ciudad de Praga, capital de Bohemia, entre los estudiantes alemanes y los eslavos, con motivo de la reciente fundacion de una Universidad nacional. Es el reino de Bohemia, como es el reino de Hungría, una incorporacion de nacionalidades independientes al inmenso imperio de Austria. Esta nacionalidad, en su mayor parte, se halla compuesta de razas eslavas, como la nacionalidad magyar, en su mayor parte, se halla compuesta de razas mongólicas. El hijo de Bohemia se cree próximo pariente del pueblo ruso, como el hijo de Hungría se cree próximo pariente del pueblo turco. Mas, por esas complicaciones frequentísimas en Oriente, dentro de Bohemia existen muchas familias austriacas, como dentro de Hungría existen muchas familias eslavas. Y el

verdadero eslavo aborrece al austriaco por lo que tiene de aleman, y aborrece al húngaro por lo que tiene de mongol. En ninguna parte la idea de raza, esta idea que apenas poseemos nosotros, se halla tan profundamente arraigada como en las diminutas nacionalidades dependientes de grandes imperios. El soldado de la Montaña Negra; el búlgaro apenas emancipado; el servio en su incipiente monarquía; el croata, unido por la fuerza de los hechos á Hungría, ya que no pueden tener una gran patria, se glorian de tener una gran raza: la numerosa raza eslava. Pero entre todos estos pueblos, pueblos del mismo origen y de diversas nacionalidades, no existe ninguno que pueda compararse, ni de lejos, en orgullo histórico y en pretensiones excesivas, al pueblo eslavo de Bohemia. Centro de la Europa del Norte, fortaleza que guarda muchas encrucijadas militares, campo donde se han librado las más decisivas batallas entre las mayores potencias de Alemania, la nación se cree con historia completamente aparte, autonomía propia, independencia de posición y de carácter para constituir un Estado, que contribuya, como Bélgica, Holanda y Suiza, en su esfera respectiva, al progreso y lustre de toda Europa. Es necesario conocer personalmente á sus hombres superiores, como yo he conocido al ilustre Riegel en Francia, para convencerse de cómo

sienten, á la manera de los judíos dispersos, vocaciones misteriosas, cuya virtud los impele con soberano impulso á constituir en su patria sometida un Estado independiente y en su raza fraccionada una confederacion anfictiónica. Ménos á la revolucion, que repugnan, los eslavos han acudido á todo para recabar de la estéril realidad su feudo ideal; han acudido á la protesta y al retraimiento con una perseverancia que recuerda en algo la perseverancia de Polonia, y en un martirio que recuerda de esta nacion desgraciada el secular martirio.

Ultimamente han logrado del gobierno austriaco, influido siempre por la nacion húngara, que les autorice á fundar la Universidad nacional eslava. Y con motivo de esta fundacion han entablado discordias, las cuales no sólo han sido oposiciones de ideas contrarias, sino tambien conflictos de fuerzas materiales. Del seno de las aulas, donde se discuten los títulos al predominio político y social de las dos razas enemigas, han pasado las discusiones al espacio de las calles, donde se ha argüido á palos. Para un eslavo, el pueblo aleman tiene algunos hombres superiores como Leibnitz, Lutero, Kant, Goëthe, Mozart; pero no puede compararse, ni en viveza de ideas, ni en vigor de sentimientos, ni en claridad de inteligencia, con las familias de pueblos eslavos á quienes tanto

desprecia, cuando se halla condenado, por su complexion linfática y su oscuridad intelectual, á víctima de algunos imperios militares y creyente de algunos oráculos superiores. El aleman responde á esto exhibiendo sus timbres históricos y clasificando á los esclavos poco ménos que entre los seres sumidos en las entrañas de la naturaleza é identificados con la materia. Y de aquí disputas escolásticas, que luégo resultan, como allá en los tiempos de la Edad Media, batallas campales.

Suelen menospreciarse aquí en Occidente estos conflictos, que á nadie, por regla general, interesan. Y sin embargo, así como las depresiones del aire, ó las tempestades, ó los ciclones de remotos climas, influyen tanto en nuestra atmósfera, los hechos, de la magnitud que las disputas escolásticas de Praga, influyen tambien sobre nuestras corrientes sociales. ¡Oh! de lo pasado podeis deducir lo presente y adivinar lo porvenir. Aquellas sectas albigenses, de tan poderoso influjo sobre nuestro Mediodía, provenian de Bulgaria, y aquella revolucion religiosa, que determinó la política general y cambió la corriente de los tiempos, comenzó verdaderamente amenazadora en Bohemia. Siempre que una cuestion de esta clase aparece en el mundo, hay que buscar sus antecedentes y hay que estudiar su genealogía. La nacion espiritual de Bohemia, tan católica hoy, fué fundada por un

hereje, por Juan Huss, al cual vuelven los ojos aún aquellos entre sus compatriotas que más obedecen y sirven á la Iglesia católica. Las ideas de Huss, en el fondo, son las mismas ideas de Wideff.

¡Quién habia de decir que las doctrinas exterminadas en Inglaterra iban prontamente á resucitar en Bohemia! Muchas controversias han los filósofos empeñado sobre la trasmision de esas ideas desde el fondo de Inglaterra á las mesetas centrales de Europa. Unos dicen que cierto estudiante de Bohemia llevó las doctrinas wideffistas de Oxford á Praga. Otros dicen que un aleman las recogió en Inglaterra. Otros, que eminentes doctores de la region eslava se convinieron y concordaron por cartas con el gran reformador de la region sajona. Sea de esto lo que quiera, como las brisas alíseas que soplan de regiones misteriosas, como el polen de la palma que arrastran los huracanes del desierto, como el rayo de la lejana estrella, que hiere, al traves de los espacios, nuestra humilde y oscura retina, envuelta en las sombras del planeta, las ideas misteriosamente llegan hasta el fondo de la humana conciencia y se esparcen, por milagrosas revelaciones, desde un territorio á otro territorio, desde una generacion á otra generacion, desde un pueblo á otro pueblo. Resulta, para escarmiento de los perseguidores de ideas, el que aún no habia concluido la persecucion de los

apóstoles ingleses, cuando ya se levantaban en el horizonte, recogiendo los residuos de sus hogueras y las reliquias de sus doctrinas, los apóstoles eslavos. Juan Huss, cura de Betlhen y confesor de la reina Sofía de Baviera, comenzó la predicación de la nueva doctrina. Hacia el año de 1409, en que tomara esta iniciativa, los alemanes empezaron á dejar aquella tierra á merced de los eslavos, que, por razón de este suceso, tienen á Juan Huss por el fundador de su nacionalidad religiosa y política. Inmediatamente despues de este éxodo de los germanos, Juan Huss organizó la Universidad de Praga por el modelo de la Universidad de París, y se declaró su rector. Triste en su aspecto, modestísimo en su natural, austero en sus costumbres, dado al culto de las ideas, adscrito á la soledad, recluso y encerrado en sí mismo, poco comunicativo, aunque benévolo con todas las gentes, el sacerdote de Praga parecía nacido y llamado á la pública profesion de las ideas. Viendo los clérigos católicos el peligro que corria la ortodoxia, por haberse conjurado en contra suya tanto saber y tanta virtud, iniciaron una guerra implacable, la cual comenzó por quemar públicamente los escritos de Wideff y por proscribir de la ciudad de Praga á su discípulo Juan Huss. Éste, lanzado de las ciudades, se encontró en los campos, y como Cristo en el desierto, comenzó á usar

de la soledad para comunicarse con la humana conciencia. Allí predicó libremente y pudo extender y predicar su doctrina. Tenía Juan Huss por discípulo á Jerónimo de Praga, y ambos á dos llevaban su doctrina y la difusión de su doctrina á exageraciones increíbles. Baste decir que, como el papa Juan XXIII publicára sacra bula contra el rey de Nápoles, Ladislao, la llamó Jerónimo de Praga decreto del Antecristo, é hizo que para ridiculizarla y perderla se la pusieran sobre el pecho las prostitutas de la ciudad, y la mostráran, pendiente de esa ara indigna, por las calles y por las plazas, precediéndolas un jóven, el cual, vestido de cortesana antigua, fingia representar la Iglesia católica : grotesco espectáculo que, prohibido por el Ayuntamiento ó Senado, llegó á ocasionar terrible batalla, en la cual perecieron innumerables gentes.

Juan Huss nació en la servidumbre y se emancipó en virtud de la elocuencia y del genio. Lo triste de su origen debia sellar con sello indeleble el fondo de su alma y hacerle el defensor de los oprimidos y los desgraciados. Así toda su doctrina tiene el espíritu revolucionario con que las clases opresas contestan al despotismo de las clases opresoras. No ostentó, ni su doctrina ni su vida, la corrección clásica, la profundidad política, la pureza de ideas y la pureza de procedimientos que

hemos admirado en Jerónimo de Savonarola, ciudadano y discípulo de aquellas ciudades italianas donde la democracia arraigaba, no sólo como un derecho, sino también como una tradición, gracias al lustre, á la libertad, al saber de aquellas antiguas y gloriosísimas repúblicas. Cuando vemos á Juan Huss y á los hussistas, vemos una revolución, y una revolución violentísima. Los cielos se enrojecen al culebreo de los relámpagos sangrientos; los aires se cargan con las vibraciones de la campana que toca á rebato, del tambor que despierta al guerrero, del mosquete que truena, del muro que cae, porque el movimiento hussista representa la indignación de toda una raza en armas y las explosiones del espíritu de un pueblo poseído de ciega pasión por su libertad y por su fe. Ninguno de los hechos anteriores representa con tal fidelidad la revolución que arde en la conciencia humana. Los reformadores y los herejes de los pueblos heleno-latinos tienen ciertamente un fondo natural católico que los hace reconciliables con la Iglesia, y un amor á la Roma antigua ó á la antigua Atenas, que les lleva como de la mano á conservar la tradición. Pero estos pueblos eslavos, ó sean los últimos venidos en las irrupciones bárbaras, ligeros como los pueblos más meridionales, feroces como los pueblos más del Norte, no conocen á Roma sino por el ódio de antiguo aprendido

en la salvaje cuna de sus desoladas estepas. Así el movimiento hussista representa una violentísima si bien prematura revolucion, semejante á ese relampagueo continuo de nuestras noches de estío, el cual anuncia la tempestad ántes de que haya nube ninguna en los horizontes.

La herejía de Huss carece de originalidad y toma todos sus principios de la herejía de Wideff. Pero la Iglesia, que habia perseguido á éste en Inglaterra, no podia dejar libre á aquél en Bohemia. El Arzobispo de Albicus dirigia esta persecucion. Físico más que teólogo, vendedor de drogas y de indulgencias, boticario perfecto en su sede primaria, tan avaro que ofrecia en el mercado las ofrendas de los fieles, y tan gloton que llevaba entre sus arreos episcopales, junto al báculo y la cruz y la mitra, los llaves de la bodega y de la despensa, su imbecilidad era ya una provocacion. Juan Huss, cansado de luchar con este hombre incapaz de comprenderle, vió el cielo abierto cuando se reuniéra el Concilio de Constanza, y decidió presentarse en aquella asamblea augusta para controvertir y dilucidar sus principios. Mal conocia el infeliz á su sociedad y á su tiempo. No ; no imaginaban entónces los hombres que las ideas se combaten con ideas, y que un cetro, una espada, el brazo secular, la mano del verdugo, no llegarán jamas adonde no llegue la fuerza de un argumen-

to. Creíase generalmente que para desarraigar una creencia bastaba con extirpar á un apóstol. Indudablemente, algo comprendió de esto Juan Huss cuando pidiera salvoconducto seguro al pedante emperador Segismundo, aquel sacristan de los concilios, que despues de haber ayudado á misa al Papa, como el último de los monaguillos, creia ser un Teodosio ó un Carlo-Magno. Sacerdote que llevaba su palabra de honor como un escudo, y que, á mayor abundamiento, tenía claro salvoconducto emanado de la autoridad imperial, debia aparecer á los ojos de todas las potestades de la tierra con igual inviolabilidad á la del César, á quien debia su seguro y en quien libraba su confianza. Pero Juan Huss tenía muchos enemigos: en primer lugar, á aquel pirata con tiara á quien llamaban Juan XXIII, y que aborrecia, no solamente la doctrina, sino la virtud del animoso revolucionario ; en segundo lugar, á los padres más reformadores del Concilio, á los más opuestos á la tiranía pontificia, como el venerable Gerson y Pedro de Ailly, que detestaban la tendencia democrática de Huss, porque querian la salud de la Iglesia por medio de la conciliacion y de la concordia ; en tercer lugar, á la ignara multitud que compone el núcleo de todas las asambleas, y que no se detenia ni á reflexionar ni á discutir, odiando instintivamente á Juan Huss con el ódio sal-

vaje de la superstición y de la intolerancia. Así, á pesar del seguro y del salvoconducto, no bien llegó á Constanza lo recluyeron tristemente en oscuro é infecto calabozo, á las orillas del Rhin, bajo el lago, donde las tinieblas se espesaban de tal suerte que no podía leer ni escribir, circuido de una atmósfera emponzoñada por la proximidad de infectas cloacas, expuesto á morir por la fiebre que en sus venas engendraba la sobra de humedad y la falta de aire, atenaceado el corazón, no sólo por los propios dolores, sino por los ecos de las orgías y de las fiestas conciliares que llegaban hasta aquel abismo, cruel tormento de una libre conciencia. Mientras el proceso de Juan Huss corría los trámites necesarios, un discípulo suyo, un eslavo cuyo nombre era Mies, alzóse predicando que el pueblo debía participar, no sólo de la hostia, sino también del cáliz; recibir, no sólo el cuerpo de Cristo contenido en el pan, sino también la sangre contenida en el vino y reservada solamente á los sacerdotes. Así, así comienzan las democracias. Esta comunión, á primera vista pura y simplemente eclesiástica, albor era, comienzo, iniciación de otra más tangible y más práctica en las ideas del derecho. Al sentir los laicos derramarse por sus venas la sangre del Salvador, sentían derramarse por sus almas el principio divino de la igualdad social. Este principio necesitaba

mártires, y los tuvo, y se llamaron Juan Huss y Jerónimo de Praga.

Escapado y fugitivo el Papa, quedó la asamblea conciliar á merced del Emperador. Y si éste fuera capaz de sentir asomo de conciencia en su mente y asomo de vergüenza en su rostro, aprovechará la ocasion de devolver su libertad á Juan Huss. Pero no; cegada del fanatismo religioso aquella su débil inteligencia, despues de quemar las peticiones del pueblo y de la aristocracia de Praga, demandando la libertad del apóstol, reúne el Concilio y le conjura al castigo. En efecto, las puertas de Constanza presencian un terrible espectáculo. Inmensa hoguera está aparejada para abrasar á un hombre; este hombre ha sido despojado de sus vestiduras y de sus dignidades eclesiásticas en presencia del Emperador, el cual acaba de empeñar una ciudad para presentarse con más lujo en aquella lúgubre ceremonia. Despojado el apóstol de su ministerio y de su traje, es conducido al terrible brasero para que se convierta en mártir, eternamente compadecido de todas las generaciones y eternamente loado en todas las historias. Juan Huss sube al cadalso, y en el momento de subir ve á un campesino de aquellos por cuya libertad moria, llevar su haz de leña á la hoguera. «¡Oh santa estupidez!» grita con terrible ironía. Y como las llamas le circundáran y le consumie-

ran, sobre su terrible fragor levanta el cántico religioso, que prueba cómo el alma se descine por la inspiracion del cuerpo, y vuela al cielo burlándose del despotismo y del tormento de los hombres. Aquel corazon, consagrado á la humanidad entera, herido por el amor á las nuevas ideas, es taladrado de un clavo y puesto á asar en las brasas como un tosco trozo de carne. Bajo la hoguera ponen sus enemigos un buey podrido, que exhala hedor horrible, para hacer creer á las gentes en la corrupcion y en la podredumbre del consumido cuerpo. Á los pocos dias le sucede en el suplicio su propio discípulo Jerónimo de Praga. Más elocuente, más inspirado, más sabio que el maestro, el terror le sobrecogió hasta el punto de haber una vez suspendido la fuerza de su natural y obligándole á perpetrar una retractacion. Mas rehecho y repuesto, proclamó en voz alta su doctrina y aceptó con exaltacion su martirio, primero por dar testimonio público de su fe, y despues por reunirse en otro mundo mejor con su adorado maestro. Los padres del Concilio se asombraron de su serenidad ante las amenazas, de su estoica indiferencia en el dolor, de su menosprecio á la vida, de su sublime abnegacion en la muerte, de las ideas que vertia cuando ya tocaba en la eternidad, del cántico de triunfo exhalado por sus labios cuando ya le rodeaban y le consumian las llamas. Con

Caton le comparaban, y habia entre él y Caton una diferencia ; la de que éste espiraba por un recuerdo y una tradicion de lo pasado, y aquél por un ideal y por una fe viva en lo porvenir.

La grande agitacion electoral de Francia coincide con la grande agitacion electoral de Alemania. El Imperio no está ménos conmovido que la República. Para organizar una mayoría gubernamental, ha tenido el Canciller que captarse la voluntad de los partidarios de Roma y la voluntad tambien de los socialistas de cátedra. Con estos dos términos contrarios forma, por medio de una síntesis cuasi hegeliana, abigarrado partido, el cual puede retroceder hasta la humillacion delante del Papa, si es preciso, y adelantar al mismo tiempo hasta los límites de las más avanzadas utopias. Imperio sin Pontificado es cosa incomprensible, como Emperador sin tendencias socialistas. Por consiguiente, contra los liberales nacionales, que rechazan la economía proteccionista, la voluntariedad ministerial, los Parlamentos siervos, el poder cuasi autocrático, la reaccion cuasi jesuítica, organízase, por virtud de un expediente, mayoría compuesta de dos factores, entre sí tan opuestos como aquellos que quieren llevar el Emperador hasta el patio de Canosa, eterno testigo del influjo preponderante de la monarquía pontificia sobre la monarquía civil, y aquellos que quieren la mejora

de las clases bajas por medios ménos ruidosos y principios ménos radicales que los medios y los principios de las antiguas escuelas socialistas, templadas sí, pero no destruidas, en esta nueva trasformacion del cesarismo. Para satisfacer á los unos, el Canciller les arroja como pasto los judíos, responsables del movimiento liberal germano, y para satisfacer á los otros, les arroja los nacionales liberales, inconsecuentes con las escuelas socialistas. No puede pintarse con verdad el regocijo que reina en la legion germánica de los impenitentes reaccionarios, tan fanáticos y supersticiosos como los carlistas de Francia ó España. Los señores feudales de Alemania; los románticos, enamorados todavía del gótico y del ultramontanismo; los güelfos, llorosos y doloridos por la ruina de sus antiguas dinastías; los católicos de Baviera, que aún se imaginan servir al Emperador de Austria ó estar en la guerra de treinta años; los sajones, pagados de su historia como los portugueses, juran á una, por su honor y por su fe, la cruzada contra esos nacionales, que han rematado la corona germánica, forjada en cien combates, con el gorro frigio cosido en las sesiones revolucionarias de la Asamblea de Francfort y colorado por la sangre de los nobles muertos en las batallas sangrientas que mantuvieron allá el año 48 por la nacion arqueológica de las antiguas creencias y de

los tiempos antiguos, contraria de todo en todo á esta nacion de los viejos revolucionarios y de los arrepentidos republicanos. Pero ¡ah! que la inteligencia del Canciller con los católicos de Prusia y con los reaccionarios de Baviera y de Sajonia encierra grandes peligros para su obra magna, para la unidad alemana. Crea en la solidaridad histórica de los partidos el ilustre repúblico alemán. Y el partido reaccionario de Alemania quiere, como el partido reaccionario de Italia, ¡oh! el fraccionamiento y division de su patria. El Imperio débil y el Pontificado fuerte significan para ellos la política conocida hoy en Europa con la denominacion de particularismo, cuyas tendencias van derechas al restablecimiento de los antiguos Estados, de las Dietas antiguas, de una Germania con príncipes feudales y electores eclesiásticos, tal como la desean todos cuantos quisieran saltar sobre la revolucion religiosa y la revolucion política, para caer de nuevo en los siglos bienhadados de la Edad Media. Los católicos de Colonia, que aún sueñan con su destruido arzobispo reinante; los arqueólogos de Nurenberg, que quisieran reducir los ciudadanos á juguetes de su monarca medio demente, como los polichinelas de su industria son juguetes de los niños traviesos; los artistas prerafrelianos; los caballeros de Baviera, sacrificados en la guerra eterna contra el libera-

lismo y la reforma ; todos los restauradores de aquellas córtes de soberanos cuyo ejército estaba reducido á sus pinches y lacayos, córtes de músicos y danzantes, de filósofos á sueldo, de poetas adormecedores y durmientes, de sabios con librea, fustigados por Heine y dispersos por el viento de las ideas unitarias, cuyo influjo ha dado el Imperio alemán á los Marqueses de Brandeburgo, acaparadores de los bienes pertenecientes á la Orden Teutónica, y compañeros de Mauricio de Sajonia en el paseo militar á Inspruch contra el Concilio y el Emperador, se frotan las manos de gusto y se creen próximos á ver entrarse de pronto por sus puertas una reaccion, recibida á domicilio, de aquel á quien llamaron ántes, en su furor separatista ó teocrático, el Demonio del Norte, ni más ni ménos que los protestantes de todas procedencias han llamado á Felipe II el Demonio del Mediodía. Pero ¿cuánto tiempo durará esta coalicion transitoria ? Las ideas unen como desunen los intereses, porque las ideas nacen de la sublime fe y los intereses del refinado egoismo. Y las ideas de unidad alemana y de progreso en el desarrollo de las libertades públicas, llevaron á los nacionales germanos al Imperio revolucionario, como los intereses de Iglesia, de secta, de patria diminuta, de Estado pequeño, llevarán á los ultramontanos de todos matices contra el Imperio revolucionario.

Conservar el nuevo Estado alemán y progresivo con los viejos elementos particularistas, paréceme un error equivalente al error de los republicanos gambetistas, que quieren erigir su República conservadora y gubernamental sobre los comuneros de Belleville. Toda reacción violenta lleva en sus entrañas, por necesidad, una revolución inevitable, como toda revolución violenta lleva, por iguales motivos y razones, una inevitable reacción.

¿Quién, que de liberal se precie, no habrá soñado alguna vez con la tribuna en Roma, la Agora en Atenas, el Parlamento en Londres, la loggia en Florencia, la columna de Julio en París, el Capitolio en Washington, los sitios ungidos por el derecho y consagrados en la memoria del humano linaje? Pero ¿quién querrá ver los alcázares del despotismo, que deshonoran nuestro nombre y humillan nuestra dignidad? Yo me figuro á Peterhof, la madriguera del Czar. Prados verdes, pero baldíos; bosques umbrosos y espesos, pero tristes; surtidores que sin cesar corren y que parecen compuestos por torrentes de lágrimas; palacios más sombríos que prisiones; mucha magnificencia en los edificios y mucho cultivo en la campiña, pero todo ello consagrado á solaz de una familia de autócratas omnipotentes y hartos. Luégo en los espaciosos y mudos salones, bajo las altas cóncavas bóvedas, sobre las alfombras donde vuestros piés se hun-

den, ¡cuántos espectros! Los crímenes que ha perpetrado el despotismo para fundarse y sostenerse; las víctimas de las conjuraciones cortesanas, cuyos espíritus andan errantes y luctuosos por los aires envenenados de ponzoñosos recuerdos; los siervos, que bajo el látigo han construido aquellos templos de sus tiranos y sepulcros de sus derechos; la tradición cruenta, que de todo ello se desprende y que os empaña hasta la conciencia y la ennegrece, como corrompen la sangre los miasmas palúdicos: cuantas cosas veis y tocais tienen relacion tan estrecha con el despotismo en su seno encerrado, que podriais creerlas su propia inseparable forma. Desde la terraza de aquel Versálles moscovita descúbrense á lo léjos la desembocadura del Neva en la mar del Norte, como un rio de sombras en plumbeas simas; y la ceñuda Kronstandt, cuyas murallas de granito y cuyas fortalezas de formidable aspecto señalan con sus siniestras líneas la entrada en los desolados y tristísimos dominios de una omnipotente autocracia. Imaginaos allí un hombre circuido de triple círculo de guardias, sin los cuales no puede vivir, amenazado por agentes invisibles de ideas exterminadoras que parecen diluidas en los aires y que caen como espectros sobre su corazón y sobre su conciencia; imagináoslo, temiendo que los suelos se abran, que los aires se incendien, que la muerte venga de súbito á derribarle desde

un trono siempre vacilante á una eternidad infernal, y decidme si merece ó no la compasion pública quien, olvidado hasta de las ideas de su tiempo y de las condiciones de su autoridad, quiere inspirar á los que están decididos á morir, terror eterno é imposible.

No hace muchos dias que dejó tal sitio y se dirigió á la capitalidad antigua de su Imperio, la ciudad de los Ivanes, Moscou, huyendo de la capitalidad moderna de su Imperio, la ciudad de los Romanofs, Petersburgo. En el camino sus guardias ahuyentaban las gentes para que al Emperador no se acercasen y no le dijese como desean algo necesario á la vida, cual la luz y el aire, los derechos á la libertad. Y eso que iba con afan á la sede apostólica de los Césares moscovitas. Roma pasa por la eterna madre de los emperadores latinos; Constantinopla por la eterna madre de los emperadores griegos; Moscou por la eterna madre de los emperadores rusos. La tierra de aquella ciudad es la esposa del Czar, como Juno la esposa de Júpiter. Este matrimonio entre la Cibéles moscovita y el autócrata engendra el despotismo patriarcal y eterno que anhelan conservar Alejandro III y el campesino moscovita contra los nobles de todos los castillos y los estudiantes de todas las universidades. Moscou, la Roma eslava, la ciudad de los blancos muros, á la cual abraza el rio Moskova y

cela el fuerte Kremlin; centro de los ferro-carriles imperiales por factoría importantísima y por punto estratégico de primer orden; la capital de los grandes barrios y de las altas pirámides, formada de fugitivos errantes cual la Ciudad Eterna; y que rica en tantas iglesias como días cuenta el año, las cuales levantan á las alturas cuatro mil torres doradas, parece una ciudad asiática, perdida completamente, á guisa de los tártaros, en las estepas boreales de la vieja Europa.

Un viaje á Moscou, en los comienzos del nuevo reinado y ántes de la coronacion, podia interpretarse por un grande homenaje de recuerdos y un grande incentivo de promesa tributados á la más histórica y más reaccionaria de todas las ciudades moscovitas. Allí, donde se alza la puerta del Salvador, que los ortodoxos atraviesan de rodillas; la torre de cien metros, que los viajeros saludan desde léjos con oraciones de bizantina liturgia; la campana de doscientas toneladas de peso, que no suena, falta de apoyo, como no suenan las lenguas rusas faltas de libertad; el cañon mónstruo que debe aterrar á los heterodoxos; el iconothaumaturgo, que han gastado con sus besos místicos los labios de cien generaciones devotas; la iglesia de la Intercesion, que se parece á la gran basílica de Venecia y á la gran pagoda del Indostan, como Rusia se parece al continente asiático y al continente

européo; las rotondas áureas con sus escamas de porcelanas várias, y los campanarios chinescos y los cuadros de figuras rígidas: allí han debido celebrarse los desposorios del jóven czar Alejandro con la rusa y arqueóloga política panslavista. Y en virtud de tal creencia, las aclamaciones han menudeado, y el gallardo príncipe, receloso y aturdido, como gamo ligero en día de caza, descansó unas horas en la confianza de que aún le quedaban fieles vasallos dispuestos á morir por él, como en la ópera del músico Glinska, en las antiguas capitales de la grande Rusia.

Pero la política panslavista se funda en sentimiento único, en el odio á la vecina Germania. No se puede con exactitud averiguar quién aborrece más al aleman y su Imperio; si el enemigo de Oriente, ó sea el eslavo moscovita, si el enemigo de Occidente, ó sea el exaltadísimo frances. La furia francesa es reciente, contemporánea, brotada de heridas que pueden curar el tiempo con sus bálsamos de olvido y la fortuna con sus vueltas de cara, mientras la furia eslava es tan vieja como la tierra, como la nación, como la savia que corre por las selvas y como la sangre que corre por las artérias de todos los viejos moscovitas adscritos á la religion ortodoxa y al Imperio ruso. Por consecuencia, ¡cuánta no habrá sido su extrañeza y asombro al ver el viaje panslavista de Moscou seguido por el viaje

aleman de Dantzig! En Moscou, Alejandro parecia el czar anterior, y en Dantzig el czar posterior á Pedro *el Grande*. Allí amenazaba y aquí aquietaba á la Alemania imperial. Allí parecia predicar la cruzada ortodoxa contra la proterva Europa occidental, y aquí predicar la inteligencia de todos los europeos con su dinastía cuasi germánica para impedir los arrebatos moscovistas y pacificar á la inquieta é invasora Moscovia.

Pero no debe Alejandro forjarse ilusiones. Las enemistades históricas, tradicionales, eternas, se levantan sobre todas las conveniencias transitorias del momento y sobre todos los arreglos diplomáticos del mundo. Prusia hoy no puede vivir sin el afecto de Austria, y Austria no puede renunciar á sus intereses en la península de los Balkanes; contrarios de todo en todo á los intereses de Rusia. La nacion que está sobre los orígenes del Danubio y sobre su enriquecido y ámplio curso, desea estar también sobre la desembocadura, deseo fomentado por Prusia, y cuya satisfaccion de ninguna suerte puede consentir la nacion poseedora de la Besarabia y de la Crimea. El dia que Austria se dirija, en nombre del germanismo amenazado, á Salónica, se dirigirá Rusia, en nombre del eslavismo amenazador, á Constantinopla. Si Austria tiene para este fin territorios recientemente desgajados de Turquía, tiene por su parte Rusia territorios des-

gajados de Rumanía. Si Austria ha formado con la Bosnia y la Herzegovina Marcas alemanas en el Imperio turco, Rusia también ha formado con su Rumelia otras Marcas moscovitas en el mismo Imperio. Todo eso es una guerra próxima en gérmen que no podrán evitar todas las visitas más ó ménos corteses, ni todas las alianzas más ó ménos diplomáticas. Todo eso es una guerra de Rusia y Francia quizá con Alemania y Austria.

Por lo demás, nada puede, si en Dantzig se han reunido los dos Emperadores contra el movimiento interior de Rusia, nada puede la fuerza de los Imperios contra la fuerza de las ideas. La constante aspiración á la libertad, que agita las entrañas del territorio ruso, concluirá por tragarse tronos mayores que el trono de Alejandro. Hay dos enfermos en el mundo: el califa de los musulmanes y el autócrata de los moscovitas. El uno muere de interior desorganización y el otro muere de complicaciones externas. La conjuración nihilista mata al uno, y al otro lo matan complicaciones como la de Túnez, dificultades como las de Trípoli, pronunciamientos como los de Egipto, pérdidas como la de Thesalia y Chipre, odios como los de Rusia y abrazos como los de Inglaterra. Suena en este siglo de la libertad la última hora de todos los despotismos, hasta en los inmóviles senos del Oriente.

AUXILIOS DE LA REPUBLICA FRANCESA

Á LA

INDEPENDENCIA HELÉNICA.

Difícilmente ligamos los efectos con las causas; y nos está vedado saber de qué calera salieron los átomos componentes del esqueleto, y de qué fuego el fósforo atizado en el cerebro, y de qué hierro la partícula colorante de la sangre, pues si bien vemos como el rayo del lejano sol pinta el cáliz de las flores y el ala de las mariposas, como el óxigeno de nuestras combustiones arde allá en las más apartadas vías lácteas, cual puede arder aquí en nuestras humildes chimeneas, como la luna llena levanta é hincha los mares, sacándolos de su lecho, ignoramos multitud de relaciones nuestras con el universo, y no podemos decir si la esencia del gran todo, á que estamos adheridos, debe llamarse idea, voluntad, energía, movimiento, Dios, como pretenden, allá en sus varicos sistemas, los

que buscan anhelantes, interrogando al cielo y á la conciencia, los enigmas guardados por el silencio eterno y envueltos en los eternos misterios; mas, lo que sabemos á ciencia cierta es la unidad de nuestro cuerpo con la naturaleza universal, y la unidad de nuestra alma con el espíritu humano, seguros de que venimos de lo infinito y á lo infinito vamos, por lo que, al atravesar la tierra, en el camino entre estos dos polos, debemos proceder con arreglo á la doble dignidad de nuestros orígenes y de nuestros destinos, para de esta suerte aumentar la vida en los ideales, que, encendidos en las alturas, nos señalan y enseñan la eterna perfección.

En estos dias las Cámaras de Berlin y de París han resonado con discursos de Bismarck y de Gambetta, cuyos pensamientos interesan á todos, porque pueden decidir de la paz ó de la guerra; y las calles de dos grandes capitales han presenciado el entierro de un pensador como Carlyle y la apoteosis de un poeta como Víctor Hugo, los cuales tantas grandiosas ideas han traído á nuestra mente y tantos poderosos afectos han despertado en nuestro corazon por medio de esas obras maestras donde van á beber su vida las almas de todo un siglo; por manera que los tribunos desde las cimas del Estado, y los genios desde las cumbres de la inmortalidad, han venido á mostrarnos los dos lados de

nuestro sér, esas impurezas de la realidad en cuyo barro vamos encerrados, y esos arquetipos de lo hermoso, de lo perfecto, de lo justo; puntos luminosísimos en el azul inmenso, cuyos centelleos nos convidan á romper todas nuestras ligaduras y á lanzarnos en alma inmortal á los torrentes del divino éter. Cuentan los historiadores que al publicarse el almanaque republicano, destronando las divinidades paganas supervivientes al paganismo y alojadas en el almanaque católico cual en su templo, aquellos convencionales de Francia, tan adoradores de la Naturaleza, segun se ve á primera vista en los nombres dados á los meses, soltaron en fiesta inolvidable á 4.000 pájaros, los cuales se esparcieron por los cuatro vientos con arpegios y aleteos sin fin, llevando en sus cuellos cintas que decian: «Somos libres; imitadnos.» ¡Cuántas ideas soltadas en la tribuna y cuántos arpegios de las liras escapados, se han ido, como avecillas espirituales, á gorjear en el oído de los esclavos encadenados, en el sepulcro de los pueblos muertos, en el corazón de todos los opresos, á decirles con revelaciones misteriosas cuán verdadera redención guardan en su seno esas ilusiones instintivas del alma que se conocen con el nombre de santas y consoladoras esperanzas.

Pues ¿los pobres helenos, los cantores, los artistas, los dioses de la Historia no han de pedir á su

puro cielo y á sus santos recuerdos alguna de estas inspiraciones sublimes? No pueden creer que aquellos Klephtas, cuyos cánticos y cuyas hazañas añadieron nuevos timbres á su gloria; que las hueses de mártires descendidas de sus montañas para salvar á la patria ó con la patria morir; que los filohelenos alemanes, consagrados á rehacer los dioses de quienes recibiera Grecia el filtro de su inmortalidad; que los oradores franceses, cuya lengua, digna de resonar en la Agora, hablaba de los atenienses cual si hubiera ensayádose á hablar en la antigua Aténas; que los poetas británicos, parecidos á los jóvenes de los relieves de Fídias, manejando la lira y la espada á un mismo tiempo, los cuales se creían felices si alcanzaban ignorado sepulcro en los campos donde crecen las palmas de Salamina y de Platea; que todo aquel helenismo, especie de arte y de religion, y de ciencia y de política, parecido al que hizo resucitar á nuestra Europa en el Renacimiento, se haya disipado como un sueño de verano, dejando tras sí estos prosáicos dias nuestros, incapaces de las exaltaciones cuya virtud emprenden y rematan todas las grandezas del mundo y todas las maravillas de la Historia.

Y la estrecha oposicion conservadora del Senado y del Congreso en Francia han creido que encontraban socorrido tema para discursos pavorosos en

las armas prestadas por el Gobierno frances á los griegos. Y con este motivo, excusándose de la omnipotencia por el comun sentir atribuida hoy á su persona, Gambetta ha dicho uno de esos discursos en que compiten, con lo resuelto de su intencion política, lo enérgico y templado de su frase. Parece que lo estamos viendo. Ancho el pecho como necesita la fragua de sus pulmones; echada atras la gran cabeza, de la cual cae sobre los hombros una cabellera canosa; encendido hasta tocar en amoratado el color que templá un poco la sombra de una barba encrespadísimá y casi gris; fuerte la nariz y ovalado el córté de la cara; vivísimo el ojo por donde el espíritu se comunica con el mundo exterior, y contrastando con el ojo inmóvil de cristal, que despide frio en medio de tanto calor y de tanta vida como hay en aquel rostro; tonante la voz é imperiosa, cual cuadra y cumple al estilo cortado y al raciocinio contundente, acompaña sus discursos de un tono altísimo y de una política concreta y clara, con puñetazos que, amortiguados por el mármol de la tribuna, todavía tienen algo del címbalo con que acompañaban los sacerdotes druidas el clamor de los galos en el comienzo de sus sangrientas batallas.

Gambetta, cuyo origen italiano y cuyo nacimiento provenzal hanle valido muchas injurias, que achacaban su finura política y ánimo concilia-

dor á florentinas perfidias, tiene mayor franqueza en sus discursos que en sus actos. Al proceder y obrar pide consejos al disimulo italiano, tan natural en una raza oprimida, que ha debido recurrir á la astucia para vencer á la fuerza; mas, al hablar, la sangre se le sube á la cabeza con tanta facilidad, el corazon le late en el pecho con tal fuerza, la idea corre á los labios con presteza tan extraña y singular, que enseña el fondo de su alma y vacia en la palabra toda la secreta intimidad de su pensamiento, dejándose llevar de las interrupciones de sus enemigos, bastante eficaces á prestar á su complexion sanguínea la cólera que el capote encarnado suele prestar al toro en la plaza. De esta suerte, aunque ha querido negar con la intencion, ha aprobado con la palabra todo cuanto poder le atribuyen la voz y fama públicas. Su frase de que permanecerá en el estado actual hasta que Francia le llame claramente á otras funciones, ha revelado el plebiscito que se busca en las grandes circunscripciones. Su empeño en mostrar cómo el discurso dicho por él en Cherburgo no diferia del discurso dicho por el superior magistrado de la nacion, ha revelado cómo sobrepaja, con creces, á éste, así en popularidad como en importancia. La imprudente amenaza dirigida á sus enemigos acerca del último que está destinado á reirse de todos en la política republicana, revela una confianza en

sí mismo, que es la mitad casi de su victoria.

Dos hombres de primer orden hay en la política europea, Bismarck y Gambetta, y ambos han hablado desde sus respectivas tribunas. El uno, aunque republicano y demócrata, usa cierta solemnidad imperial; y el otro, aunque príncipe y canciller, cierta familiaridad democrática; el uno, meridional, cuasi italiano, de la tierra donde el sol anima las abejas y la poesía, emplea en sus discursos fórmulas de una aridez cuasi germánica, dignas de figurar en la *Crítica de la razon pura*; y el otro, boreal, cuasi eslavo, de la triste Pomerania, donde no brota una flor, usa juicios temerarios, salidas de tono, imágenes de matiz vario, como si en vez de estar hablando en Berlin estuviera hablando en Sevilla; el uno, ministro de un Imperio, lleva su franqueza hasta la brutalidad y manda á su Emperador como el Emperador manda á sus soldados; y el otro, ministro, mejor dicho, tribuno de una República, lleva su doblez hasta encerrarse en un gobierno cuasi misterioso y conducir de tal suerte á sus diputados, que muchas veces no saben dónde van; ambos á dos, de pensamiento fijo y de voluntad entera, van por diversos caminos al mismo fin; porque si Bismarck quiere conservar la supremacía de Alemania, Gambetta quiere devolvérsela á Francia: que en todos sus actos, dicho sea sin adulacion de ningun género, Gambetta, republicano y

frances ántes que todo, busca, no una dictadura cesarista, cual creen sus vulgares adversarios, sino el establecimiento de una república fuerte y la salud de su patria idolatrada.

No lo olvideis; uno y otro tienen que obedecer á exigencias de la nacion y á corrientes incontrastables de la política nacional. ¡ Ah! ¡ Cuán grande la impotencia de los omnipotentes! Como no podeis detener los flúidos que corren por nuestra atmósfera; como no podeis evitar el pólen que llevan las brisas desde el cogollo de un árbol á otro para fecundarlo; como no podeis deshacer la tempestad que se condensa ni el huracan que se desencadena; como no podeis interponeros en los espacios para evitar que la luz de unos astros se comuniqué, á traves de la inmensidad, con la luz de otros astros, no podeis, no, oponeros á la difusion de las ideas nuevas, á las trasformaciones de la conciencia universal, á los rayos de luz que despide la palabra humana, al vuelo rápido del pensamiento, á la comunión sublime de las inteligencias, á todo este cambio á que llega el universo moral en sus grandes y maravillosas revoluciones, las cuales tienen una eterna y eficaz virtud de renovacion y de progreso. Alemania y Francia se desgajaron á un tiempo del antiguo Imperio carlovingio. Francia representó el catolicismo por medio de sus reyes, cuando Alemania representaba las reivindicaciones del poder

civil enfrente del poder religioso. Y cuando Francia se apartó de esta vía, después de la muerte de San Luis, entrando con Felipe *el Hermoso* á representar los derechos del poder civil, Alemania volvió con la triste extincion de la casa de Suabia, tan ilustre, á representar lo mismo que ántes representára Francia, como si estuviesen condenadas á una oposicion eterna. En tiempo de la Reforma, ¡cuánto trabajo no debió costar al espíritu germánico desasirse de su antigua fe! Yo ignoro si habréis alguna vez sentido la tristeza que yo, cuando al extinguirse, allá en la antigüedad, el paganismo, se siente el dolor de Juliano ante el templo de Delfos desierto y el oráculo mudo; se ve la trágica figura de Simmaco pidiendo, en medio de la derrota universal, un aliento de los antiguos númenes romanos entre los altares derruidos y las efigies destrozadas; se oye la voz salida de los mares de Grecia que plane la muerte de las ninfas en las azules aguas y de los dioses en los altos montes; porque si hubierais podido sentir esta pena, que agita las almas acostumbradas á pasearse por la Historia en las últimas tardes y en los postrimeros ocasos de las grandes ideas, llorariais como yo, aún penetrados de que todo cuanto muere en el mundo se renueva y trasforma, en la Alemania religiosamente sublevada, la triste ausencia de los peregrinos que mellaban con sus rodillas las

escalinatas de los templos; la extincion de las lámparas que se reflejaban como estrellas errantes en las áureas aristas de los altares; la caída de los santos y de los arcángeles y de los serafines, que sobre sus repisas y bajo sus doseles entonaban á las alturas himnos inmortales; la destruccion de aquellos frescos á traves de cuyos colores y matices se descubrian, como si hubieran tomado cuerpo, los aleteos de las místicas oraciones; el desprendimiento de aquellas vidrieras pintadas por tan bello modo, que traian á las ojivas anticipaciones y gustos de los cielos; el apagamiento de aquellos cánticos seculares, que nos habian acompañado desde el fondo de las catacumbas á las cúspides maravillosas de las basílicas, y que nos habian servido para enterrar, con la esperanza de la resurreccion, á nuestros muertos, y satisfacer y saciar la sed de lo infinito en nuestras almas. Necesítase falta completa de corazon para no sentir la muerte de todas estas grandes instituciones, de todas estas grandes ideas, de todos estos grandes dogmas, que, producidos y devorados por el tiempo, han puesto en torno de las sienes del género humano un espléndido nimbo de luz sobrenatural é increada. Y sin embargo, Alemania se apartó de sus altares, de sus creencias, de sus tradiciones, de su misticismo, quizás para que la ley de la contradiccion se cumpliera y la unidad absorbente no apagára en la

Europa moderna la ley de la variedad. Lo cierto es que los pueblos más vecinos y cercanos resultan los pueblos más contradictorios y enemigos, como Italia y Austria, como los Estados-Unidos de América y los Estados-Unidos de Méjico; como Atenas y Esparta en el Peloponeso; como Roma y Cartago en el Mediterráneo. ¿Quién puede, pues, extrañarse de la contradicción radical entre Alemania y Francia? ¿Quién puede, pues, desconocer que en los sendos discursos del orador francés y del canciller alemán latan los odios antiguos y mutuos de sus pueblos respectivos?

Subamos desde estas contradicciones de la realidad al ideal, y prestemos nuestro humilde tributo de admiración á todo cuanto engrandece el linaje humano y da á sus aspiraciones matices y arreboles celestiales. Una fiesta de la inteligencia enaltece tanto á quien la idea en su mente como á quien la recibe en homenaje. Hoy que la escuela realista quiere convertir la pintura en fotografía, el color en manchas, el arte todo en serviles copias, llevándonos al teatro á ver cómo mueren los variolosos, y haciéndonos oler las pústulas brotadas en los tristes hospitales y los hedores exhalados por el número ciento de las viles posadas, páreceme aún más oportuna que otras veces la apotheosis de Víctor Hugo, quien tiene algo de Isaías en sus estancias, de Buonarroti en sus formas, de

Calderon en sus ideas, de Shakespeare, en sus sentimientos y del sano idealismo platónico en todas sus titánicas obras, las cuales tocan allá en los límites de lo sublime, sólo vislumbrados por algunos raros ingenios con esas intuiciones que bien pueden llamarse sobrenaturales y divinas. Dígase lo que se quiera, tanto en las *Contemplaciones* como en la *Leyenda de los Siglos*, el poeta frances ha despertado ese ideal en cuyo fuego la vida se acrisola y deja sus escorias, el alma se derrete y toma el vuelo á lo infinito como las nubes de incienso. La humanidad no ha ideado el arte para que fuese inferior á la realidad; pídele, al contrario, himnos, plegarias, vuelos, aspiraciones infinitas, un Tabor donde transfigurarse y engrandecerse hasta tomar algo de la Divinidad por quien suspira. La apoteosis de Víctor Hugo es una gran protesta contra la tiranía del realismo. Por esta causa nosotros, que creemos de nuestro deber asociarnos á todo cuanto despierte grandes aspiraciones en la vida, hemos asistido en espíritu á la grandiosa fiesta y hemos prestado al poeta universal los tributos de nuestros humildes y sinceros homenajes.

LAS CÁMARAS DE FRANCIA

Y LAS

CÁMARAS DE INGLATERRA.

Anunciábanos los periódicos de la reaccion terribles sucesos en París con motivo de un triste aniversario, del aniversario que conmemora la entrada de las tropas regulares en la ciudad insurrecta y la inmolacion y el sacrificio de los comuneros revolucionarios. Los muchos rojos impenitentes que la amnistía echó sobre las barras extremas de la capital; la agitacion traída por los decretos de naturaleza eclesiástica, que han avivado tantas esperanzas demagógicas; el audaz lenguaje de los periódicos exaltados, que venian esta semana ébrios de cólera contra el Presidente y contra el Gobierno; los desórdenes en várias ciudades provocados por las huelgas y los huelguistas; todo este conjunto de circunstancias nefastas engendrabán aprensiones múltiples en los ánimos más serenos y hacían temer sucesos desagradables origina-

dos por las clases populares, tan numerosas y tan temibles en esos inmensos centros de poblacion, que, como el Océano, suelen moverse y encresparse en extrañas y súbitas tormentas.

Pero nada sucedió, afortunadamente. Hay que creerlo y que decirlo. En nuestro suelo europeo la mitad de los motines de abajo dimanaban de complacencias y complicidades de arriba. En cuanto se muestra deseo de obligar al respeto de las leyes por los medios coercitivos que todo Estado posee, la amenaza del tumulto se disipa como una ligera pesadilla, y el orden público se mantiene por su propia fuerza y su propia virtud, como el orden y la regularidad del universo. No hay gobierno tan fuerte en Francia como el gobierno republicano; porque no hay gobierno que, como el republicano, pueda contar con el concurso de la nacion entera, por virtud de cuyos poderes, legítimamente dados y recibidos, dirige la sociedad y la encamina al cumplimiento de sus fines racionales y humanos. Las sublevaciones, que mientras haya el reconocimiento explícito del derecho serán como crímenes de lesa nacion, resultan hoy, ante este Gobierno liberal, ante esta Cámara dimanada del popular sufragio, ante esta República reciente, una demencia tan extraña como la demencia del suicida. Por tal causa la opinion comenzó á volverse contra los manifestantes, deseosos de ofender al Gobierno le-

gítimo de Francia, y los mismos que los habían acalorado con excitaciones insanas han tenido que contenerlos y refrenarlos con moderadas y sóbrias advertencias. Así, la manifestación ha quedado reducida en realidad á una escasa asamblea de gentes, unas seiscientas personas, que han circunvalado la columna de Julio, en cuya cumbre resplandece el ángel de la Libertad, y que han ido al cercano cementerio en cuya fosa duermen las tristes víctimas de las discordias francesas. El Gobierno republicano, que mostraba ciertas aprensiones, ha salido ileso de esta nueva prueba; y el positivismo reaccionario, que se las promete felices de la intemperancia é inexperiencia popular, quedó completamente burlado en sus nefastos pronósticos.

Triste costumbre conmemorar las discordias civiles, tristísima. Pero si estas discordias se han alimentado en utopías como la descabellada utopía comunista, han producido sublevaciones como la sublevación parricida de la Comunidad revolucionaria, y han acabado por catástrofes como el incendio de París y los fusilamientos horribles, ¡ah! debían relegarse al justo olvido ó recordarlas tan sólo para maldecirlas y enseñar á los pueblos cómo se extravían y se deshonoran cuando apartan los ojos del sol de la justicia y abandonan la senda de la legalidad y del derecho. La buena noticia de

que en París se conserva firme el orden público hállese contrastada por la triste noticia de que en Lyon sólo ha habido en unas elecciones parciales candidatos intransigentes, obteniendo el mayor número de votos el ciudadano Blanqui, el cual reune á la nota de intransigente la nota de ilegalidad. Francamente, si las ciudades se perturban de esa suerte; si exageran las ideas democráticas y republicanas confundiéndolas con las ideas comunistas; si adoran aún á los viejos revolucionarios que destrazaron la República de Febrero y trajeron la Comunidad demagógica; si desprecian las leyes hasta dar sus votos á candidatos ilegales, demostrarán que no merecen una libertad de la cual abusan con tanto escándalo, ni una república que desacreditan y adulteran con tan demerito política, y necesitarán el correctivo de un gran rigor en el Gobierno y de una gran resistencia en el Parlamento, para evitar que, por culpa de algunos demócratas exaltados, pierda la democracia francesa los adelantos y los progresos prometidos por las instituciones republicanas, que se han alcanzado á despecho de los rojos, con tan hercúleos trabajos, y se han mantenido despues de los horrores de la última guerra civil en las calles de París con tantos y tan sublimes sacrificios. Y la tristeza del caso crece sin medida cuando se estudian y conocen los documentos escritos por la

intransigencia con premeditacion para mover á tales elecciones. Todos los periódicos avanzados han traído una carta de Rochefort, en la cual maltrata el cáustico libelista á la República como jamas en sus más encendidas *Linternas* maltratára en otro tiempo al Imperio. Allí veréis descritos los severos republicanos como si fueran otros tantos Sardáná-palos; injuriado Dufaure con el epíteto de viejo sanguinario y Simon con el epíteto de antiguo jesuita; puesto el mismo Gambetta en la picota de una sátira sobrecargada y llamado «sátrapa del palacio Borbon, harto y satisfecho, que destila sobre la frente de Francia oprimida y explotada las gotas de su grasa.» Y á vuelta de todas estas atrocidades se declara salvadores de Francia, modelos republicanos, ideales del Calendario democrático, á cuantos en París sitiado combatieron al Gobierno más que al sitiador, y sobre Francia, rota y tendida en el suelo bajo las herraduras de los hulanos, celebraron la sangrienta orgía de la Comunidad revolucionaria. Ya sabemos que en la experiencia de la democracia contemporánea y en la solidez de la República presente no cabe, no, el terror que el año cuarenta y ocho nos llevó, por elecciones tan desdichadas como la eleccion de Sué y por frases tan temerarias como las frases proudhonianas, á una reaccion tan desastrosa como la reaccion imperial. El mundo ha caminado mucho

para que pueda volver la vista atras, aterrado por semejantes locuras. Pero se necesita que el Gobierno y la Cámara afirmen una vez su resolucion de separar la República tanto de las tinieblas reaccionarias como de los incendios demagógicos.

Declaro sin ambajes que me inspira la mayor confianza el presidente del Consejo de Ministros, Mr. de Freycinet, cuya clara inteligencia verá bien pronto la extrema necesidad de una política cual la que yo aconsejo para salvar la democracia y la República de tantos peligros como las cercan y de tantos enemigos, internos y externos, sobrado de mócratas ó sobrado conservadores, como las combaten y las asedian. Los que siempre fuimos republicanos no tenemos excusa, ciertamente, si en los ardores de nuestra pasion y en las predicaciones de nuestra propaganda exageramos alguna vez la República. Pero los que la han aceptado por necesidad, y no la han querido nunca con los ardores del dogmatismo, demuestran, si tienen complacencias con las exageraciones republicanas, que todo cuanto en nosotros puede aparecer como conviccion aparece en ellos como vergonzosa debilidad. ¡ Lástima grande ! Las dichas leyes religiosas, tan contrarias á los verdaderos principios modernos, y tan ineficaces en resultados políticos, se levantan como un valladar insuperable ahora mismo entre la moderacion y el Gobierno. El Se-

nado arde en discordias por razon de las elecciones á la Presidencia, y los discordes llevan cada cual respectivamente en sus manos enseñas republicanas. Simon, Say, Pelletan, todos del mismo partido, combaten tristemente, malgastando fuerzas que debian reservarse contra la reaccion y la demagogia. Y la causa de estos disentiimientos proviene de las leyes religiosas, que en apariencia son leyes de defensa de la República, y en realidad, por contradecir sus principios fundamentales, ¡ay! expedientes que la debilitan y la postran. No hubiera hoy dos candidaturas enfrente, con daño para todos, si no se redactára ayer ese malhadado artículo sétimo, que á todos nos ha herido igualmente, y tras el artículo sétimo no se hubieran resucitado las leyes cesaristas y borbónicas. Urge volver pronto sobre esas leyes reaccionarias y confiar más en los resortes de la libertad. Cuando Bismarck, con mayor fundamento y motivo que los republicanos franceses, en presencia de aquel *Syllabus* cuyos cánones reducian la Iglesia tristemente á una sola persona; bajo la pena general que difundian declaraciones tales como la declaracion audaz de la infalibilidad; en el instante de llegar el absolutismo pontificio, fundado por el Concilio tridentino, á las exageraciones de que dió muestra el Concilio vaticano; cuando Bismarck, decia, dió leyes perseguidoras, en estas mismas

cartas anuncié yo entónces que le resultarian ineficaces y se le quebrarian entre las manos, por esgrimirlas y asestarlas contra aquella facultad invencible que se eleva sobre todas las persecuciones y que se denomina la humana conciencia. Pues ya se le han quebrado entre las manos y ya ha tenido que presentar un proyecto de ley pidiendo autorizacion, si no para destruirlas, para modificarlas, y modificarlas profundamente. Los animos se han exacerbado en Alemania con la modificacion de las leyes, como se exacerbaron hace años con su presentacion. Entonces los católicos vieron extremas persecuciones, y ahora ven los libre-pensadores debilidades extremas. No se pueden dar esas leyes sin grave riesgo para todos, y no se pueden esgrimir en el estado presente del mundo sin que aparezca en seguida su inutilidad y su ineficacia. Nada de persecuciones religiosas en nombre de ninguna Iglesia ni de ningun Estado contra ninguna creencia; colguemos su triste recuerdo, como una arma embotada, en el panteon de la Historia, y digamos que ni contra los enemigos de la libertad y del derecho pueden suprimirse el derecho y la libertad.

¡Cuánto más hermoso en sí, cuánto más grato para el corazon y más consolador á todos nuestros dolores, el espectáculo que ofrece el pueblo inglés en este siglo de la libertad, apercibiéndose á dar

mayores garantías, así en su derecho personal como en su derecho religioso, al pueblo irlandés, vejado y oprimido por la aristocracia protestante, á título de católico! La gloria mayor de Gladstone consiste en haber arrancado ¡él, anglicano! la Iglesia anglicana del suelo de Irlanda, prestando ese homenaje debido á la libertad del pensamiento y de la conciencia. Por eso, con sólo subir ahora al poder, ha vertido torrentes de consuelo en aquellas almas atribuladas que necesitan de todas las libertades, y especialmente de la libertad religiosa, ya para siempre establecida y arraigada. Pero hace apenas medio siglo que un rey inglés, Jorge IV, lloraba y resistía y amenazaba con irse á su tierra de origen, Alemania, si le obligaban de alguna manera sus ministros á firmar la emancipación de los católicos. Y tuvo que firmarla, porque se lo impuso la voluntad de Inglaterra. Inmensa la gloria de O'Connell. El gran orador reunía todos los grados del sentimiento y todos los tonos de la pasión, desde el sarcasmo y el insulto soez, como pudieran salir de los labios de un campesino ébrio, hasta la poesía sublime y la oración etérea, como pudieran salir de los labios de un ángel en éxtasis. Y sin más escudo que su fe, sin más arma que su palabra, en la cual se oían los ecos de las olas y de las selvas patrias, los gritos de los trabajadores, las maldiciones de las

madres, los lloros de los niños, los ayes de los moribundos y los lamentos que desde sus sepulcros lanzaban las generaciones pasadas; todos los ecos del alma de un pueblo suspendido de unos labios, como el rocío de los pétalos de una flor; aquel hombre, poniendo sobre el viejo bastion de la aristocracia británica la escala de los derechos políticos, aplastando su intolerancia religiosa, emancipó la Iglesia católica, y dejó en las torres de esta Iglesia una bandera sagrada, en cuya presencia se descubrirán todos los pueblos y todas las generaciones, porque lleva escritas en sus pliegues las ideas que han hecho tan maravilloso milagro, la libertad de la palabra, la libertad de asociacion y la libertad de conciencia. Pues si es grande la gloria de O'Connell, católico, trabajando por la emancipacion de la Iglesia de su raza oprimida, es mayor aún la gloria de Gladstone, trabajando, anglicano, contra la Iglesia de su raza opresora.

Así, las dificultades más graves y más relacionadas con la religion aplácense y ceden fácilmente allí, porque sobre las tumultuosas pasiones corre como un aura sosegada el soplo de la libertad. Presentábase un problema últimamente, que en cualquier otro Estado, inexperto en las prácticas del derecho, produjera gravísimos conflictos, y que en Inglaterra se ha arreglado por una de esas transacciones facilísimas donde reina larga y lu-

minosa educacion política, fruto de la experiencia en los comicios, en los municipios, en los parlamentos, adquirida merced á la frecuentacion larga y tenaz de los asuntos públicos. Entre los tipos más originales de Inglaterra se encuentra el célebre Bradlangh, especie de cartista perdido en esta sociedad nuestra, aficionadísima á las libertades públicas y curada de las utopias socialistas como no lo estaba la sociedad de hace treinta años, á la continua encendida y agitada por mayores y más irritantes injusticias. En aquella nacion aristocrática, este reformador pertenece por completo al pueblo; en aquella nacion individualista, por completo al socialismo; en aquella nacion protestante, á lo que él llama escuelas ateas é iconoclastas; en aquella nacion del lenguaje pulcro y de las convenciones sociales, á un malthussanismo de tal género, explicado con tan ruda franqueza, que no me perdonarian, si me atreviese, ni por alusiones, á traducirlo, nuestras naciones latinas, apreciadas de tan ligeras y hasta inmorales en los altos consejos de los sajones y de los germanos. Pero Bradlangh profesa todas esas ideas con la mayor honradez y la mayor sinceridad, devoto al pueblo hasta el fanatismo, y enamorado de sus instrumentos de trabajador como cualquier noble de sus pergaminos heredados y de sus blasones feudales. En España estuvo hace años y vino á conocerme personalmen-

te, por lo cual trabé con él desde entónces verdadera amistad, no obstante la diferencia de nuestras ideas políticas, porque demócratas ambos, yo he pertenecido siempre á la parte más liberal y ménos comunista de la democracia europea. Paréceme que le veo aún, gigantesco, fornido ; con la cara como un cura católico, completamente rapada ; con el traje negro y sencillo como un kuákero y un puritano ; las manos encallecidas, la voz estentórea, los ademanes vulgares ; pero la doctrina, muy criticable en su forma y en su fondo, profesada con una extraordinaria sinceridad y difundida con un desinterés extraordinario.

Republicano naturalmente, no tiene la grande impaciencia por la República que tenemos nosotros los republicanos latinos. La parte más avanzada de la democracia madrileña le dió un banquete, al cual no asistí yo, porque no se atribuyera mi presencia en aquel acto á comunidad con sus ideas socialistas y ateas. Pero sucedió cosa que merece contarse. Le consagraron varios brándis en español y contestó á ellos con un discurso en inglés. Miéntras hablaba en esta lengua le aplaudian, aunque no lo entendieran, por el gesto soberbio, por el ademan imponente, por la voz tempestuosa, y sobre todo, por la suposición de que decia ideas por extremo avanzadas. Un profesor español, ducho en todas las lenguas, y especialmente en la ingle-

sa, á la letra vertió luégo de viva voz lo sustancial de aquel discurso. Si el sentimiento de hospitalidad, natural á los españoles, hubiérales permitido, silbáran al oirlo en español, lo mismo que aplaudieran con tanto entusiasmo en inglés. El radicalísimo habia dicho que no le importaba gran cosa que la República tardára unos cien años en llegar á Inglaterra. Sin embargo, este hombre, elegido diputado en las últimas elecciones, repugnaba prestar juramento sobre la Biblia, que para él es un libro como otro cualquiera, é invocar el nombre de Dios, en quien no cree. Gozábanse ya los conservadores y reaccionarios ingleses en el conflicto que iba el radical á producir con su negativa. Si lo lanzaban del Parlamento, ataque á la libertad de conciencia, extraño en partido que la echa de liberal en su pensar; y si lo admitian, escándalo, y grande, en la Inglaterra deista, protestante, religiosísima y hasta cierto punto supersticiosa. Mr. Bradlangh estuvo muchos dias sin poder entrar en el Parlamento, porque la comision parlamentaria, áun compuesta de radicales, no queria alzarle el juramento ni convenir en lo que él prometia, una simple palabra de fidelidad á las leyes, dicha en conciencia y asegurada por el honor. Despues de largo litigio nada el Parlamento ha resuelto. La crisis religiosa es universal en nuestro continente.

Lo que más deploro en esta crisis, es la coaccion ejercida sobre Roma por los jesuitas para disuadir al Papa de su política de transacciones. Duchos en la intriga, le presentan con arte el resultado de su proceder; Alemania cada dia más aferrada á las leyes confesionales; Bélgica más en disidencia con la Iglesia; Francia restableciendo prácticas en desuso contra las corporaciones religiosas, hasta concluir por anunciar á sus esfuerzos, hechos en bien de la alianza entre la Iglesia y el Estado, un fin tan triste como el que tuvieran los esfuerzos de Pio IX en bien de la alianza del catolicismo con la libertad. Concedo que existen motivos para descorazonarse; pero concédaseme á mí tambien que no existe analogía de ningun género entre la situacion doble y dificultosa de Pio IX y la situacion sencilla y desembarazada de Leon XIII. Pio IX acariciaba un verdadaro imposible al querer la democratizacion de una teocracia y al ponerse á la cabeza de la causa italiana, cuando para defenderla necesitaba herir un Estado católico, hijo suyo, pedazo de sus dominios espirituales, encontrándose en él, por sus dobles magistraturas, el Pontífice y el Monarca, en abierta é irremisible lucha; por todo lo cual tenía necesariamente que sucumbir, y que decidirse, ó por renunciar á sus ideas políticas, ó por renunciar á su corona temporal. Mas Leon XIII no se encuentra en el mis-

mo caso: por fortuna para él, para la democracia y para la Iglesia, el poder temporal ha pasado y no volverá, no; aquella sombra del feudalismo que se extendía sobre la corona celestial de los pontífices, ha huido á los conjuros de la libertad, y el eclipse de su poder religioso por su poder político ha concluido, y no volverá, no, á oscurecer como en otro tiempo la conciencia y el espacio: se trata de dogmas de disciplina, de todo lo espiritualista; y en tan luminosas esferas, cuanto más se acerque al espíritu moderno, al derecho moderno, á nuestras ideas y á nuestros sentimientos, más se acercará al Evangelio, y más fácilmente dejará una obra inmortal que orne con su hermosura á la tierra, que resplandezca con su luz en la Historia y que merezca las bendiciones de Dios. No ha de costarle, no, á Leon XIII sacar á la Iglesia de manos de los jesuitas que la han materializado, lo que le costó á Gregorio VII sacarla de manos de las potestades feudales que la habian en su tiempo horriblemente corrompido. Cuando propuso la abolición del clero simoníaco y amancebado que perturbaba á la Iglesia, movióse una revolución tan grande en derredor suyo, que parecia perdida para el Pontífice la península italiana. El celibato forzoso lo desavino de casi todos los clérigos italianos.

Pues si Gregorio VII pudo en los siglos bárbaros de la Edad Media dar al ministerio del Ponti-

ficado este carácter sobrehumano, Leon XIII podría hoy, sosteniendo la causa de la libertad y armonizándola con los preceptos del Evangelio, espiritualizar la religion y encender en las almas de mayor poder moral sobre las sociedades modernas, un ideal que, cuajándose poco á poco en leyes é instituciones, llegára por fin á dar un nuevo espíritu á nuestro siglo. El protestantismo anglicano tiene disciplina no ménos severa que la disciplina católica; el puritanismo escoces, moral más escrupulosa que nuestra moral eclesiástica, y no obsta ni uno ni otro carácter para que hayan educado, en las instituciones parlamentarias aquél y en las instituciones republicanas éste, á dos pueblos de tan gloriosa estirpe como el pueblo inglés y el pueblo americano. Si la Iglesia católica llega por fin á separar la vista del progreso, de la libertad, de la democracia, de los ideales cuyos resplandores iluminan lo porvenir, ¡ah! no puede calcularse la profundidad del abismo á que se arrastra y á que arrastra con ella tristemente á los más ilustres pueblos del globo, á aquellos que más esplendentes reflejos de su alma han dejado en las páginas inmortales de la historia. Nunca más necesaria una alianza del catolicismo con la libertad, y nunca más autorizado un pontífice romano ni en mejor coyuntura para intentarla y para cumplirla.

LA REPUBLICA FRANCESA.

Donde existe el sufragio universal es preciso que coexista con él una instruccion que tenga el carácter de universal y el carácter de gratuita. Como el Estado no puede eximir á nadie del servicio obligatorio, no puede privar á nadie de la instruccion necesaria. Llamando á todos los ciudadanos al comicio y al cuartel, tambien los llama á la escuela. Sería una sociedad suicida aquella que, fundándose en el derecho de todos al sufragio y defenderse por el deber de todos en el ejército, no se curase de dar á todos la instruccion necesaria para el ejercicio de sus derechos y el cumplimiento de sus deberes. Aplaudo, pues, sin tasa el proyecto que exige á la instruccion primaria el ser universal y el ser obligatoria. En este punto participo de todas las ideas que proclama y realiza el Gobierno frances. Pero ni voy ni puedo ir más allá. La República, tal como la entiendo yo, ha de bri-

llar por su liberalismo práctico, y tal como la entienden los republicanos al uso en Francia hoy, aparece con tal tendencia jacobina, que puede dar de sí, tarde ó temprano, su natural conclusion y corolario, el cesarismo. Aquella idea imperial, tan absorbente que confiscó todas las libertades francesas, no se produjo en un dia; vino avasalladora, personificando la omnipotencia del Estado democrático concebida por Rousseau y realizada por Robespierre, como la dictadura permanente de César no llegó sino despues que las guerras civiles y sociales engendraran previamente tres dictaduras transitorias, la dictadura de los plebeyos personificada en Mario, la dictadura de los patricios personificada en Sila, y la dictadura de los caballeros personificada en Pompeyo. Y de esta concepcion del Estado provienen artículos de ley como el artículo 7.º, que vulnera derechos invulnerables de la personalidad humana y leyes como la ley de enseñanza para las mujeres, que da sobre esta diosa del hogar un poder excesivo al Estado. Conviene no olvidar ciertos principios fundamentales que cuentan la misma eternidad de la Naturaleza. El hombre ha nacido para la vida pública, y la mujer para la vida privada; el hombre para la plaza ó el campamento, y la mujer para el hogar; el hombre para el Estado, y la mujer para la familia; el hombre para los combates, y la mujer para

los amores ; el hombre para llevar sobre sus hombros el peso de las instituciones, y la mujer para dar alas y poesía á todos los sentimientos y á todas las ideas. No está averiguado que convenga á la educacion de los niños el separarlos mucho tiempo del hogar; pero está averiguado que no conviene separar á la mujer, nacida para el hogar principalmente. Así, la idea que de los republicanos franceses se ha apoderado es la idea de elevar el Estado sobre todo y de vincular en el Estado facultades completamente ajenas á su naturaleza. De esta suerte han dado margen á lo que temia ya hace tiempo y ahora se realiza sin remedio, á una reaccion incipiente. Y esta reaccion trae la inteligencia del centro izquierdo con las derechas, que acaba de verse en la última votacion del Senado, la cual prepara para el art. 7.º de la ley Ferry una condenacion indefectible, muy de loar, porque desechará una ley absurda, pero muy de sentir, porque suscitará dificultades gravísimas entre las dos Cámaras, que pueden ceder en daño y en desdoro de la República.

Al período de consolidacion que representaban Dufaure y en cierta medida Wadingthon, ha seguido un período de innovacion que representa Freycinet y que nace en los discursos de Gambetta. Para consolidar, para conservar la union de todos los republicanos, era excelente ; para innovar,

es imposible. Y es imposible, porque han de brotar las afirmaciones; y al brotar las afirmaciones, ha de brotar tambien dentro de ellas la oposicion. Así es que, despues de haberse el centro izquierdo y la izquierda separado en el Gobierno, han querido unirse en la Cámara, y ha resultado tal propósito de union completamente irrealizable. Mr. Leon Renault la ha sostenido en discurso más notable por sus buenas intenciones que por su sentido político; pero en cuanto Mr. de Marçère se ha levantado y ha dicho lo que debia decirse, señalando la existencia de dos partidos republicanos dentro del antiguo republicanismo, la luz ha surgido y la division se ha consumado. En las últimas elecciones se disputaba sobre la existencia ó inexistencia de la República; en las futuras, se disputará sobre si la República ha de gobernarse liberamente como quieren Simon, De Marçère y Dufaure, ó ha de gobernarse jacobinamente como quieren Freycinet, Brisson y Gambetta. No puedo, no, ocultar la pena que me da esta division, y las tristes consecuencias que preveo. La República en Francia carece de fuerza todavía para soportar, como soporta Inglaterra, dos partidos gobernantes, que se combaten siempre y se suceden periódicamente sin herir ni quebrantar las instituciones fundamentales. Así nadie puede asegurar que el centro izquierdo no se vaya demasiado hácia la derecha, con riesgo de ma-

tar á la República por exceso de conservacion, y la izquierda no se vaya demasiado á la extrema izquierda, con riesgo de matar la República por exceso de democracia. La union estrecha en la estabilidad resolvía todos los conflictos y conciliaba todas las oposiciones. Una impaciencia por reformas, en este momento innecesarias, ha traído la division inevitable, y esta division inevitable ha dado ya sus lógicas consecuencias. Solamente queda una esperanza; que el centro izquierdo llegue á constituir un partido de gobierno con estos tres caracteres de conservador, de liberal y de republicano. En ello se encuentran igualmente interesadas la República y la Francia. ¡Ay! Á decir verdad, ya tocan los republicanos puros todos los resultados de la política que sin reflexion suficiente han impuesto á la Francia. En el debate sobre la ley de reuniones el Ministro de la Gobernacion ha sufrido una derrota, y muchas gentes de la extrema izquierda han argüido á la política ministerial de ser una pálida copia de la política anterior. No hay cosa peor que dar satisfacciones á estos partidos, imposibles de satisfacer.

¡ Pues no pedian ahora que se dejára el derecho permanente á los clubs! Proponer tal desvarío equivale á sembrar de pólvora el camino de la República. Los clubs serian el refugio de la democracia intransigente. Y la política intransigente es un

conjunto de ideas y de leyes de conducta que se propone acelerar el triunfo de la democracia, y la retarda y la pierde. Registrad los pueblos libres por excelencia, Suiza, Inglaterra, los Estados-Unidos, y no encontraréis partido intransigente. Es un fruto, y un fruto podrido, del despotismo. Es un fantasma que asalta á los pueblos de antiguo hundidos en el sueño de la servidumbre. El intransigente aborrece más á los republicanos sensatos que á los déspotas. Sus armas no se esgrimen tanto contra la tiranía como contra aquellos que la han derribado y la han destruido con el fuego de su palabra. Los programas intransigentes son abigarrada Babel de utopías. Cada cual trae en su caletre una receta que contiene todos los específicos y que cura todos los males. Dadles un día la *Gaceta*, y veréis la ignorancia disipada, la miseria destruida, el pueblo emancipado, la propiedad trasformada, las fábricas llenas de trabajadores contentos, y los muelles y los almacenes rebosando con los productos del comercio. Y sin embargo, la historia enseña que estos redentores dotados del dón de los milagros, sólo han sabido con sus palabras de guerra, con sus locuras demagógicas, con el terror social sembrado por sus discursos y por sus artículos, retardar el triunfo de la democracia; y cuando ese triunfo ha venido contra todas sus esperanzas, contra todos sus proyectos, por

el camino provisto de los prudentes y de los hábiles, tan calumniados, malograrlo en orgías como la orgía de los comuneros de París, en crímenes como el crimen de los cantonales de Cartagena. El rasgo distintivo, característico de los intransigentes, el que más los señala y enaltece, es el constante empeño de hacer todo aquello que puede servir al despotismo y deservir á la República.

Tengo yo por costumbre en todas mis cartas, cuando se trata de cualquiera de estos proyectos legislativos, recordar ciertas épocas de la historia contemporánea, que no son ni pueden ser para olvidadas, á fin de enseñar lo que debe principalmente enseñarse en estas correspondencias, la política práctica. Los clubs, en la época horrible del sitio París, cuando estallaban las bombas, sólo sirvieron para detener la defensa y para conspirar contra el Gobierno. Hoy mismo, despues de haber leído la discusion de la Cámara, he buscado en mis papeles aquellas sesiones de los clubs, y he encontrado algunas que copio á la letra por representar de una manera demasiado gráfica la tendencia que tienen estas reuniones al abuso, tanto de la palabra como de la accion.

El dia 6 de Enero se reunió el club titulado de Favié. Durante el dia, enorme cartelon rojo, á manera de enseña de tienda ó programa de teatro, dirigido al pueblo de París por los delegados de

veinte distritos, donde se anunciaba el advenimiento de la Comunidad revolucionaria, habia sido tristemente lacerado.

Un orador: Se ha dado dinero á los niños y á las mujeres para hacer esta bellaquería. Un alférez de la Guardia nacional fué sorprendido por mí en el momento de poner su mano sobre esta grande expresion de los votos y de los deseos del pueblo. Y yo le he dicho: ¿por qué os atreveis á desgarrar nuestro cartel? Y él me ha contestado: porque me repugna ver ahí los nombres de esos caprichosos de Belleville, que se comieron el treinta y uno de Octubre los arenques guardados para el pueblo en la Casa de la Ciudad. *Gritos de indignacion.*) (*Voces: ¡Infame, cobarde! ¡hay que colgarlo!*)

Otro orador: Hemos llegado al colmo de las infamias. Basta de palabras; vamos á la accion.

Otro: Avistémonos con Trochu; digámosle la voluntad del pueblo. (*Voces: Harto las conoce; nada de Trochu; ya hemos hablado bastante con él.*)

Otro orador: Nos acercamos, señores..... (*Nada de señores; ciudadanos.*)

El mismo: Nos acercamos, ciudadanos, á la funesta fecha del 21 de Enero, funesta:.... (*¿Funesta? ¡gloriosa! ¡fuera!*)

Otro orador: La fecha del 21 de Enero recuerda el fausto dia en que la República mató en la gui-

llozina á un rey déspota (*Aplausos prolongados*), legando á las generaciones por venir un magnífico ejemplo. (*Nuevas aclamaciones y nuevos aplausos.*) Iguales á nuestros padres, castigarémos á nuestros tiranos. El día que vayamos á la Casa de la Ciudad, diremos como Mirabeau: Estamos aquí reunidos por la voluntad del pueblo, y no saldremos sino con las bayonetas en el vientre. (*Voces: no saldremos de ninguna manera; nos quedaremos allí.*) Trochu trata de amenazarnos con su proclama de hoy. (*Voces: Es un eunuco.*) Dice que no soltará las armas y no capitulará. Lo que ha querido decir es que guarda las armas contra nosotros y que no capitulará con el republicano barrio de Belleville. (*Voces: Verdad, verdad; es un jesuita; lleva un escapulario.*)

Otro orador: Recordemos que en esta misma tribuna, hace dos meses, Gustavo Flourens dijo que el asunto de la capitulación era un puro asunto de dinero. Trochu y Julio Favre han pedido para sí sesenta millones de francos. Bismarck lo ha oído como quien oye llover, aunque le hayan tirado fuertemente de la oreja. Pero cuando suelte sus millones, ellos soltarán á París y Trochu capitulará. (*Sí, sí; estamos vendidos.*) ¿Podeis creerles una sola palabra? Nos han dicho que París no podría ser bombardeado, y desde ayer las bombas y las granadas llueven sobre la orilla izquierda del

Sena. Os han dicho que las provincias vendrian á libertaros, y nadie ha venido. No saben más que mentir; es necesario concluir con ellos. ¡ Viva la Comunidad París ! (*Muchas voces: ¡ Viva !*)

Una ciudadana : De acuerdo, acabemos con nuestros gobernantes; empeñados en seguir una senda que conduce á la ruina. Son unos mulos. (*Risas.*) Y así como se han requisado las cuadras, requisemos nosotros la Casa de la Ciudad. El tiempo de las palabras ha pasado; vamos á la accion.

Un ciudadano : Todo está pronto. Los comuneros nos entendemos. La Comunidad se funda, es secreta y misteriosa, pero todo el mundo conoce á sus individuos. El Comité central republicano les ha cedido su puesto. (*Aplausos.*)

Otro ciudadano : Aquí hay espías. (*Gran tumulto.*) Aquí hay un escritor asalariado de la reaccion que toma notas.

El aludido : Soy cronista del periódico *La Verdad*. (*Voces: ¡Fuera! ¡á la calle! Algunos clubistas le cogen por el brazo y amenazan con lanzarlo á la puerta.*)

Un secretario : Si es un cronista precisa no inquietarlo. No temamos la luz, puesto que no somos perturbadores, sino legisladores del pueblo. Trabajad en paz, ciudadano cronista, y decid la verdad á *La Verdad*.

El Presidente : Invito á los cronistas presentes á que suban á la presidencia.

Un orador : Gran idea; así podremos examinarlos y romperles la crisma si se burlan mañana de nosotros. (*Los cronistas se guardan muy bien de subir á la presidencia.*)

Otro orador : La Comunidad revolucionaria va á llegar muy tarde para salvar á París; pero si llega tarde, quemaremos la ciudad y degollarémos á todos los reaccionarios egoistas, á todos los propietarios explotadores, á todos los tenderos, verdaderas chinches del pueblo, y dejaremos á París humeante para no volver jamas á su agitado seno. Yo me retiraré al campo, á la aldea de mi nacimiento, en busca de oscura vida, y la tristeza de mi soledad será compensada por la interior satisfaccion de haber prestado un gran servicio á mi patria.

¿Creeis, por ventura, que eran mucho más reverentes en tiempo de la revolucion comunera de París, ni con aquellos generales, ni con aquellos tribunales, ni con aquellos jefes? Vamos á verlo.

Está instalado en la iglesia de Saint-Jacques. Afortunadamente, es una iglesia del siglo décimo-sétimo, de los tiempos en que la fe tocaba ya tristemente á su ocaso. El estilo dórico no contrasta mucho con los discursos políticos, siquiera sean rojos é irreverentes. Donde tiene que ver un club

es en una iglesia gótica, entre la selva de columnas, bajo las bóvedas triangulares, al resplandor místico de los vidrios de colores, en esas iglesias impregnadas desde las losas del pavimento hasta el punto extremo de la cúpula con el espíritu católico. De todos modos, repugna ver los edificios consagrados á objetos para que no fueron contruidos, como repugna ver la grande Aljama de Córdoba consagrada á iglesia católica, y la severa iglesia católica de Ginebra, por cuyos claustros góticos anda errante el espíritu de la Edad Media, á iglesia calvinista. Repugna ver los clubs en las iglesias. Sobre la pila del agua bendita, un depósito de tabacos de municion; sobre el altar mayor, innumerables botellas y vasos de cerveza; en una capilla, la Virgen María desceñida de sus religiosas vestiduras y disfrazada de cantinera.

El público ofrece abigarrado aspecto distinguiéndose las mujeres hombrunas, medio ebrias, desvergonzadas, roncadas de tanto gritar, desvergonzadísimas, dignas por sus palabras y por sus modales de figurar entre las calceteras que se habian elevado al oficio de presenciar al pié de la guillotina, y para no perder tiempo, ni jornal, ni trabajo, los horribles suplicios del Terror. Las nubes del humo de tabaco han sustituido á las nubes del humo de los incensarios, los juramentos y los dislates á las oraciones, los clubistas á los fieles, en

nombre de esa libertad allí más profanada aún y conspuida que la misma religion. Una mujer, como de treinta años, flaca, alta, desgarrada, de tez pálida, como si tuviera ictericia, sube al púlpito.

«El matrimonio, dice, es el capitalísimo error de la antigua humanidad. Ser casada es ser esclava. ¿Quereis ser esclavas?»

—No, no—grita á una todo el público.

«El matrimonio es incompatible con la existencia de una ciudad libre. Por tanto, hay que declararlo crimen y reprimirlo por leyes severas. Nadie tiene derecho, enajenando su libertad, de corromper á sus conciudadanos. El estado de matrimonio atenta á las buenas costumbres. Y que no me hablen de ese inútil correctivo que se llama divorcio. No basta paliar el mal; se necesita extirparlo. El divorcio es un lenitivo orleanista. (*Estrepitosos, prolongados, frenéticos aplausos.*)

»Por esta razon, me atrevo á presentar á la asamblea una mocion que tiene por objeto pedir modificaciones del decreto en cuya virtud se asegura módica renta á las compañeras legítimas ó ilegítimas, de los guardias nacionales muertos en defensa de nuestras franquicias. ¡Nada de medidas á medias! ¡Seamos francos! Nosotras, las concubinas, nosotras no podemos sufrir por más tiempo que las casadas usurpen derechos que no tienen y que no pudieron tener jamas. Modifíquese el de-

creto. Para las mujeres libres todo, nada para las esclavas.»

El cronista que refiere esto se vuelve á varias gentes del público, y averigua que la oradora es una comadrona que ha sido sonámbula. En esto, grande emocion en el público. Un jóven se dirige al púlpito. Rodéanle varios milicianos, varios obreros de blusas azules, varios garibaldinos con sus trajes rojos, formando en torno suyo el más pintoresco y vário acompañamiento. De grata fisonomía, de modales finísimos y desembarazados, de mirada serena, de sonrisa dulce, de espaciosa frente, llama la atencion general y atrae las generales simpatías. Es Lullier, Lullier gritan las gentes, y Lullier habla en medio de la general atencion y de los generales aplausos. Pero de pronto dice:

« Vuestros generales, La Cecilia y Dombrowski, no sirven para nada; son unos imbéciles ademas de unos traidores.»

Gritería general. Generales protestas.

Todo el mundo se levanta, se enardece, muestra los puños, babea de rabia, truena con clamores de ira en sus gargantas, fulmina relámpagos de indignacion y de cólera. Las sillas se amontonan como para caer sobre la cabeza del calumniador. Aquí y allá brillan algunas armas siniestramente. El escándalo es indescriptible.

—Quiero explicarme—dice Lullier.

—Que se explique—gritan unos.

—No caben explicaciones—dicen otros.

—Que retire las palabras.

—No las retirará—exclaman los amigos de Lullier.

—¡Abajo, abajo!

—¡Afuera, afuera!

—¡Muera, muera!

—¡Reaccionario, versallés!

—¡Vendido, traidor!

—¡Orleanista!

—¡Que lo maten!

—¡Afuera!

—¡Abajo!

—No queremos oírle.

—¡Traidor, traidor!

—¿Cuánto te ha dado tu amigote Favre por esta infamia?

—Quiero hablar—dice el injuriado.

El tumulto es indescriptible. Las sillas vuelan por los aires. Dos amazonas suben, cogen al audaz, lo precipitan del púlpito, y se pierde en la muchedumbre.

Un pilluelo de bien pocos años se dirige á la pila, coge un puñado de tabaco, y dice:

—En nombre del Padre.

Y lo mete en la pipa.

—En nombre del Hijo.

Y mete un segundo puñado.

—En nombre del Espíritu Santo.

Y mete un tercer puñado.

Cátulo Mendez, testigo y cronista de estas escenas, cuenta que le dió un solemne pescozon.

Yo bien sé que la libertad ocurre á los males de la libertad. Pero tambien sé que nada tan ocasionado á perderse como una libertad de cuyo ejercicio se abusa fácilmente. Si del delito, que es y debe ser una excepcion contra el cual estan ahí las leyes represivas, haceis una regla general, sobreviene inmediatamente la ley preventiva, que, para evitarlo, evita hasta la posibilidad de cometerlo. Si todas las reuniones inglesas fueran una conjuracion; si el ciudadano ignorase su derecho hasta el punto de cometer en ellas una tentativa de delito, ¿creeis que subsistiria mucho tiempo sin cortapisa alguna tal derecho en Inglaterra? Luego Francia se halla sujeta, por su complexion política inevitable, á terrores sociales capaces de perder la libertad, la democracia y la República. Precisa no dar ningun motivo á que esos terrores sobrevengan y traigan consigo una reaccion espantosa. Debemos decirlo en honor de la verdad. Esta década de República ha educado mucho al pueblo y le ha hecho concebir la idea de que en sus propias manos está la suerte de su libertad. Las reuniones

electorales no se parecen hoy en nada á los antiguos clubs. Pero la nueva ley, que consagra todos estos progresos democráticos y los asegura, no quiere dar vado á extravíos capaces de malograr la suerte de las libertades ya alcanzadas. No lograremos jamas dar á la realidad leyes tan puras y abstractas como las leyes del pensamiento. Nuestra naturaleza es tan compleja que no puede respirar ni en una atmósfera de oxígeno, el gas de la vida, ni en una atmósfera de ázoe, el gas de la muerte. Sólo vivimos y viviremos por la mezcla y combinacion de los elementos contrarios.

Y sería lástima verdadera que la república francesa se malograra, cuando sabemos por una larga y dolorosa experiencia lo que pueden dar de sí los Imperios: en el interior el absolutismo y en el exterior la guerra. El Austria y la Alemania deben comprenderlo así cuando se arman tan de prisa y tan formidablemente, como para obedecer á su naturaleza imperial. En Austria ha estado á punto de disolverse la Cámara por la ley militar; pero en Alemania la infinita voluntad del Príncipe de Bismarck no encuentra ni límites ni obstáculos. Y se apresta y apercibe á espantosos armamentos que no se compadecen ni con la penuria del tesoro ni con la pobreza del país. Conoce tan profundamente á Bismarck ya la opinion europea, que como hace pocos dias escribiera carta laudatoria á un

italiano, motor de un movimiento de opinion favorable al desarme general, todo el mundo dijo que se iba á armar hasta los dientes. Y en efecto, acrecienta el número sobradamente crecido de sus tropas. ¿ Á dónde dirige, pues, esa amenaza? ¿ Será verdad que Alemania, á pesar de su cultura, necesita, como en los tiempos del Imperio romano, desahogarse por irrupciones periódicas? ¿ Será verdad que las dificultades de la cuestion de Oriente se enmarañan y encrespan hasta el punto de exigir una inmediata guerra? Nada podemos decir; mas ya era hora de que el Imperio germánico llegase á comprender cómo ese carácter guerrero le conduce á erigir en ley la violencia, y cómo esa violencia puede llevarle, despues de guerras tan gloriosas, á términos tan tristes como las postrimerías del primer imperio napoleónico, á pesar de sus victorias y de sus laureles. Cuando una fuerza tan maravillosa como la fuerza del imperio germánico no sirve á la cultura general humana, se pierde como todo cuanto deja de contribuir á la ley divina del progreso universal.

DISENTIMIENTOS

ENTRE EL SENADO Y EL CONGRESO

EN FRANCIA.

El disentimiento en Francia entre la Cámara popular y la Cámara senatorial, que provenia ya de la cuestion de enseñanza y de la cuestion del presupuesto eclesiástico, se ha exacerbado con motivo del despojo hecho á las escuelas públicas por el prefecto parisien de los signos esenciales á la religion cristiana. El crucifijo, que así respeta el romano como el protestante, y que así brilla sobre el San Isaac de Moscou como sobre el San Pablo de Lóndres; lábaro de los emperadores en los últimos dias de la antigua historia, y en los primeros de la historia moderna lábaro tambien de los navegantes que añadieron la tierra vírgen al Viejo Mundo; aquel patíbulo de los esclavos, bruñado y glorificado por la sangre de Cristo; signo de religion, sí, pero tambien signo de libertad; adorado por cien generaciones, reconocido como letra inicial de nuestra cultura, cae á los golpes de un prefecto, el cual no debe saber, al descargarlos,

cuántas creencias ofende y cuántos corazones destroza en nombre de una República, llamada por su origen y por su destino á contener á todos los ciudadanos como el espacio infinito contiene á todos los orbes. El Senado, á cuyo seno parece haberse ido la conciencia pública, protestó en nutrida votacion contra todos estos alaridos inútiles; y el Gobierno, despues de haber tal voto de censura en pleno rostro recibido, sigue sereno en su puesto; como si el Senado no fuera un poder público y no se necesitara de su voto, cual del voto de la Cámara popular, al cumplimiento estricto de la Constitucion del Estado. Dígase de una vez que se aspira por completo á seguir el proceder político de los jacobinos y á elevar una Convencion monstruosa sobre todos los derechos y sabrémos lo que pueden la libertad y el Parlamento esperar del mando de los radicales en esa Francia, que habia vencido á sus enemigos y desconcertado las maniobras hostiles en nombre de la union de todas las clases y de la armonía entre todos los poderes, únicos medios conducentes á que la nacion dirigiera, en la plenitud del derecho y en el ejercicio tranquilo de la soberanía, sus trascendentales destinos. La política de transacciones prudentes trajo la República, y sólo puede perderla para siempre la política de violencias extremas. Todo cuanto se haga para sustituir al tes-

tamento de Mr. Thiers el dogmatismo radical de un partido, se hace en daño y desdoro de la República, á la cual deben contribuir con su necesaria cooperacion las clases medias y las clases populares, aquéllas representadas por el Senado y éstas por la Cámara, cuyo interes pide el afianzamiento del régimen parlamentario, unido indisolublemente al régimen republicano por medio de una política basada en la más completa prudencia. Cuantas más concesiones se entregan á los rojos, más se los exacerba, en vez de moderarlos y satisfacerlos. Así el nombre del general Cissey anda por los suelos tan sólo porque representa los votos de la Comunidad parisien; al Presidente de la Cámara se le denomina desde las columnas de los periódicos exaltados, canalla y miserable; al primer periodista de Francia se le imputa el haber vendido por medio de mujeres perdidas los secretos del ejército frances al Príncipe de Bismarck; y una Euménide demagógica propone que los franceses voten á los comuneros fusilados, sin duda como queriendo, indeliberada y sin conciencia, demostrar hasta qué punto la recaída en manos de los comuneros equivaldria indudablemente á la muerte de la libertad, de la República y de la patria.

En el resto de Europa suceden casos por extremo trágicos. El Presidente de la Confederacion

helvética se suicida en Berna de un pistoletazo, á causa de las injurias y de las calumnias con que le denigra la prensa de su patria. Leídos los periódicos, en vez de sentir que la censura sigue á los altos cargos y á las grandes posiciones por una compensacion natural, siente el veneno deramarse por su corazon y difundirse por sus venas, y para huir de su fuego que lo abrasa y lo consume y lo devora, se lanza el infeliz por su propia voluntad en brazos de la muerte. Y mientras sucede esto en Suiza, sucede en Bucharest que un catedrático antiguo, expulsado de su colegio por haber recogido para sí los sueldos de sus colegas; un cajero expulsado de su sociedad por haber asumido y detentado los fondos de la caja confiados á su honradez y á su celo, y á pesar de todas estas sombras constituido en oficial del Ministerio de Hacienda, se levanta un dia de mal humor y medita, y cuasi consuma un asesinato en la persona de su Ministro de Hacienda, salvado por providencial casualidad á esta terrible acechanza. Y estos crímenes parciales se agravan terriblemente con la inseguridad que reina en algunos territorios de Europa, como Irlanda, por ejemplo, donde las propiedades y las personas, los intereses y los derechos, desde las tierras hasta las conciencias, sufren las oscilaciones propias de uno de esos terremotos sociales que se llaman re-

volucion, y que si renuevan y rejuvenecen á los pueblos cuando llegan á un resultado victorioso, tambien los trastornan y perturban en los largos períodos de sus crisis. El mal mayor, en mi sentir, de Irlanda estriba en que, olvidada por completo de sus intereses, convierte un tiempo de reformas en tiempo de perturbacion. La conciencia humana perdona á los pueblos tales supremos recursos cuando los pueblos muestran que no les ha quedado en lo humano absolutamente ningun otro medio de redimirse y de salvarse. Pero es una demencia, que le enajenará todos los corazones, el lanzarse á la revolucion abierta en tiempo de reformas. ¡Cuán caros pagan los pueblos en el juicio de la historia esos insensatos suicidos!

PROMESAS DE GAMBETTA

Y RECUERDOS

DE MADAME THIERS Y MR. BLANQUI.

La vida del hombre no tendria sentido sin las enseñanzas de la experiencia y sin los presentimientos de la prevision. Sin aquéllas todo lo pasado se disiparia en lo vacío, y sin éstas todo lo porvenir se erizaria de dificultades y de peligros. En anunciar los fenómenos de las esferas celestes, en prever el cambio de los valores públicos, en presentir las esperanzas de las generaciones futuras, en precaver las enfermedades de nuestro pobre organismo, enciérrase principalmente el resultado útil, práctico, verdadero, de la ciencia que poseen los astrónomos, los economistas, los poetas y los médicos. Pero nadie ha menester tanto esa sublime adivinacion como el estadista, constreñido por su ministerio y su destino á dirigir el mundo social, más ignorado de nosotros, los seres sociales por excelencia, que el universo, al cual no damos ni leyes ni principios. En esos relámpagos de genio, que iluminan con su centelleo

las oscuras profundidades del alma humana, Shakespeare ha dicho, por boca de uno de sus personajes más siniestros, que acaba de perpetrar uno de los crímenes más abominables : « ¡ Oh ! ¡ si las cosas estuvieran hechas cuando se acaban de hacer ! » Creían los radicales franceses apaciguar el oleaje de las terribles aspiraciones comunistas con echarles, para que los devoráran, algunos frailes más ó ménos mundanos, y algunos magistrados más ó ménos parciales, sin comprender cómo al par que herían dos principios suyos, el principio de la libertad de asociacion y el principio de la inamovilidad de la magistratura, quitaban dos contrapesos á su política, necesitada, como tódas las políticas del mundo, para llegar á un estable equilibrio, de muchas fuerzas de impulsión, pero también de muchas fuerzas de resistencia. Y despues de esas concesiones, el hambre de la demagogia se ha exacerbado, y su furor contra los verdaderos republicanos ha crecido en términos de amenazar con una revolucion social á la República, más combatida hoy por los rojos que lo fué, ni en los dias de mayor opresion, el protervo Imperio. Siempre lo dijimos ; en las disposiciones dictadas contra los frailes y los magistrados por una política de desquite, no importaban tanto las violencias en daño de éstos cometidas como las potentes alas dadas á la ex-

trema izquierda con ofrecerle ¡ay! en holocausto elementos necesarios de estabilidad y de fuerza.

Así, el ruido que arman sube á las estrellas, y aterra con su fragor increíble á las gentes sencillas, las cuales componen la mayoría de nuestra sociedad, y no comprenden cuanto hay de vano y teatral en todos los furores demagógicos. Aquí, un club pide ver el revólver cuyos tiros han de acabar con Gambetta el traidor; allí, una furia, desposeida de la delicadeza con que Dios ha dotado á la mujer, propone una huelga de amantes y de casadas para obligar á los maridos y á los novios á que suelten el principio de la igualdad política de ambos sexos; allá, un enjambre de periódicos envenenados clava sus agujones mortíferos en los nombres más ilustres; acullá, unos dementes furiosos proponen al Municipio parisien la erección de un monumento recordatorio de los asesinatos y las devastaciones de la Comunidad revolucionaria; en todas partes la injuria y la calumnia corren vomitadas por los que se creen únicos representantes de la República democrática, y que si llegáran á destruir con su denigramiento universal aquellas naturales jerarquías de la virtud y de la inteligencia, llamadas á gobernar en las democracias justas, por fuerza habrían de traer los antiguos poderes tan odiosos á las nuevas generaciones, ó engendrar, por lo ménos,

las violentas y deshonrosas dictaduras que manchan las páginas de la historia y detienen el curso de los siglos. En mi ardentísimo interés por el progreso de las ideas, por la educación de las democracias, por la robustez de las Repúblicas, por todo cuanto contribuye á condensar, cuajar y cristalizar el espíritu de este siglo, sigo anheloso y estudio sin descanso el desarrollo de la prensa demagógica; y por la repugnancia que su lectura me causa tristemente á mí, conocedor de lo escaso de su alcance, suelo deducir el miedo que infundirá en quienes desconocen su ineficacia y creen posible y hasta probable ver á la demagogia llegando con las manos ocupadas por la tea del incendio y la guadaña del exterminio á la cima de los Estados tan sujetos á trasformaciones y á cambios. Una de sus publicaciones, fundada, segun dice, para combatir al Dios de los católicos y al Mahoma de este Dios, al Presidente de la Cámara, escribe que así como el regente Dubois y Luis XV fueron los padres cancerosos de Napoleon I, Adolfo Thiers, Julio Simon, Leon Gambetta, son los hijos gangrenados de Napoleon III. No quiero que mis lectores me crean bajo mi palabra; voy á darles una muestra de cómo combaten los periódicos republicanos por excelencia, que hombres tan viejos en nuestro partido como Blanqui redactan, al personaje más importante de la

República francesa : « ¿Á quién debemos cargar en cuenta la responsabilidad de la actual corrupcion? Todo el mundo lo dice : el sacerdote y el explotador son los dos grandes culpados, y más que ellos, y sobre ellos, el monstruoso por excelencia, aquel que es la encarnacion viva de uno y otro, quien representa con tantos títulos, así la astucia del primero como la ferocidad del segundo y la sordidez de ambos; al perjuro que tanto ha prometido y que nada ha hecho, que ha adulado á la democracia para desgarrarla entre sus garras; al que ha renegado de sus convicciones, vendido su conciencia, faltado á sus juramentos: á Leon Gambetta. »

Este ilustre repúblico no acaba de comprender toda la parte por él mismo puesta en la excesiva soberbia de esa demagogia que le calumnia. Con motivo del aniversario de una sociedad científica ha pronunciado en la Sorbona un filosófico discurso, esencialmente positivista. Nada más léjos de mi ánimo que regatear á cualquier conciencia el derecho á sostener sus ideas. Tengo por una obligacion moral indudable el decirlas y propagarlas cuando se sienten y se creen con verdadera sinceridad. No pensamos aquello que deseamos pensar, sino aquello que nos imponen de consuno la voz severa de nuestra propia razon y las inspiraciones íntimas de nuestra fe. Tal derecho per-

tenece al número de aquellos que constituyen la primera característica de nuestra naturaleza. Pero debemos responder del ejercicio y práctica de esos derechos. Un hombre de Estado, en las alturas á que Leon Gambetta justamente ha subido, no es una mera personalidad individual, es tambien una personalidad social, y tiene mucho de colectivo en sí, como la nacion á quien sirve y representa. Se engaña, pues, si cree que puede tener en la expresion de sus principios filosóficos la misma libertad que cualquier catedrático de la Sorbona. Defendiendo abiertamente en actos públicos una secta cualquiera, ofende á las demas sectas, y promueve los odios de la supersticion ó de la fe, que tantas dificultades pueden traerle á todas horas en el pacífico ejercicio de la pública y colectiva autoridad nacional. Los demócratas europeos en disposicion de ejercer el gobierno han de recordar en todos los casos de su vida, que deben sustituir á un poder tan alto y antiguo como la monarquía; por lo cual necesitan indudablemente, hasta que las nuevas leyes hayan arraigado en las generales costumbres, toda la reserva y hasta toda la solemnidad de los monarcas. Y hemos convenido ya en que á muchos de éstos los ha derribado de sus tronos el empeño de unir su poder hereditario á los dogmas y á los cánones de una Iglesia histórica; error de Jacobo II, error de Luis XVI, error de

Cárlos X, error de Francisco de Nápoles. Pues los jefes de los Estados democráticos no deben ligarse á las sectas filosóficas, y mucho ménos cuando esas sectas entierran á Dios en el seno de la Naturaleza; prescinden, como de una entelequia inútil, de la inmortalidad del alma; derogan las leyes de la Providencia en el régimen de la Historia; extinguen el sentimiento de la responsabilidad en los corazones; declaran concluida, no sólo toda religion, sino tambien toda metafísica; y á manera de los sansimonianos, predicán una especie de teocracia industrial y económica, como el medio único que puede contener toda la cultura moderna y preparar destinos mejores á la humanidad en los desarrollos necesarios á la plenitud de su vida y á la dilatacion de su esencia. Impolítica de suyo la adhesion á tales principios, peca de inoportuna é inconveniente ademas. Y peca de inoportuna é inconveniente porque sucede tras la expulsion de las órdenes monásticas, en la cual podia verse, despues de estas declaraciones, la guerra de una secta religiosa á otra secta religiosa, y de un sectario fanático á otros fanáticos sectarios. No examinaremos el discurso en sí mismo; no diremos que si solamente lo demostrado es verdadero, caen por su base todas las ciencias fundadas en postulados y principios indemostrables. Tamañas consideraciones, más propias de otros empeños mayores, lle-

varíannos demasiado léjos y desdecirían de este sitio. Dirémos, sí, que nos parece una temeridad llamar á Compté el primer pensador de un siglo que cuenta en sus cielos inteligencias tan profundas como la inteligencia de Kant y tan sintéticas como la inteligencia de Hegel, á las cuales ha tenido que demandar el pensador frances una parte de sus capitales principios. Acabemos. Los fundadores de las repúblicas en los pueblos acostumbrados á revestir las formas antiguas de las monarquías han de proceder con sumo pulso, y han de transigir con muchas tradiciones, si quieren vencer la invencible dificultad que lleva consigo el establecimiento de una jóven y reciente democracia. Estos tránsitos de las instituciones hereditarias á las instituciones electivas dejan una huella tal, que por ellos se diferencian unas de otras las épocas. Indudablemente, la Grecia que se extiende desde la muerte de Codro hasta las víctimas de Filipo, es la Grecia del arte y de la ciencia. Indudablemente, la Roma que se extiende desde la caída de Tarquino hasta la exaltacion de Augusto, es la Roma de las fecundas virtudes políticas. Indudablemente, la Toscana de la libertad es el nido de los artistas, la trípode del pensamiento, el fuego de la inspiracion, el templo de las ciencias, la musa que trae el ideal puro á las impuras y tristes realidades de la vida. Pero, no hay que olvidarlo,

por su misma perfeccion, por su carácter progresivo, por su índole sobresaliente, las instituciones democráticas exigen mucho tino en los encargados de abrir los surcos donde han de sembrarse, cuando estos surcos han de ahondar en tierras donde todavía por todas partes se encuentran las raíces del feudalismo.

Así, no tenemos enemigos más temibles que los empeñados en exagerar las ideas democráticas; y como no tenemos enemigos más temibles que los empeñados en exagerar las ideas democráticas, no necesitamos combatir á nadie con la energía que á los demagogos; y como no necesitamos combatir á nadie con la energía que á los demagogos, precisa distinguirnos, separarnos, ponernos muy léjos de Rochefort y de sus intransigentes, para que no se confunda la República ordenada y de progresivas pero tranquilas evoluciones, con la República comunista de los arrebatos sin explicacion y de los delirios sin descanso. Rochefort pertenece por su origen á la decaída y triste aristocracia francesa; por su natural y sus antecedentes, al partido de la legitimidad histórica y de la reaccion europea. Cuando los demócratas de abolengo sentíamos latir nuestros corazones de gozo á los triunfos de Garibaldi, él ofrecía su espada de cruzado á Francisco II, vencido en Gaeta; y cuando nos trasmitíamos como un vínculo heredi-

tario el odio á la familia de los Orleans, gran falsificadora de la democracia moderna, él asistia en Lóndres al cortejo fúnebre de la reina Amalia. Lanzado por sus años en la generacion que crecia en el pensamiento de destronar á los Bonapartes y de traer la República, Rochefort esgrimió contra aquéllos una pluma satírica de algun mérito, que debia despuntarse y enmohecerse así que cumpliera el destino de cooperar á la obra universal de su tiempo, á los destronamientos necesarios del cesarismo y del César. Como todos los satíricos, posee facultades sobresalientes de destruccion, y como todos los satíricos, ignora que su destino en la historia se cumple y su ministerio en el mundo se concluye así que la destruccion se ha consumado y empieza un trabajo para el cual se exigen cualidades contrarias á las suyas, el trabajo de la reconstruccion. Ayer sirvió Rochefort para demoler; hoy sólo sirve para perturbar. Inutilizada su pluma por la victoria, en el Gobierno procedia como si aún estuviese en la prensa; trazaba ante sus electores programas excesivos, y luégo, al llegar á la Cámara, ni los defendia ni los mentaba siquiera, por falta de experiencia política y de palabra oratoria; vacilaba entre la Comunidad revolucionaria y el Versalles conservador, para concluir desirviendo á ambos; y al volver de su larga deportacion cogió la pluma de satírico é hirió á su propio partido.

Ha muerto Mme. Thiers, al dolor que le causó la eterna separación de su esposo. Imposible hallar una pena más sincera y profunda, una viudez más desolada y fiel, un culto más vivo á la memoria de un muerto. Yo, que merecí á la ilustre señora, en el poder y en la desgracia, verdaderas pruebas de amistad, puedo aseguraros todo su intenso dolor y deciros que habrá encontrado un supremo alivio en la muerte. Así, no atreviéndome á dar el pésame á su hermana, que estará sumida en un océano de lágrimas; ni á Saint-Hilaire, el amigo de mayor confianza para la familia, que estará embargado en sus múltiples ocupaciones de ministro, he escrito á M. Mignet, el gran historiador, testamentario de ambos esposos, las siguientes palabras, que siento con toda mi alma: «La nefasta nueva del fallecimiento de Mme. Thiers ha herido mi corazón como habrá herido el vuestro y el de todos cuantos amigos nos reuníamos con frecuencia en su hogar, y nos sentábamos á su mesa durante aquellas inolvidables veladas de invierno, en que ponía el esposo toda la elevación de su ciencia, y ella todo el atractivo de su encanto. Paréceme que la veo aún, modesta sin afectación, instruida sin pedantería, casera sin olvidar cuánto interesaba la política general á su posición y á su sexo, atenta con todos, y embargada siempre en el cuidado de aquel que le diera su

nombre, y á quien queria con el exaltado amor de una esposa, al par que respetaba con la tierna sumision de una hija. ¡ Cuántas veces le oí hablar á M. Thiers de la fortaleza que con su ánimo entero le prestára, y de los consuelos que con su cariñosa solicitud le diera en las angustias por la reivindicacion del territorio y en los combates por el establecimiento de la República; las dos mejores obras de su vida y las dos mejores glorias de su nombre, miradas por'ella en lo sagrado de la familia, bien que al traves de sus sentimientos de mujer, con la elevacion de un estadista y el ardor de un patriota !

» Despues de haberla tantas veces acompañado en los felices dias de la fortuna y del poder, acompañéla en los dias primeros de la viudez, y me persuadí tristemente á creer, viéndola y tratándola, que el golpe descargado por la muerte sobre su esposo la habia herido mortalmente en su corazon. No se contentó, no, á pesar de su acerbísimo dolor, con recibirme como se suele recibir á los extranjeros en armoniosa visita de pésame; abrió en persona la Biblioteca, donde nos habiamos visto tantas veces y por la cual vagaba aún la sombra del finado entre los libros y los bronce, al pié de los cuales yacian hacinadas las coronas fúnebres que acababan de remitir las primeras ciudades del mundo y los primeros hombres del siglo; y luégo,

conducido por ella y guiado, bajé al gabinete que da al jardín de la calle de Aumale, donde solía M. Thiers trabajar, y al mostrarme los libros de metafísica que tenía reunidos en su estante, las cuartillas que estaban dispuestas para los trabajos de aquel trabajador incansable, la copia de los *Niños* de Murillo, en los cuales ponía la vista cuando necesitaba procurarle algún vagar á la actividad del pensamiento, sentíase en los sollozos mal reprimidos, en las lágrimas que se desprendían á la par, en las tristes y profundas reflexiones, cómo habían entrado, desde la ausencia de su dueño, todos aquellos objetos á formar parte de su propio sér en lo interior de su alma por la asimilacion de los recuerdos, que no bastaban á mitigar la desolacion de su viudez. Perdóneme si he turbado con esta larga carta su triste duelo y he convertido hácia recuerdos vivos su embargada memoria. Permítame concluir pidiéndole que exprese mi pésame á Mlle. Dosne, y le diga cómo no he sido osado á escribirla directamente por no reabrir con mi carta sus heridas y no exacerbar con mi propio dolor el suyo, tan profundo. Delante de estas separaciones eternas brotan, como coronas del misterio, esas ideas religiosas que consuelan y alientan, convirtiendo la pena exaltada y extrema en una santa y solemne tristeza. No se encierra todo nuestro sér infinito en las cuatro tablas de

un estrecho ataud. De la ilustre señora, á quien lloramos muerta, queda lo esencial, queda el alma desceñida de sus lazos materiales, y que habrá encontrado en otro mundo, seguramente mejor, la satisfaccion á sus anhelos y el premio á sus virtudes.»

En la continúa mudanza del mundo, las personas que más en vida se odian suelen juntarse y confundirse allá en el regazo de la muerte, la cual no distingue unas cenizas de otras cenizas y unas tinieblas de otras tinieblas, juntándolas á todas en sus inmensas y sombrías telarañas. Pocos nombres más contradictorios que el nombre de Thiers y el nombre de Blanqui. Para aquél era éste el tipo de lo más repugnante al liberalismo moderno, el tipo de la demagogia; y para éste aquél, á su vez, era el tipo de la clase más odiosa en verdad á la democracia, el tipo de la clase media triunfante. Si estos dos hombres se hubieran visto frente á frente en algun trance de su vida, lanzára cada uno de ellos sobre el otro la muerte en sus recíprocas airadísimas miradas, y en sus sendos y opuestos sentimientos. Sin embargo, Thiers y Blanqui descansan en el mismo cementerio, en la misma colina casi, á la sombra de cipreses cuyas raíces se entrelazan, vecinos en sus sepulturas, despues de haberlos separado en sus ideas algo más ancho que el espacio y más dura-

dero que el tiempo, una inconciliable contradicción. Y si en el cementerio apenas se distinguen sus tumbas, imaginaos cómo se distinguirán en la atmósfera los átomos escapados de sus cuerpos y perdidos en las ráfagas y en los remolinos del viento.

Blanqui parece nacido para enseñar al mundo la inutilidad completa de la conjuración permanente. Desde el año 1827, en que aparece á la vida pública, hasta el año 1881, en que desaparece de la escena del mundo, ha pasado todos sus días en la conjura, en la rebelión, en la cárcel. Diríase que detestaba la luz, que sacrificaba por cualquier motivo la propia libertad, que nacía con decidida inclinación á los calabozos. En más de veinte motines ha entrado; más de cien procesos ha sufrido, desde las penas correccionales por perturbador hasta la pena de muerte por insurrecto, lo ha gustado todo; y nada, en sus martirios, ha hecho por las ideas mismas á que dedicára una vida entera de tormentos y de holocaustos.

El año 30 valieron más las maniobras de los hábiles que todos sus esfuerzos; el año 48 los discursos de un poeta, que todos sus negros días de calabozo; el año 70 la política de legalidad, por la cual llamaban traidores á los miembros de las izquierdas republicanas, que todas sus confabulaciones, tan teatrales como inútiles. Por lo

contrario, su tentativa de la Conserjería impulsó las reacciones subsiguientes á la revolucion de Julio; su desacato loco á la Asamblea constituyente, disuelta por las muchedumbres, mató la República del 48; su cooperacion criminal á la Comunidad revolucionaria, tambien hubiera, de seguro, acabado con la República del 70, de haber existido para sustituirla un monarca, un dictador, un César. Blanqui sólo ha sabido sembrar el terror en su camino, contribuir á la reaccion con sus violencias, detener ó manchar las causas más justas con sus exageraciones. De tal suerte era sombrío, desconfiado, receloso, suspicaz, que hasta sus mismos amigos los revolucionarios le tenían por un esbirro. El gran Barbes creyó siempre que Blanqui lo habia delatado al gobierno de Luis Felipe. Nada más injusto, porque entre sus innumerables defectos, Blanqui tenía dos grandes virtudes: una vida privada sin mancha y un amor sin límites á sus ideas. Mas al verle revolverse contra todos los gobiernos democráticos, sin haber contribuido á la fundacion de ninguno; conspirar lo mismo bajo la Monarquía constitucional que bajo el Imperio cesarista, y lo mismo bajo el Imperio cesarista que bajo las dos repúblicas democráticas, persuádese el ánimo de que habia nacido con la complexion más de un emperador que de un creyente, pues si alguna vez sus exageraciones hu-

bieran podido prevalecer, cuando no encontrára contra quién conspirar, hubiese indudablemente conspirado contra sí mismo. Es el representante de una sociedad que se va, de un tiempo ya pasado, de una fase de la democracia universal que, en su ocaso, personifica la revolucion violenta, sustituida, sobre todo en Francia, por el sufragio universal.

ILUSIONES DE GAMBETTA

SOBRE LA POLÍTICA DE FRECYNET.

Hace muchos años que pasa por axioma, entre los primeros escritores del mundo, la incapacidad moral y material de la Francia para unir á sus cualidades históricas, á su ingenio soberano, á su apostolado de las ideas, á su capitalidad intelectual, en el mundo moderno, el difícil y sublime arte necesario para gobernarse y dirigirse, en toda libertad y con plena soberanía, á sí misma con la única forma de gobierno, correspondiente á su índole y á su historia, con la República democrática. Desde el triunfo sobre la Comunidad revolucionaria del 5 de Marzo hasta el triunfo sobre las maniobras monárquicas del 16 de Mayo, la Francia mostrara virtudes de tal suerte extraordinarias para el propio gobierno, que recordaban la Roma republicana de los tiempos antiguos, la Inglaterra parlamentaria de los tiempos modernos, la Florencia del siglo décimoquinto, la Venecia del siglo décimosexto, es decir, todas las maravillas políticas que han asombrado al mundo y en-

grandecido la historia. Parecia que la inteligencia política, que el tacto exquisito, que el saber profundo, reservados en otro tiempo á las gentes patricias y á las oligarquías aristocráticas, se habia difundido en el seno de una gran democracia, llegada por completo á la madurez de su edad y á la plenitud de sus facultades. Todo esto provenia del espíritu que principalmente distingue á la democracia francesa en este período de su desarrollo histórico, del espíritu de reconciliacion.

¿ Por qué ahora lo ha perdido ? ¿ Por qué lo ha olvidado ahora en el momento más crítico quizás de su vida y más solemne de su historia ? Á muy duras penas los antiguos amigos de Francia, los partidarios exaltados de su República, podemos responder á estas dolorosas preguntas. Lo cierto es que M. de Freycinet, despues de dar en rapto de cólera, bien impropio de un estadista, los célebres decretos contra las corporaciones religiosas, habia visto sus insuperables dificultades y tratado de remediarlas con acertadísimo espíritu de verdadera conciliacion. De acuerdo con Roma, habia encontrado una fórmula que, sin desdorar al Gobierno ni envilecer á los amenazados y perseguidos, procuraba cierta paz indispensable á la exaltadísima efervescencia de los ánimos. Tal conciliacion, tal concordia, tal arreglo, lo que en lenguaje diplomático se llama un *modus vivendi*,

aterró á la fraccion dirigida por el Presidente de la Cámara, á la fraccion gambettista que impulsa hoy con su impulso exclusivo la política francesa.

Creida esta fraccion de que Frecynet era su hechura y estaba, por tanto, obligado á representar, no sólo sus ideas sino tambien sus pasiones, y á ser, como ella misma es, supersticioso contra el clericalismo, abrió desde el primer momento una guerra, y una guerra á muerte, pareciéndole una abdicacion la concordia y un crimen la prudencia.

No veian estos ciegos, que suben al Gobierno con el dogmatismo de las sectas y con el arrebató propio de los afectos puramente individuales, que desde las alturas del Estado se ven los hechos de otra suerte y se tienen las tremendas responsabilidades anejas á quien dirige á todos los ciudadanos y por todos responde. En vano el Presidente de la República se inclinaba de una manera decisiva en favor de las soluciones de Frecynet; en vano el espíritu de concordia se imponia como una suprema necesidad de la situacion política; en vano la palabra del ministro de Negocios extranjeros ligaba en cierto modo y en cierto sentido á Francia; la declaracion de guerra del gambettismo equivalia en realidad á una sentencia de muerte y esta sentencia de muerte, dictada por la dictadura universal, habia de cumplirse necesariamente y de una manera inexorable.

Frecynet, pues, cayó del gobierno sin que pudiera salvarle de la sentencia del Presidente del Congreso la proteccion del Presidente de la República. Sustituyóle, pues, M. Ferry, el cual representa el rompimiento absoluto con toda conciliacion, y la guerra á muerte con todos los elementos eclesiásticos.

La gravedad de tal estado político aparece en toda su desnudez seguidamente. Ese empeño de Gambetta en que se ha de gobernar á su gusto, no gobernando él en persona, ha de sembrar graves dificultades en el camino de la República y ha de amargar la vida entera de todo gobierno republicano. No dejó en su puesto, hasta el término de su mandato, al Mariscal Mac-Mahon, y no dejará en su puesto, hasta el término de su mandato, al Presidente Grevy : no consintió que Dufaure desarrollára su política, que Wadingthon viviera, que Frecynet usára de su natural independencia; y tampoco ahora dejará gobernar libremente al ministerio Ferry.

Desde lúego le disgusta por extremo la entrada en el ministerio de Negocios Extranjeros del viejo Barthélemy Saint-Hilaire, á quien lanzan los gambettistas diariamente toda especie de flechas. Uno de los periódicos más adictos al Presidente de la Cámara dice que el nuevo ministro admira fervorosamente á Bismarck, y no escribe

en frances ; y que despues de haber traducido á Aristóteles, solamente le falta una cosa : comprenderlo. Así, de un hecho reciente se ha derivado una declaracion de guerra que comienza por suave modo y concluirá en abierto rompimiento. Con motivo de las amenazas de bombardeo á la ciudad albanesa, cuya posesion trae hoy en litigio porfiado á los montenegrinos y á los turcos, los rojos franceses intentaban celebrar una reunion protestando contra las alianzas de Francia con los reyes y contra los bombardeos de los pueblos por la escuadra francesa. Habíanse reunido ya centenares de emigrados á las puertas del preferido sitio ; habíanse anunciado discursos de los primeros oradores comuneros ; habia propuesto un célebre intransigente las fórmulas que debian votarse ; pero el Gobierno, temiendo que los amigos de la paz le armáran una guerra y lo comprometieran tristemente con los gobiernos europeos, ha disuelto la manifestacion. Pasemos á la cuestion de Oriente. Las potencias europeas debieron convenir en imponer á Turquía, aunque fuese por fuerza, el tratado de Berlin ; ó las potencias debieron cumplir su convencion y realizar sus acuerdos sin consideraciones de ningun género y sin vacilar ni un minuto. Pero instantan, apremian, amenazan, cuando parecia que pasaban á poner por obra sus acuerdos ; reunidas ya las escuadras, notificado el bombardeo á Dulcigno,

retroceden, y al retroceder, dejan su autoridad y su influencia heridas de muerte en el concepto de la indómita é incontrastable Turquía. Los albaneses, á pesar de tener opinion de bárbaros en el resto de Europa, conocen que la demostracion naval no pasa de comedia mal ensayada si deja de ser seguida por un desembarco en armas. Luego, estos buques acorazados modernos, á pesar de su formidable aspecto, son de tal delicadeza, que temen á cada paso tropezar con un torpedo, que abandonan las costas cuando no están bien iluminadas, que necesitan abandonar los puertos faltos de profundos calados. Luégo, las posiciones que ocupan los albaneses en la montaña de Mafura, á muchas leguas de Dulcigno, en el camino de Antivari, no pueden ser molestadas por los proyectiles de las flotas ni circuidas por los montenegrinos, y dan, por tanto, á una de esas resistencias en las cuales son los orientales tan duchos.

Las causas principales de todas estas desventuras se encuentran, á no dudarlo, en la falta de inteligencia entre los pueblos europeos. Unos, como Inglaterra y Francia, quisieran la anexión del Epiro y de la Thesalia á Grecia, sin dificultades ni peligros; otros, como Austria, quisieran, por el pronto, Salónica, y más tarde, Constantinopla, para fundar un Imperio greco-eslavo, con

el representante de la casa de Austria á su cabeza; otros, como el Imperio aleman, quisieran dar al Austria los restos del Imperio turco para ser ellos los acaparadores del ducado de Austria, reunido al grande Imperio aleman y los poseedores, quizas, del Tirol, de Trento y de Trieste; otros, como los rusos, sueñan con la resurreccion de un Imperio bizantino que se extendiera desde el Bósforo al Báltico; todos, con grandes combinaciones políticas, que mutuamente se contrastan y se destruyen mutuamente.

En esta complicacion gravísima, Francia comprende que puede suscitar, ántes de tiempo, la cuestion europea; que la cuestion europea puede, ántes de tiempo, traer de nuevo la segunda guerra franco-prusiana; que la segunda guerra franco-prusiana puede resultarle tan fatal como la primera, deseosa Alemania de tomar un pronto desquite á sus derrotas económicas en los campos feraces de la vecina Francia. Y hé aquí explicado el secreto de la retirada de las potencias y del abandono de todo desembarque en las costas albanesas y de todo asalto á Dulcigno.

No cesa ni un punto la conspiracion nihilista en la opresa Rusia. El Emperador huye, como es natural, de los frios y de los horrores del Norte, y busca, como es natural tambien, aire y luz en los templados climas de Livadia. Pues en esos climas,

léjos del centro de las agitaciones moscovitas, van á buscarle sus implacables perseguidores, que parecen la personificacion siniestra de sus atroces remordimientos. Se ha descubierto una conspiracion para hacer saltar el ferro-carril que debia recorrer el Emperador, y se ha descubierto otra conspiracion que llevaba, en las entrañas de un buque inglés, mezclada con cargas de carbon, depósitos de dinamita.

EL MINISTERIO DE GAMBETTA.

Digan cuanto quieran los conservadores en España y los reaccionarios en Europa, la República de Francia se asienta sobre bases de solidez tan fuerte, que no podrán destruirla ni las iniquias de sus enemigos ni los errores de sus partidarios. Ensayada por tercera vez, nacida de la necesidad, transigente con las circunstancias, en vano amenazada por una reacción sin soluciones; puesta, merced á la lógica real, en coyuntura de corresponder con la serie, medida y natural de los progresos incontrastables, termina el período abierto por la primera revolución, y da su forma definitiva y orgánica perpétuamente á una gran democracia, brotada del espíritu moderno casi al par de la democracia sajona, y constreñida por las ruinas que debia remover y las supersticiones que debia conjurar, á eclipses y desmayos, los cuales no reaparecerán, arraigada como está en el suelo social y establecida por una serie de transacciones sábias, y ya definitivas, en la viviente realidad.

Esta idea de la solidez natural que tiene la República en Francia, debia ser parte á inspirar en sus representantes y en sus ministros la tranquilidad de quien se halla en seguro puerto, y no la zozobra de quien se halla en asediado fuerte. Conseguidas la libertad religiosa y la igualdad civil; consumada la gran revolucion económica, que ha distribuido la propiedad en términos de haber allí un pueblo de propietarios; fundado el sufragio universal, tanto en las leyes como en las costumbres; indiscutibles ya, por confundidos con la vida pública y privada, el matrimonio civil y el jurado popular; soberana la nacion que se rige por poderes legislativos y ejecutivos, emanados todos de su libérrima voluntad, quedarán, perfeccionamientos sucesivos de tan grande obra; pero estos perfeccionamientos no podrán pasar, por mucho que la imaginacion se alucine, de secundarios, y muy secundarios detalles. Por tal razon toda república será forzosamente conservadora en Francia, pues allende lo existente hoy, sólo se descubren los celajes, más ó ménos arrebolados, de la utopia, y las sirtes, más ó ménos terribles, de la incertidumbre. La política mesurada es política de necesidad en nacion donde se han cumplido los mayores progresos, y sólo hay ya que fortalecerlos y arraigarlos.

Mirad las dos Repúblicas: la República del 48

y la República del 70. En el nacer de aquélla y en el nacer de ésta, ¡cuánta diferencia! Cualquiera hubiera dicho, al contemplar el esplendor de los primeros días de la segunda República y la tenebrosidad de los primeros días de la tercera, que, nacida bajo tan prósperos auspicios aquélla, iba de suyo á vivir vida larga y feliz, mientras nacida ésta bajo el desengaño y la derrota, iba bien pronto á morir muerte súbita y deshonrosa. ¡Ah! La República de Febrero nació á la improvisación revolucionaria, y fué, por tanto, como el sueño de una noche fugaz y de una pesadilla ligera, mientras la República de Setiembre nació al gran principio de la razón de Estado y fué como la obra de toda una sociedad en la plenitud de su desarrollo y en la madurez de su espíritu. Así la una, en su nativa debilidad, no pudo negar el socialismo sin negarse á sí misma, ni sostener las jornadas de Junio sin producir la dictadura cesarista; mientras la otra, en su fortaleza incontrastable, ha podido desechar todas las utopías comunistas en nombre de todos los principios republicanos, y aplastar la comunidad revolucionaria de París, no sólo en ejercicio de su autoridad, sino en virtud de su derecho. La República de Febrero fué la República revolucionaria, y no podía negar la revolución; mientras la República de Setiembre fué la República de la necesidad, y pudo atender á

todas las necesidades sociales sin desmentir su naturaleza ni faltar á su ministerio. Nació aquélla de la mente de un poeta, quien, por pura estética perteneció en sus mocedades á la poesía elegíaca de las tradiciones, y por pura estética en su virilidad, á la poesía trágica de la revolucion, mientras nació la otra de un consumado estadista cuya vida se identificaba con la vida de su siglo, bastante sagaz y experto para no dejarse arrastrar por rojos idealismos, y bastante liberal y progresista para no abrir resuelta pugna con el espíritu de su siglo, y que, dado á establecer y consolidar el régimen representativo, no logrando terminar su obra con la monarquía y la clase media, la terminó con la República y el sufragio universal, para lo cual unió por un proceder de prudencia y de sagacidad á los burgueses y á los demócratas, desunidos hasta entónces con grave daño de la libertad y contento y satisfaccion del cesarismo. Á sus causas generadoras debe permanecer fiel en todo su desarrollo la tercera República si quiere que la fortuna prospere sus dias y el tiempo cumpla sus esperanzas.

¿Corresponde á esta tradicion el nuevo Ministerio frances? Para mí, la política más conveniente al período que ahora transcurre, hallábase contenida y formulada en el manifiesto electoral dejado por M. Thiers como un testamento de su expe-

riencia irreemplazable á la hora misma de su muerte. Republicano, apartábase de toda veleidad restauradora; demócrata, robustecía el principio esencialísimo á la democracia, el sufragio universal; parlamentario, anatematizaba las conjuraciones de cuartel y los golpes de Estado; propio de su tiempo, ungia con la consagracion del derecho todos los adelantos modernos, y desconcertaba con las declaraciones de su prevision todas las tentativas al retroceso, como la infame y loca del 16 de Mayo, al par que colocaba en torno de tamaños progresos los compensadores indispensables de una Iglesia retribuida y respetada, de un ejército numeroso y disciplinado, de una magistratura inamovible, de una administracion estable, disponiendo las fuerzas de resistencia y de impulso por tan maravillosa manera y en mecánica tan sábia que no pudiera una sociedad, de suyo progresiva como nuestra sociedad, ni retroceder ni pararse. Tal política reconocia la doble naturaleza de una República durable; y sin desconocer lo pedido por el movimiento natural de nuestro siglo, daba con arte indiscutible á una democracia trabajadora, y de su trabajo divertida por dos guerras crueles, una extranjera y otra civil, todo el reposo necesario á la reparacion de sus fuerzas y al despertamiento de sus facultades. Política de observacion y de experiencia, como la inglesa; poco

dogmática y muy cuerda, como la italiana; curaba de sus impaciencias, de sus recelos, de sus dogmatismos, de sus achaques revolucionarios, de sus desencantos y descorazonamientos á una democracia como la francesa, quien, á guisa de su ejército, brilla más por su arrojo que por su perseverancia, y suele acometer con grande y heroico empuje los caminos que conducen hácia adelante, y retroceder, presa de un pánico furioso, con triste y lamentable facilidad. De consiguiente, la política última de M. Thiers era la política conveniente á esta hora solemne de nuestra historia y á esta situación crítica de Francia.

¿Qué pedia tal política? Una modestia suma para reconocer la escasa iniciativa en ella reservada, por necesidad, á gobernantes de puro carácter conservador; un minucioso conocimiento del detalle administrativo, que, respetando el conjunto de las instituciones, se dedicase á mejorar su aplicación; una renuncia constante á los idealismos de otros días y á los programas inadmisibles en esta crisis; un propósito deliberado y firme de paz perpétua que industriase al pueblo en las ventajas reportables del trabajo tranquilo, tan superiores á las antiguas ventajas del poder militar; un respeto cuasi supersticioso á la inamovilidad arraigada de los magistrados, á los derechos establecidos de la Iglesia y á la duración observada de antiguo en

el servicio ; un empeño tenacísimo de reunir en concordia indisoluble las clases medias con las clases populares, á fin de sustituir á las dictaduras plebeyas, socialistas, pretorianescas, representadas por el bonapartismo y los Bonapartes, el gobierno de la nacion por la nacion, es decir, la más envidiable y la más gloriosa de todas las empresas sociales. En obra tan magna pedíase al repúblico ántes el buen sentido que la inspiracion épica ; la experiencia diaria, que el valor heroico ; la mirada microscópica de un observador humilde, que la mirada telescópica de un profeta sublimado ; el arte de un parlamentario, para medir la corta extension de las transacciones y contar el número de los grupos, que las aptitudes legendarias para las dictaduras y para las guerras ; el talento humano de los conservadores de instituciones ya fundadas y conocidas, que el talento ambicioso de los grandes fundadores de monarquías ó de repúblicas ; la resignacion á una paz fecunda en trabajos privados, que los ensueños de campañas napoleónicas ó desquites pronto ; la habilidad que guarda, y no el genio que conquista ni el dogmatismo que veja ó por lo ménos deslumbra. Las artes plásticas toman carácter de irremediable decadencia si aspiran á extralimitarse forzadas y exageradas allende su naturaleza, por ejemplo, si la escultura quiere las agrupaciones várias y la ex-

presion psicológica de la escultura, ó si la pintura quiere los relieves y el bulto y la serenidad de las estatuas. Pues la política grande, cuando se necesita lo humilde y lo modesto, al fin y al cabo resulta como la pintura-estatua, ó como la estatua-cuadro, como la música que pugna por la idea concreta de la poesía, ó la poesía que aspira á los acordes de la música; triste fruto de irremediable decadencia. Conteneos dentro de vuestros límites. Necesítanlos hasta los mares en el planeta y hasta los soles en el espacio.

Para seguir una política de conciliación necesitase prescindir por completo de la política de secta. Y casualmente la política hoy predominante y el político en boga hoy, adolecen del dogmatismo de los sectarios. No se me oculta, y lo digo en són de alabanza, cómo han abdicado una parte de su programa primitivo, con cuyos cánones granjearon el favor popular á sus ideas, los radicales franceses, en aras de las exigencias y de las necesidades continuas del gobierno. Reiriánsele, y con motivo, en sus barbas á quien les demandase con urgencia é instancia la separacion de la Iglesia y el Estado, la inscripcion voluntaria en los servicios militares, los capítulos principalísimos del antiguo programa de oposicion ofrecido á los electores de Belleville y de Marsella. Pero crea el radicalismo frances á un viejo amigo suyo, créalo:

puesto á sacrificar, debia, en verdad haber sacrificado más. En mi sentir, debia sobre todo, haber de grado perdido aquella significacion de dogmatismo político, y aquella significacion de dogmatismo científico, tan opuestos á todo proceder civilizador y flexible. La secta radical profesa en el derecho político un jacobinismo y en las tendencias científicas un positivismo igualmente funestos. El primero cae por necesidad en la idolatría del Estado, contradictoria con las nociones fundamentales de toda verdadera democracia. El radicalismo al uso es el cuarto término de aquella serie que comienza en Rousseau y su filosofía del Estado; continúa en Robespierre y su dictadura del Estado; persevera en Bonaparte y su omnipotencia del Estado; y concluye hoy en esta República-Estado, verdaderamente jacobina. Despues de haber llamado en público el primer pensador de nuestro siglo á Conte, y á su doctrina la primer obra de la ciencia moderna, el radicalismo no sigue la filosofía histórica del maestro, quien detesta á Robespierre y ensalza y corona la vigorosísima personalidad de Danton, más comprensiva y generosa, ménos adusta y cruel que la del triste dogmatizante, parecido á una entelequia abstracta y á un inquisidor eclesiástico. Nosotros, hijos de esta nuestra patria, tan una en su espíritu y en sus determinaciones tan vária; nutridos á los pechos de

la tierra que se gloria con los anfictionados y con los municipios; adoradores de aquellas ciudades navegantes y mercantiles, cuyo genio dieron la democracia y el arte al mundo moderno; desconocemos y hasta detestamos el absorbente y panteísta Estado á la jacobina, por más que tenga de representante una Convencion numerosa y de forma una República democrática. Y comprendemos ménos que tal Estado pueda encargarse de la realizacion de una filosofía, y adscribirse al servicio de un dogma tan desconsolador y tan estrecho como el dogma positivista. En nuestro liberalismo, que, segun vamos viendo, está un poco trasnochado, el Gobierno invade jurisdicciones privativas de la conciencia individual, y desconoce derechos sagrados de la naturaleza humana, lo mismo si quiere, por medio de un Felipe II, imponer á los holandeses el dogma católico, y por medio de un jacobino dictatorial, á los revolucionarios el Sér Supremo, que si quiere por un presidente del Consejo y por un ministro de Pública Instruccion acreditar desde alturas extrañas á esos ideales el dogma negativo de toda religion y de toda metafísica.

Seguid la política triunfante hoy en Francia, y veréis como todos sus escollos se hallan por necesidad en todos sus dogmatismos. Del dogmatismo científico dimana ese desprecio á la metafísica y á los metafísicos que raya en el desprecio de Napo-

leon á la ideología y á los ideólogos; esa vulneración sistemática de los derechos naturales que niega en nombre del Estado sumo la facultad de enseñar á clases enteras y continúa las tradiciones cesaristas, ya inútiles, de José II y de Carlos III; esa guerra implacable á las expansiones libres del derecho de asociacion, respetable y sagrado para nosotros, los liberales añejos, en todas sus manifestaciones que no tengan por fin un crimen; esa Universidad omnipotente, contraria en absoluto á la enseñanza libre, y que es el Estado mismo dogmatizando á su sabor y dirigiendo á su grado la conciencia y el alma de las generaciones por venir; doctrinas todas, aplicadas aquí, entre nosotros, despues de la Restauracion, á nombre de la Iglesia y de la Monarquía, por el ilustre jefe del partido conservador, tan pagado de la fuerza del Gobierno y de la virtud del Estado como los radicales franceses, que nos han traído las destituciones de los catedráticos racionalistas, la ley reaccionaria de imprenta, la distincion de partidos en legales é ilegales, y las explícitas y terminantes prohibiciones de la palabra República; con todo lo cual nos han hecho sufrir tanto, ensayadas por nuestros enemigos en nuestros amigos, que no podemos menos de condenarlas con rigor ensayadas por nuestros amigos en nuestros enemigos; rindiendo así tributo de reconocimiento á nuestros principios, á

los derechos humanos, y á nuestro ideal, á la humana justicia.

Pues el jacobinismo sistemático trae iguales inconvenientes que el positivismo sistemático. En su virtud, esa centralizacion apoplética; esa burocracia infalible; esa soberanía nacional que rara vez reconoce por límite los derechos del individuo; esas inclinaciones á convertir los obreros en una especie de ejército y á considerar los inválidos del trabajo como inválidos de la guerra; ese socialismo del Estado que resulta indeclinable aplicacion práctica y concreta del socialismo germánico de la cátedra; esa necesidad de convertir el régimen electoral vigente, ya probado, en una especie de régimen plebescitario; esa inquietud por los votos de la Cámara alta; ese afan de reforma constitucional constante; ese menosprecio al liberalismo consuetudinario por querer para todos la libertad igual; ese partido personalísimo dispuesto á preferir el jefe á los principios; esos alardes guerreros, los cuales han dado de sí el conflicto en Túnez y han permitido hablar al astuto canciller alemán de cómo Francia necesita, ya sea imperial ó republicana, una guerra cada diez años donde verter la sangre sobrante de sus venas henchidas; ese desconocimiento de la política extranjera, tan nefasto á todos los gobiernos franceses en este siglo y que puede resultar mucho más nefasto á un gobierno

democrático, constreñido, por su aislamiento, á procurarse una confederacion nueva de pueblos libres, bastante fuerte en la opinion europea y bastante compacta en sí misma para preservarlo, componiendo un escudo moral, de las asechanzas y de las maquinaciones opuestas á la estabilidad republicana por todas las monarquías circunstantes.

El jacobinismo y el positivismo tienen todavía inconvenientes mayores cuando se piensa que reducen mucho, no las muchedumbres, pero sí el estado mayor de la fraccion que hoy gobierna. En política necesítase, para sumar muchas voluntades y muchas inteligencias, reunir las y reconcentrarlas en bien pocas ideas. Si los partidarios de una escuela republicana han de profesar el mismo ideal religioso, científico, político, económico, han de ser por fuerza, ó pocos en número, pues la conformidad de creencias no está en el carácter propio de los demócratas modernos, ó sumisos al credo y al símbolo prestablecido como una secta religiosa del Asia. Estrecho me pareció siempre, desde su fundacion, el criterio *La República Francesa* para un periódico; imaginaos lo que ahora me parecerá ese mismo criterio elevado al Gobierno. La oposicion á toda metafísica; el concepto positivista de las religiones; la filosofía de la historia superficial que da por última palabra de la ciencia el paso de las edades teológicas á las edades cien-

tíficas, como si ciertos ideales nacidos de la naturaleza misma del hombre pudieran, por transformarse, destruirse; la idolatría del dogma cuasi absoluto de la soberanía nacional, en que despues de todo se fundaba hasta el Imperio por carecer del dogma que completa y explica ese principio, del dogma de los derechos naturales; toda esa serie de supersticiones parecíanme impeditivas para el apostolado y abrumadoras para el Gobierno. Así, examinad el Ministerio tal como está constituido, ved sus tres ó cuatro departamentos principales, como Hacienda, Instruccion, Comercio; y notaréis á primera vista que se ha trasladado á las cimas del poder toda la Redaccion de *La República Francesa*, porque sólo allí se podian hallar los jacobinos y los positivistas necesarios para esta gran campaña, en las columnas de un periódico, abierta desde hace mucho tiempo y continuada hoy en las cimas del Estado.

Así, ninguno de sus amigos imaginaba que el Presidente de la Cámara, encargado de formar ministerio, se rodearia de las personas ilustres designadas á su opcion de antiguo por la pública conciencia; el rigor de su pensamiento, que no admite contradicciones, y la fuerza de su voluntad, que no admite resistencia, le aconsejaban un ministerio de discípulos y le desaconsejaban un ministerio de rivales. Pocos hombres han ejercido en el mun-

do la onnímoda influencia que Gambetta ejerce hoy en Francia. Hace algunas tardes, el Congreso acababa de rechazar una orden del día referente á la guerra de Túnez, cuando Gambetta surge, habla, y obliga, con el imperio de su autoridad moral y con el impulso de su estro avasallador, á toda una Cámara, nada ménos que á desdecirse y votar lo mismo pocos minutos ántes rechazado. Por mucho que yerre, no podrá olvidar su patria que mantuvo la guerra cuando todos se resignaban á la derrota y que creyó en la República cuando todos creían que de los sangrientos y humeantes restos de la Comunidad revolucionaria sólo podía brotar la Restauracion. Otra virtud suya fué desasirse, allá en los días de conflicto, bajo las amenazas de los golpes de Estado, entre las conjuraciones militares, de toda inclinacion revolucionaria, y poner fe vivísima en la soberanía inmanente de Francia y en el poder incontrastable de la pública voluntad. Ha recogido, pues, el fruto de sus previsiones, admirablemente secundadas y mantenidas por la obediencia y disciplina de su partido. Gambetta es exclusivamente, sin mezcla de ningun otro oficio ni aficion siquiera, un político, el más político de cuantos hombres célebres pululan por Europa. No eran así, no, Royerd-Collard, Guizot, Thiers, Lamartine, Ledru-Rollin mismo, los grandes renombres y los jefes incontestados é incontestables

de los antiguos partidos. Filósofo el primero, literato el segundo, historiador el tercero, poeta el cuarto, abogado el quinto, habían menester de su tiempo y de sus facultades para otras ocupaciones del espíritu que no eran las ocupaciones políticas. ¡Cuánto no han zaherido sus émulos á Thiers, porque ministro, entre expediente y expediente, se iba por el Rastro de París en busca de cualquier antigualla; ó porque, diputado, entre discurso y discurso, escribía una página de literatura ó escuchaba una sinfonía de Bethoven! Gambetta, italiano y provenzal, gusta del arte; pero como de un esparcimiento del ánimo, embargado siempre por la política. No le habéis de que escriba una página, para eso tiene innumerables y competentes secretarios, desde aquel que le redactaba las Memorias financieras en la Comision de Presupuestos hasta aquel que ahora le redactará las notas diplomáticas en el Ministerio de Estado. Pero, ya sea el redactor un nervioso inquieto, ya sea un linfático incommovible, todas las obras tendrán el sello de la personalidad del maestro, como si les comunicase, con el ademan imperioso y la palabra cortada y el gesto militar, el ardor voraz de su alma y la complexion sanguínea de su temperamento. Gambetta piensa en voz alta y pasa el día en hablar con todos cuantos le rodean, empleando, para las conversaciones más mínimas la

grave acentuación y el fuego comunicativo de la elocuencia. Sus discursos tienen la fuerza de su voluntad, y parecen, con el cambio de gusto, natural á nuestro tiempo, mucho más sencillo y mucho ménos clásico que los tiempos revolucionarios, parecen, decía, discursos dantonianos, sellados con la originalidad de su carácter y la intimidad de su pensamiento. Como es un hombre político, ante todo y sobre todo, pocos estudiarán á sus contemporáneos cual los estudia él; y se aprovechará con arte de los que necesite, ó dejará con desden á los innecesarios abandonados á su suerte en cualquier encrucijada del camino. Ninguno tan seductor para los que quiere atraer, ni tan repulsivo para los que quiere alejar. Ninguno tan cariñoso con sus predilectos ni tan implacable con sus adversarios. Conoce á París como si lo tuviera grabado en los lóbulos del cerebro. Allá, por mil ochocientos sesenta y seis, ignorado de todo el mundo ménos de los pasantes de Cremieux ó de los redactores de *El Tiempo*, cuando se reunían sus amigos en los almuerzos dominicales de un cuarto quinto en la calle de Bonaparte, ya estaban seguros de saber cuanto de notable ocurría en París, en las Tullerías, en el Senado, en el Congreso, en el Consejo de Ministros, en la familia imperial, en las Academias y en los cuarteles, como si tuviera policía secreta. Hoy pasa lista, de coro y de

corrido, á todos los electores influyentes de Francia como si tuviera sus nombres á la vista. No profundizará ninguna cuestion; pero las conocerá todas, y de todas hablará con lucidez. Las ideas científicas, allegadas en la juventud en ódio al Seminario, le acompañarán hasta el sepulcro y querrá encarnarlas en la realidad por medio del Dios-Estado, á quien rinde fervoroso é idolátrico culto. Y como tiene un dogma político muy arraigado, y un dogma científico más arraigado todavía, odiará los dogmas opuestos y las Iglesias enemigas, con el ardor y el entusiasmo de todos los sectarios. Ya os lo contarán el Clero católico y el Senado conservador.

Idle, pues, con grandes ministerios á él, que necesita sumisos cooperadores. Llegaban á nuestros oídos los nombres más acreditados y los poníamos en la cuarentena más escrupulosa. Es verdad que Leon Say le ha traído con sus talentos económicos de primer orden, ese inmortal *Diario de los Debates*, cuya solemnidad imitaron de léjos los redactores de *La República*, y esa pluma verdaderamente ateniense de Lemoine, quien, á guisa de abeja, guarda la miel más perfumada, el zumbido más melodioso y el aguijon más punzante de toda Francia; pero tambien es verdad que Say representa las grandes compañías de ferro-carriles, y los idólatras del Estado necesitan su propiedad para

el Estado y su explotacion por el Estado. El gran Leon Say será sacrificado al modesto Allain-Tergé, quien tiene la singularidad notable de atreverse á gastar mal humor hasta con Gambeta cuando le asedian sus amigos los intransigentes, singularidad sólo compartida, de vez en cuando, con el filósofo Chalamell-Lacour, quien riñe tambien con el jefe cuando le incomodan los dolores de estómago. Es verdad que Julio Ferry, á pesar de haberse quedado con Thiers y con Simon, allá, en tiempos del conflicto de Burdeos, habia hecho lo bastante con el artículo séptimo y la expulsion de las órdenes religiosas para recuperar la perdida confianza del condiscípulo y del amigo; pero Ferry es protestante, cree á puño cerrado en Dios, lee su Biblia y su Evangelio, y se necesita un Paul Berth, decidido á la viviseccion oficial de todos los cleros, y al apostolado burocrático de todos los positivimos. El gran Ferry ha sido sacrificado al sectario Paul Berth. Es verdad que el sabio Freynet ayudó con gloria en el Gobierno de la defensa nacional á rehacer las fuerzas de Francia y á salvar el honor patrio; pero tambien es verdad que predicó en su primer ministerio conciliaciones, cuando los gambetistas pedian guerra; y que trató con las órdenes monásticas en el segundo ministerio, cuando los gambetistas pedian expulsion á toda costa y á toda prisa, y que, dentro y fuera

del ministerio, fué osado á calificar la República con el adjetivo de amable, adjetivo á Julio Simon propicio, á Julion Simon, el más vitando y aborrecido de todos los enemigos de Gambetta, y para quien ¡ah! no hubo piedad en el radicalismo militante y no habrá cuartel, no, en el radicalismo triunfante. Luégo no era fácil que ninguno de ellos pudiese resignarse al tejer y destejer continuo de los períodos constituyentes, siempre abiertos; y á los métodos nuevos de reclutar Cámara y Senado, siempre amenazantes. Así el ministerio resulta un poco irresponsable y anónimo, cosa que regocija por extremo á nuestro buen amigo Ranc, quien no está por las reputaciones consagradas y los renombres universalmente reconocidos, razon á cuya virtud habrá hecho que prescindieran de su meritoria persona, y á poco que tal teoría se acreditase y extendiese, podria prescindirse tambien del alto y renombrado Mr. Gambetta y de todas las jerarquías naturales del talento y del mérito, incompatibles ya con las exageraciones y los extremos de la flamante y exaltada democracia.

Meditemos un poco. En manos del nuevo Ministerio no corre peligro alguno el sufragio universal, ni la República, ni los grandes principios civiles y laicos que constituyen el fondo invariable de la política moderna. Pero puede temerse, y con fundamento, que erigido en Dios el Estado,

concluya por parecerse nuestra República radical á cualquier Imperio, ya viejo, ya reciente. Cinco tendencias despiertan estos recelos y justifican estos temores: 1.^a La tendencia constante á una invasion en las facultades propias de la Iglesia católica, con daño de la libertad religiosa. 2.^a La tendencia constante á un dogmatismo positivista en la Universidad, con grave daño de la libertad científica. 3.^a La tendencia, no ménos constante, á disminuir la importancia y á cercenar las facultades del Senado, con grave daño del equilibrio constitucional. 4.^a La tendencia socialista de acaparamiento por el Estado de industrias considerables, y las ofertas á los trabajadores, ofertas peligrosas, de recompensas burocráticas, con grave daño del trabajo y de la libertad individual. 5.^a La tendencia constante á los períodos constituyentes, períodos de incertidumbre, que cierran pronto los pueblos libres, como el pueblo inglés, pagado de su constitucion histórica, y como el pueblo americano, entusiasta de su antigua constitucion nacional, y como el pueblo suizo, quien no reformó su Código del cuarenta y ocho hasta el setenta y cuatro, tiempo en el cual tuvieron cuatro constituciones los franceses, y cinco ó seis los españoles, pueblos, por nuestra desgracia comun, bien poco propios para pasar en el mundo por acabados modelos de libertad y de constitucionalismo.

La verdad es que agota el radicalismo con este Ministerio su vida más exuberante, y atraviesa por su fase más luminosa. Allende, Gambetta, en los confines de la extrema izquierda, empieza un socialismo tanto más de temer, cuanto ménos se formula y define. Las vaguedades humanitarias, los ensueños cosmopolitas, las frases relumbrantes de social emancipacion y de advenimiento económico de un cuarto estado, contra cuyos progresos no se alza ningun privilegio y no se cierra ningun derecho, todas esas logomaquias del comunismo extremo sirven mucho para las retóricas de una oposicion demagógica, y muy poco para las mayorías democráticas, obligadas á sostener un Gobierno que, por el hecho de ser Gobierno, ha de emplear el método gradual y ha de tener múltiples complacencias con las tristes é inevitables realidades, cada dia más imperiosas, de la vida. Los republicanos extremos son olvidadizos hasta el punto de ignorar hoy, por fatalidades inherentes á su ingrata memoria, que la revision fuera, en dias no lejanos, el santo y seña de la Restauracion imperial, más popular aún que ellos, ó por lo ménos más confiada en el pueblo, porque, sin duda alguna, es, perdóneseme lo endiablado del adjetivo, más plebiscitaria. Todo diputado radicalísimo exhibe su pretension constituyente. El rival infortunado de Gambetta, M. de Clemenceau, pide una Repú-

pública social, como si aún estuvieran los socialistas de la idea en el Luxemburgo y los socialistas del fusil en la barricada. El maestro Barodet, por quien sacrificó Gambetta una personalidad tan alta como M. de Remusat, pide una cuenta de los programas escritos por los candidatos para probar que estamos en vísperas de un ochenta y nueve, cuando en realidad estamos á las últimas consecuencias y en los últimos ideales de tan creador y glorioso año. El químico Naquet resucita las leyes relativas al divorcio para que no quede ni la familia libre de la sávia de tan universal renovación. El diputado Boisset se satisface con la rápida abrogacion del Concordato, y el diputado Roche, á su vez, con que se suprima todo presupuesto de cultos; se entreguen todos los monumentos religiosos á los prefectos y á los alcaldes; se disuelvan, por virtud, sin duda, del libérrimo derecho de asociacion, todas las órdenes monásticas y todas las cofradías piadosas; se confisquen todos los bienes eclesiásticos en muestra de respeto á la propiedad; y luégo, para demostrar el fondo de justicia distributiva que late allá en los senos de la intransigencia republicana, se prohíba terminantemente á los ministros de todos los cultos la rudimentaria facultad de adquirir, primera, sin duda, que reconoce y proclama el derecho natural y que desconoce y niega el radicalismo fran-

ces. Hasta el Concejo de París le ha propuesto á Víctor Hugo que se presente al Senado bajo la enseña de supresion del Senado.

El inmortal poeta, con verdadera prevision política y verdadero sentido de la realidad, ha contestado que no son las altas Cámaras tan detestables como sus enemigos suponen, y que la Cámara única, en el año cincuenta, restringió el sufragio universal, y la Cámara única, en el año setenta y cuatro, estuvo á dos dedos de perder y frustrar la República. Si álguien tenía derecho á soñar en Francia con Apocalípsis y Evangelios sociales, sin duda es el poeta que adivina cuanto se dicen los ojos enamorados y las estrellas centellantes al encontrarse en los espacios; los aromas de las flores y los gorjeos de las aves al confundirse allá en los azules aires; las ideas y las cosas al surgir las unas en el espíritu infinito y las otras en el infinito universo; las generaciones pasadas y las generaciones por venir al ascender en alas de la muerte ó en alas de la esperanza en pos de los divinos arquetipos á las simas de los ideales eternos. Quien canta como el Isaías de la democracia canta, bien puede soñar con una sociedad en que nos alimentemos del éter de los astros y nos vistamos de las fibras que tejen su morado manto á los lirios del valle, y abroguemos todo Estado y todo Gobierno y todo Código, para vivir sujetos á las le-

yes dictadas por Dios mismo á la humanidad, sin más sanciones penales que los remordimientos de nuestra conciencia y la reprobacion moral de nuestros hermanos. Al genio cíclico, á la inspiracion titánica, al arte sublime, todo ensueño grandioso le está permitido, ese mismo sueño vedado á las medianías vulgares y á la prosa vil. Pero Víctor Hugo ha querido mostrar que las utopias radicales, ademas de contener una mala política, están escritas en detestable prosa. Dios salve la libertad.

EL GOBIERNO

Y

EL CONCORDATO EN FRANCIA.

El nuevo Ministerio frances ha puesto mano en la obra de levantar sus promesas á resoluciones, y desde los comienzos de tal empeño ha demostrado que no anduvimos léjos de lo justo cuantos reeclamamos en él excesos de autoridad y faltas de comedimiento y de prudencia. En los discursos ministros, como suelen denominarse las arengas burocráticas destinadas á devolver con algun cumplido las felicitaciones de los subordinados, late un sentimiento de superioridad jerárquica tan soberbio, que huele á órdenes de militares en campaña ó de reyes en absolutismo, como si la educacion cesarista y pretoriana del segundo Imperio trascendiese á los representantes de una República y delegados de un pueblo. Desde las aparatosas ceremonias del Ministerio de Negocios Extranjeros hasta las posturas poco académicas en el banco parlamentario de los ministros; desde la impre-

vista denominacion dada por sus cortesanos de Presidente del Ejecutivo al simple Presidente del Consejo, hasta los ademanes altivos y los discursos imperiosos en los debates, muestran cómo las costumbres adquiridas al trato con los enemigos dañan las ideas más arraigadas en la conciencia, y contrarían los más firmes propósitos del ánimo. Aun dejaríamos nosotros pasar todos estos indeliberados movimientos del fatalismo en las complejiones humanas y en las idiosincrasias individuales, de no levantarse luego á las alturas del poder y resolverse, por desgracia de todos, en disposiciones reflexivas de una política permanente. El jefe de la nueva situacion ha erigido tres nuevos ministerios á su grado, cual si no existiesen las Cámaras ó no se gravasen los presupuestos. Y adviértase una cosa: yo creo, dada la multitud de trabajos que incumbe á los Estados modernos, y la variedad de funciones, indispensable la multiplicacion de ministerios, más capaces de la responsabilidad y ménos expuestos á las rutinas y á las arbitrariedades que nuestras direcciones administrativas al uso, ministerios disminuidos é irresponsables. Si alguna vez tuviese, como en otros dias, por designacion legítima de mis conciudadanos, las cargas del poder, aumentaria la lista de los oficios, como les llaman allá en la bien administrada Inglaterra. No puedo comprender que un

solo ministro lleve de frente la instruccion y el comercio, las bellas artes y las obras públicas, los caminos férreos y los bancos agrícolas. Para desempeñar el departamento de Ultramar en España, precisa indudablemente ser, no un ministro, un ministerio; como que Cuba iguala en importancia y grandor á muchas naciones, y Filipinas puede con razon llamarse un verdadero Imperio. Creo, pues, que acierta el Gobierno frances cuando multiplica los ministerios, y por lo mismo, pregono mucho más fundada mi crítica de los procedimientos por donde ha llegado á tan acertada reforma. La discusion sostenida entre M. Gambetta, presidente del Consejo, y M. Ribot, relator de la Comision, ha sido para el primero un escollo insuperable, pues no podia responder con fortuna, por carencia de todo raciocinio, á la reconvencion incontestable de la falta de respeto al Parlamento. Un ministro parlamentario esquivo el fundar tales centros administrativos en virtud de un decreto ministerial, y luégo pedirle su manutencion á la Cámara, cuando parece más fácil reconocer las facultades superiores de ésta para producir lo mismo que luégo debe alimentar y mantener. Cuando Gambetta encabezaba el poder legislativo, lo era todo, en su sentir, la Cámara; y ahora que le toca encabezar el poder ministerial ¡oh! lo es todo el Ministerio.

Y aún la fundacion de ministerios, vaya en gracia. Pero ¿qué decir de las órdenes expedidas á los prefectos para que oigan é inspeccionen los sermones en las próximas fiestas de Navidad? Figúrome un gobernador, despues de haber despachado cualquier expediente de administracion ó de haber oido largo informe sobre los presupuestos de aldea, tras la recepcion de los regidores del municipio, de los consejeros del departamento, de los candidatos á las elecciones, salirse con medio palmo de lengua fuera, una *Suma teológica* bajo el brazo y un Espíritu Santo en el caletre, como si fuese todo un Concilio ecuménico, á oir teologios sermones en la catedral próxima, y á indagar si en los idilios religiosos relativos al Portal de Belen se deslizan alusiones contra el Ministerio, y en las zampoñas, rabeles y sonajas de Noche Buena se contiene la *Marsellesa* del ultramontanismo. Desde que reciba tales instrucciones y tenga que cumplirlas, necesitará el prefecto examinar de cánones, de dogmática, y hasta de hermenéutica é interpretacion, á los comisarios de policía, empeñados en coger al vuelo y al oido las alusiones irreverentes de los gerundios de misa y olla, más sutiles y listos que las anguilas de sus molinos. Ya estamos viendo una nube de seminaristas apóstatas, cebados por el presupuesto, componiendo los familiares del Santo Oficio científico, que, sin

quemar las carnes de nadie, quemará la sangre de todos, y muy especialmente de los liberales y republicanos, harto industriados en el vigor de la República para temer las excomuniones clericales, ni tenerlas en otra estima que la de inocentes desahogos, más ó menos píos, contra la libertad y contra el progreso, bastante sanos y robustos para oír sin temor todas las gerundiadas eclesiásticas y presenciar sin alarmas todos los milagros jesuíticos. Ministros de Francia, el sentido común á voces os llama hoy á la gravedad y á la prudencia.

Insensateces conocemos, pero ninguna como la de restablecer en todo su rigor y en todas sus cláusulas el Concordato cesarista. Ese pacto fué una de las más huecas corrupciones de aquel inmortal conquistador, el primero de los capitanes de la historia y el último de los políticos, empeñado en barajar las teorías del ginebrino Rousseau con los recuerdos del emperador Carlo-Magno. Tendrá que ver el Presidente de la República, Grevy, célebre por la claridad conspícua de su buen sentido y por la modestia y sencillez de su familiar trato, reclamando á campana herida en los Consejos del Vaticano la silla de canónigo de Letran, correspondiente, por cánones antiguos mantenidos en la concordia imperial, á los jefes del Estado en Francia. Todo régimen opresor de la

Iglesia se deriva lógicamente del ideal cesarista. Quien aspira en su orgullo á personificar la sociedad universal, no puede consentir que caiga fuera de su soberanía una sociedad particular tan poderosa como el clero. La República, que no puede ser el Imperio, deja, por virtud de su naturaleza liberal, á cada institucion que se engarce en su centro de gravedad y que recorra la órbita propia de sus naturales movimientos. Sería de ver un presidente republicano ungido bajo las bóvedas de Nuestra Señora, sobre ara tan sublime como los altares, con diadema en la frente y cetro en la mano, para presentarse ante un pueblo enamorado del fausto teatral, á la excelsitud misma de los papas, los cuales llevan una tiara ceñida de áureas coronas y unas chinelas empapadas en húmedos ósculos. Tal género de relaciones con la Iglesia se urde y aprieta dando al Estado cierta naturaleza cesarista, incompatible de todo en todo con la naturaleza republicana, sencilla, humilde, impersonal, contraria de suyo á todas las invasiones, encerrada dentro de los derechos naturales, algo estoica, impasible como sus leyes, complexa como la nacion misma, respetuosa con todas las instituciones fundamentales, tan pródiga como el sol ó el aire de los cielos, y tan justa como la libertad universal. Si os empeñais en que tenga el Estado democrático las apariencias majestuosas, las jurisdicciones múl-

tiples, el carácter soberbio, la tutela sobre las Iglesias y los cleros del Estado imperial, no lo dudeis, reaparecerá por su propia virtud el Imperio. La sociedad es más lógica que los individuos, y sacará de premisas imperialistas las ineludibles consecuencias.

La República francesa, ó será liberal, ó no será; como el Gobierno frances, ó será conservador, ó no será. Están por fuerza en el natural propio de toda República la libertad y la democracia, como está á su vez en el natural propio de todo Gobierno la conservacion y la estabilidad. Proponerse con los resortes de un Estado democrático á la moderna oprimir el sér de las primeras asociaciones humanas, equivale á desnaturalizar, por inútiles artificios, entidades sociales que reciben de la sociedad un carácter tan señalado como el que reciben las entidades naturales de la Naturaleza. No he podido conformarme aún, por virtud de mis arraigadas creencias, con que los republicanos franceses propusieran el artículo sétimo de la ley de enseñanza, contrario á la facultad de enseñar natural en todos los hombres, y consumáran la expulsion de las órdenes monásticas, contraria por completo á otros derechos no ménos naturales y humanos, como no he podido conformarme con que grandes ó pequeñas naciones, Prusia ó Rumanía, Rusia ó Rumelia, persigan á los hijos de Israel y violen el

sagrado de las conciencias. Imaginaos, pues, mi dolor viendo que amigos tan amados ó demócratas tan sinceros como el representante por París, Anatolio de la Forge, se alcen á deshora en el vecino Congreso y hablen sin meditacion para pedir la vigorosa observancia y el estricto cumplimiento de ese convenio, conocido con el nombre de Concordato, y puesto en vigor á los primeros años de nuestro siglo; funesto engendro del fatal diez y ocho de Brumario y funestísimo predecesor del tirano Imperio napoleónico.

Siempre que oigo apologías de pacto semejante paréceme perder el sentido y hallarme allá en la China ó en el Japon asistiendo al arreglo y trazado de concordias civiles entre los lamas divinos y los emperadores celestes, ó entre los taicunes y los micados arqueológicos. No corresponde á pueblo tan lógico é ingenioso como Francia, en siglo tan ilustre como nuestro siglo, cuando el espíritu obedece á la ciencia y el Estado á la libertad, remachar cadenas rotas por el oleaje de las nuevas ideas y forjadas por el orgullo de las últimas tiranías. Así como los papas han repugnado á la continua los Concordatos por restrictivos de su autoridad religiosa, deben repugnarles á su vez las democracias por restrictivas de su soberanía política. En otro tiempo, al carecer de límites por el Estado político y al confundirse con la sociedad civil

y laica el poder eclesiástico por confusas nociones del derecho, surgia la necesidad de señalar en convenios los recíprocos deberes de dos potestades coexistentes y dotadas de atribuciones análogas; pero ahora, en tiempos de libertad, ajenos á toda teocracia y respetuosos con las manifestaciones íntimas de la conciencia, separada ya del poder público; las relaciones entre las entidades sociales nacen del espontáneo ejercicio y de la constante aplicacion de todos los principios constitutivos de las autonomías propias y de la independencia completa de cada asociacion, cuya coexistencia compone y caracteriza el organismo político moderno. La historia de los Concordatos, más que historia de las concordias, paréceme historia de las discordias entre la Iglesia y el Estado. Así, hay tratados de éstos que señalan el predominio de los papas sobre los reyes, como las concordias de Baviera en el año 18, de Baden y España en el año 50, de Viena en el año 55; y hay tratados de éstos que señalan el predominio del Estado sobre la Iglesia, como las concordias de los príncipes al mediar el siglo xv y la concordia de los Bonapartes al nacer el siglo xix; pero ninguno, absolutamente ninguno entre todos ellos, señala, ni de léjos, la concordia, porque las duraderas armonías sociales sólo se componen y sólo se conservan por el poder misterioso y creador de

la libertad. Para mí, los demócratas apologistas del Concordato ignoran que, alabándolo, alaban la enajenacion de una parte considerable del poder público y contribuyen al quebrantamiento de la unidad y de la integridad del Estado.

Cuando San Luis, Carlos VII y Francisco I trazaban concordias con Roma, iban poco á poco fundando la Iglesia galicana en su patria y recogiendo para el poder civil atribuciones, á la sazón muy necesarias y saludables. Despues de la Revolucion, si algo se imponia por su propia virtud á un estadista previsor y consumado, era la separacion completa entre la potestad política y la potestad religiosa, como que humeaba y hedia la sangre vertida por los conflictos entre la supersticion de los católicos y la tiranía de los convencionales. Ningun error tan funesto á la democracia francesa como la constitucion civil del clero. ¡ Ah! el Gobierno se constituyó en Pontificado y la Asamblea en Concilio. Las armas de la libertad se volvieron contra el cielo de donde baja el calor que vivifica y el éter que alumbra todos los derechos, contra la conciencia. Dividiéronse los clérigos en clérigos injuramentados y clérigos juramentados, segun que acataban ó no la nueva organizacion eclesiástica. Estos segundos, que tanto persiguieran á los primeros, viéronse á su vez acosados por los jacobinos, proclamadores del culto burocrático al Sér.

Supremo, y por los racionalistas, constructores de altares aparatosos á la diosa Razon. Sobre las artes políticas ejerce la observacion un poder tan grande como sobre las ciencias naturales. Y precisaba observar á principios del siglo, en la calma forzosa de los ánimos, al reconstituirse la autoridad pública y civil, cómo todas las fuerzas coercitivas se habian estrellado contra las conciencias libres, las cuales, por su propio esfuerzo, repelieron los cultos desde las alturas impuestos, y volvieron á la religion histórica de Francia. Napoleon *el Grande*, que tantas cosas profundas y disparatadas acumula en su más ó ménos auténtico *Memorial de Santa Elena*, suele acusar mucho á Francisco I por no haber establecido el protestantismo en Francia al comienzo de la Reforma, creyendo, merced á sus dementes supersticiones acerca de la omnipotencia del Estado, que una religion se promulga, como cualquiera ley civil ó política del absolutismo, por medio de un rescripto, y que las sociedades se pueden hacer á imágen de un hombre, como quien todo lo puede hizo al hombre á imágen de Dios.

Veamos cómo aquel Rey, en la ocasion citada por Napoleon, inclinábase á la inteligencia con su primo el Rey de Inglaterra, y la inteligencia con su primo el Rey de Inglaterra le inclinaba por su parte á las tolerancias con las novedades religio-

sas y los innovadores franceses. Así, París se inundaba en todas estas veleidades régias de libros sudados por la prensa recién montada, que cumplía su ministerio providencial de renovar y rehacer la humana conciencia. Mientras tanto, el nuevo campeón de la Reforma, Enrique VIII, y el vacilante rey de Francia, Francisco I, se reunieron, allá por las costas del Estrecho de la Mancha, para proveer á las demandas de la liga germánica y protestante de Esmakalden. Francisco I bailó con Ana Bolena, homenaje prestado á la herejía inglesa; pero, al mismo tiempo, escuchó al partido español y católico de su corte, para que nunca faltasen la contradicción manifiesta en su inteligencia y la incertidumbre todavía más manifiesta en su voluntad. Y sin embargo, por aquellos días el protestantismo caminaba rápidamente á su victoria. El dinero de Francia, ya que no sus hombres, había pasado en gran copiosidad á manos de los príncipes revolucionarios de Alemania, los cuales acababan de conquistar el Wurtemberg y de imponer á Fernando de Austria edictos de tolerancia. La revolución, pues, corrió á su arbitrio por la Pomerania, el Mecklemburgo-Brunswick, Dinamarca, Sajonia y el Palatinado del Rhin, mientras el Rey caballero dudaba si podía ó no admitirla en Francia.

Pero ¡ah! que adolecía por aquel tiempo de vá-

rias y crueles enfermedades el pobre Rey de Francia. Su brillante conversacion se interrumpia; su rica memoria se apagaba. No se parecia, no, á sí mismo, al orador gárrulo, pero elocuente, que conocia, como al dedillo, hasta las minuciosidades más insignificantes de las naciones vecinas, y trataba con igual desenfado de sembraduras y de cuadros. Una enfermedad nueva, desconocida ántes ú olvidada del mundo, virus traído del Nuevo Mundo, atacó de tal suerte al Rey, que le hizo perder una parte de su campanilla y toda la antigua vibracion de su garganta. Por tal percance asemejábase el buen Valois á una clínica en movimiento. Las enfermedades misteriosas de Francisco I indujeron á Gunther en secretos del organismo, y Gunther indujo al gran Vesala en el estudio del esqueleto, y despertó en el gran Servet el inmortal descubrimiento de la circulacion de nuestra sangre. Así, Francisco I no soñaba ya con ceñirse la corona de Alemania, con renovar las cruzadas de Asia, con tener un reino suyo en Italia, con humillar la soberbia de España, con emular el descubrimiento de América, con ninguna de las caballerosas leyendas, pasto de su juventud, disipada cuando apenas contaba cuarenta años y ya caia en valetudinaria debilidad y en prematura vejez. Lo que más le dolia de todo era la triste renuncia y abandono de aquella Italia,

su musa, su hechicera, su cantora, la sultana de los ensueños amorosos, la sibila de los presentimientos dulces, la señora de sus ambiciones, la querida de su corazón, la primavera de su vida, la poesía de su historia.

Ya que no pudo poseerla, gozarla, recordaba los días de sus brillantes mocedades, cuando pasaba los Alpes entre los estruendos de los aludes y los gritos de las águilas, derramándose luego con su corte por los campos de Lombardía, con la brillante lanza en su cuja, el plumaje de colores y el casco cincelado en la cabeza, el peto luminoso y áureo en la caja de su pecho, la veste de brocados y pedrerías sobre las rodilleras de bruñido acero y la gualdrapa de ricas brocaduras. Para reproducir los viñedos de Lombardía cantados por Virgilio; los pámpanos prendidos en guirnaldas á los olmos; los ríos recién brotados de las nieves vírgenes; los lagos celestes circuidos de jardines eternos; los palacios y los templos con sus intercolumnios inacabables poblados de estatuas resonantes como una oda helénica y teñidos de frescos deslumbradores como iris de ideas, cual dice uno de los mayores artistas modernos, el ilustre Michelet, Francisco I erigirá una Italia compendiada en los bosques de Fontainebleau.

Efectivamente, allí, en aquel sombrío pinar del Norte, donde nosotros jamás encontraríamos es-

parcimiento, no digo ya por acostumbrados á las marmóreas playas mediterráneas, con sus horizontes y sus aguas celestes, por acostumbrados al sol de Guadarrama y al cielo de Madrid, en aquellos pinares sombríos, abrió claros que le permitieran, sobre arenas frías, levantar nuestros monumentos risueños, si bien no podían, no, á las orillas del brumoso Sena embellecerse con la luz de Italia ó de España, ni caldearse con el calor de nuestra vida exuberante. Mas en medio de los melezos y pinos umbrosos de color verdinegro, bajo aquel cielo de sombríos tintes, entre brumas del horizonte y humedades del suelo, brillan á un lado y otro las decoraciones soberbias, los intercolumnios prodigiosos, las galerías aéreas, los mascarones gigantescos de los palacios del Renacimiento, adornado todo con frescos de Primatice y del Roso, con cuadros de Miguel Angel y Andrea del Sarto, con esculturas de Juan Gonjou y de Leonardo de Vinci. No pueden, no, recorrerse los salones del gran palacio sin tropezar por todas partes con los últimos ejemplares de Renacimiento, que llevan sobre sus sienes, á guisa de aureola espléndida, los arreboles del ocaso de una idea, cuyo primer albor luciera cien años ántes en los cielos de la Europa culta.

Indudablemente al visitar el palacio predilecto de Francisco I corre la mente, mal de su grado,

sin pensarlo siquiera, por una espontánea é inevitable asociacion de pensamientos, al palacio de Mantua y á las iglesias de Parma, donde brillan las figuras surgidas de las paletas de Julio Romano y del Corregio. El arte, el arte quiso en aquel tiempo, como en tiempo de Cristo, sustituir á la religion. Los pintores, los escultores, los arquitectos, los poetas de Italia, querian instintivamente, por esas intuiciones proféticas reservadas al genio, elevar tanto el ideal de lo bello, que perdieran los hombres de vista el ideal de lo bueno, mantenido por los reveladores protestantes. Repítese de nuevo en la historia y en el mundo aquella competencia entre la idea moral del culto y la idea estética del arte que brilló en la misteriosa y solemne aparicion del Cristianismo. Tambien los poetas clásicos, especialmente Virgilio, el mayor de todos ellos, quisieron oponer al ideal del bien, que por todas partes buscaba el género humano anheloso, un ideal de belleza, luminosísimo como una estrella del cielo, y capaz de ofuscar con sus resplandores cualquier otro sobrehumano resplandor. Pero la religion del arte, pero la religion del derecho, la religion de la diosa Roma, no pudo, no, vencer á la religion del bien, ideada por Cristo y difundida por los apóstoles cristianos, como no pudo la paleta de Rafael, la escuadra de Bramante, el buril de Buonarroti, el esmalte de Celini,

las invenciones de Lope, el alma toda del Renacimiento, ofuscar aquel ideal del bien, ideal renovador que llevaban los reformadores en su palabra y que difundían los discípulos de los reformadores por el mundo. Así lo comprendía instintivamente Francisco I, á pesar de las perplejidades congénitas á su ánimo vacilante. En su inquieto deseo, hubiera querido fomentar la nueva religion mil veces, sobre todo, cuando sus odios á Carlos V de España le llevaban hasta á dar el alma sin escrúpulo á Soliman de Constantinopla, como si la diera de grado al mismísimo diablo, y así como Leon X pensó en raptó de febril entusiasmo, hacer cardenal, de un salto, á Rafael, Francisco I pensó enriquecer y ennoblecer á todos los artistas del Renacimiento que podia reunir en la corte de Francia. Él nombró canónigo de la Santa Capilla de París, al Rosso; él distinguió á Vinci; él comisionó, para que le adquiriera maestras obras artísticas, al desgraciado Andrés del Sarto; él, ya que no pudo servir á la revolucion religiosa, sirvió á la revolucion estética, y ya que no pudo ser uno de los fundadores de la Reforma, fué uno de los fundadores del Renacimiento.

Ni el rey Francisco I, ni el emperador Napoleon Bonaparte, alcanzaban por su voluntad soberana á convertir la Francia católica en una Francia protestante, como ni Constantino, llamado por

la Iglesia *el Grande*, pudo hacer de la Roma pagana una Roma católica; ni Juliano, conocido en la Iglesia por *el Apóstata*, pudo hacer de la Constantinopla católica una Constantinopla pagana. El poder, hasta en los mayores déspotas, tiene un límite infranqueable, como lo tienen el aire y el mar. Durante la época del Directorio frances, en que la incredulidad natural á los directores, suspendió la prohibicion coercitiva y material del culto, pobláronse los municipios de iglesias y las iglesias de fieles. En treinta y dos mil ayuntamientos se las halló restablecidas el primer Consul, si no marra mi memoria. Una frase feliz expresaba este movimiento inevitable. Hemos perdido nuestras cruces de oro, mas levantaremos las cruces de palo; que una cruz de palo recibió al Cristo y salvó al mundo. Encontrándose con esta reaccion quiso aprovecharla el ambicioso pretendiente, mal hallado con su cargo de Cónsul, para elevarse á sumo y supremo César. Los emperadores romanos se declaraban á sí mismos cuasi-dioses y el emperador Napoleon se declaró á sí mismo cuasi-papa. En tal situacion arregló como pudo las diferencias aun subsistentes entre los sacerdotes juramentados y los injuramentados; suprimió á su arbitrio las diócesis, para que la organizacion eclesiástica correspondiera con la organizacion administrativa; sometió las procesiones y ceremonias

del culto público, á los reglamentos y ordenanzas de policía; y declaró que la Religion católica era la religion oficial de la mayor parte de los franceses, y que á esta religion oficial pertenecian el primer Cónsul y toda su familia. Dos diplomáticos, tan astutos como Talleyran, de parte del naciente Imperio, y Consalvi, de parte del viejo Pontificado, arreglaron las minuciosidades y detalles de todas estas tramas de finos embustes y políticas supercherías; y aún si Consalvi no anda listo, le dan gato por liebre obligándole á firmar un documento falso por el documento convenido, pues mal podria en el mundo haber juego tan escandaloso y horrible sin alguna trampa muy gorda. Tal convenio no pudo celebrarse sino cuando la Francia, fatigada de los excesos revolucionarios, se daba sin reparo á un reposo sin dignidad. Y para romper los últimos obstáculos, precisó suprimir la última sombra de resistencia. Lafayette, al conocer el Concordato, dijo que la santa redoma de Reims se quebraria en la frente del César de la plebe. Madame Stael descubrió el secreto de tamaña monstruosidad, afirmando que deseaba Napoleon sumar, con los chambelanes de uniforme, los chambelanes de sotana. Y cuando volvia el primer Cónsul de Nuestra Señora, tras un *Te Deum* cantado en accion de gracias por la conclusion del convenio, como dijera que todo se habia restaurado en Fran-

cia, le respondió uno de sus cortesanos: « Todo, señor, ménos las vidas de dos millones de franceses muertos por la libertad. » ¿ Y en trama de iniquidades tan espesa quiere fundar el Estado democrático las relaciones con la Iglesia católica? Fundadlas en el derecho y recogeréis la libertad y la paz.

TURQUIA Y RUSIA.

La insurreccion de los bosnios, á cuyo estallido todos los problemas orientales surgen, rudamente combatida por Austria y sus ejércitos, abre de nuevo la guerra y sus zozobras. En 1875 acababa de celebrarse con festejos por los canales de Venecia libre, una entrevista de dos antiguos enemigos en armas, el emperador Francisco José y el rey Víctor Manuel, dando pábulo con los sentidos abrazos fraternales, cambiados en los sitios mismos de las competencias terribles, á poéticos idilios bordados sobre los temas de la paz perpétua y el concierto y la armonía universal. Aún resonaban los cánticos en los aires y lucian las iluminaciones en los lagos, cuando se alzaba entre las ondas del Adriático, surcado por las estelas de tantas esperanzas, el cometa sangriento de un conflicto oriental, abortado por esa misma Bosnia y esa misma Herzegovina, como hoy, sublevadas entónces y en delirio. Los optimistas quitaron

adrede importancia social á los disturbios de unos cuantos porqueros apóstatas, esclavos de raza, mahometanos de religion, turcos de conveniencia, parte caballeros feudales temerosos de perder los feudos, por cuya conservacion vendieron sus padres á Cristo como Júdas y renegaron del Cristianismo y de la Iglesia, y otra parte, siervos desesperados, prontos á levantarse contra todos los opresores, en cualquier sentido, por ganar un palmo de tierra y un soplo de libertad. Mas los dichosos porqueros, á quienes apenas podian mentar sin nauseas nuestros perfumados y bien olientes diplomáticos, enemistaron el Austria con Italia al cebo de las costas dálmatas; movieron los servios á declarar guerra temeraria é implacable á Turquía; y engendraron la última competencia, en cuyos incidentes Rusia ganó y acaparó la Besarabia, y con ella la desembocadura del Danubio, para que nunca pudieran los venideros cortarle sus movimientos en el mar Negro; y echó un puente en los Balkanes con los nuevos principados para que nunca pudieran impedirle su marcha triunfal á Constantinopla, mientras Turquía dejaba Rumanía y Servia, de todo en todo independientes y autónomas, el reino de Grecia y el principado de Montenegro agrandados á su costa por las cesiones respectivas de Dulcigno y de Thesalia; fortalezas como Elzeroum en manos de sus enemigos históricos; territorios como

Chipre en manos de sus protectores egoístas; viendo caerse las piedras tras las cuales se guarecía, con las dos Bulgarias trasformadas en Estados enemigos, y refugiándose por fuerza en su autoridad religiosa, en su pontificado antiguo, en su Califato universal, para tomar un desquite de las derrotas recientes y urdir una liga musulmana contra la victoriosa cristiandad.

Ciego quien desprecie los centelleos de la tempestad que relampaguea en los bordes del horizonte; y sordo quien desoiga el rumor de la inundación que brama bajo nuestras plantas. El Sultán, cercado en sus postrimerías por los pueblos del Evangelio, azuza y enardece á los pueblos del Korán. Sus enviados llegan hasta Madrid con la mira puesta en las regiones occidentales, y sus ejércitos llegan hasta Trípoli con la mira puesta en las regiones orientales del Mediterráneo. La tierra de los sepulcros, el Egipto, se conmueve, como si de nueva vida se sintiera ébria; y á sus revoluciones de serrallo, que prevalecían fácilmente con ahorcar un Bey, suceden revoluciones de cuartel, que toman caracteres políticos y aspiran á una Constitución nacional. El sitio donde se levantaba la República cartaginesa, ocupado por Francia, enciende pasiones en Italia, como si aún combatieran por Sicilia, España, África, la antigua Roma con la Cartago antigua. El santón berberisco, absorto

en sus contemplaciones interiores, gastados los ojos de leer las suras del libro, cuyas máximas han de rejuvenecerle despues de muerto y abrirle las puertas del Eden, sacude su rigidez y toma, como en otro tiempo, el profeta de los almoravides ó de los almohades, la gumía damasquinada y el pabellon verde para provocar á los infieles á la pelea, mantenida con el furor que, al despertarse, despliegan los huracanes dormidos en las arenas del desierto. La Syria entera, tierra de luz en los cielos y misterios en las almas, arde á las porfías entre mongoles, semitas y armenios. La Macedonia se desgarrá y enfurece á los estremecimientos de las cruentas luchas que amagan y de los cambios geológicos que surgen.

Inquiétanse los húngaros al ver la inquietud incurable de los croatas y ruthenos. Sérvia vacila entre Austria que la atrae por el volúmen de su territorio, como el planeta al satélite, y Rusia, que la atrae con la voz de la sangre, como la madre á sus hijuelos. El Montenegro se ve amenazado unas veces de los turcos, otras de los austriacos, y reconvenido siempre por los dos Imperios. La Rumanía no sabe á quién obedecer, si á Rusia que la rodea con sus dominios, si á Alemania que la subyuga por su dinastía, si á Italia que la llama por su sangre. Bohemia desea separarse del inmenso Imperio austriaco, á cuyo poder hubiera

ya huido, si no se sintiese perseguida y codiciada por Prusia, para ingresar en una confederacion de pueblos eslavos. Polonia, que no ha perdido, si rota, descoyuntada y repartida, el sentimiento de su nacionalidad, se mueve, porque los tiranos han fraccionado su cuerpo y no han fraccionado su alma. Y entre tantos conflictos, verdaderas nubes de sangre asombrando con sus tinieblas las inteligencias y partiendo con sus amenazas los corazones, uno de esos generales rusos, á la guerra propensos como las alimañas feroces al exterminio, vencedor en batallas donde ha visto morir sin conmoverse veinte mil hombres, levanta en babilónico banquete la siniestra copa, cuyo vino lleva disuelta la muerte, y brinda por la cruzada panlavista, que ha de unir y disciplinar á las razas del Norte, como las disciplinaban Tamerlan ó Atila, para lanzarlas, primero sobre Constantinopla y Viena, más tarde sobre Roma y París, venciendo á sus dos enemigos, la raza latina y la raza germánica, de igual suerte que sus predecesores, los tártaros, vencieron á los árabes en Jerusalem y á los helenos en Bizancio : que toda la gente moscovita oye al nacer la voz de una incontrastable vocacion, llamándola por modo providencial á traer necesarias renovaciones y cumplir inevitables castigos.

Pasma la extension de Rusia, y la multitud

innumerable de razas en su seno confundidas. Si naturaleza no detuviera ese Imperio, oponiéndole tantos obstáculos, creeríamos que habria de venirse á la descuidada sobre nosotros tamaño alud, y aplastarnos bajo su helada pesadumbre. Los romanos ignoraban casi la tierra de allende las orillas del Rhin ó las orillas del Danubio, mientras nosotros sabemos la extension del Imperio amenazador, que compone la sexta parte del planeta, y el número de sus habitantes, que llegará dentro de poco á cien millones. Apenas pueden contarse las conquistas que ha necesitado emprender para aglomerar tal número de gentes. Su capitalidad se alza en tierras pertenecientes á Suecia. Su frontera occidental y europea se compone de huesos arrancados al esqueleto de la infeliz Polonia. Para poseer la Finlandia ha tenido que combatir á Dinamarca, y para contar con una parte de las provincias del Báltico, que despojar á nacion tan poderosa como Alemania. Crimea, despojo es de las victorias sobre los turcos, y Armenia, despojo de las victorias sobre los persas. A hierro y fuego ha ganado el mar Negro y á hierro y fuego el mar Caspio. Las corrientes del Don y Volga parecen manchas de sangre, como aquellas sacadas y enrojecidas por los remordimientos en las manos de lady Macbeth. Al Japon le detenta islas, y territorios á China. En una parte del mundo tiene aquel Cáu-

caso, de cuyos desfiladeros ha tomado nombre la raza más ilustre del género humano, y en otra parte del mundo tiene aquel Turquestan, de donde bajaron los aborrecidos mongoles y tártaros. La nieve del Polo parece un diamante cuajado para formar su corona. Hasta la América del Norte le ha cedido parte de sus inexplorables territorios boreales. Su carrera de depredaciones ¡ah! es tal, que así amenaza en sus salidas por el Danubio al Imperio alemán, como en su camino hacía Salónica al Imperio austro-húngaro, como en sus fronteras en el centro de Asia al Imperio inglés. Cosacos, eslavos, mongoles, chinos, árabes, japoneses, turcos, judíos, persas, armenios, cien familias de pueblos componen los términos de ese indescifrable y horroroso enigma que oculta tantas guerras. Si no fuera porque, á modo de ciertos grandes reptiles, se adormece y paraliza en la difícil digestion de las presas que devora, ¡oh! habria enroscado ya sus anillos á la superficie del planeta, como la serpiente bíblica en el Eden se enroscó al árbol de la vida. Para ver aglomeracion semejante de razas, precisa indudablemente subir al Imperio romano y mirarlo en los dias de Augusto.

¿Qué hace Rusia? ¿qué ministerio desempeña? ¿qué oficio cumple? ¿qué combinaciones realiza? ¡Terrible y pavoroso enigma! Todos estos Imperios, destructores de los dos principios vitales más

necesarios al género humano, de la variedad en la naturaleza y de la libertad en el espíritu, pasan pronto, hasta en aquellas edades primitivas de la historia, en que pueden con su espada y su idea disciplinar á los pueblos, y empujarlos, por medio de relaciones nuevas, siquier sean adquiridas en los combates, á una civilizacion progresiva. No hubo jamas emperador que cumpliera el ministerio histórico de Alejandro, ni tampoco Imperio que iluminára la tierra como el Imperio helénico. Á su paso por Persia, los dioses de la esclavitud y de la guerra huyen, las castas orientales caen, la magia muere, la ciencia triunfa, la idea humana de las escuelas atenienses y la idea teológica de las teocracias asiáticas forman una maravillosa síntesis, el espíritu helénico y el espíritu oriental componen la humanidad espiritual, el Dios de los hebreos y el verbo de los platónicos preparan la revelacion cristiana, y Alejandría, erigida en el sitio donde los caminos del antiguo mundo se cruzan, aparece como un faro encendido para iluminar el paso material por donde unas razas han de buscar á otras razas y el paso moral por donde han de buscar las criaturas huérfanas á su divino Criador. Pues, á pesar de tanta grandeza, huye como un sueño de la fantasía y deja en los Tolomeos y en los Seleucidas rota y diseminada la maravillosa unidad de su obra. ¿Qué ministerio cumple, pues,

en la sociedad hoy ese inmenso Imperio ruso, harto fuerte para poner en peligro á la continúa el orden de Occidente y harto débil para disciplinar y educar el Oriente?

El mal de las angustias presentes proviene del horror de la conquista turca. Hé ahí un hecho, de cuya filosofía no han podido darnos la clave tres siglos luminosos tan llenos de revelaciones históricas. Como no quisiera castigar una raza, proterva y decaída entónces, apénas se comprende qué hizo el espíritu, motivo de todos los hechos, trayéndonos á Constantinopla, la segunda Alejandría, uno de los focos en la elipse de la civilizacion, esa fatalista y cruel familia de mongólicos pueblos. Mucho más terrible la irrupcion germánica en Occidente que la irrupcion turca en Oriente. Las ciudades cayeron al pié de los carros de guerra, como las víctimas al pié del sacrificador; los bosques ardieron á guisa de funeraria pira; las ruinas llegaron á convertirse en grandes cordilleras; las gentes creyeron que se habia el sol apagado sobre la tierra y Dios ídose del cielo extinto, reemplazándole aquel genio de la destruccion universal, anunciado por todos los molenarios; mas los dos principios de la libertad interior y de la independiencia personal, traídos por las tribus invasoras, tenian tal virtud, que lograron sacar de tal desquiciamiento y caos la nueva sociedad. Pero

¿qué han hecho esos turcos? Pudrir más á Bizancio; mezclar la barbarie de los pueblos salvajes en su crueldad nativa con el refinamiento de los pueblos cultos en su última decadencia; someter las razas materialmente y no asimilárselas nunca; fundar la esclavitud sin destruir la esperanza del esclavo; estar en Tracia cuatro siglos y ser á Tracia tan ajenos como el día mismo de su llegada y de su conquista, para guardarnos hoy, en las congojas epilépticas de su horrible agonía, mayores males aún que los diluviados sobre la Europa cristiana en la nefasta era de su terrible advenimiento. Urge la destrucción del Imperio turco.

Todas estas grandes obras, exigidas por las supremas necesidades sociales, no pueden aplazarse. Cada quince años, el Oriente vomita desde entonces una guerra. En la vida de nuestra generación ya se han empeñado cuatro igualmente peligrosas y horribles. El tratado de Berlin, que se dictó para fundar la paz, ha sembrado gérmenes de guerra.

Lo cierto es que el Imperio turco está disuelto y convertido en montón de codiciados y codiciales despojos. Lo cierto es que el necesario reparto de esos despojos entraña una guerra entre todas las potencias europeas. Lo cierto es que en previsión de esa guerra inmediata, cada potencia ha tomado ya su respectiva línea estratégica: Rusia, la que necesita para caer como un alud sobre Cons-

tantinopla; Austria, la que necesita para contener á los servios y sus maniobras, en los eslavos del Sur; Inglaterra, la que necesita cerca de Siria y cerca de Egipto para proteger su Imperio asiático; porque el tratado de Berlin no puede considerarse como un pacto de concordia, sino como un gérmen de violencias. Todo su empeño ha consistido en remitir á mañana una guerra que deberá estallar luégo. Así como la paz de Villafranca detuvo la unidad de Italia, sin conseguir impedirla, esta paz de Berlin detiene un momento la guerra de Oriente, sin conseguir evitarla. Tantas heridas reabiertas; tantos proyectos frustrados; tantas ambiciones exacerbadas y no satisfechas; el malestar consiguiente á todas esas medidas á medias; la seguridad indudable de una guerra inmediata; las dificultades inmensas para realizar arreglos arbitrarios; todo este enmarañamiento de problemas, que sólo puede cortarse con la espada, prepara uno de los mayores conflictos vistos en la historia y abre una era de profundo é irremediable malestar á nuestra Europa.

Jamas descontento mayor siguió á obra de diplomacia. Los más favorecidos aparecieron los más agraviados. El encanto de las ideas humanitarias, la esperanza de las empresas redentoras, toda la magia de la elocuencia y del arte se desvaneció, quedando como triste realidad un reparto de ter-

ritorios entre los poderosos y los fuertes, á costa de los humildes y de los débiles. Nadie habla ya de los cruzados griegos yendo á lavar la afrenta inferida por la media luna á la basílica donde se reunieron los concilios ecuménicos y se elaboraron los dogmas cristianos; nadie habla ya de levantar á las orillas del Danubio, al pié de la muralla de Trajano, las colonias hispanas y latinas, puestas allí en el comienzo casi de nuestra historia moderna para detener en sus fuertes pechos las temibles irrupciones bárbaras; nadie habla ya del reino de Milosch, y de la leyenda sérvia, y de la venganza de Kossovó, el Guadalete de los orientales; nadie habla de esa Grecia querida, en cuyo resplandor se abrasará eternamente la humana fantasía, y por cuya emancipacion entonára Víctor Hugo sus primeros y Byron sus últimos versos; nadie habla ya ni de confederaciones eslavas, ni de confederaciones helénicas; porque nadie se atreve á despertar un sentimiento grande, ni á remover una idea generosa, ni á herir una dificultad grave, cuando sólo se oye en el silencio y en la oscuridad de eterna noche el ladrar de los perros, el roncar de las hienas, que se aperciben á machacar entre sus dientes los huesos de un cadáver. La fatalidad mecánica pesa sobre nosotros con inmensa pesadumbre. Las ideas ceden su paso á la fuerza. Un grande Imperio hace en las sociedades humanas lo mis-

mo que un grande animal en la ciega naturaleza: vivir de los reinos chicos. La guerra por la vida allí; la guerra aquí por la conquista. El más fuerte es allí y aquí el vencedor, por razones bien ajenas al derecho y á la justicia. El Congreso de Berlin no hizo más que consagrar las conquistas de Rusia, y por un resto de pudor no fué osado á ponerlas bajo el amparo y la garantía universal de toda Europa.

¿Quién no se sintió herido por este tratado? La teocracia turca quedó prisionera en el Bósforo, con mayores obligaciones que ántes y menores recursos, infestándonos todo el aire de miasmas de guerra. Si aún sobrevive alguna tradicion de pasadas grandezas en su flaca memoria, solamente aspirará desde hoy á lo que puede aspirar un vencido: á morir con alguna honra, aceptando en este supremo trance, como el cumplimiento de un deber moral y religioso, la obediencia á las leyes inflexibles de la necesidad. En su desesperacion no tendrá, como todos los desesperados, contemplaciones con nadie. Suscitara dificultades que otros hayan de resolver, y atizará pasiones procelosas, lo mismo contra sus naturales enemigos que contra sus naturales protectores, todos igualmente nefastos para ella. En su desventura irremediable, en su desesperacion trágica, en sus estertores supremos, cuando por todas partes se cierran á

sus ojos los horizontes de la vida, yace ahí, tendida, exhalando guerras de su seno, como exhalan fiebres mortales ciertas podridas marismas.

¡Y aun hay entre los Gobiernos europeos quien habla de la prudencia de Turquía! ¡Qué desconocimiento, cierto ó fingido, de las leyes históricas y de los movimientos sociales! Un pueblo en decadencia pierde todas las virtudes, y sobre todas, y ántes que todas, las indispensablemente necesarias para regirse por reflexivos movimientos en política. Cuando un grande Imperio se muere, todo lo perturba con esa mezcla de estremecimientos violentísimos y de aspiraciones insensatas á que condenan el recuerdo de todas las grandezas pasadas y la seguridad de un nefasto porvenir. Descuartizada, disyecta, con sus provincias esparcidas, bajo la tutela de unos, sobre la indócil esclavitud de otros, Turquía no puede hacer más que estremecerse con dolor y comunicar sus violentísimos estremecimientos á Europa. Es una ley que no podrá romperse por ninguna arbitrariedad del poder humano ni por ningún capricho de la variable suerte. Turquía es hoy en el mundo un semillero de guerras.

¡Y si los favorecidos hubieran quedado satisfechos! Pero están heridos por igual, así los pueblos musulmanes como los pueblos cristianos. Rusia no renuncia á la gran Bulgaria, con que ha

soñado y de la cual solamente tiene la mitad entre las uñas. La Besarabia ha caído del régimen liberal, y casi democrático, en la tiranía rusa, lo cual quiere decir que la han enterrado en vida.

La Dobroutzka, compuesta de judíos y de musulmanes en su mayor parte, ha pasado al poder rumano en cambio de la perdida Besarabia. El reino servio, que deseaba constituirse en núcleo de toda la raza eslava del Mediodía, competidor de Grecia, aspirante á primer heredero en el testamento de Constantinopla, tomando como moneda corriente y contante las épicas imaginaciones de los panslavistas, cuya erudicion le daba un ministerio de primer orden, se ha visto, por no estar en las fronteras rusas y en el paso más corto al Bósforo, pospuesto, con todo su eslavismo clásico y de escuela, á los búlgaros, á esos eslavos, si no fingidos, inciertos. El Montenegro ha encontrado para dilatarse por el Adriático la insuperable oposicion de poderosos vecinos. Aquellos bosniacos tan decantados, los primeros en la insurreccion, los últimos en ceder á la fuerza, pastores y guerreros dignos de tantas y tantas odas como los han exaltado hasta fantasearlos y convertirlos en redentores de su raza, por haber iniciado guerra tan lucrativa para Rusia, pasan de las mazmorras de Turquía á los calabozos de Austria, para revolverse airados contra su horri-

ble destino. Y los griegos, sostenidos por los ingleses, empujados por la prensa francesa, creídos de que aún hay helenos como en los tiempos heroicos, esperanzados en el prestigio de su nombre y en la grandeza de su historia, se han encontrado ahora con un sencillo aumento de fronteras, y sin la reivindicación de su heroica y desdichada Creta. ¡Ah! Todos estos agravios sólo servirán para alimentar con nuevos combustibles el terrible incendio. La guerra, que un general victorioso acaba de notificar á los estudiantes servios en París, desgarrará con sus estremecimientos en breve los senos de nuestra Europa.

FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
En la Exposicion republicana.....	5
Consejos y advertencias á la democracia francesa.....	15
Imperialistas é Imperios.....	35
El Desarrollo de la República francesa.....	53
La Política conservadora en la República y en la Monarquía.....	67
Francia despues de unas elecciones, y Roma despues de una apostasía.....	77
Dos democracias.....	91
La Tumba de Víctor Manuel.....	103
Italianos y franceses.....	113
Ojeada general europea	133
Un Libro parlamentario contra un embajador frances....	143
Cuestiones religiosas y políticas.....	153
Hechos contemporáneos relacionados con viejas historias.	173
Auxilios de la República francesa á la independendencia helénica.	197
Las Cámaras de Francia y las Cámaras de Inglaterra.....	209
La República francesa.....	225
Disentimientos entre el Senado y el Congreso de Francia..	243
Promesas de Gambetta y recuerdos de Mme. Thiers y monsieur Blanqui.....	249
Ilusiones de Gambetta sobre la política de Freycinet.....	267
El Ministerio de Gambetta.....	275
El Gobierno y el Concordato en Francia.....	301
Turquía y Rusia.....	321

